AUTORES, TEXTOS Y TEMAS
CIENCIAS SOCIALES

Hugo Zemelman

El ángel de la historia:
determinación y autonomía de la condición humana



ANTHROPOS

Hugo Zemelman

El ángel de la historia: determinación y autonomía de la condición humana

«El texto *El ángel de la historia* presenta, bajo la metáfora benjaminiana, una sugerente propuesta orientada hacia el rescate del sujeto, el ser humano y sus posibilidades de romper con los parámetros que lo han sometido-definido para poner en acto todas sus potencialidades. Para ello recupera, además de las reflexiones vertidas por el autor en sus obras anteriores, los aportes de la psicología cognitiva y los estudios sobre la lengua. En su espíritu, la obra puede entenderse como un alegato a la esperanza de reposicionar al sujeto autónomo y su pensamiento, superando el individualismo y ampliando horizontes donde desarrollar sus capacidades con creatividad y en una perspectiva de futuro deseable (utopía).

El texto se presenta como una incitación al ejercicio del pensamiento autónomo, una defensa de las capacidades y potencialidades del sujeto, a la vez que una demanda hacia los seres humanos para asumir el desafío de ser partícipes activos de la propia historia. A partir de la recuperación de una actitud existencial, se configuran los más profundos y diversos aportes del pensamiento (y también de la literatura) y se produce una obra sólida, contundente, provocadora, profunda. Allí la perspectiva que propone el autor va articulando campos temáticos, universos y tópicos de una manera siempre creativa y rigurosa, atractiva para una gama de lectores disímiles. En tal sentido puede considerarse que la obra presenta una perspectiva novedosa en los tiempos contemporáneos.»

Dr. Martín Retamozo

HUGO ZEMELMAN, chileno de nacimiento, reside en la actualidad en México. Abogado y sociólogo abandonó Chile con motivo del golpe de Estado de 1973, que derrocara al presidente Salvador Allende. Desde entonces ha sido profesor-investigador en El Colegio de México hasta su retiro en 2004. Actualmente dirige el Instituto Pensamiento y Cultura en América Latina (IPECAL), con sede en Ciudad de México.







UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA CALI









www.anthropos-editorial.com

AUTORES, TEXTOS Y TEMAS
CIENCIAS SOCIALES

Dirigida por JOSETXO BERIAIN
(Universidad Pública de Navarra)

Conocer e investigar la realidad social hoy requiere un bagaje teórico y metodológico adecuado al grado de complejidad, desarrollo y posibilidad que tal realidad contiene.

Vertebrar la reflexión en torno al estudio y análisis de los presupuestos, elementos y proceso que hacen posible históricamente la configuración mental y material de la producción social del individuo y la misma realidad social en su ineludible interrelación, es el propósito de esta colección.

Su eje central es el estudio de esa realidad social, donde los individuos son los actores históricos que vehiculan tal construcción social. Las áreas temáticas de las que se nutre la colección son: la sociología, las ciencias políticas, la economía, el derecho, la historia, la antropología, etc. La colección se inscribe en el marco de la investigación específica de las ciencias sociales, pero al mismo tiempo constituye el despliegue de una línea de investigación desde y sobre la vinculación realidad-social e individuo-agente social, que desborda los límites y tratamientos formales de tales disciplinas y áreas temáticas.

Así, la colección se despliega como una «caja de herramientas» que sirve para comprender interpretativamente las producciones socioculturales: la sociedad como mundo instituido e instituyente de significados; los portadores de acción colectiva: partidos, clases, grupos, movimientos sociales, etc., las lógicas de reproducción social, a través del dinero, del poder, de los *mass media*, etc. En este sentido, ofrece una serie de gramáticas o prismas sociológicos, políticos, históricos o antropológicos, que tematizan policontextualmente la realidad del *vínculo social ego-alter* que es el fundamento de la interacción social.

La colección aporta: textos teóricos y trabajos prácticos en ciencias sociales sobre cuestiones relevantes que abran el camino a nuevas hipótesis teóricas de investigación; textos clásicos que permitan entroncar con la tradición de análisis social; y obras generales de consulta y de metodología en las ciencias sociales.

Últimos títulos aparecidos

Patxi LANCEROS
Política mente.
De la revolución a la globalización

Lidia GIROLA
Anomia e individualismo.
Del diagnóstico de la modernidad
de Durkheim al pensamiento contemporáneo

Hugo ZEMELMAN
Voluntad de conocer.
El sujeto y su pensamiento
en el paradigma crítico

Cristina HERMIDA DEL LLANO
Los derechos fundamentales
en la Unión Europea

Emma LEÓN VEGA
Sentido ajeno.
Competencias ontológicas y otredad

I. RIVERA, H.C. SILVEIRA,
E. BODELÓN, A. RECASENS (Coords.)
Contornos y pliegues del Derecho.
Homenaje a Roberto Bergalli

Cristina BLANCO (Ed.)
Migraciones. Nuevas movilidades
en un mundo en movimiento

Harold GARFINKEL
Estudios en Etnometodología

Roberto BERGALLI (Coord.)
Flujos migratorios y su (des)control.
Puntos de vista pluridisciplinarios

Guadalupe VALENCIA GARCÍA
Entre cronos y kairós.
Las formas del tiempo sociohistórico

Luis Enrique ALONSO
La crisis de la ciudadanía laboral

D. BELL, R.N. BELLAH, M. WALZER,
E. IKEGAMI, S.N. EISENSTADT,
B. WITTROCK, R. KOSELLECK y otros
Las contradicciones culturales de la modernidad
Josetxo Beriain y Maya Aguiluz (Eds.)

Hugo ZEMELMAN
El ángel de la historia: determinación
y autonomía de la condición humana

AUTORES, TEXTOS Y TEMAS

CIENCIAS SOCIALES

Dirigida por Josetxo Beriain

57

EL ÁNGEL DE LA HISTORIA

Hugo Zemelman

EL ÁNGEL DE LA HISTORIA: DETERMINACIÓN Y AUTONOMÍA DE LA CONDICIÓN HUMANA

(Ideas para un programa de Humanidades)









El ángel de la historia : Determinación y autonomía de la condición humana (Ideas para un programa de Humanidades) / Hugo Zemelman ; Adenda y glosario por Ernesto Contreras Guatibonza. — Rubí (Barcelona) : Anthropos Editorial, 2007
271 p. ; 20 cm. (Autores, Textos y Temas. Ciencias Sociales ; 57)

Bibliografía p. 265-267
ISBN: 978-84-7658-821-5

1. Sujeto - (Filosofía) 2. Conocimiento, Teoría del 3. Pensamiento crítico 4. Ciencias sociales - Metodología I. Contreras Guatibonza, Ernesto II. Título III. Colección
165.1
316.3

Primera edición: 2007

Edita: Anthropos Editorial. Rubí (Barcelona)
www.anthropos-editorial.com
En coedición con la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, México; con el Instituto Pensamiento y Cultura en América Latina A. C., México; y la Universidad de San Buenaventura, Colombia
ISBN: 978-84-7658-821-5
Depósito legal: B. 20.735-2007
Diseño, realización y coordinación: Anthropos Editorial (Nariño, S.L.), Rubí. Tel.: 93 697 22 96 / Fax: 93 587 26 61
Impresión: Novagràfik. Vivaldi, 5. Montcada y Reixac

Impreso en España - *Printed in Spain*

A los jóvenes que están despiertos y desean fortalecer su mirada;
a los maestros que ayudan a la juventud a asumir su vida.
A los que recorren distancias y soledades buscando el abrazo
solidario con todos los olvidados que esperan.
A todos los que buscan recuperar la palabra y alzar la voz para
ser reconocidos en lo que pueden llegar a ser desde lo que son

¿Hacia dónde seguimos? ¿Existe algún motivo para suponer que la evolución de la consciencia llega a su fin con nuestro actual estado humano? ¿O nos hallamos acaso equilibrados en el umbral de un salto a un nuevo nivel de consciencia? ¿Por qué motivo debería la evolución terminar con nosotros? Es importante recordar la gran diferencia que existe entre este salto de consciencia y los que ocurrieron con anterioridad. Los animales no participaron activamente en su evolución hacia los seres humanos; fue una evolución a ciegas. Pero hoy tenemos, por primera vez, una especie capaz de cooperar con la fuerza evolutiva, y eso puede contribuir a producir esa mayor consciencia.

KARAN SINGH: «La evolución de la consciencia», en *Sabiduría antigua y ciencia moderna*

PALABRAS PRELIMINARES

Ésta es una reflexión guiada por la autoexigencia. No da pausa, arremete. Es una búsqueda cuya meta es un comienzo. Un caminar donde resuenen los pasos de la consciencia.

> La consciencia es incómoda
> impalpable invisible pero incómoda
> usa el reproche y las bofetadas
> las pertinencias y el sosiego
> las recompensas y las paradojas
> los gestos luminosos y libertarios
> pero la consciencia más consciencia
> es la que nos aprieta el corazón
> y vaga por los canales de la sangre
>
> MARIO BENEDETTI: «El mundo que respiro»

Por eso, nos caracteriza como seres humanos un constante estar yendo que no siempre alegra, pero obliga.

Por su espíritu el texto que presentamos es un homenaje a Ernst Bloch, en la medida en que representa un esfuerzo por ejercer el derecho de resistencia que él reclamaba en *El principio esperanza*.

PREFACIO

VERDAD Y VIDA COMO MANIFESTACIÓN DE TRASCENDENCIA

Este libro busca abordar el rescate del sujeto. Lo intentamos desde un conjunto de exigencias centradas en la categoría de la potencialidad para transformar ésta en un modo de organizar la reflexión sobre el sujeto humano, cuyo principal desafío es romper con los parámetros, o lo que se ha definido también como las convenciones que impiden vernos a nosotros mismos en todas nuestras posibilidades. Lo hacemos confrontando la potencialidad con las contribuciones de la psicología cognitiva y con las reflexiones sobre el lenguaje.

Se busca profundizar en lo oculto, a veces insondable, desde la mirada de la existencia concreta de cada día, no de las especulaciones filosóficas o literarias. Se plantean los temas desde la articulación entre historia y existencia por ser el plano de análisis para asumir una forma de pensamiento que permita expresar las posibilidades de desenvolvimiento del sujeto sin caer en argumentaciones puramente normativas.

En esta dirección, la reflexión se vincula tanto con la corriente de pensamiento que parte de la historia y del papel del hombre en ella (Marx: *Tesis sobre Feuerbach*) como con las de inspiración existencialista (Heidegger: *Analítica existencial*); premisas en las que fundamos la conveniencia de dar importancia a la idea de posibilidad vinculada con la de potencialidad. Mediante esta relación, damos cuenta de un presupuesto básico: que la realidad como externalidad es siempre un dándose y que el sujeto está siempre siendo.

Formulaciones que determinan una caracterización de la capacidad del sujeto para desplegar su siendo en el contexto de

realidades en proceso de cambio. Lo que requiere de un razonamiento que, como forma, reconozca como base de sustentación a lo indeterminado de lo real para evitar que se reduzca, en la construcción de sus significados, a simples determinaciones de objetos con una clara identidad. Por consiguiente, la exigencia del siendo y del dándose se corresponde con ese complejo y no siempre comprendido espacio de las indeterminaciones en el que tiene cabida la acción constructora del hombre.

Dicha acción, efectivamente, traduce su capacidad para, o bien quedarse supeditado a las determinaciones dominantes, o bien afrontarlas, lo que implica hablar de su autonomía respecto de las circunstancias. Idea de autonomía y construcción que se corresponde con pensar desde valores que den cuenta de lo humano sin agotarlo en la conformación de sus determinaciones sociales. Y que lleva a considerar que, en la medida en que el sujeto está desenvolviéndose, la historia es lo historizable en tanto ampliación de la subjetividad.

Lo anterior plantea descripciones que se ciñen a lo constitutivo del sujeto, aunque sin asumir un modo prescriptivo ya que se trata de dar cuenta de los nudos de potenciación en que se expresa el dándose y el siendo sin regulaciones normativas predeterminadas. Desde estos nudos se busca afrontar el acto de pensar y de conocer.

Consecuente con lo anterior, el espíritu con que ha sido escrito este libro está reflejado en el siguiente comentario de Deleuze sobre la filosofía de Spinoza: «con toda su forma tanto de vivir como de pensar exige Spinoza una imagen de la vida positiva, afirmativa, contra los simulacros con los que se conforman los hombres. Y no sólo se conforman con ellos, sino que el hombre odia la vida, se avergüenza de la vida; un hombre de la autodestrucción que multiplica los cultos a la muerte, que lleva a efecto la sagrada unión del tirano y del esclavo, del sacerdote, el juez y el guerrero, siempre ocupado en poner cercos a la vida, en mutilarla, matando a fuego lento o vivo, enterrarla o ahogarla con leyes, propiedades, deberes, imperios: tal es lo que Spinoza diagnostica en el mundo, esta traición al universo y al hombre».[1]

Queremos reaccionar ante esta situación como cuando, en nuestros días, el poder, como en su época el tirano, necesita cada

1. Gilles Deleuze: *Spinoza: Filosofía práctica*.

vez más de almas rotas, así como las almas rotas de la subordinación al orden. El problema que nos proponemos es plantear las dificultades y posibilidades que se presentan al empeño de forjar ideas conducentes a potenciar al individuo desde sus condicionamientos. Poder hablar desde la humanidad del hombre que subyace a su historia y al enorme desenvolvimiento de sus capacidades tecnológicas. De ahí la idea del rescate: fortalecer al hombre que se oculta detrás de los atributos del desarrollo civilizatorio cuidando de no reducirlo al cumplimiento de los papeles que ésta le impone.

He aquí el imperativo del futuro: la trascendencia ha de ser alegría de estar y sobreponerse. Alegría antes que trascendencia; pero sobre todo la voluntad de ser. El hombre como esperanza.

INTRODUCCIÓN

FORMAS DE ARGUMENTACIÓN Y LA INCORPORACIÓN DEL SUJETO

1. Nos inspira el deseo de discutir la libertad del sujeto como necesidad de estar en la vastedad de sí mismo y de su mundo. Es en lo que consiste asumirse para abordar lo desconocido como posibilidad de luz y voluntad, trascendiendo la prisión de las relaciones de determinación. Vivir el acto de consciencia como forma de rebeldía frente a lo que permanece ajeno e inerte.

Pero estar en la vastedad es aprender a ser uno en la soledad de lo que tiene sentido; pues enseña a comprender que la riqueza humana queda oculta detrás de los progresos civilizatorios que imponen modos de ser. De ahí que el espíritu ha de abordar los límites del conocimiento y de la experiencia como juegos de entradas y salidas como lo propio del despliegue. Y hacer crecer la capacidad de decisión, evitando el miedo, colocándonos fuera del cerco de las ansiedades; porque lo que nos impulsa a que dudemos de nosotros mismos es el temor de abrir y cerrar, quedarse atrapados, o bien en el desamparo de lo incierto.

La vastedad es sólo desafío para encontrar la fuerza de sí mismo en el esfuerzo por construirnos. El sujeto sin atributos. Estar en la vastedad significa reencontrarse con la posibilidad del crecimiento sin necesidad de ocultarnos en ninguna serie de atributos. O que éstos dejen de ser arco iris para convertirse en horizontes accesibles para nuestros pasos. Significa recuperar el humanismo como consciencia de opciones y, en consecuencia, el protagonismo como el rasgo que hace a la condición humana, mezcla de estar y seguir estando, de concreción y de esperanza, de lógica y misterio, especialmente importante en una sociedad como la actual, masiva y tecnologizada, dominada por la impersonalización y lo instrumental.

La reflexión sobre la libertad, como acto de asunción, reconoce en su origen una toma de consciencia sobre la debilidad desde la fuerza, así como de la fuerza desde la debilidad. El ángel que mira y aprende del demonio, el demonio que mira y aprende del ángel. Aprender la lección de la juventud, pero a diferencia de ésta mantenerse lúcido, con la fuerza necesaria, asumir que nos dejamos llevar por una historia que da placer, aunque comprendiendo que esa historia va comprometiendo al sujeto, el cual ha de dar cuenta de las influencias que se van ejerciendo sobre él mismo.

La condición humana nunca es un objeto final debido a que siempre es una construcción. Por eso la reflexión sobre ella se corresponde con un pensar desde ella, que la convierte en espacio de posibilidades en cuanto reconocerla como tensión entre lo deontológico y la facticidad de la conducta en cuyo espacio tienen presencia las formas de la potenciación. Éstas consisten en hacernos capaces de heredar las múltiples posibilidades que se contienen en los modos de pensar que se han ido acumulando a lo largo de la historia, haciéndonos cargo entre lo que nos determina y la capacidad de trascenderlo.

Esta reflexión reconoce como trasfondo el optimismo para transformar la tristeza y el desaliento en desafío con los que sembrar nuevas tierras; romper con lo oscuro e inerte, con la miseria que todo lo socava y con la aplastante mezquindad que transforma las transparencias en opacidades, las alturas en medida, la generosidad en un juego pueril, la verdad en conclusiones, la realidad que nos circunda en clasificación de objetos disecados, los horizontes en ensueños para el sosiego. Por eso, debemos buscar en la debilidad y sus inercias protectoras aquello que pueda trascender la tristeza y el quebranto.

Capacidad reactiva que nos permite hacernos eco de aquello que se encuentra en la literatura, como en Kafka, «descubrir la fuente primera de su fuerza literaria en su debilidad», que le da el derecho, desde que asume «lo negativo de su época», no a combatir, sino, en cierto modo, a representar.[1] Pensar la fuerza desde la debilidad es transformar el pedazo de tierra en horizontes posibles de vidas múltiples en forma de incorporar la idea del «hombre incondicionado», «el hombre que en ningún momento abdica

1. Ernest Fischer: *Literatura y crisis*, p. 104.

de su ser, sino que se aferra a él incondicionalmente»;[2] el hombre del «optimismo trágico» que se condensa en ese tremendo pensamiento de Rilke: «el que no acepta de una vez con resolución, incluso con alegría, la dimensión terrible de la vida, nunca disfrutará de los poderes inefables de nuestra existencia, quedará marginado y, a la hora de la verdad, no estará ni vivo ni muerto».[3]

Hemos desituarnos en lo limitado y menguado, en la vacilación y la cobardía, pero dándole a la capacidad de mirar el rango de condición liberadora. Volver a tejer desde lo cotidiano la urdimbre de fuerzas opuestas, apolíneas y dionisiacas, que hacen al hombre.

Todo lo cual puede resumirse en la idea de la función epistémica del humanismo para hacer de los hombres, esos energúmenos de humanismo, seres capaces de salvarse frente a las máquinas del poder. Como se ha dicho en México: «podrán caer muchas estatuas, pero si la decisión de generaciones se mantiene y alimenta, el triunfo de las resistencias es posible. No tendrá fechas precisas ni habrá desfiles fastuosos, pero el desgaste previsible de un aparato que convierte su propia maquinaria en su proyecto de nuestro orden, terminará por ser total. [...] Vamos a vencer, no porque sea nuestro destino o porque así esté escrito en nuestras respectivas Biblias rebeldes o revolucionarias, sino porque estamos trabajando y luchando para eso».[4]

Cuando hablamos de la función epistémica del humanismo nos referimos a una fuerza interior del sujeto que se opone a las circunstancias; al desenvolvimiento subjetivo frente a la historia como objetivación; al estar colocado como negación de los condicionamientos que modelan nuestras percepciones y modos de ser; al actuar y reactuar en choque con las limitaciones. Lo que lleva a pensar en la vida como voluntad de liberación; en la consciencia como postura ante lo posible y resistencia a lo imposible; en el conocimiento como alerta ante el movimiento de los límites. Para ello se requiere aunar lucidez y voluntad para reconocer que «el bien es el milagro, lo misterioso y lo enigmático» porque «lo habitual es el mal» (Javier Cercas).[5]

---

2. Viktor Frankl: «El hombre incondicionado», en *El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia*, p. 83.

3. Citado por Viktor Frankl, en «Argumentos en favor de un optimismo trágico», en *El hombre doliente*, p. 63.

4. Subcomandante Marcos: *El mundo: siete pensamientos*, marzo, 2003.

5. Javier Cercas: *Soldados de Salamina*.

El mal que nos lleva a refugiarnos para darle las espaldas al mundo, rostro de la indiferencia, sentido del no sentido, o el no sentido del sentido, alegría de y en la nada, la minimidad, el crearse en lo escueto del corto plazo. Mal que nos hace temer al absurdo y transformar los límites en ontología, huir del todo y de la nada, cuidar nuestras estructuras interiores, nunca desarreglar nuestras percepciones, revestirnos de estereotipos que congelan y encapsulan la capacidad para reconocer opciones; transformarnos en ornamentos del orden establecido, reduciendo la vida y su poesía a nichos de descanso. O no atreverse, como se ha dicho de algunos poetas, «a ser libres y múltiples, para compartir todas las posibilidades humanas y también para odiarlas todas».[6]

En lo dicho se encuentra la necesidad de la mirada por encima de su mismo significado; se privilegia el ante para mostrar mundos posibles que después se pueden transformar en objetos, a manera de hacer del pensamiento y del discurso una malla que aprisione toda especie de inesperados; se plantea el predominio de la necesidad de ver por encima del significado de lo que descubra. Toda forma de presencia de la historicidad.

2. El hombre como constructor de realidades se define en el constante rompimiento de lo que es por lo que ha llegado a ser, pero también por lo que no alcanzó a cristalizar; rompimiento donde eclosiona su incompletud, que es lo propio de su mortalidad como fluir de instantes. Se plantea afrontar todos los cierres que ocultan ese fluir constitutivo del estar siendo, esto es, al hombre como la negación del orden pero a la vez como su constructor; negación por su necesidad de incompletud, construcción como manifestación de su disposición para conformar ámbitos en los que alcanzar su identidad. De ahí la importancia de ubicarse en el momento histórico como un momento siempre abierto a su propia secuencia, pues la condición del hombre es su capacidad para desarmar lo establecido y descubrir lo inédito, el misterio que llega como luz de amanecer. Especialmente cuando constatamos, como se ha dicho, que «el hombre lo es en un mundo fluctuante».[7]

---

6. José Miguel Ibáñez Langlois: «Para leer a Parra», en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 2003, p. 28.

7. Georges Balandier: *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, p. 170.

Es aquí donde el lenguaje tiene una presencia conformadora de posibilidades, ya que se le hace cumplir la función de provocación hacia lo no aceptado ni establecido, hacia lo «no parametral», en base a una conjunción de facultades del sujeto para su decir-pensar en el que plasma su trascendencia, que es su estar-siendo.

El lenguaje puede expresar al sujeto que reclama consciencia de su estar siendo como tránsito hacia lo insondable, trasmutando la pérdida fulgurante en alegría, y al verbo del presente que exalta su inmortalidad precaria. «Yo hablo en nombre de un astro por nadie conocido / hablo en una lengua mojada de mares no nacidos.» O bien, «yo bárbaro tal vez / desmesurado enfermo / bárbaro limpio de rutina y caminos marcados / no acepto vuestras sillas de seguridades cómodas / soy el ángel salvaje que cayó esta mañana / en vuestras plantaciones de preceptos».[8] Ser en el decir-estando; ser como opuesto a dejarse ser, ser como querer ser.

Desarrollar la potencialidad desde la subjetividad, superando los códigos de la información y del comportamiento, avanzando hacia el mar abierto, hacia la vastedad del colocarse, que es más que la capacidad de apropiación de las circunstancias, porque define un camino para contestar a la pregunta ¿cómo hacer del hombre más hombre? La respuesta se encuentra en la capacidad para reconocerse a sí mismo, desde sí, en sus posibilidades, a partir de lo que es y puede ser según las circunstancias contextuales.

Lo que se plantea es trascender los absolutos asociados a verdades, a las afirmaciones de seguridad o de estabilidad, en certezas abiertas a lo nuevo, pero que expresen el sentimiento de asumir la precariedad como desafío. Vencer el miedo a la fragilidad, el temor a la inminencia de lo inesperado. No dejarse aplastar por las circunstancias que nos repliegan por la debilidad que resulta de la separación entre fuerzas inconscientes y conscientes que favorecen las inercias que nos desarman.

Afrontar la precariedad que, como rincón de llegada, mata todo resplandor; cueva que detiene el transcurrir del tiempo para transformarlo en el vértigo de lo que gira sobre sí mismo; precariedad como colapso de horizontes, claustrofobia en lo pequeño que se impone como definitivo e inmodificable; por eso, potenciar la precariedad supone vencer la pesadumbre del cierre que

8. Vicente Huidobro: *Altazor*, 1973.

nos atrapa mediante el acto de recuperación del sujeto que se asume. Todo lo cual se fundamenta en la riqueza y amplitud de la subjetividad que se expresa en cómo el sujeto se enlaza con su contexto; en otras palabras, cómo está en la historia.

Por lo anterior, pensamos que estar determinado constituye una unidad dialéctica con la capacidad para construirse, ya que nos enfrenta a la posibilidad de trascendencia que, al decir de Lévi-Strauss, requiere de un sentido estético; porque «la belleza es una clave de la comprensión de los fenómenos de la naturaleza».[9] Por lo mismo, la capacidad para enlazarse con el contexto no se reduce a la lógica de determinaciones en la medida en que no es parte de un simple discurso teórico predicativo, ni siquiera ético, pues consiste en el desafío mismo por incorporar al sujeto en el discurso. De ahí que requiera de un razonamiento sobre las dinámicas de éste que las articule con las propias del contexto para poder regular un espacio de convergencia entre lo psicológico y lo lingüístico, en cuanto instrumentos que activan la capacidad de actuación y de re-actuación del sujeto.

Cabe mencionar, a este respecto, las contribuciones que se han hecho para readaptar a la población adulta a desarrollar nuevas capacidades, como resultado de las transformaciones de los procesos de inserción en el trabajo.[10] No se trata de formar hombres-funciones sino hombres-semillas capaces de volver a nacer para estar presentes como sujetos erguidos y autónomos; planteamiento que se corresponde con estar siempre más allá de la función, lo que nos remite a la idea de Schwartz de entender el trabajo, no como empleo, sino como espacio del hacer, en el que

---

9. Entrevista a Lévi-Strauss realizada por Constantin Von Barlowen, en la revista *Humboldt*, 129, reproducida en el suplemento cultural del diario *El Mercurio*, Santiago de Chile, 3 de septiembre de 2000.

10. Respecto a esta cuestión, cabe hacer mención de los trabajos de Bertrand Schwartz: *Modernizar sin excluir* (con la colaboración de Louise L. Lambrichs, colección de G.E.T.I.-SEP, México, 1996), quien se ha preocupado de impulsar una estrategia formativa para la población adulta, a partir de ideas tan centrales como: «el saber provee dignidad y la dignidad es una necesidad fundamental»; o demostrar «que podemos transformar nuestras resignaciones en ambiciones» (p. 14); o que se puede «progresar si se analizan correctamente los fracasos»; o bien «institucionalizar las posibilidades de la experimentación en la organización social y profesional, y precisar el derecho a la experimentación» (p. 23); pero en el marco de una potenciación del individuo que, como dijo el autor, «sólo tiene sentido dentro de una capacitación colectiva» (p. 95); etc. Estrategias de formación que surgen de la necesidad imperiosa de abordar los cambios en el trabajo determinados por los ajustes que experimentan los procesos de producción, en parte como resultado de los cambios tecnológicos.

lo imprevisible, o lo contingente, se transforma en punto de ruptura de un orden que nos permita descubrir otras opciones; más aún, donde los errores, o disfunciones, se transforman en nuevas experiencias, no sólo de trabajo, sino de vida, para trazarnos otras estrategias con diferentes alternativas de descubrimiento.

Son las sucesivas modalidades de inserción que afronta el individuo en su vida útil lo que se proyecta en el imperativo de resolver la potenciación del sujeto a lo largo de todo su ciclo vital para mantener encendido su fuego prometeico. Es el desafío que se plantea cuando buscamos recuperar los mecanismos psicológicos, descritos en el periodo de crecimiento, en el ciclo de edad adulta; en lo que subyace la problemática de la construcción de la historia: marchar hacia la utopía historizable, o bien hacia la utopía de la evasión.

Por ello, se busca reforzar la capacidad de mirar y de significar para crear nuevas circunstancias, yendo más allá de la angustia que nace de la precariedad de la existencia, de la condición de seres de cada día. Se pretende transformar las verdades en un misterio que siempre estará más allá, como el espejismo de la tierra que invita a continuar incursionando para ir dejando por el camino la semilla de nueva vida. Semillas de la mortalidad esperanzada, consustancial a la condición humana.

3. La consciencia es el desafío de ser hombre. La voluntad es el atreverse a asumir el desafío. Desde el lenguaje, lo que decimos apunta a distintos desafíos existenciales; como ser desde la consciencia, que refiere a lo que es, pero también a un «más» desde donde se está. El lenguaje refleja estas exigencias existenciales, no necesariamente conscientes, del es-más desde un estar-en. Porque el hombre *es* su obra, pero *en* su significación *más* global, lleva a distinguir los contenidos afirmativos de las dinámicas de incorporación del sujeto. Estamos obligados a definir formas diversas de argumentación, según como éstas privilegien la incorporación del sujeto en el marco de determinados contenidos, aunque siempre en la perspectiva del «más» que resulta de la conjunción del es y del siendo.

La incorporación del sujeto es lo propio de una argumentación que denominamos de ángulo donde el lenguaje es expresión de lo nuevo desde sentidos inéditos, en oposición, aunque complementaria, a la argumentación propositiva de contenidos

donde el lenguaje refugia al sujeto en la organización de universos de significación ya establecidos. La argumentación de ángulo equivale a mostrar posibilidades para el sujeto en el proceso de abrirse al reconocimiento de horizontes, y por lo mismo son argumentaciones cuya función es estimular su despliegue.

En el lenguaje poético esto se muestra en el «hablar en una lengua mojada en mares no nacidos», o el «salvaje que cayó esta mañana / en vuestras plantaciones de preceptos». Es lo que pasa con el uso de la metáfora para sugerir, desde lo sabido y significado, lo nuevo que puede surgir de la denotación conocida, incluso referencial, al trascenderla en una nueva significación. Se relaciona con la problemática del uso simbólico o sígnico del lenguaje, ya que los signos verbales del lenguaje («que representan algo», al decir de Adam Schaff) tienen múltiples conexiones que además de cognoscitivas también son emocionales y volitivas. Es el caso de la relación respectiva de los signos con conceptos y estereotipos.

Los argumentos de ángulo están respaldados por estos vínculos no cognitivos de las palabras, en la medida en que estos vínculos inciden más fuertemente en la necesidad del sujeto de sentir y actuar. La influencia del lenguaje sobre la conducta no tiene lugar por la vía del conocimiento, sino más fuertemente «por su actitud emocional hacia las cosas que pueden dominar su voluntad, aun frente al sentido común».[11] Y son precisamente estas conexiones no cognoscitivas, como el estereotipo, el sostén de esta actitud emocional.

En este sentido, la argumentación de ángulo tiene que ver con la necesidad de ponderación y de opciones a que estamos enfrentados en cualquier construcción de proposiciones, ya que desde esta evaluación de situaciones se construyen las proposiciones que apuntan a los contenidos analíticos. De manera que este tipo de argumentación apunta a mostrar, o iluminar, posibilidades de experiencias que pasan por la vinculación de los conceptos con otros modos de significación, como los estereotipos, «que forman parte de la esfera de las tasaciones y evaluaciones, que por necesidad unen lo cognitivo con las funciones volitivas y emocionales».[12] Desde esta perspectiva, la potencia-

---

11. Adam Schaff: «El lenguaje y la acción humana», en *Unión-Unión*, año 3, año VI, septiembre 1968, La Habana.

12. Adam Schaff: confrontar su *Introducción a la semántica*.

ción no representa un acto lingüístico puramente cognitivo, sino que es fuertemente axiológica, emocional y volitiva.

En consecuencia, es más importante la capacidad de uso del lenguaje que las posibilidades estructurales. La capacidad de uso del lenguaje es función de la disposición y sensibilidad para reconocer lo que requiere decirse en el momento, más que del lenguaje como sistema de significantes. Esto es, se requiere del esfuerzo de esa apropiación y del esfuerzo de colocación que trasciende los límites de la apropiación de contenidos.

La relación entre la situación vital del sujeto y su capacidad de plasmar belleza o verdades parece clara en la historia. La ilustra Miguel Ángel cuando sostiene que «sólo un ser feliz puede plasmar belleza»;[13] pero que también podemos extender a la verdad. Recordemos el papel que cumple el sentido estético en el esfuerzo de comprensión como lo señalaba Lévi-Strauss; o como lo ha planteado Einstein en su ensayo *Mi visión del mundo*, cuando afirma que la verdadera religiosidad resulta del sentimiento del «conocimiento de la existencia de lo que para nosotros es inexplicable», pues «me basta el misterio de la eternidad de la vida, la consciencia y la intuición de la maravillosa estructura de todo lo viviente...».[14]

Esta dualidad del lenguaje, entre concepto y estereotipo, o entre signo y símbolo, plantea tener que cuidarnos de no ceñirnos a la función cognitiva-no cognitiva, sino descansando en su articulación, porque el hombre piensa desde la totalidad de sí mismo, con su inteligencia, emocionalidad, percepciones y dimensiones volitivas. Es lo que está claramente asumido en las culturas ancestrales en América Latina, cuando se señalaba que «únicamente tiene significado lo que representa unión», como «saber que un todo requiere lo necesario, no más ni menos», lo que implica una verdad que nos cuesta aceptar conformados como estamos por el paradigma de las determinaciones.[15]

Habitualmente hablamos desde los lenguajes clasificados en códigos disciplinarios, los sociolectos de R. Barthes, que conforman expresiones cuyos significados se agotan en su función de comunicación. O desde los lenguajes que denotan lo objetivo, pero

13. Emile Ludwig: *Miguel Ángel*.
14. Cita de una carta de Einstein.
15. Everardo Lara González: *Mi trascender a través de la cuenta y el juego*.

que plantean cuestiones de significación que tampoco enriquecen al sujeto al circunscribirlo a una relación con predicados externos a éste; que además, por limitarse al entendimiento, no resuelven la incorporación del sujeto al discurso. El uso del lenguaje como simple constructor de atributos de objetos ha terminado por reducir al sujeto a la condición de simple pronombre personal.

El conocimiento como acto de ser representa un desafío para el conjunto del individuo en la medida en que es parte de su consciencia de despliegue, en forma de no desvincularse de los valores que alimentan su capacidad para reconocer opciones; por consiguiente, el conocimiento es parte de los actos de construcción que son manifestaciones de la necesidad de ser sujeto.[16] Por eso, planteamos la transformación del discurso para que pueda mostrar las emergencias que surgen de las propias circunstancias: primero, el discurso como registro de necesidades de decir, para, después, pasar al discurso como acto de comunicación de contenidos. De ahí que procuramos redescubrir el lenguaje con el que hablamos de nuestra propia existencialidad, desarmando la obviedad de ser alguien para regocijarnos en las sorpresas. El hombre como el comienzo que es fin, el fin que es siempre comienzo.

El trabajo se compone de dos partes: una central que abarca los trabajos I. «La forma del discurso y el problema de la recolocación del sujeto»; II. «La potencia como forma de decir»; y III. «Determinación y construcción. En torno a la capacidad para ser autónomos», organizados en la modalidad de la argumentación de ángulo. La otra, que es complementaria, incluye los trabajos IV. «Potenciación y psicología»; y el V. «El lenguaje como práctica de liberación». En cambio, el texto VI. «La autonomía como construcción del sujeto», es una reflexión que pretende retomar toda la discusión anterior en la perspectiva de líneas de pensamiento que surgen, muchas de ellas todavía sin respuestas.

La parte central plantea la incorporación del sujeto, mientras que los textos complementarios definen las posibilidades de ac-

---

16. Discurso desde todo el sujeto, lenguaje incluyente de todas sus dimensiones, discurso desde la potencialidad de opciones y no exclusivamente desde la objetividad; en consecuencia, el lenguaje como el mecanismo de rompimiento de lo determinado, cierto e idéntico, en base al predominio del sentido de decir desde la necesidad de encontrar en ese sentido posibilidades de ser; subordinación del discurso a las exigencias de una postura: el predominio de la consciencia sobre la información.

tuación de acuerdo con sus diferentes capacidades para construir acciones. En los distintos apartados se aborda la relación entre exigencias epistémicas y las posibilidades que ofrece la psicología cognitiva y el lenguaje como mecanismos de potenciación del sujeto.

La parte central se puede leer con autonomía de las partes complementarias. Estas últimas no abordan tanto la presencia del sujeto como la problemática de cómo se gesta la capacidad para transformar, el sentido buscado, en modos de intervención en ámbitos problemáticos concretos.

PARTE I

LA EXPANSIÓN DE LA RACIONALIDAD

Algo que se resiste a la razón pero tampoco es instinto, algo que vive en ella con la misma ciega obstinación con que la sangre persiste en sus conductos y la tierra en su órbita inamovible y todos los seres en su terca condición de seres, algo que elude a las palabras como el agua del arroyo elude a la piedra, porque las palabras sólo están hechas para decirse a sí mismo, para decir lo decible, es decir, todo excepto lo que nos gobierna o hace vivir o concierne o somos...

JAVIER CERCAS: *Soldados de Salamina*

La esencia no es la preteridad; por el contrario, la esencia del mundo está en el frente [...] Ningún ser vivo escapa al impulso, por muy fatigado que estén de él. Esta sed se hace patente sin cesar, pero sin darse nombre.

ERNST BLOCH

CAPÍTULO I

LA FORMA DEL DISCURSO: EL PROBLEMA DE LA RECOLOCACIÓN DEL SUJETO

No tendríamos que asombrarnos —no obstante, parece ser una necesidad— al afrontar el cambio en las formas de pensar que impone nuevas categorías. Desde hace más de un siglo atravesamos por transformaciones fundamentales que sintetizamos en el paso del «yo pienso» kantiano al «nosotros argumentamos» de Apel. De este desenvolvimiento forma parte la gran revolución del marxismo, con la incorporación de la historia, así como la revolución fenomenológica, con el forjamiento de conceptos como el de consciencia y sentido. Contribuciones donde subyace el papel del sujeto pensante y en acción, y que hoy pueden conjugarse aunque no en términos de un solo y exclusivo cuerpo teórico. Afrontamos la conformación de nuevas formas de pensar para abordar los problemas del pensamiento y del método científico, lo que se expresa en categorías que modifican las bases del discurso racional.

Detengámonos en algunas de las implicaciones. En primer lugar, consideremos cómo es afectado el concepto de realidad. De un concepto referido a objetos posibles de significación, en el lenguaje puramente analítico, se pasa a una concepción que da cuenta del espacio desde el cual el sujeto puede desplegar sus disposiciones y capacidades para enriquecer su subjetividad, más allá de lo objetivo como externalidad. Es parecido a lo que puede darse con la inmediatez del arte, cuando provoca en el espectador una sensación de belleza que lo vitaliza. Pues no se trata sólo de organizar conocimiento sino de que desempeñe un papel en la representación de espacios de vida para los sujetos, tanto concretamente como en el ámbito de lo simbóli-

co. Ello significa que el conocimiento como acto de pensar no se reduzca a la función cognitiva, sino que pueda organizar una apropiación en la que los contenidos se ubiquen en el marco de un sentido de vida.

Es necesario aclarar que la realidad objetiva reviste una doble cualidad: la primera, ser un conjunto de estructuras o circunstancias externas al sujeto; y la segunda, conformar diferentes posibilidades de sentido[1] para distintos sujetos. En esta última acepción, la realidad (aun en el plano de lo puramente cognitivo) se concibe como un conjunto de ámbitos en los cuales los sujetos pueden desplegarse, cuya concreción más clara es la disposición para construir; la cual obliga a traspasar los límites[2] de las determinaciones para apuntar al contorno en donde se sitúan los objetos. El contorno contribuye a conferirles una significación existencial pero en el marco de lo histórico.

Entre contenido y contorno se establece una relación que refleja lo que está en y fuera de los límites del contenido, de esta manera el pensamiento se abre a aquello que lo excede para dar cuenta de la necesidad de asomarse a lo por-venir. Este proceso es expresión del irse completando del sujeto. El conocimiento cumple, por lo tanto, la función de activar la necesidad de ser sujeto; ya que, cuando pensamos en la relación de conocimiento, ésta no se remite al conjunto de contenidos clasificados sino que abarca los desafíos por construirse como sujeto desde el acto mismo de construir contenidos. Se rompe con la centralidad del principio de identidad para dar lugar —no en su reemplazo, pero sí como su complemento— al movimiento de los límites de las determinaciones; esto se manifiesta en el desafío de lo emergente y de la incompletud.

Se requiere reconstruir lo emergente desde sus síntomas para captar lo soterrado que surge como posibilidad, tanto en el mo-

---

1. Sentido: *sensus, sensuales.* Nos referimos a una exigencia de inclusión de las afirmaciones particulares que se puedan hacer en un momento, considerando sus posibles devenires. (Para mayor referencia de los términos consultar el glosario, ubicado al final de este texto.)

2. Límite: *limitem*: al señalar el fin de algo o la separación entre cosas, el límite es negación; de ahí que denote un cierre. Desde esta perspectiva los desafíos de pensar la complejidad de los fenómenos plantea al pensamiento percatarse de los límites que puedan trascenderlo. (Para mayor referencia consultar el glosario, ubicado al final de este texto.)

mento[3] como en el horizonte[4] del desenvolvimiento histórico. Lo anterior plantea la noción de incompletud de lo dado y del propio sujeto. Emergencia e incompletud conforman espacios para el sujeto que son la vida vivida en la tensión que la despliega; el permanente estarse haciendo.

El aspecto más importante es la dinámica entre subjetividad e historia, porque es la base de la capacidad para re-actuar ante las circunstancias y ser o no autónomo. Tanto es así que para no quedar atrapados en la lógica de los productos, se exige pensar al sujeto desde sus dinámicas constituyentes que no se agotan en la pura intelección, pues comprometen las otras facultades que lo distinguen. Nos enfrentamos con lo gestante de la subjetividad del sujeto y de lo real-externo como ángulos desde los cuales abordar los parámetros que imponen inercias al sujeto, como los de orden y poder.

Desde esta mirada tiene sentido rescatar el papel que puede cumplir el lenguaje; un papel activador, si sirve como instrumento para romper con los límites de lo dado-significado, o bien un papel parametral, si se reduce a cumplir la función que imponen los universos de significaciones establecidos por el orden social; lo que dependerá del uso que seamos capaces de hacer de sus posibilidades.

En el marco de la utilización retórica o sígnica podemos recuperar, según sea el caso, la presencia de categorías renovadoras del pensamiento o, a *contrario sensu*, que muestren la gravitación inercial de aquellas otras categorías que no incorporan al sujeto en el discurso por estar más formalizadas. Lo dicho concierne a la recolocación del sujeto en el discurso a partir de categorías que puedan distanciarse de lo «objetivo-predicado», a modo de centrarse en lo constitutivo de lo real en base a la articulación entre dinámicas internas de los sujetos y de sus prácticas con las circunstancias contextuales.

---

3. Momento: *momentum*. Se busca develar un instante particular de una secuencia, lo que puede llevarnos a un esfuerzo cognitivo de lo singular; así mismo, de lo plural que ahí se pueda contener. No puede comprenderse disociado de la idea de devenir.

4. Horizonte: *horizontem*. Se busca denotar un ensanchamiento de los umbrales en los cuales tiene lugar la enunciación de conceptos.

Continuidad y discontinuidad en los planteamientos sobre el sujeto

El desafío consiste en construir una nueva red de categorías para organizar la relación del sujeto con la historia, a manera de facilitar pensar el movimiento de la realidad, el cual, correlativamente, supone el movimiento del pensamiento. En este sentido cabe referirse, en primer término, a la categoría de lo indeterminado. La cual rescatamos como forma para resolver el problema de la capacidad de re-actuación del sujeto a partir de vislumbrar la realidad como posibilidad de movimiento; el devenir de lo devenido.

Recordemos la sugerencia de Apel cuando afirma: «si la autoalienación, según Marx, no puede ser superada por ninguna iluminación psicológico-individual, ya que tiene que estar mediada "por la emancipación de la sociedad", entonces se trataría de "provocar procesos de reflexión que transformen la conducta inconsciente, no reconocida —y en esa medida explicable y manipulable—, en acción conscientemente responsable"».[5] De ahí que nuestro propósito sea articular mecanismos psicológicos con los del lenguaje para dar cuenta del dinamismo de la realidad, más allá de su cristalización en estructuras, para lo cual hay que asumir la tensión que refiere a una realidad dinámica-objetiva y, de otro lado, a la problemática de la potenciación[6] y construcción[7] por parte de los sujetos.

Nuestra postura se ubica entre una concepción objetivista y otra centrada en la subjetividad-existencial del sujeto, que se traduce en no quedarse prisionero de los objetos como modalidades de los límites conceptuales y empíricos. Por el contrario, buscamos abordar lo que excede a esos límites para entender lo que se puede estar «sugiriendo», «aludiendo» o «evocando» como el contorno que rodea a los contenidos. Ello supone considerar realidades que, no teniendo un contenido ni una significación claramente identificables, nos llevan a definirlas como «la autodonación no interpretada del fenómeno» —en la terminología

---

5. Karl-Otto Apel: *La transformación de la filosofía II*, p. 135.

6. Potencia: *potentia, potenciare*. Desplegar las virtualidades que se contienen en el mundo de lo subjetivo a partir de una necesidad de sentido.

7. Construcción: *construere*. La construcción en prácticas del ejercicio de la potenciación.

de Apel. («Eso de ahí... es tal y cual», que forma parte de un razonamiento abductivo.)[8]

La variedad de objetos posibles (modos de organizar los límites) debe plantearse en el marco de la exigencia de inclusividad. Algo así como la idea de un contorno que escapa a lo puramente formal del razonamiento científico, pues la constitución de la experiencia objetiva «se incluye en el de los contextos mundanos-vitales de la acción», como observa Apel apoyándose en Habermas.[9] Es el esfuerzo por darle preeminencia al sujeto sobre el discurso, que reconoce como un antecedente la idea de composición destacada en la obra de B. Spinoza.

Como ha señalado G. Deleuze, en Spinoza hay «un descubrimiento del inconsciente, de un inconsciente del pensamiento, no menos profundo que lo desconocido del cuerpo».[10] Esto lleva a un cuestionamiento del razonamiento causal al oponer el método analítico, que inquiere la causa como simple condición de la cosa, al método sintético, «que inquiere una génesis en lugar de un simple acondicionamiento».[11] Esta línea argumental plantea la relación entre conocimiento y consciencia, en la que ésta asume como desafío ámbitos de sentido que, como exigencias, predominan por encima de las argumentaciones sobre objetos. En esta lógica la relación de conocimiento cumple la función de mostrar lo predicable desde la colocación[12] del sujeto en el momento —que no considera a éste como externo al sujeto— a manera de evitar encerrarlo en los límites de un predicado; es en lo que consiste la apertura del sujeto respecto a sus determinaciones.[13]

En la medida en que lo indeterminado rompe con los límites del objeto (disciplinario), lleva a abordar la problemática del contorno en que se ubica el problema que se quiere conocer. Por eso, el acto de conocer se acompaña de un acto de consciencia sobre el movimiento.[14] Cuando entendemos la realidad de esta manera es

---

8. Apel: *Teoría de la verdad y ética del discurso*, p. 46.

9. *Op. cit.*, p. 84.

10. *Ibíd.*, p. 29.

11. *Ibíd.*, p. 138.

12. Colocación: *collocare*. Referimos con este término a la necesidad de ubicación en parámetros que pueden exceder referencias teóricas o axiológicas.

13. Apel: *La transformación de la filosofía II*, p. 10.

14. Ello plantea la necesidad de una reflexión acerca «de los presupuestos trascendentes de la consciencia que están en la base de [la] ciencia» (363). Apel, *La transformación de la filosofía II*, p. 10.

imperativo hacer la distinción entre devenir y potenciación. El devenir señala la necesidad del movimiento en los objetos que se construyen, obliga a tomar en cuenta tanto lo que han devenido como el mismo devenir-deviniendo. Por otra parte, la potenciación reconoce su fundamento en la realidad, pero orientada no al producto del movimiento sino a su dinámica constitutiva. En este ámbito se puede reconocer la intervención del sujeto desde su capacidad de actuación, que es parte de esa dinámica.

Lo anterior obliga a profundizar en aquello que precede a la organización del discurso del conocimiento, en la medida en que «el conocimiento no flota en el vacío, ni es auto-suficiente, sino que se fundamenta en la experiencia vital» que, para algunos, es una «dimensión irreductible al enfoque epistemológico», pero que, no obstante, «es parte de dimensiones de la realidad que aluden a lo gestante y/o a lo magmático de la misma [...] Alude a esa exigencia de conocimiento que se oculta detrás de la racionalidad formal y que, en medida importante, es manifestación de la propia praxis humana».[15]

Lo sin forma, como tal, ese «como algo» que está requiriendo de un «bautismo originario» —en la acepción de Kripke— no se puede conocer. Conduce a problematizar lo que se oculta detrás de las organizaciones conceptuales, de las abstracciones más formales. Esto lleva a hablar no solamente de razón, sino de voluntad de razón, que es el acto de conocer y que refleja la necesidad de ser sujeto.

Cabe preguntarse, ¿«qué hay de experiencial por debajo del principio formal»? ¿Es lo formal sólo «pura formalidad o se apoya la formalidad de la razón en la experiencia»? En este sentido, no sería descabellado pensar que tanto la formalidad como su «autoridad epistemológica [...] es pionera de un trasfondo experiencial»,[16] dando lugar a la formulación de Gadamer de «una teoría de la experiencia histórica»; teoría de la experiencia real «que es el pensar».[17] Aunque nos acerca a la idea de dinámica constitutiva, en tanto «el comprender constituye el modo de ser del estar-ahí, algo originario de la vida hu-

15. Jesús Conill: *Hermenéutica antropológica de la relación experiencial, el discurso de realidad...*, p. 135.

16. *Ibíd.*, p. 139. A este respecto, hay que recuperar las aportaciones de Wilhelm Dilthey. Cfr. *Crítica de la razón histórica*.

17. Hans-Georg Gadamer: *Verdad y método*, p. 19.

mana»,[18] no alcanza a resolverse en una forma epistémica capaz de dar cuenta de la subjetividad constituyente del sujeto en el mundo. Esta subjetividad constituyente es la capacidad para traspasar los límites de una relación basada en la simple constelación de objetos.

El desafío consiste en trabajar la idea de la experiencia vital en tanto incorporación del sujeto a su discurso, en la perspectiva desentrañada por el mismo Gadamer: «la conceptualidad en la que se desarrolla el filosofar no posee siempre en la misma medida en que nos determina el lenguaje en el que vivimos. Y forma parte de un pensar honesto el hacerse consciente de estos condicionamientos previos».[19] El problema reside en que no basta rescatar las dinámicas constituyentes, como ese algo que antecede al discurso formal, pues es necesario caracterizar a esa realidad como espacio de creaciones posibles del propio sujeto individual y/o social.

Los espacios de posibilidades median entre las dinámicas objetivas (o externalidades) y la capacidad constitutiva del sujeto, aunque sin reducirse a lo puramente existencial. Se trata de transformar la dialéctica del devenir en potencialidad a partir de concebir la dinámica de lo real como potenciación de lo potenciable.

Nos encontramos en los terrenos de la tercera *Tesis sobre Feuerbach* de Marx, cuando sostiene que se «olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado»; lo que es posible solamente de «concebir y entender racionalmente como práctica...» para dar cuenta de esa zona de indeterminación de lo social que es, precisamente, la que conforma el ámbito de intervención del hombre sobre sus circunstancias; pero siempre que sea capaz de colocarse ante éstas sin doblegarse a su gravitación. La potenciación de lo potenciable se refiere, en consecuencia, a este espacio de intervención que supone un margen de autonomía[20] desde el cual construir realidades en distintas direcciones.

La realidad es inacabada porque siempre es posible una construcción nunca antes dada. Es lo que obliga a pensar a la razón desde el rompimiento, no ya como simple forma, sino como ex-

---

18. Conill, *op. cit.*, p. 136.
19. Gadamer, *op. cit.*, p. 27.
20. Autonomía: *auto*: por sí mismo, a sí mismo / *nomos, nomoi, nomia*: ley. Alude a la capacidad de despliegue del sujeto para colocarse ante sus circunstancias.

presión de un deseo de estar, no estrictamente como un simple estar ahí, sino como voluntad de estar, un querer estar. Idea fundamental ya presente en el pensamiento griego presocrático, como lo señaló Mondolfo: «en las exigencias gnoseológicas que puedan llamarse "eleatas" [...] el sujeto se afirma en su universalidad racional como legislador y árbitro de la realidad, pretendiendo someter la realidad objetiva a sus propias normas interiores, en lugar de adaptar y subordinar su propia inteligencia a la realidad universal»; pues, «la forma que subordina la posibilidad del conocimiento al elemento volitivo [...] puede reconocerse en mundos filosóficos antiguos, a partir de Heráclito». En Jenófanes, se aprecia como «presentimiento germinal» la vinculación entre conocimiento y el esfuerzo espiritual voluntario del hombre cuando sostiene que «los dioses no le han mostrado todo a los hombres desde el comienzo, sino que los hombres buscan y con el tiempo encuentran lo mejor».[21] O bien, como dijo Epicarmo, «a precio de trabajos nos venden todos los bienes los dioses».[22] Lo que es congruente con la afirmación que se formula hoy: «la razón sea la expresión de una voluntad de resistencia, de una rebeldía, de la necesidad sentida de libertad, de no querer someterse a contenidos dados».[23]

Nos situamos en el ámbito de lo inacabado más que en el de la libertad, porque aquélla supone la necesidad de ser sujeto antes que una necesidad axiológica muchas veces normativa. La necesidad de ser sujeto se fundamenta en la actividad de pensar para rebasar el puro formalismo. Porque «la razón es a la vez voluntad de razón»,[24] lo que en Apel da lugar al concepto «gnoseo-antropológico» para dar cuenta de la ampliación de la capacidad de pensar que conlleva la dimensión somática. Esto nos ofrece «un nuevo acceso a la relación corporal con el mundo a través de los sentidos, más allá de la función de la consciencia y del lenguaje».[25] Nuevamente tendríamos que recordar a Spinoza y, por supuesto, a Dilthey.

En el centro del debate se encuentra la cuestión del sentido que se hace presente con el lenguaje, más allá de la necesidad del

21. Rodolfo Mondolfo: *La comprensión del sujeto humano en la cultura griega*, p. 136.
22. *Ibíd.*, p. 137.
23. Conill, *op. cit.*, p. 139.
24. Apel, *Transformación de la filosofía II*.
25. Conill, *op. cit.*, p. 142.

sujeto de reconocer su campo de experiencias vitales (diversidad de proyectos de vida), a partir de ubicarse en un momento histórico. En este contexto, el lenguaje puede cumplir la función de parámetro o de activador de realidades. Como activador, plantea la cuestión del espacio inclusivo en tanto concreción que resulta de la presencia de múltiples sujetos con sus cargas axiológicas, asociadas a distintas memorias y visiones de futuro. Pero el lenguaje puede verse afectado por prácticas como las propias de la comunicación que, al exigir la universalidad de lo significado, plantean una dimensión objetivizante de la subjetividad. Esto se profundiza por la necesidad de una «mediación comunicativa de la validez» que surge en el contexto de la formación de consenso, que presupone una «comunidad de comunicación ilimitada e ideal».[26]

Como señaló Gadamer: «ser histórico quiere decir no agotarse nunca en el saberse».[27] Se plantea que la historia como historicidad rompe con los parámetros pero, simultáneamente, cómo el pensamiento requiere organizarse en términos de parámetros que lo fijen. Se plantea el desafío de no disociar sujeto y realidad para recuperar las dinámicas constitutivas en un pensamiento capaz de organizar «la reflexión sobre (las) consecuencias sociales de las ciencias sociales» empírico-nomológica. De esta forma, desembocar «en una potenciación del curso del hombre sobre el hombre»,[28] en la que la realidad deja de ser una externalidad al sujeto.

Una alienación en la forma actual de pensar se encuentra determinada por la tendencia (derivada de la influencia del método cartesiano) de investigar algo separado de nosotros y dotado de leyes propias en su independencia y autonomía». Con ello se pierde el enfoque de entendernos «dentro de una continuidad única y con sentido, con el mundo histórico en cuanto lo otro que nosotros».[29]

Pero asumir lo anterior significa concebir al sujeto en su capacidad de potenciación (que se despliega desde su subjetividad), pero siempre históricamente situado, a manera de darle *status* epistémico a la función que cumple la experiencia. La cual «no piensa en modo alguno desde "un marco de referencia conceptual", sino que, por el contrario, ve la auténtica verdad en lo

26. Apel: *Las aspiraciones del comunitarismo anglo-americano desde el punto de vista de la ética discursiva, el discurso de realidad, op. cit.*, p. 22.
27. Conill, *op. cit.*, p. 137.
28. Apel: *La transformación de la filosofía II*, p. 132.
29. *Ibíd.*, p. 19.

que ella experimenta».[30] Es lo que llamamos, al inicio, el efecto inmediato del arte que rompe con las referencias conceptuales. Las cuales, muchas veces, son simple manifestación de parámetros, ideológicos o axiológicos, asociados en términos generales a la lógica del orden, que procuran subordinar el pensamiento a lógicas heterónomas mediante las que modelar la subjetividad según las exigencias de ese orden. Con ello se afecta la necesidad de actuar y de reactuar del sujeto perdiéndose su condición protagónica como constructor de realidades.

Un modo de hacerse presente esta desintegración del sujeto está en lo que Apel llama «la peligrosa ideología de la razón menguada», como mentalidad de adaptación oportunista y enemiga de la reflexión que facilita la subordinación a condiciones externas dominantes, como las de índole económica, que dan lugar a «los especialistas idiotas utilizables a voluntad».[31] Para afrontar esta situación se requiere desarrollar la capacidad de actuación y de re-actuación del sujeto, que es posible siempre y cuando piense desde una clara ubicación en la historia. Solamente así puede desarrollar con fuerza su necesidad de ser sujeto, condicionado a un pensamiento capaz de romper con sus inercias.

El desafío anterior consiste en recuperar el acto de pensar como expresión de la necesidad de estar siendo, lo que requiere de un lenguaje que, al no quedar prisionero de sus significados, sea capaz de «desplazar significativamente la referencia de un significado determinado hacia lo incierto»; pues, «lo que es significativo es algo que posee un significado desconocido (o no dicho)».[32]

Lo anterior supone romper con una estructura de pensamiento asociada a un sistema hipotético-deductivo, ya que desde un punto de vista lógico-formal «tanto la comprensión racional-teleológica [como] la explicación analítica causal pueden ser reducidas [...] a un núcleo idéntico en el sentido de un sistema hipotético-deductivo».[33] En contraposición, la capacidad de actuación y de re-actuación requiere de modos de pensar y de construir relaciones de conocimiento desde lo inacabado o inconcluso, esto es, desde lo informal, vago, difuso, porque de allí nacen los espacios de creación y construcción del hombre.

---

30. Gadamer, *op. cit.*, p. 123.
31. Apel, *La transformación de la filosofía II*, p. 124.
32. Gadamer, *op. cit.*, p. 130.
33. Apel: *La transformación de la filosofía II*, p. 131.

Una posibilidad se encuentra en el arte, en general en los lenguajes simbólicos, en la medida en que «todo encuentro con [su lenguaje] es un encuentro con un acontecer inconcluso y es a su vez parte de este acontecer».[34] Se trata de afrontar la tensión entre lo inteligible, que se corresponde con significados comunicables regidos en su argumentación por el principio de identidad, y las formas que pueden depender de la apertura y de la potenciación vinculadas con lo que no tiene todavía forma.

Esta discusión supone una recategorización del discurso de la razón científica desde el lenguaje, a modo de rescatarlo como mecanismo que potencia al sujeto, pero siempre desde su condición subjetiva historizada. Debemos considerar lo que significa la pertenencia a comunidades de pensamiento que encuentran su propia identidad en universos semánticos, lo que nos remite a la relación del lenguaje con su contexto de pertenencia; pues a la vez que es parte de éste, contribuyendo a cerrarlo, también es cierto que no se agota en él en razón de la potencialidad que tiene para resignificarlo.

Según lo anterior, no podemos dejar de pensar que el lenguaje es la historicidad entendida como transgresión debido a que contiene, según la capacidad de utilizarlo, la posibilidad de nuevas significaciones, o bien de resignificar. El lenguaje contribuye a la constitución de posibilidades abiertas, que pueden anticipar el devenir de lo real, por su potencialidad de decir todo, a pesar de su tendencia a transformarse en parámetro (pensamos en los lenguajes encráticos de R. Barthes). Es lo que lleva a pensar en el lenguaje como mediación, que se traduce en su capacidad de negar los límites de sus universos de significación, siempre que su utilización se establezca desde la necesidad de realidad por el sujeto.

Esta necesidad desafía al lenguaje como eje de distintos discursos constructores de significaciones. Ello, porque la necesidad de realidad la concebimos como una forma de consciencia que plasma universos que contienen nuevas posibilidades. Esto puede dar lugar a diferentes discursos, según la naturaleza de sus contenidos, lo que dependerá del sentido que tenga la construcción de la relación con la realidad, ya sea analítico-explicativa o hermenéutica, o bien que represente una apropiación simbólica al estilo de la literatura y el arte.

34. Gadamer, *op. cit.*, p. 141.

Se trata de fortalecer el papel del sujeto como constructor de su historia, en un contexto que, como sostenía Erich Fromm en su libro *La revolución de la esperanza*, impulsa al sujeto a transformarse en parte de una maquinaria total, que le hace perder el contacto consigo mismo y con la vida. Por ello, se plantea incorporar nuevas categorías que obliguen a subordinar las lógicas dominantes (en los ámbitos disciplinarios) a ángulos de razonamiento que incorporen la exigencia de abrir la mirada de lo social a diferentes articulaciones. Esto es, leer la realidad en su condición tanto de producto como de potencialidad para no agotar su lectura en las modalidades que presentan los límites de un recorte particular construido desde la lógica de objetos.

Lo dicho supone dar cuenta de la contradicción, o bien de la congruencia, entre los campos de significación histórica y teórica desde donde se piensan los contenidos que sirven como base para la potenciación. Y en esta dirección construir un estilo de pensamiento que incorpore las exigencias axiológicas y volitivas del sujeto para contribuir a que surja una forma de estar consciente ante las circunstancias que conforman el espacio inmediato, tanto del pensamiento como de la acción. No podemos seguir pensando en los marcos de una lógica de objetos, sino buscar, en su reemplazo, una óptica inclusiva y articulada que dé cuenta de horizontes que contengan una diversidad de objetos particulares.[35]

Es la necesidad del momento histórico que se abre a nuevos espacios. O sea, convertir la consciencia histórica en ángulo que sirva de apoyo para el arranque del pensar teórico y de sus posibilidades de construcción cognitiva. Ello obliga a trabajar con una multiplicidad de tiempos que es lo propio de concebir a la realidad como inacabable pero construible por el hombre. Necesidad de realidad como inacabada y lectura del presente como espacio de posibilidades, que se derivan de la realidad como movimiento potenciador; de ahí que la trascendencia exprese la búsqueda de futuro.

---

35. Ello significa razonar en base a categorías como necesidad e indeterminación que llevan a conformar un marco pertinente a las exigencias de construcción del conocimiento como parte del esfuerzo del sujeto para ser históricamente. Aunque también podrían definirse otras categorías como potencialidad, construcción y opciones, cuya función es instrumentar las decisiones que buscan potenciar lo reconocido como necesario y abierto a nuevas modalidades de contenido.

Subyace la presencia de un sujeto capaz de reconocer desde dónde y cómo se puede activar o hacer tangible la potencialidad; se destaca el esfuerzo por desarmar lo constituido para reconocer las posibilidades ocultas en lo dado. Y que es particularmente importante en el contexto de una sociedad tecnologizada, toda vez que la tecnología puede contribuir a debilitar la subjetividad o, lo que es lo mismo, hacerla funcional al orden dominante.

De lo que se desprende la importancia de rescatar la fuerza del lenguaje, su potencialidad simbólica y el rescate de la historicidad del sujeto en sus distintos lenguajes de expresión. El sujeto afronta tener que internalizar la relación entre determinación e indeterminación, contenido y continente, objetos y horizontes, para estar abierto a las exigencias y posibilidades de despliegue de su propia subjetividad. Desde esta perspectiva se rompe la relación sujeto-objeto para reemplazarla por los desafíos que se desprenden de la relación sujeto-sujeto. Nos encontramos en el quid del cambio de los paradigmas logo-céntricos.

Los enigmas como posibilidades

En la búsqueda de la potenciación del sujeto no nos limitaremos a la aventura por las verdades, pues pensamos que no siempre ésta enriquece al hombre. Puede ocurrir que, aunque las verdades contribuyan a iluminar aquello que rodea al sujeto, no lo salven de su impotencia para transformarlas en acciones. Pero también, la iluminación de aquello que rodea al sujeto no trasciende el límite de lo infranqueable cuando nos circunscribimos a las lógicas cognitivas, iluminaciones que, no obstante, pueden ser incorporadas al campo de la experiencia vital, pero no al de las verdades teóricas. El problema es pasar a un lenguaje que, sin restringirse a una función cognitiva, pueda expresar la rebeldía del hombre. Lo cual se vincula con los desafíos que el hombre ha reconocido para sí en su esfuerzo por vivir en el marco del empeño por construir su historia.

Es el camino que se mueve desde los señalamientos de Marx, en las *Tesis sobre Feuerbach*, hasta las provocaciones de Apel para hacer de lo inconsciente un conocimiento consciente y responsable, pasando por esa hermosa invocación de Musil de atender a la poesía todavía no escrita del hombre. Buscamos romper con la

fuerte tendencia a reducir lo real a objetos según las exigencias de la identidad que siguen los cánones de las lógicas cognitivas.

Desde este ángulo, es necesario referir a los cuestionamientos que se han formulado sobre una excesiva memoria cientificista, que sirve para recordarnos que la realidad que afrontamos puede revestir modos de hacerse presente que pueden romper, por su misma complejidad, con los cánones establecidos para la apropiación cognitiva. El pensamiento científico puede revestir otras formas que trasciendan a las actuales, especialmente cuando pensamos en las críticas planteadas a distintos ámbitos del conocimiento.

En este sentido, cabe tener en cuenta las críticas de Karl Popper a determinadas posturas del Círculo de Viena. También es el caso de los planteamientos de Schlick cuando se refiere a la relación mente-cuerpo; la cual, aunque puede considerarla fascinante, no le satisface. «Sin duda, a veces nosotros mismos nos creamos problemas por confundirnos al hablar acerca del mundo; pero, ¿por qué no podría agregar el mundo algunos secretos realmente difíciles, incluso, tal vez, insolubles? Puede que existan enigmas; yo pienso que existen».[36] Con lo que critica la afirmación de Wittgenstein de que «no existe el enigma» (enunciada en su *Tractatus*), y observa, en contra de la opinión de este filósofo, que «lo profundo es lo indecible», que «el mundo de lo decible no siempre carece de profundidad» ya que, desde cierto ángulo, «existe un abismo entre las cosas que pueden ser dichas —entre un libro de cocina y el *De Revolutionibus* de Copérnico—, como existe un abismo entre las cosas que no pueden ser dichas, entre algunas piezas de mal gusto artístico y un retrato de Holbein».[37]

En esta misma dirección tenemos también las críticas de Frankl al psicoanálisis de Freud cuando señala que el «psicoanálisis contempla la totalidad de la psique humana desde una concepción atomista, como la unión por piezas de partes que en principio son diferentes, y que responden a diferentes fuerzas, a su vez componentes de diferentes elementos que le dan vida. Así pues, la psique no sólo está atomizada, sino an-atomizada: el análisis de la psique es en sí mismo una anatomía. En este sentido se destruye la visión del ser humano como algo total»;[38] con lo

36. Karl Popper: *Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual*, p. 252.
37. *Ibíd.*, p. 252.
38. Frankl: *El hombre en busca del sentido último*, p. 33.

que el psicoanálisis asume «la tarea de reconstruir a la persona tomando sus piezas», lo que implica que se defina como «el autómaton de un aparato físico» olvidando «la autonomía de la existencia espiritual...» que es «lo que hay de humano en el hombre»;[39] pues el hombre no es solamente el objeto de unos mecanismos, o de una física de la energía.

En relación con estas críticas, orientadas a rescatar dimensiones del análisis que no se reducen a relaciones entre factores subordinados a una función cognitiva, según las exigencias de la lógica de causa-efecto, se pueden también encontrar casos en la lingüística. Recordemos la crítica de Steiner a la lingüística de Chomsky, en cuanto al esfuerzo de éste por encontrar una explicación a la capacidad de uso del lenguaje por el hombre, «que va más allá de los presente formales o [enseñados] y del conjunto de experiencias adquiridas y atesoradas individualmente». Según Chomsky, «esta capacidad indica que existen procesos fundamentales que actúan independientemente de la retroalimentación del medio». El lenguaje, según Chomsky «hace pensar en una computadora», en cuanto «hay pruebas concluyentes de que la idea quizás parcialmente inconsciente [es] que en las profundidades de la consciencia humana hay una poderosa computadora», que «es decisiva en una buena parte de sus razonamientos».[40] Relación entre lo físico y lo mental que por constar de gran complejidad obliga a estar alerta frente a cualquier intento de explicar esa relación por reducción a factores.

Al analizar estos procesos, y destacar su complejidad, se debe plantear —como sostiene Steiner— que «se ubican en esa zona intermedia entre lo mental y lo físico, entre lo psíquico y lo neurológico que nuestro vocabulario anticuado, con sus distinciones profundamente arraigadas entre mente y cuerpo, no está capacitado para manejar».[41] Como señaló Popper, «el problema mente-cuerpo no ha quedado agotado por estos dos problemas, el problema de los estados de consciencia y el problema del yo»;[42] porque la plena consciencia del yo, a pesar de «estar siempre presente, en forma disposicional, en los adultos, esas disposicio-

---

39. *Ibíd.*, p. 35.
40. Steiner, *op. cit.*, p. 118.
41. George Steiner: *Extraterritorial*, p. 117.
42. Popper, *op. cit.*, p. 257.

nes no siempre están activadas». Con esto, colocamos nuevamente en el centro de la problemática la potenciación del sujeto.

Desde las grandes contribuciones de Marx a Apel, pasando por la gran literatura relativa al fortalecimiento del sujeto, se puede llegar al sentido que tiene como postura la potenciación del sujeto, pero en el entendido que forma parte de su misma condición. La potenciación adquiere su más claro significado cuando se constata que «con frecuencia nos encontramos en un estado mental de intensa actividad y, al mismo tiempo, completamente olvidados de nosotros mismos...»,[43] por lo que volvemos a eso de la poesía no escrita del hombre de la que hablaba Musil. La potenciación del sujeto supone un asumirse a sí mismo, trascendiendo el propio olvido, que muchas veces se traduce en la resignación que lleva a que el individuo se oculte detrás de sus roles o funciones. De ahí la importancia de saber colocarnos ante el contexto; o, mejor dicho, asumir las mediaciones que se dan entre el sujeto y el contenido de modo que la capacidad de ubicarse cumpla la función de mecanismo para trascender el olvido de sí mismo, en oposición a la simple objetivación asociada al lenguaje.

Debemos destacar la importancia de la potenciación del sujeto como condición pre-discursiva (en cualquier forma que pueda asumir) en tanto ésta no consiste en capacidades puramente intelectuales, ya que expresa el conjunto de dimensiones del sujeto (intelectuales, imaginativas, volitivas, emocionales). Nos enfrentamos, por eso, a un cuadro de categorías que pueda dar cuenta de la realidad como construcción por los sujetos; lo que exige de formas de pensar adecuadas para responder a la problemática que se deriva de concebir a la externalidad como un constante proceso de darse; pero, también, de afrontarla como un darse del sujeto que puede asumir distintas modalidades, según la complejidad de las acciones de que sea capaz el sujeto.

Nos situamos dentro del campo problemático que definimos como histórico-existencial. En él se cruzan aspectos (como los económicos, sociales, políticos y culturales) que caracterizan a la realidad externa, u objetivada, respecto de los sujetos, pero como resultado de las acciones de éstos. Se apunta a concebirla como un ámbito de posibilidades de experiencias que, a la vez, son el despliegue del sujeto. De lo que se desprende que

43. *Ibíd.*

los sujetos encarnan la posibilidad de realidad, ya sea que ésta revista el carácter de objetivada o no respecto de aquéllos.

Se hace necesaria la elaboración de categorías que sean adecuadas para captar los nudos de articulación de las dinámicas del sujeto con la realidad contextual en que éste se despliega. Entre estas categorías podemos mencionar la de despliegue y la de sujeto como ángulo, por una parte; y de otra parte, la de mundo de vida y la de espacio de posibilidades. El trasfondo es que los sujetos son la posibilidad de realidad; en otras palabras, que la realidad es sujeto o no es nada.

De lo que podemos concluir que el concepto de objetividad deviene en un espacio donde se plasma la realidad-posibilidad de ser sujeto concreto (individual o colectivo). Lo que significa que las circunstancias sociales, genéricamente hablando, conforman espacios que reciben sus contenidos y significados por la presencia y despliegue de sujetos concretos. La realidad es la necesidad resuelta como objetivación para desplegarse por determinados sujetos, despliegue que plantea exigencias de análisis que den cuenta de las condiciones en las cuales tiene lugar.

El principal desafío reside en saber resolver la tensión entre el movimiento de múltiples direcciones y los requerimientos de orden de la sociedad. El movimiento de ésta, siendo el resultado del movimiento de los sujetos, obliga a observar que cualquier estructura social, en su acepción genérica, está sometida a esta dinámica.

Lo que obliga a pensar en la historicidad de cualquier estructura, asociada al movimiento de múltiples direcciones, para no reducir aquélla a un simple recorte temporal. Las estructuras tienen que traducir las dinámicas constitutivas que forman parte del movimiento de los sujetos; donde las dinámicas no están necesariamente ceñidas a regularidades que permitan prever situaciones, ya que en el trasfondo se encuentra la incompletud de cualquier situación por estructurada que sea. Esto es lo que permite incorporar la categoría de lo constitutivo para abordar el carácter inacabado del sujeto y de su contexto.

Desde este movimiento de los sujetos se puede abordar un cambio en el nivel epistémico de las categorías, pues éstas incorporan dimensiones axiológicas relativas al ángulo desde el que los sujetos construyen su realidad. Su importancia reside en los alcances con que comprometen al sujeto en relación a sus facultades, por cuanto el propósito último de este campo problemáti-

co histórico-existencial es garantizar la capacidad del o de los sujetos para conformar espacios autónomos de construcción social en base al conjunto de sus facultades.

El esfuerzo por avanzar en una profundización de la potenciación lleva a relacionarla con la capacidad de significar, según la utilización que se haga del lenguaje. El lenguaje asume una función central por ser el lugar desde donde se pueden desarrollar, en todos sus alcances psicológicos, sociales y culturales, las alternativas de despliegue propias del hacerse del sujeto, en tanto articula subjetividad individual e histórica.

La potenciación encuentra en este proceso del despliegue su máxima expresión, en tanto consiste en romper con los parámetros que atrapan y empobrecen al sujeto para que pueda afrontar sus horizontes de posibilidades.

La dimensión histórica-existencial deviene en el espacio de posibilidades para ser libre, aunque también es la encarnación de sus limitaciones. En ningún otro lugar se puede ver con más claridad la conjugación entre condiciones sociales y subjetividad, o, de manera principal, la dialéctica entre querer y poder ser. Es lo que denominamos capacidad de significar que se encuentra en el trasfondo de la condición del ser humano, en la medida en que la concebimos como la capacidad de proyectarse más allá de lo dado, para incursionar en el misterio e incorporarlo como nuevo contorno de la subjetividad. De ahí la importancia de confrontar al espacio histórico-existencial con las posibilidades que ofrece el lenguaje como sistema de significantes, a manera de resolver cuándo y cómo puede servir de apoyo para potenciar la subjetividad del sujeto.

A continuación planteamos una reflexión categorial sobre el lenguaje aunque todavía sin articularlo con las dimensiones psicológicas del sujeto. Debemos antes buscar una línea central que permita reconocer los márgenes de expresión de la potencialidad; lo que dependerá de la capacidad de significar en tanto condición de autonomía del sujeto. La resolución en definitiva se alcanzará en base a una articulación del lenguaje con los dispositivos psicológicos.

CAPÍTULO II

LA POTENCIA COMO FORMA DE DECIR

La capacidad de significar

La forma de decir está en relación con la necesidad de colocarnos ante las circunstancias cuando no se quiere sentirse atrapado por ellas; por eso es posible que en la misma cotidianidad pueda tener presencia una trascendencia que nos impulsa a estar más allá de un darse. Como aquello que mencionó Whitman cuando hablaba de las palabras «que contaron poco de las cosas, pero sí mucho de lo sublime de la vida, del ser libre y del darse»; trascendencia diaria que es como los «tambores para quienes se rebelan, conspiran y se escapan»,[1] que, en esencia, toma la forma de la alegría. Ello, porque la verdad es el reclamo de más vida como posibilidad a la vez que como voluntad, de ahí que su forma tenga que ser la adecuada tanto al es como posibilidad como al es de la voluntad de hacer. Allí subyace la tensión suprema que sintetiza la demanda de Beethoven: «nosotros los mortales con el espíritu inmortal». Es lo que denominamos necesidad constitutiva de ser sujeto.

La forma del decir está influida por la necesidad de ser sujeto para colocarnos ante las circunstancias, obligando a reemplazar el discurso causal y determinista por otro que recupere la necesidad y la potencialidad, que, a diferencia del discurso de las determinaciones, privilegia la función del ángulo por encima de la del predicado: esto es, al sujeto por encima del atributo. Es el predominio del verbo para dar cuenta de los nudos de activación

1. Walt Whitman: *Canto a mí mismo.*

abiertos a múltiples posibilidades, pero donde, además, se encuentran los lenguajes gozando del misterio mediante una apertura de lo dicho a lo no dicho para incorporar al contorno. Pero tenemos que afrontar las estrecheces de los lenguajes tecnológicos para ser trascendentes; que esto nos permita desafiar la lógica de identidad.

Nos adentramos en la problemática del reemplazo de los lenguajes verbales por otro tipo de lenguajes, lo que reconoce como primer antecedente el rompimiento que provoca el lenguaje de las matemáticas para dar lugar a que éste experimente, como sostiene Steiner, «una separación de la experiencia», conformando «un campo diferente de lo real».[2]

Esta separación de lo sensible o de los hechos puede asumir distintas modalidades según la función que se trate de resolver. No siempre se busca pasar de la simple descripción a la enumeración, ya que bien podría ser el caso de la necesidad de pasar desde la representación de contenidos, en tanto instrumentos para organizar acciones útiles, al discurso de «los producentes» (en la acepción blocheana).[3] Donde lo central no está en la identificación de objetos susceptibles de ser descritos, sino en captar la apertura de sus límites hacia horizontes (o contornos) que pueda, el sujeto, transformar en espacios para su despliegue.

Esta alternativa más que dar cuenta de un producto se orienta a ocuparse del proceso constitutivo que puede plasmar distintos productos. Significa modificar la construcción de enunciados por lo cual no resulta prioritaria la tarea de señalar propiedades a los objetos, en la medida en que el énfasis está en captar al proceso mismo de constitución de aquéllos. Ello requiere romper con todo un sistema de categorías para resolver el problema de la objetividad en términos de determinaciones. Ya que captar el proceso de constitución rebasa estos cánones en la medida en que los productos no resultan previsibles según una lógica lineal de razonamiento; en tanto los procesos sociales no se ciñen estrictamente a exigencias legaliformes, por el contrario, requieren recortarse en función de alternativas de productos. El resultado es el rompimiento de la linealidad en las relaciones y el

2. Steiner: *Lenguaje y silencio*, p. 36.
3. Ernest Bloch, *El principio esperanza*.

tiempo, «implícito en la sintaxis de los lenguajes verbales»;[4] en este marco se puede concluir que «en la verdad última, pasado, presente y futuro se abarcan simultáneamente».[5]

Se desprende de lo expresado un cambio en la relación del lenguaje con la experiencia. Al perder su correlación con datos sensoriales, no solamente el lenguaje puede conformar campos diferentes de lo real (como en el caso de las matemáticas, en que «deja de ser un instrumento de lo empírico»),[6] sino, además, la experiencia deja de estar restringida a los significados de los contenidos para abarcar significaciones propias de la potencialidad posible de ser activada por el sujeto. Ello plantea formas de razonamiento fundadas en lo potencial, para lo cual los fenómenos se transforman en ámbitos de sentidos, a manera de definir recortes contrapuestos al recorte propio de objetos puramente operacionales.

En este marco, es interesante recuperar la idea de que «no es ninguna paradoja afirmar que en algunos aspectos decisivos la realidad comienza ahora fuera del mundo verbal»,[7] en cuanto las exigencias de la potencialidad no se ajustan a un razonamiento lógico-formal (ni deductivo, ni inductivo, ni abductivo), en la medida en que la capacidad para actuar y re-actuar frente a las circunstancias no se agota en lo puramente teórico. En cuanto al lenguaje supone su uso desde exigencias de un horizonte de posibilidades de objetos, lo que rebasa la estructura sujeto-objeto para centrarse en la relación sujeto-verbo y, en consecuencia, contiene juicios diversos de atribución de propiedades propios de estas posibilidades de objetos.

Se complejiza la construcción de enunciados, ya que lo real no resulta función del enunciado, en tanto conexión con lo denotado, al devenir en función de lo constitutivo de lo real en vez de serlo de lo real como dado. Pero, sobre todo, porque el enunciado expresa, antes que una captación, una necesidad de realidad. En esta situación se trasciende la disciplina (desde luego lo enumerativo) para colocar en el centro de los enunciados la referencia a potencialidades posibles de activarse por el sujeto.

La realidad-mundo se desdobla en lo dado y lo potencial, planteando la pregunta: ¿cuál es el significado de la conjunción entre

4. Steiner, *op. cit.*, p. 35.
5. *Ibíd.*, p. 35.
6. *Ibíd.*, p. 36.
7. *Ibíd.*, p. 40.

lo dado y lo potencial? Ubicamos en esta tensión la problemática de la construcción de la historia y de su forma de consciencia, la consciencia histórica, que apunta a horizontes que pueden devenir en contenidos a partir de la experiencia humana; por lo mismo, forma parte del esfuerzo por ampliar y enriquecer la subjetividad del sujeto humano. El lenguaje, a su vez, se amplia para comenzar a versar sobre el silencio: pues la potenciación es deseo sin discurso, es posibilidad sin forma, necesidad sin nombre. Incorporación de esta exigencia (todavía fuera de los límites del lenguaje) que expresa la condición de incompletud y de inagotamiento del sujeto.

Es la apertura que alude a lo que está más allá de lo dicho; ampliación que se corresponde con lo que es propio de la subjetividad para la cual el lenguaje asume el papel de representar un campo desde donde poder ser sujeto potenciado en sus disposiciones y capacidades para actuar ante las circunstancias del contexto. Problemática que es propia de un lenguaje potenciador y generador de realidades, no restringido a la inteligibilidad de contenidos objetuales, por estar al servicio de estimular la disposición para colocarse ante las circunstancias y transformar la realidad externa-objetiva en mundo: esto es, en ámbitos para despliegues.

Para este propósito consideramos a la historicidad como premisa que difiere de las teóricas, incluso lógicas, como base para organizar el pensamiento. Es un ángulo de lo decible que exige sus lenguajes particulares, pero que, a diferencia de las premisas teóricas, es capaz de reconocer diferentes lenguajes, debido a que la historicidad es una necesidad sin forma precisa. De lo que resulta la trasgresión de los significados de cualquier lenguaje particular, especialmente de los teóricos, también de sus estructuras sintácticas y universos semánticos, al exigir trascender los significados dados a partir, no de un meta-lenguaje, sino de poner el acento en la gestación de los significados explicitando la necesidad desde donde éstos se generan.

En esta dirección, se plantea la conveniencia de articular diversos lenguajes con el objetivo de enriquecer las formas de decir, evitando que el habla, según la advertencia de Wittgenstein, «sea sólo un espacio de regresión infinita, palabras pronunciadas a propósito de otras palabras»;[8] pero hacerlo supone el tras-

8. *Ibíd.*, p. 45.

lado de mecanismos de decir, figurar, representar, sugerir o anticipar de un lenguaje a otro. En este marco, asume importancia la discusión para reivindicar los mecanismos de la vieja retórica, especialmente la metáfora, a partir de Nietzsche, por las posibilidades que ofrece para resolver la cuestión de esta orquestación, que representa el esfuerzo por construir-ampliar la capacidad de significar del hombre en su empeño por hacerse presente activamente en su contorno.

La metáfora (incluyendo las «metáforas no realizadas», en la terminología de Steiner) trata de resolver acerca de la relación enriquecedora entre diferentes tipos de lenguajes. Es lo que Steiner llama «traducción de la ciencia al lenguaje común de la sensibilidad», pero que, para nuestros propósitos, se traduce en el uso de metáforas para la construcción del razonamiento científico.

En verdad, se afrontan situaciones de la realidad que, al no quedar ceñidas a las lógicas de determinación, obligan a enriquecer el lenguaje a partir de posibles relaciones entre denotación y connotación, entre la función de explicar y la de sugerir o evocar. En este proceso de enriquecimiento de los lenguajes nomológicos y simbólicos se encuentra «la metáfora ilícita, el término prestado aunque incomprendido [que] puede ser parte esencial de un proceso de ramificación». Es posible enriquecer el pensar científico con elementos que provengan de lenguajes ajenos a la racionalidad científica, como también puede ser el caso que «la ciencia provea una parte creciente de nuestras mitologías y de nuestras referencias imaginativas».[9]

Si la realidad es una composición de sentidos que conforma historias, y no solamente una constelación de objetos, requiere de un lenguaje que permita abordar estos mayores desafíos para la capacidad del hombre; y que se corresponde con un cambio en el sistema de categorías que permita forjar aquellas que sean adecuadas para nombrar la realidad que nos rodea, que, junto con ser un producto objetivado, simultáneamente es una construcción del hombre desde su despliegue histórico-existencial. Es lo que subyace a la búsqueda tanto de la época y de sus lenguajes como del horizonte de vida cotidiana. Desde esta cotidianidad planteamos la capacidad para colocarse ante las circunstancias trascendiendo la postura limitada a objetos y su clasifi-

---

9. *Ibíd.*, p. 38.

cación, porque el enriquecimiento del lenguaje se corresponde con la problemática del sujeto soberano.[10]

El desafío exige un ángulo de lectura que responda a una estructura de categorías no circunscrita a las funciones del lenguaje cognitivo. No se trata de apropiarse de contenidos transformables en objetos, sino de potenciar la capacidad del sujeto para colocarse ante las circunstancias y reconocer sus opciones[11] de desenvolvimiento.

Desde el marxismo y la fenomenología la realidad ha devenido en mundo de vida, en historia construida que contiene, en las propias realidades objetuales, o las mismas circunstancias, los espacios de posibilidades en los que tenga lugar el despliegue del sujeto. Se entra a concebir la realidad histórica como posibilidad que da lugar a lo historizable desde la misma experiencia de los sujetos; ya que las «posibilidades objetivas» devienen en ámbitos de sentido; es la potenciación de lo dado que apunta a un excedente de realidad que puede reconocer direcciones diferentes, incluso contradictorias, en su desarrollo.

En este sentido, cualquier delimitación conceptual (ya sea teórica, ideológica o puramente axiológica) estará siempre cuestionada por la problemática de la capacidad de acción del hombre. Pensamos en dos modalidades dinámicas: la naturaleza de las emergencias y los desafíos que se derivan del carácter incompleto del hombre. Las emergencias refieren a situaciones sociales que no pueden ser resueltas por el razonamiento causa-efecto, porque entre una y otra media un tiempo de desarrollo en el que tienen presencia las continuidades y discontinuidades de los procesos. En la incompletud, por su parte, se plantea el esfuerzo por afrontar la vida como un vivirse, por lo tanto nos alerta frente a las alienaciones que conllevan un falso concepto de lo que es el sujeto realizado.[12]

---

10. Como se ha observado, «en dos ocasiones el hombre se ha convertido en un sujeto soberano: en el Renacimiento, y en el Romanticismo, época ésta en la que el arte tuvo, al decir de Heidegger, un nuevo salto, representado por el ser humano». Olga Bernal: *Lenguaje y ficción en las novelas de Beckett*, p. 108.

11. Opción(es): *optare, optius, optimus*. Alude a la capacidad de influir en el devenir de lo real, a partir de una decisión tomada desde un para qué.

12. Recordemos la observación de Jean Paul Sartre en *El ser y la nada* al afirmar «cuando poseo, me alieno en beneficio del objeto poseído. En la relación de posesión, el término fuerte es la cosa poseída, nada soy sin ella sino una nada que posee, no hay más que pura y simple posesión, soy un ser incompleto e insuficiente, cuya suficiencia

Ambas situaciones, emergencia e incompletud, conforman la problemática de la incertidumbre desde donde plantear la construcción del sujeto para abordar la vida en un mundo posible. Se requiere una visión articulada de la realidad socio-histórica que pueda relacionar tanto las dimensiones de la vida, que se pueden aprehender como contenidos bajo la lógica de las determinaciones, como los excedentes de realidad que no se aprehenden pero que pueden sugerirse, evocarse o imaginarse. Es por ello que el acto de construir conocimiento es una postura de consciencia que refleja las relaciones posibles entre el objeto y su contexto histórico.

El contexto obliga a caracterizar cualquier situación del sujeto como de tránsito, lo que corresponde a conceptualizar la realidad socio-histórica como una secuencia de momentos. Este carácter *de* tránsito implica un *en* tránsito hacia lo nuevo, o, al menos, hacia lo que todavía pueda concebirse como inédito, en la medida en que la realidad es un producto de dinámicas constitutivas que se despliegan en la perspectiva de una secuencia de momentos. Cuando hablamos de momentos, por lo tanto, nos referimos a producentes que carecen de una identidad acabada pero que constituyen ámbitos desde los que se ejerce por el sujeto sus capacidades para influir. No estamos atrapados en productos definidos, por lo que el momento se asocia con el movimiento de los límites que excluye el principio de identidad.

Por ello debemos abordar categorías que puedan trastocar las exigencias del orden centrado en las determinaciones, como la función de categorías como la de lo indeterminado, así como de la necesidad de apropiarse de la realidad como sucesos que se despliegan de modo simultáneo. Discusión que coloca en el centro del debate —según Horkheimer y Adorno, en *Dialéctica de la Ilustración*— a la «dialéctica del nombrar»; proceso por el que nombramos y nos nombramos, que «acaba por aprisionar y matar lo nombrado, o bien consagra la separación del nombre y el ser, o bien anula aquél».[13]

---

y complexión se encuentran en el lejano objeto»; lo que lleva a la «subordinación a las cosas [que] permite adivinar el terror del vacío. Rodearse, llenarse de cosas, para disipar la impotencia del ser», como se ha formulado con relación a ciertas construcciones literarias, que se acompaña de una suerte de disolución del yo, el cual queda huérfano de fórmulas como la de «yo soy aquel que...» que caracterizan una construcción donde se da un «hablar» pero no hay un «yo digo». Crisis del verbo ser porque decir que «un sujeto es o no es» constituye un contrasentido, pues «ser no es una propiedad y, en consecuencia no puede atribuir». Bernal, *op. cit.*, pp. 58, 109 y 110.

13. Carlos Thiebaut: *Historia del nombrar*, p. 171.

Si el nombrar es una modalidad para significar desde ciertos límites, la cuestión es nombrar ese producente que deviene, tarea en la que los lenguajes plásticos han avanzado mucho más que los que tienen una función cognitiva imperiosa. Es el caso del movimiento de los límites que lleva a cuestionar los contenidos temáticos separados de sus contornos y que implica comprometer la misma relación sujeto-objeto. La palabra ya «no es mero símbolo o formalización de contenidos sino que en ella se integran, de alguna manera, la objetividad y la subjetividad»,[14] mostrándose una creatividad que expresa una mayor libertad del sujeto;[15] pero que también refleja una situación de pérdida de estabilidad y de identidad al confrontarse con amplios universos con el afán de hacerlos propios. Pero que puede revestir tan sólo una expectativa en la medida en que se carezca de visiones trascendentes, como resultado de un profundo y generalizado proceso caracterizado por la inmediatez y el pragmatismo que atomiza las visiones de conjunto.

La consciencia de precariedad e intrascendencia, junto a la sensación de estar constantemente enfrentado a lo aciago de las circunstancias, en razón de su imprevisible eclosión y contingencia, así como por la carencia de una concepción escatológica en una acepción amplia, agudiza la sensación de fragilidad y de abandono. Pero, paradójicamente, constituye también el caldo de cultivo de nuevos actos de creatividad: «la subjetividad es el producto del movimiento de la pérdida de seguridad y del vértigo de búsqueda que se incita», el cual puede tomar la forma «del nuevo pasmo del descubrimiento del yo como refugio...».[16]

El desafío no consiste en que la subjetividad sea expresión de un «rechazo del mundo desde un yo que considera ya imposible la actividad histórica», sino, más bien, en la posibilidad de potenciar la capacidad de construcción del hombre. En lugar de las tesis pesimitas de Horkheimer, debemos recuperar el optimismo histórico de las *Tesis sobre Feuerbach*, pues, de ese modo, se afrontan los desafíos de incertidumbre propios de una reali-

---

14. Emilio Lledó: *Filosofía y lenguajes*, p. 42.

15. Por ejemplo, «en la pintura la obligatoriedad del tema ya no se acepta. Esta armazón que domina todo el arte del Renacimiento se ha resquebrajado [...] En esta nueva etapa, la libertad de composición es infinita». Roger Garaudy: *Un realismo del siglo XX*, p. 76.

16. Thiebaut, *op. cit.*, p. 170.

dad circundante que no está ceñida a legalidad alguna que asegure ningún porvenir.

Estas incertidumbres llevan a recuperar las rupturas de ángulos que han tenido lugar en el arte y en la literatura. Recuperar, en el marco del pensamiento histórico-social, la función epistémica de las aventuras protagonizadas por el arte; algo así como traducir al lenguaje de la cotidianidad los desafíos que se han generado en los lenguajes plásticos.[17] No hay mayor error que confundir «lo real» que nos desafía, desde su condición inesperada, con la estabilidad que se puede reflejar con claridad en las definiciones, pero que oculta el trasfondo que las hace posible; el respeto a los parámetros del orden.

«Nada es más decadente que actuar como si todo estuviese en un orden perfecto, como si lo único que importase fuese repetir...»;[18] aunque lo más importante, no es exclusivamente romper con las formas que muestran lo oculto con un lenguaje heredado (con significaciones claramente establecidas), sino en mostrar aquello que pueda sintetizar lo múltiple; pues «no se trata de pintar emociones efímeras, ni siquiera "el alma" a través de la expresión psicológica o escénica de un rostro, sino de expresar a partir de un personaje singular, una época del hombre y de su obra (v. gr.: *La lectora* de Vermeer, o *Venus* y *La Música* de Ticiano».[19] Porque lo que se busca es plantear la tensión entre lo que es necesario decir, en base a un imperativo del momento, y las exigencias de identidad que pueden no estar reflejando esas necesidades del momento.[20]

---

17. Por ejemplo, tomemos como referencia la idea de «las composiciones por contrastes multiplicadores [que] permiten gran variedad», pues «en vez de oponer dos medios de expresión en relación inmediata y adicional [componer] un cuadro de manera que los grupos de formas similares se oponen a formas contrarias...». Garaudy, *op. cit.*, p. 67.

18. Fischer: *Necesidad del arte*, p. 86.

19. Garaudy, *op. cit.*, p. 54.

20. Esta situación da cuenta de los ajustes de lenguaje que se requieren para comprender «la tensión entre historia y texto, entre hecho e interpretación»; tensión que para no refugiarse en el silencio exige «el acontecimiento, el hacer ahora-aquí del sentido total y radical» (Thiebaut, p. 199). La historia es la necesidad del texto que, a su vez, representa la apropiación de la historia desde un sentido particular. De ahí que lo que decimos concierne a la relación entre pensamiento y lenguaje.

La separación del pensamiento del discurso del lenguaje puede conducir a construir pensamientos que se pierden «en la precaria y difusa universalidad del ser, su elemento fecundador y clarificador, el logos» (Lledó, p. 56). Pero también es cierto que, en la medida en que «el lenguaje es una manera de mirar los objetos, es el cuerpo del pensamiento» (Lledó, p. 67), aunque pueda bloquear la creatividad del pensamiento.

El lenguaje se puede transformar en una jaula de la subjetividad del individuo mediante las significaciones que se petrifican, como campos semánticos que pudiendo contribuir a rescatar la presencia del sujeto lo hacen restringidas a una estructura sintáctica. En este sentido, se trata de activar las posibilidades que ofrecen los instrumentos epistémicos, de conformidad a cómo se han acuñado a lo largo de la historia de la ciencia, en forma de que no pierdan la fuerza magmática propia de la necesidad del pensar. Considerar la riqueza del lenguaje rompiendo con las limitaciones de sus funciones comunicativas, que se restringen a los parámetros de lo inteligible, para abordar el momento de colocación que se resuelve en una relación de conocimiento con toda una carga de valores. Y, por qué no decirlo, también con su riqueza metafórica.

Se ha dicho que «el conocimiento [...] ignora su origen metafórico, y, como consecuencia de ello, la impresión se petrifica: primero atrapada y limitada por los conceptos, luego muerta y desarrollada y, en conjunto, momificada y conservada».[21] De ahí interesa destacar el movimiento interno del pensamiento que (más allá de su función cognitiva y comunicativa) es siempre una resistencia frente a lo dado, como rechazo a lo inteligible que se impone; pero que a la vez expresa una idea de objetividad *ad hoc* a las significaciones aceptadas socialmente.

El uso creativo del lenguaje resulta de la posibilidad de expresar este movimiento interno: la transformación de lo todavía informe en contenidos, para no dejar fuera al contorno de los contenidos. El lenguaje afronta el desafío de dar cuenta de cómo lo indeterminado resuena en la subjetividad del sujeto pensante, sintiente y actuante, recogiendo los ecos del mundo a través de la articulación entre categorías epistémicas y gramaticales. Epistémicamente, resolviendo acerca de los modos de lo necesario-indeterminado; gramaticalmente, por su transformación en enunciados que no respondan estrictamente a las exigencias de inteligibilidad.

El esfuerzo por ir más allá del significado, en base a lo necesario, rompe con lo codificado que se impone como parámetro. Es una gran lección y alerta del arte. Como sostiene Fischer: «el sujeto con todo un sistema de clichés, con su mundo de hechos que ha sido arreglado así por convención y prejuicios, educa-

---

21. «Introducción» a *Escritos sobre retórica*, de Friedrich Nietzsche, p. 49.

ción, prensa y fraseología, el salir, por tanto, de un mundo desrealizado hacia un mundo todavía desordenado, inexplorado, hacia una realidad en fermentación, es para el artista, para el escritor, una necesidad».[22] Es lo que ocurre cuando nos asomamos a la tensión entre «la subjetividad con la consciencia instruida por el sentimiento y articulada en el arte», y de otra parte, «la estructura inherente a la vida objetiva»,[23] planos que no podemos confundir a riesgo de quedar atrapados en los parámetros de «lo objetivo».

Como señala Vattimo, citando a Kandinsky, debemos plantear la forma adecuada «para alcanzar la expresión necesaria de la propia experiencia interior», de manera que el hombre resuelva su colocación, frente a «situaciones insoportables», sin «evadirse lentamente de ellas», como lo ilustra alegóricamente la locura de Don Quijote en la interpretación de Auerbach.[24] Capacidad y posibilidad de inserción en el contexto histórico para no quedar atrapado en éste, pero tampoco desconocerlo. Y que remite a esa fuerza interior del hombre, no caracterizada por ninguna forma socialmente establecida, en consecuencia, no agotada; postura del hombre para educarse a sí mismo, a pesar de sus circunstancias.

Lo anterior equivale a estar situados entre la necesidad histórica y el deseo de ser sujeto; en otras palabras, entre la interpretación necesaria y la necesidad de la interpretación. De ahí que sea razonable afirmar que construir el pensamiento no significa solamente hablarlo en el discurso de los contenidos, sino expresar su necesidad. Necesidad que refleja tanto la exigencia de especificidad histórica como el desafío de hacerla inteligible, lo que no puede confundirse con su simple presencia histórica como trasfondo.

No se trata de imponer un significado por vía de la estructura sintáctica, pues lo que se plantea es la historicidad como forma de discurso. Como ha sostenido Gombrich, «de un texto verbal se puede decir correctamente [...] que constituye una descripción o una representación de cierta escena, situación o estado de cosas, presentadas a través del "contenido" del texto...».[25] Nos apropiamos de esta argumentación porque el uso del lenguaje se tiene que organizar desde un ángulo que resuelva acerca de la

---

22. Fischer: *Literatura y crisis*, p. 165.
23. Vattimo, p. 18.
24. Erick Auerbach: *Mimesis*, p. 327.
25. Gombrich: *Arte, percepción y realidad*, p. 131.

concreción de la necesidad que puede ser un momento o toda una época. Es la base para generar nuevas configuraciones de espacios en los que se contengan posibilidades de vida, ya sea que estén realizadas o no, y de las que el hombre puede dar cuenta al desplegar sus capacidades, o al limitarse a anticiparlas.

Es la historia como ámbitos de sentidos posibles la que el hombre puede abordar mediante el uso creativo del lenguaje. Por eso podemos decir con Steiner, invirtiendo los términos de su propuesta, que explorar el nacimiento del lenguaje equivale a buscar la instauración de la consciencia.[26] Pero de una consciencia que encarne la necesidad de sentidos, que, vinculada con el desenvolvimiento del sujeto, refleje el espacio delimitado entre dos dimensiones existenciales de éste: lo inacabado, correlativo con la precariedad, y la apetencia de completitud. Por eso excede los límites de los códigos de información. Por eso la instalación de la consciencia se corresponde con el ámbito de incertidumbre que constituye la base de las posibilidades de hacer; por lo tanto, representa también una trasgresión a lo preestablecido y ordenado.[27]

Afrontamos la problemática de ser en las condiciones, o bien ser en la potencialidad que las excede: dialéctica entre estar determinado *versus* poder determinar, en cuyos límites se puede demostrar la potencialidad del sujeto desde su misma capacidad para organizar y tensionar sus condiciones, mediante las posibilidades que ofrece el uso del lenguaje. Veamos.

La dialéctica interna del sujeto en base a la relación entre lo dado y lo posible, entre verdad y deseo de ser, entre hechos y cosmovisiones de futuro, plantea modalidades de análisis que buscamos asociar con las posibilidades que ofrece el lenguaje; especialmente si pensamos en la concreción de la disposición para abordar las circunstancias ordinarias de la vida diaria.

En este ámbito es donde queremos rescatar la función que puede cumplir el lenguaje para la incorporación del momento histórico en la vida del sujeto. Tarea que obliga a afrontar la

---

26. Steiner, en *Gramáticas de la creación*. Afirma que «buscar la instauración de la consciencia equivale a explorar el nacimiento del lenguaje», p. 23.

27. Situación que determina en el sujeto una necesidad de actuar desde un cierto sentido, en tanto el actuar representa una forma de construcción que, como tal, equivale a insertarse en un momento en el que se incluyen tanto sus posibilidades como sus limitaciones, sus deseos e inteligencia, su imaginación y voluntad, el estar y el no estar, ser en la realidad de las condiciones pero también en el imperativo y en la voluntad de trascender sus límites.

«mística del logos», porque si el lenguaje se agotara en esas funciones significaría, en el planteamiento de numerosos autores, «una terrible negativa a lo que el lenguaje es como casa del ser, y también como morada del hombre».[28]

Como organizador de los campos de significación, el lenguaje es la base de la necesidad de sentido que trasciende lo inmediato y provisorio; ya que para el sujeto «no hay lugar fuera del lenguaje, desde el que pudiera verdadera y absolutamente objetivarse».[29] Interpretamos lo anterior en el sentido de que la enunciación de significados sirve de base para construir espacios posibles de vida (relaciones inter-subjetivas).

Rescatamos del lenguaje su función constitutiva de sentidos para así no reducirlo a la simple referencialidad objetiva,[30] lo que se corresponde con la quiebra de la polaridad «sujeto-objeto, interior-exterior, causa-efecto», a favor de un sistema arbitrario y abierto que, siguiendo la terminología de Derrida, «deconstruye el sistema clásico de las oposiciones».[31] Quiebra que, en el caso de Nietzsche, llevó a la afirmación de que «no hay hechos sino sólo interpretaciones»,[32] de donde se despliega la idea de un sentido funcional a la realidad entendida como posibilidad y que se traduce en práctica de construcción.

El desafío reside en no encerrar el uso del lenguaje en los parámetros de los significados establecidos haciéndole perder su capacidad para constituir sentidos, evitando la inercia de reducir «lo real» a los significados que impone la comunicación. Se trata de avanzar en la búsqueda de sentidos pero en el marco de otros parámetros de significación y de orden, de conformidad con esa fuerza del lenguaje que se recobra en la poesía cuando se sostiene que «la lengua del poeta suelta los orígenes, conjuro de una mágica unidad de palabra y realidad», algo así como «regresar a la vida en el lenguaje que es la vida del lenguaje».[33]

---

28. Lledó, *op. cit.*, p. 71.

29. *Ibíd.*, p. 128.

30. «La estructura paradigmática del lenguaje, según Paul de Man, es retórica, más que representativa o expresiva de un significado referencial». «Introducción» de A. Enrique de Santiago Guervós a *Escritos sobre retórica*, de Nietzsche, p. 56.

31. *Ibíd.*, p. 56.

32. *Ibíd.*, p. 67.

33. Fischer, *op. cit.*, p. 19. Como dijo Broch: «las revoluciones artísticas son siempre autónomas [...] pueden utilizar descubrimientos científicos, siempre que éstos estén dentro de su línea revolucionaria, pero no son provocadas por ellos. La revolución artística tiene lugar cuando se arroja por la borda todo el lenguaje simbólico existente,

Sacar al lenguaje de las prisiones del logos significa hacerlo jugar esa «fuerza de ilusión» para afrontar lo inagotable que trasciende la experiencia llana de la que habla Blumenberg, en la que «se nos da el mundo [como] fundamento último de todo conocimiento objetivo»,[34] y así abrir el pensamiento, y toda la subjetividad del sujeto, a un horizonte de posibilidades que espera ser nombrado como desafío para su despliegue (individual y social).

Desde esta perspectiva se tiene que considerar la naturaleza retórica del lenguaje y su relación con la «sustitución metonímica» como «esencial [para] el proceso de abstracción y construcción de conceptos».[35] Como ha dicho Fischer, «la lengua es la única quimera cuya fuerza de ilusión no conoce fronteras, lo inagotable, junto a lo cual la vida no se empobrece»;[36] de ahí su relación con el límite que se abre a los contornos.

En este esfuerzo, el hombre encuentra su plenitud aunque también sus vacíos. Es la vida como desafío para transformar las posibilidades horizónticas en experiencia; o bien, la experiencia como momento que condensa plenitudes posibles. Lo cual constituye una fuerza mayor de la subjetividad, de forma que pueda cobijar y estimular la necesidad de pensar. Es la trama profunda de lo real como conjugación entre necesidad y posibilidad, porque es el desenvolvimiento histórico como ensanchamiento de la experiencia a manera de no involucrar al sujeto solamente como individualidad, sino también «en el ámbito de una intersubjetividad de representaciones».[37]

Esta ampliación de las relaciones se traduce en un incremento de las necesidades para enriquecer sus márgenes de opciones; pero, además, corresponderse con la emergencia de lenguajes diferentes que se acompañen entre sí, aunque vinculados a distintas dimensiones del hombre. Es la idea de colocación articulada con formas de percepción y de sensaciones que se pueden «educar consciente pero también inconscientemente como la percepción cotidiana y sus exigencias», fortaleciendo nuestra

---

y el arte centra su actividad en la búsqueda de símbolos primigenios con los que construir un lenguaje nuevo, directo, y alcanzar así una mayor autenticidad artística; esto es, en definitiva, el objetivo del arte». Herman Broch: *Investigación y poesía*, p. 28.

34. Hans Blumenberg: *La realidad en que vivimos*, p. 53.

35. «Introducción» a *Escritos sobre retórica*, de Nietzsche, p. 56.

36. Fischer: *Literatura y crisis*, p. 19.

37. Valeriano Bozal: *Mimesis*. p. 24.

capacidad para afectarnos.[38] Y que es parte de la problemática del estar *en* o *ante* las circunstancias.

Su importancia reside en que obliga a reconceptualizar la noción de realidad objetiva, que pasa de ser un conjunto de objetos, vinculados a circunstancias externas, a una constelación de espacios de posibilidades, que no se pueden comprender si se prescinde de las modalidades de cómo los sujetos construyen su relación con sus circunstancias.

Estos dinamismos representan ámbitos de vida que cumplen la función de dar al movimiento de los sujetos el perfil de sus grandezas y precariedades. La historia se tiene que comprender desde ellos porque por su naturaleza constitutiva no llegan siempre a cristalizar en productos posibles de ser descritos, siendo, a veces, que los más profundos no se expresan en cristalizaciones inmediatas. Es lo que llamamos el despliegue del sujeto que, como manifestación de necesidades y posibilidades, representa la historización de la realidad.

Si la realidad deviene en un espacio de posibilidades tenemos que aceptar que la experiencia que le corresponde está modelada según distintas dimensiones del sujeto; y que éstas pueden dar lugar a nuevas formas de espontaneidad que pueden ser contrapuestas a los planteamientos «normativos» de carácter filosófico-ético. En cualquier caso, es una experiencia que refleja «las exigencias de superar las formas estériles de ilusiones de las experiencias cotidianas...»,[39] a modo de transformar los objetos en espacios de posibilidades que se corresponden con una ampliación de la sensibilidad, lo que se puede relacionar con la tesis de «la veracidad del arte [pues] sólo el arte es ahora sincero».[40] Nos enfrentamos con una articulación entre determinaciones y aperturas que obliga a colocarse ante las circunstancias para reconocer los espacios de posibilidades allí contenidas. Es por esto que el lenguaje puede cumplir una función de potenciación decisiva, en la medida en que permita fijar distanciamientos respecto de las realidades externas, distanciamientos que son condición para dar lugar a las prácticas de construcción.[41]

---

38. *Ibíd.*, p. 26.

39. Vattimo, pp. 16-17.

40. Friedrich Nietzsche: *Estética y teoría de las artes*, p. 172.

41. Como se ha dicho, »aun si es cierto que la razón nos condujo a un infierno, hijo de la razón, y en él estamos, más que por la adjetivación de las circunstancias

Desde esta perspectiva, destacamos la exigencia de potenciarla por encima de la de progreso, en razón de que esta última lleva la impronta no solamente de una concepción lineal del desarrollo histórico, sino además de situaciones externalizadas. En cambio, la exigencia de potenciar se vincula con el despliegue que se acompaña de la exigencia de una «antropologización creciente», pues representa un enriquecimiento de la experiencia de vida, por lo tanto de la capacidad de vivir. Es la otra cara del planteamiento de que un enriquecimiento de las necesidades sirva de apoyo para reconocer sentidos renovados de existencia.

Estas posibilidades resultan en un abanico que se recorta por la amplitud de la necesidad de colocarse ante las circunstancias. Si retomamos la idea de progreso en la historia, desde esta perspectiva, deviene en un modo para enriquecer la capacidad para construir sentidos desde los espacios de posibilidades que se reconozcan.[42] Ello inviste el carácter de un diálogo con lo desconocido, un llamamiento a sí mismo para atreverse a afrontar lo inédito, sin limitarse a pensar lo decible, sino distanciarse de lo dado para dar lugar a una ampliación de la realidad como espacio del hombre.

Decíamos que afrontamos el paso hacia realidades que ya no son «accesibles por medio de la palabra»,[43] lo que fuera anticipado por las revoluciones del arte moderno y por el predominio de los lenguajes matemáticos. Es el tránsito del lenguaje de lo representado y de lo inteligible al que versa sobre contornos no susceptibles de reducirse a objetos clasificables; lenguajes que basan la relación del hombre con sus circunstancias, no en un conjunto de objetos, sino en ángulos de razonamiento que plantean cambios profundos a la racionalidad.

---

como infernales habrá que seguir interesado por qué categorías —culturales, morales y políticas— seguimos interesados. Podemos pensar nuestra identidad en ese infierno»; más aún, cuando tenemos claro que «seguimos necesitando pensarnos desde la idea de autonomía que se encierra, como núcleo normativo, en la forma moderna de nombrar»; ya que la autonomía se ha transformando en un campo de construcción deliberado desde donde cautelar e impulsar lo propiamente humano. En relación con lo cual tenemos que plantear la problemática de la relación entre despliegue del sujeto y progreso. Thiebaut, p. 177.

42. En este marco, retomamos preguntas como las siguientes: «¿qué representa, como superación en veinticuatro siglos de historia, la ética de Hartmann frente a la de Aristóteles?, ¿en qué podría percibir la diferencia histórica superadora cuando se lee un *Sein und Zeit* de Heidegger, o el *Parménides* de Platón». «Nada hay más necesario de revisión, en nuestros días, que el problema mismo de la historicidad». Lledó, p. 108.

43. *Op. cit.*, p. 40.

Se plantea la necesidad de nombrar todo de nuevo a partir de la historicidad que expresa lo inagotable del hombre, lo que no se afronta en las ciencias sociales, en la medida en que éstas prefieren seguir pidiendo prestado su vocabulario a las ciencias exactas.[44] No tenemos consciencia de estar frente al reemplazo del orden de las determinaciones lineales por una estructura de razonamiento centrada en lo constitutivo-necesario-sin forma, la cual, empero, siempre queda sometida a las exigencias de especificación de sus significados según las situaciones contextuales.

Lo anterior representa un desafío de la historicidad que se traduce en comprender a lo real-dado desde su contorno, en cuanto límite y posibilidad.[45] El reto, en consecuencia, es transgredir los límites de lo dado para no ser «siervo de las observaciones» y dar lugar, incluso en los lenguajes literarios, «a una gran masa de ficción corriente (como mero reportaje)»,[46] que busque una forma de expresarse desde «lo incompleto» destacando «la fluidez del trazo hasta desbordar el encuadre».[47] Ello recuerda lo que se dijo de algunos pintores (Rembradt, Turner), pero también por ellos mismos (Kandinsky) acerca de que lo más importante del cuadro está fuera del cuadro.

A diferencia de lo que se ha dicho respecto de las matemáticas, el lenguaje del silencio, se busca organizar aperturas para ir más allá de las determinaciones y de los objetos, desde una polifonía de lenguajes que trasciende lo estructurado y producido, a manera de aprehender y comunicar el contorno de lo establecido: la apertura de lo definido e identificado. Lenguaje anticipador de lo no dado, o potenciador de lo dado, lenguaje simple-

---

44. Como dijo Steiner, al habla de las transferencias de palabras del idioma corriente a la física, o bien de ésta a ramas del pensar y de la creación (conocimiento social, pintura o música), estamos frente a lo que él llama metáforas no realizadas. Casi todas las analogías que se establecen entre el acto moderno y la investigación de las ciencias exactas son «metáforas no realizadas», ficciones analógicas que no contienen la autoridad de la experiencia real. No obstante, incluso la metáfora ilícita, el término prestado aunque incomprendido puede ser parte esencial de un proceso de reunificación. Es muy probable que las ciencias provean una parte creciente de nuestras mitologías y de nuestras referencias imaginativas». G. Steiner, *Lenguaje y silencio*, p. 38.

45. «No hay ningún estilo literario que en su momento determinado no pueda divergir del contorno verificable de la verdad, cuya excavaciones de construcción constituyen la tarea del investigador»; «pero cuando esa excavación prescinde completamente del estilo o abriga la ilusión de una exactitud imparcial, entonces arroja luz sobre un puñado de polvo» (cfr. Steiner: cita de C.U. Wedgwood, *op. cit.*, p. 42).

46. Steiner, *op. cit.*, p. 118.

47. *Ibíd.*, p. 124.

mente como realización de la capacidad para erguirse ante las circunstancias que refuerce la capacidad del hombre para transgredir sus límites.

Entre estos límites hay que reconocer los de la cotidianidad y las epistemes institucionales que cercan y atrapan. En esta tensión es donde asume relevancia la postura de la potenciación a partir de una particular articulación epistémica entre mecanismos psicológicos y lenguaje.[48]

De la capacidad de anticipación

Hemos hablado de un distanciamiento respecto de las circunstancias como condición de la práctica de construcción del sujeto, lo que se inscribe en la propia historia evolutiva del hombre cuando se le mira desde la óptica del desarrollo de su capacidad de anticipación para, de ese modo, reconocer alternativas. La condición de ser autónomo respecto de sus circunstancias es un rasgo específicamente humano que se puede relacionar con la capacidad de construir pensamiento con distintos elementos, como las referencias concretas, las visiones de futuro, o los simples actos de imaginación. Una configuración de imaginario, experiencias y verdades que, así como se han representado como parte de los juegos de la ficción, son también parte de la necesidad de lo posible.[49]

Sin embargo, lo que afirmamos requiere de una forma que pueda recuperar la fuerza expresada para hacer eclosión de los significados; lo que supone un retorno a las raíces, como las que representan los poetas si concordamos que éstos son los que tienen «la sensibilidad [...] para hacernos ver, a través de las palabras, de las metáforas, que son las palabras mismas, una grieta por la que se filtra, no lo que es, sino lo que debería o podría ser la historia humana».[50] De lo que se trata es de transgredir los

---

48. Cfr. caps. IV y V.

49. «El sentido del juego narrativo-ficcional es la presentación de vistas imaginarias del mundo; en una palabra, mimesis. Para la finalidad deseada de tener la experiencia de mimesis literaria [...] reproducimos irónica, pero decididamente, las frases narrativas como si fuesen incondicionalmente verdaderas, pues sólo cuando tomamos como verdadera la descripción de un estado de cosas que no hemos experimentado directamente, la imaginamos como consistente...». Cfr. Martínez Bonati, p. 40.

50. José Ramón Alcántara Mejía: *Reconfigurando la realidad en el espacio de la escritura*, p. 100.

límites de lo dado, o de lo visible, a manera de recuperar el valor de las palabras como espacios de revelación.

Las palabras como espacios de revelación exigen trascender lo que está quieto que, como en el caso de la poesía, se puede resolver por un regreso al origen que es la recuperación de las preguntas iniciales. El estar como recién naciendo siempre para evitar el peligro de la parametrización (o muerte) de los significados. Surge la cuestión de pensar al hombre desde su fondo insondable o, en su defecto, pensarlo desde su disposición transgresora del nombre de lo conocido desde la vivencia que lo coloca ante lo desconocido; con todo lo que ello implica, «esa angustia mítica que se ha vuelto razón»;[51] el misterio que nos rodea como contorno nunca posible de conocerse cabalmente, pero que requiere ser nombrado desde lo conocido aunque sea rompiendo con lo conocido.

El nombre de lo conocido surge, en su raíz, desde esa angustia de lo desconocido, como si el nombre de lo dado contuviera el salto hacia lo trascendente del mismo; pero que simultáneamente supone un reforzamiento de lo dado como inmanente en la medida en que lo trascendente es lo que da sentido a lo que se hace y se piensa. Si la realidad es construcción de sentidos se relaciona con el hecho de que el sujeto que construye lo hace desde donde forja su vida, convirtiéndola en prácticas que forman parte del siendo de su existencia. Es verdad que continúa teniendo presencia un orden, pero se trata de un orden que no atrapa sino que constituye un referente que no tiene por qué identificarse con el orden dominante, abriéndose en cambio como cauce creativo del sujeto.[52]

Lo anterior se vincula a la transformación de la realidad como externalidad en ámbitos de sentidos, lo que lleva a distinguir entre

51. Thiebaut, p. 172.

52. Se ha observado en relación con *El Quijote* que «el espíritu había comenzado ya, desde hacía largo tiempo, a indagar y a dudar, e incluso a reconstruir el mundo con elementos propios. Pero esto no se avenía bien ni con el espíritu de su país ni con su propio temperamento, ni con su idea sobre la misión del escritor. Para Cervantes, el orden de la realidad refería en el juego y respecto del cual se despliega el panorama de la realidad de su tiempo» (Auerbach, p. 339). La historia de la creación es la historia de la constante recuperación de «ese acto primario de la voluntad» que coloca, en el primer plano, a esa «disponibilidad constructiva» (Blumenberg, p. 53). Lo que nos permite superar, en la terminología de Husserl, «la ceguera del extravío fáctico en que se encuentra la moderna ciencia de la naturaleza», en razón de que ya «ha olvidado su propio origen a partir de la transformación descrita del mundo de la vida». *Ibíd.*, p. 53.

construcción y tecnología; entendiendo por construcción la conformación de sentido, y por tecnología, la resolución operativa de esos sentidos. Es el tránsito desde la objetividad a los espacios de posibilidades que surgen como necesidad del despliegue del sujeto, a partir de la apropiación de alternativas viables.

Una lección que se desprende de la historia de los lenguajes simbólicos es la lucha en contra del predominio de los objetos en los que se plasma la realidad externa al sujeto, sea ésta de carácter social o natural; objetos que imponen un sentido al hombre, desde su propia lógica, agudizando la contradicción entre las determinaciones y las necesidades del mundo de vida. Es lo que enseña la historia de la literatura y del arte, en contraste con la tecnología, «el recubrimiento de la génesis de ese mundo objetual exacto mediante la abstracción del mundo de vida»;[53] en otras palabras, la lucha entre la imposición de un orden metafísico y «el ámbito de legitimidad de la auténtica obra humana».[54]

De ahí que los lenguajes de la literatura y del arte son los que más se acercan a la condición humana como capacidad transgresora en contraste con la tradición metafísica que «no ha sabido decir nada especial sobre su ser como el humano, que considera único»;[55] pero que no ha impedido «la proscripción filosófica de la retórica». No se comprende a ésta como la forma que se orienta a dar cuenta de los sujetos humanos, en vez de transferir su condición a los objetos propios de los lenguajes denotativos. «La retórica parte de aquello, y sólo de aquello, en lo que el hombre es algo único, y no, ciertamente, por ser el lenguaje su manera específica, sino porque el lenguaje aflora en la retórica como función de una perplejidad específicamente humana».[56]

Con lo que aludimos al carácter simbólico del ser humano, ese animal *symbolicum* del que hablara Cassirer, «que exterioriza su esencia en sus creaciones» y que nos remite a la «impor-

---

53. Blumenberg, *op. cit.*, p. 53.

54. Nos ubicamos ante la cuestión de las opciones que rompen con «la filosofía de los fines absolutos que, como se ha señalado, no legitima la teoría de los medios sino que la arrincona y ahoga». Y que se vincula con la naturaleza de lo que resulta como obra del hombre, pues ésta, al no corresponder a ningún rango metafísico, tiende a reducirse a la «condición de algo fortuito», en circunstancias que el logro del hombre, al estar orientado en la dirección de la «reivindicación absoluta de la obra le ha disputado a la naturaleza su propio radio de acción». Blumenberg: *op. cit.*, pp. 53, 82 y 118.

55. *Ibíd.*, p. 118.

56. *Ibíd.*

tancia antropológica de la retórica»,[57] en cuanto función del lenguaje que contribuye al enriquecimiento del sujeto. Carácter simbólico que refleja la capacidad de transgredir lo dado desde su potencialidad que, en la perspectiva de Cassirer, descansa en «no entablar relaciones inmediatas con [la] realidad», sino estableciendo con ésta una «relación indirecta, complicada, aplazada, relativa y, ante todo, metafórica».[58] Condición que responde al rasgo humano del distanciamiento que lo equilibra de su «pobreza instintiva», pero que hace posible garantizar su existencia.

No se puede dejar de advertir la estrecha relación entre esta capacidad metafórica y la cuestión de la autonomía, la cual resulta de esos espacios de indeterminación en los que se plasma la actuación-reactuación del hombre, una de cuyas manifestaciones es la capacidad de significar que nos recuerda la idea del hombre sin atributos de Musil.[59]

El desafío consiste en resistirse a dejarse atrapar en abstracciones sobre-impuestas, de modo que el proceso de objetivación histórica se corresponda con «un ensanchamiento» de la subjetividad, en oposición al proceso de objetividad tecnológica que resulta de la desmesura de las lógicas de apropiación. Lo que Husserl llama el proceso de «metodización», con el consiguiente desplazamiento del mundo de lo existencial y de lo distintivo.

La necesidad de ser no se expresa en formas claras de razonamiento. Lo auténticamente humano surge de la oposición a la «identidad de ser y naturaleza», porque la obra humana no es expresión de una «imitación de la naturaleza». De ahí la importancia del papel potenciador de la retórica, como el «arte de persuadirnos a no considerar aquello que se opone a la puesta a favor de [las] posibilidades humanas».[60] Por eso, el progreso histórico hay que reconceptualizarlo como manifestación particular del protagonismo, en tanto capacidad de distanciamiento

---

57. *Ibíd.*

58. *Ibíd.*, p. 125.

59. «Acaso un tipo de hombre valiente e invendible y que se figura que respeta sólo unas pocas leyes externas por mor de la libertad interna [...] Libertad interior que consiste en poder pensar la disociación, en saber en cada situación humana por qué uno no se necesita vincular a ella, sin saber nunca a qué le gustaría vincularse» (Fischer: *Literatura y crisis*, p. 67). Distanciamiento que supone «una necesidad institucionalizada de tomar aliento, que hace que incluso la mayoría con capacidad de tomar decisiones dé grandes rodeos retóricos a manera de no ser apremiados como para limitarse a sancionar lo decidido ya tiempo atrás». Blumenberg, p. 131.

60. Blumenberg, p. 136.

respecto de las circunstancias, que sirve para organizar los espacios de autonomía.[61]

Pero la autonomía no significa que no se pueda recaer en diferentes modalidades de dependencia, especialmente por el atractivo inercial de los inmediatismos que ofrece el contexto, a través, entre otros mecanismos, de los medios de comunicación. Es el caso de la imposición de grupos de referencia que obstaculizan la potenciación de lo potenciable, en cuanto imprimen al desarrollo del sujeto una dirección ajena a sus posibilidades.

Entre los desafíos que contiene el distanciamiento está el que puede originar una disposición a refugiarse en el yo; un repliegue a la individualidad, expresión psicológica de la necesidad de resolver acerca de las indeterminaciones mediante la mediatización de la capacidad de construcción. «Retorno al yo, o más bien, creación del yo en el hecho de refugiarse [que] es culpable, según Horkheimer, pues es el refugio escéptico, es la inacción de quien por posición social ni se siente en peligro, ni asume la perspectiva de los vencidos».[62] Pero este refugio en el yo, ¿no es, acaso, expresión de un modo de evadir la postura del «ante» las circunstancias para resolver la cuestión del distanciamiento y, en esa medida, ser un derrotado sin consciencia, más bien oculto en la imagen de ser un sujeto fuerte?

Como se señaló, esta autonomía «es de una inmensa fragilidad»;[63] responde al hecho de que manifiesta una tensión, nunca superada, por trascender la abstracción de las determinaciones; pues, efectivamente, se da una fuerte tendencia a someterse a lo inmediato dejando fuera la dimensión existencial que supone la capacidad de instalarse ante las circunstancias, en vez de quedarse el sujeto simplemente como reflejo de éstas. De ahí que la autonomía pueda plantearse desde perspectivas diferentes: ya sea en términos de una identidad forjada e impuesta, o bien en base a una dinámica de inserción en el momento: esto es, en el marco de la relación entre autonomía y contexto.[64]

---

61. «Tras la modernidad no podemos no pensar desde la categoría de autonomía, aunque eso no implica, como bien sabemos, que no existan formas de inmediatez de significación en nuestra cultura y en las identidades sociales parciales que estén inmediatamente dadas por el contexto». Thiebaut, p. 60.

62. Thiebaut: *Historia del nombrar*, p. 169.

63. *Ibíd.*, p. 206.

64. «Una historia material de la subjetividad puede abrir la perspectiva de un estudio de las condiciones sociales y políticas que posibiliten y hagan crítica a aquella dimensión de la autonomía como mandato de la identidad». *Ibíd.*, p. 209.

Inserción en el momento que es un acto de consciencia, para asumirse como sujeto, desde la misma subjetividad constituyente, más allá de las determinaciones (funciones, roles). El análisis de esa autonomía «podrá hacerse de forma más explícita a la luz de una historia material de la subjetividad en la que puedan irse describiendo las prácticas políticas de construcción del sujeto, el carácter político de toda construcción del sujeto».[65] Prácticas de distanciamiento respecto de las determinaciones que se inscriben en el marco de la historia evolutiva del hombre cuando se la reconstruye desde la óptica del desarrollo de su capacidad para anticipar y definir alternativas; lo que refuerza la idea de que ser autónomo respecto de las circunstancias es un rasgo específicamente humano.

La relación entre práctica y distanciamiento vuelve a poner en el centro del debate la problemática de la capacidad de construcción, pero, ahora, como capacidad de significar para reconocer potencialidades posibles de construirse y que exceden los límites de lo dado. De lo que se trata es de no quedar atrapados en los parámetros del orden y de las consiguientes lógicas de lecturas que éste impone. Capacidad de significar que es parte del uso del lenguaje si lo consideramos como un instrumento con el cual se potencia al sujeto a partir de sus prácticas cotidianas.

Esta discusión tenemos que recuperarla desde un «debe ser» y no desde un «es», porque se traslada al lenguaje la necesidad de apertura que siempre está siendo exigida por la misma historicidad de los fenómenos. Es lo que define al lenguaje de la consciencia histórica. El tema central es el de la potenciación del sujeto y el papel que puedan cumplir los mecanismos psicológicos, tanto los propios de las estructuras psicogenéticas, como los que pueden desarrollarse por estímulo del contexto y de las prácticas con que lo afrontamos. Problemática que da cuenta de la tensión entre las determinaciones que actúan sobre el sujeto y lo que, desde su propio estar social, no está ceñido a determinaciones, constituyendo lo que hemos llamado espacios de posibilidades, y que es una concreción de lo que caracteriza a los ámbitos de potenciación en los que se despliega la capacidad de colocación del sujeto.[66]

---

65. *Ibíd.*, p. 211.

66. Desde esta perspectiva, tenemos que comprender la naturaleza de las dinámicas de los contextos en que el sujeto está situado, las cuales se traducen en lógicas de inserción y de reinserción que pueden consistir en un cambio en los sistemas de roles en los que el sujeto se ubica, producto del propio desenvolvimiento de la sociedad, en

En el plano de la subjetividad, lo que decimos se traduce en una combinación de sentimientos contradictorios, como ser una sensación de incertidumbre y de desasosiego, pero que se acompaña de un sentimiento de desafío y de una consciencia y voluntad de construcción que puede llevar a una exaltación del sujeto, o bien a reforzar un repliegue a lo individual, lo que se expresa tanto en un sentimiento de fuerza como de precariedad.

Así es como cabe recuperar las contribuciones de los lenguajes no científicos, por lo general no prisioneros del principio de identidad. Como se ha señalado, en relación con la literatura, desde los lenguajes simbólicos nos enfrentamos «con la sustitución de un mundo dado de apariencias sensibles [...] por un mundo construido por el hombre»;[67] pero donde lo más relevante es comprender que la idea de construcción no se puede restringir a los límites de la lógica de los objetos identificables cognitivamente, en la medida en que se asocia con «una comprensión profunda del espíritu de cada época»[68] que es la función que cumple el arte; pero que, más allá de esto, plantea un desafío al acto mismo de pensar genérico del hombre.

Se ha dicho que «el contenido de una obra de arte está determinado menos por lo que descubre que por la manera en que lo hace».[69] Desde allí se puede trabajar la idea de cómo desbloquear la mente y todas las disposiciones de acción y de re-actuación del sujeto. Hemos dicho que entre las tareas más fuertes que se afrontan está la de no quedar atrapado en los universos de significación forjados y transmitidos por el lenguaje, en el marco de su función de comunicación. Por eso la importancia de encontrar enseñanzas epistémicas en los lenguajes no científicos para afrontar el bloqueo de significados que impone el esfuerzo de inteligibilidad. No podemos olvidar que «la precisión de la que se enorgullece el pensar terminológico, la clara delimitación conceptual con que parece investirse...» ha sido una de las principales causas «de la

---

virtud del ímpetu tecnológico que se concreta en la constante necesidad de los individuos de adecuarse a sus demandas. Y que se corresponde con una suerte de inestabilidad propia del casi permanente requerimiento de calificaciones y recalificaciones en el transcurso de la vida activa. Proceso que se pone de manifiesto en la compleja articulación entre los procesos de institucionalización de los lugares sociales, y los que apuntan a lo que se ha dado en definir como lo fundante, o lo magmático, de lo social.

67. Roger Garaudy: *Un realismo del siglo XX*, p. 47.

68. *Ibíd.*, p. 58.

69. Fischer: *Necesidad del arte*, p. 166.

parálisis del pensamiento»;[70] de ahí la importancia de recuperar «la polisemia del lenguaje» para incorporar como criterio del objeto, en su totalidad, «la probabilidad de lo improbable».[71]

Es por lo que decimos que tienen sentido gnoseológico las enseñanzas del lenguaje poético, en la medida en que «el lenguaje poético no sería sino el desbloqueo de su tendencia inmanente a la multiplicidad de significaciones»[72] y que se traduce en un enriquecimiento de la construcción de conceptos siempre que estemos de acuerdo, en palabras de Nietzsche, con que «el mundo que nos importa no es un estado de cosas, sino un universo poético y su redondeo una suma infinita de observaciones».[73] Desbloqueo que supone el esfuerzo de verlo en su conjunto sin atarse a la particularidad de objetos identificados. Es lo propio del colocarse para asumirse como sujeto.[74]

El hacerse en el pensar

El esfuerzo del hombre por *hacerse* (desenvolverse a partir de reconocer sus espacios de posibilidades) se corresponde con lo que se ha afirmado de los textos filosóficos que representan «una lucha por situar al hombre en el horizonte de su propia liberación».[75] Hay que determinar lo que podemos aprender de los lenguajes no científicos, ya que «la función de la poesía, como la de la literatura, consiste en reflejar la realidad en todos sus aspectos, en todos sus matices y grados».[76]

La exigencia de colocación y el enfoque concomitante del sujeto por hacerse encuentra su correlato en la naturaleza potenciadora del lenguaje en cuanto «potenciar sus polisemias»,

---

70. Lledó, *op. cit.*, p. 52.

71. Blumenberg: *La realidad en que vivimos*, p. 158.

72. *Ibíd.*, p. 149.

73. Nietzsche: *Estética y teoría de las artes*, p. 161.

74. Comprender una época no pasa por objetos particulares sino por la capacidad de colocarse ante ella. No se trata de contenidos, ni siquiera simbólicos, sino de la necesidad de encontrar un lugar más allá de sí mismo, un lugar desde donde poder resolver las necesidades del sujeto sin subordinarse a las posibilidades contenidas en las condiciones impuestas. Una captación del tiempo y del espacio como instrumentos con los que plasmar nuevos desafíos de vida que requieren de otros significados; por lo tanto, de diferentes lenguajes con sus respectivas capacidades para significar.

75. Lledó, *op. cit.*, p. 105.

76. Fischer: *Literatura y crisis*, p. 56.

pero que tiende a ocultarse bajo las exigencias de la «nubosidad informativa».[77] Desafío que nos ubica ante la tarea de trascender la naturaleza instrumental del lenguaje, ya que con su imperativo de claridad impide no solamente incorporar la «probabilidad de lo improbable», sino además dar cuenta del desafío asociado con entender que «un aspecto no es precisamente el objeto [...] es el objeto, tal como lo contemplamos o lo concebimos, una versión o hermeneuma (construal) del objeto»,[78] que exige completarse desde determinadas exigencias de articulación, según sea el sentido que tenga el acto de pensar y de conocer.

Siendo la realidad una construcción desde ámbitos de sentido, nos situamos en el límite entre lo dado-significado y lo no-dado-sugerido o probable. Cuando pensamos en el nombre de la cosa,[79] la realidad deviene en una opción de espacios de construcción desde donde el sujeto resuelve las posibilidades de su despliegue. De ahí que en el uso del lenguaje se plantea la necesidad de asumirse como sujeto, rompiendo con el lenguaje establecido como un simple refugio suyo.

En consecuencia, el lenguaje en su movimiento no es función de los contenidos «que se dicen», sino más bien expresión de la necesidad de decir más allá incluso de los significados establecidos. Ello supone la no subordinación del sujeto a campos de significaciones que han sido construidos en base a los papeles que se cumplen en la sociedad, lo que puede llevar a relegar al sujeto a la condición de pronombre personal.

En lo expresado subyace el intento por rescatar el uso del lenguaje desde la disposición y capacidad práctica para articular por el sujeto sus diferentes dimensiones (entendimiento analítico, emocionalidad, vivencia, voluntad y sentido de acción), el despliegue de la subjetividad, como forma de acercarse a aquello que Hegel sostenía, respecto de los personajes shakespearianos, de ser «libres artistas de sí mismos»; conjunción de lenguajes donde ninguno predomine sobre otro sino que den lugar a una arquitectura de formas para asomarse a los contornos y hacerse cargo de sí mismo.

---

77. Blumenberg: *La realidad en que vivimos*, p. 149.

78. Goodman, p. 27.

79. «No parece claro ni que la nombra, ni que los nombres propios refieren (sólo ayudan a la identidad-referencia), ni que refieren porque connotan (sólo apuntan a la identidad-sentido), ni que hagan ambas cosas a la vez». Thiebaut, p. 41.

La argumentación apunta a la capacidad de significar en que se traduce la potenciación del sujeto. Se corresponde con un lenguaje que llamamos categorial por romper con los significados, tal como lo hace la metáfora con los elementos que la conforman. Representa una recuperación de la función poética del lenguaje: significar sin reducirse a los contenidos, abrirse a lo probable o sugerido, en base a la «irradiación del significante hacia la totalidad de una clase de objetos».[80] Pero también representa un hacerse cargo del esfuerzo por remontarse, como señaló Goodman cuando se refería a la simbolización en relación con la denotación. Exigencia de no restringirse a los códigos de la inteligibilidad, no quedarse solamente en los límites de «aquello a que el mensaje se refiere, ni en su producto, ni en sus destinatarios»,[81] sino poner la atención en su misma construcción, en su lógica gestante más que en el conjunto de sus contenidos organizados y comunicados.

La tarea consiste en recuperar en el uso del lenguaje, más aún si «el lenguaje es la historia hecha palabras»,[82] la postura de colocarse y asumirse, por encima de la de quedar circunscrito al papel de sujeto cognoscente, a manera de avanzar en la resolución de la tensión entre determinación y espacios de posibilidades en la que se manifiesta la potenciación como forma de decir.

Habría que preguntarse si las lógicas de formación contribuyen a resolver esta tensión de manera que liberen las energías del sujeto, aquellas de las que dan cuenta la psicología y la lengua. O, más bien, predomina la tendencia a la conformidad quieta asociada con las inercias que resultan de estar y querer seguir estando atrapado por las circunstancias. Encontramos en la pintura, en su acto de creación, una síntesis de lo que decimos cuando se observa con relación a algunos pintores, como podría serlo Magritte, u otros, que la pintura «es una forma que se hace y se deshace sin cesar. No existen los límites, lo ilimitado lo limita todo. El espacio consigue desvanecerse, pero tenemos la posibilidad de descubrirlo».[83]

La capacidad de significar consiste en la posibilidad de anticipar alternativas desde el reconocimiento de la historicidad de lo denotado; por lo tanto, representa un distanciamiento

80. Lledó, *op. cit.*, p. 160.
81. Felipe Martínez Bonati: *La figuración narrativa*, p. 16.
82. Lledó, *op. cit.*, p. 70.
83. Análisis de Ràfols-Casamada, pintor catalán.

para organizar la apertura respecto de lo dado para reconocer la presencia de realidades excedentes respecto de los límites, como desafíos para activar potencialidades contenidas en la situación.

En última instancia esta apertura de lo dado plantea, como trasfondo del hombre en la historia, la cuestión de su autonomía: ser desde lo que nos determina históricamente, pero a la vez más allá de ello. Vislumbrar lo historizable de la existencia.

CAPÍTULO III

DETERMINACIÓN Y CONSTRUCCIÓN. EN TORNO A LA CAPACIDAD DE SER AUTÓNOMOS

Hablamos de cosas que no siempre pueden abarcarse con sentido desde la escala de lo humano. La idea de cosmos o de mundo nos sitúa en perspectivas diferentes para conocer lo externo, aunque en ambas situaciones estamos ante un acto de conocer pero con distintas implicaciones en cuanto a la relación sujeto-realidad, por lo tanto acompañado de lenguajes diferentes. En uno u otro caso se condensan diferentes posibilidades debido las circunstancias, en la medida en que muchas de ellas, al estar asociadas con la idea de cosmos, pueden ser ajenas al ámbito de lo humano. Entender una época, o un momento histórico, se corresponde al esfuerzo de discernir la naturaleza de los espacios en los que el sujeto está; lo que obliga a tomar en cuenta esa ubicación como el horizonte de posibilidades en que sus necesidades se pueden plasmar en acciones, según sean sus ideas, deseos y voluntad de hacer.

Debemos cuestionar la estructura de los objetos que concentran nuestras atenciones y compromisos, intelectuales y emocionales, que se traduce en la forma de construir la relación con la externalidad. Ésta puede circunscribirse a la predicación de atributos, limitados al esfuerzo de apropiación, pero dejando fuera, o en lugar subalterno, cualquier construcción referida a la conformación de espacios de sentido. Lo que lleva a distinguir entre establecer proposiciones asertivas y el colocarse desde la necesidad y la posibilidad, no solamente de discursos asertivos, sino de la disposición para ser sujeto. Esta disposición se expresa en la capacidad para colocarse «ante» las circunstancias, que hemos definido como el predominio de lo horizóntico sobre lo

objetual. Cuestión que plantea entender que el afán por saber nace de la necesidad de ser.

En el *Codex Trivulzianus* de Leonardo da Vinci se afirma «que todo nuestro saber procede de lo que sentimos»; lo que no es ajeno a la inflexible consecuencia por encontrar las relaciones entre los fenómenos, cualquiera que sea su particularidad, idea que se encuentra también presente en otro genio mayor como Goethe. Cuando el quehacer de la ciencia se organiza desde esta exigencia se traduce en una relación de conocimiento como totalización capaz de abarcar una diversidad de objetos.

Centrar el esfuerzo de argumentación en la potencialidad en vez de hacerlo en el esfuerzo por explicar significa desplazar la discusión desde el objeto a la autonomía del sujeto y convertir a ésta en la condición para que el sujeto se asuma como ángulo desde el cual retomar la relación de conocimiento. La explicación queda subsumida en la postura de la colocación, que la incluye como una relación particular: el conocimiento deviene en la determinación de lo viable a partir de un abanico de posibilidades, pero también mostrándose como un acotamiento particular de las delimitaciones históricas; de ahí la importancia del ajuste entre contenidos teóricos y significaciones históricas que remite a la pertinencia del conocimiento. Estamos colocados, de esta manera, en un momento de quiebra en la construcción del conocimiento: pasar desde lo dado, en el marco de determinadas regularidades, a la incertidumbre de lo que es construido; avanzar desde una realidad asumida ontológicamente como externa a una realidad que es el contenido de una construcción posible entre diferentes alternativas.

Lo anterior reviste distintas significaciones. En primer lugar, lo que concierne a cómo es utilizado el lenguaje; en segundo lugar, para dar cuenta de espacios de autonomía desde donde se puede desplegar el sujeto.

Se plantea un cambio en el modo de construcción de enunciados donde el cometido central de la discursividad son las exigencias de autonomía del sujeto.[1] En esta dirección, se plantea un cambio en la estructura del lenguaje, ya que al partir de esta premisa se rompe con las exigencias de un lenguaje rígido y uni-

1. A este respecto, debemos considerar como paradigmáticos a los lenguajes de la literatura y del arte.

versal. Sin embargo, lo primero que tenemos que resolver es definir la autonomía del sujeto como eje estructurador, en el cual quepa incluir la construcción de objetos, pero subordinada a las exigencias de autonomía del sujeto; pues, de otro modo, no seríamos capaces de reconocer los intersticios no determinados de las estructuras socio-históricas (en particular del orden social). La forma que tomen las proposiciones estará determinada por el modo como la autonomía influye en la construcción de los objetos-contenidos.[2]

El uso del lenguaje tiene que reflejar, en este sentido, la necesidad de espacios del sujeto para resolver sobre su asunción por sí mismo, más allá de su objetivación en atributos. Desde esta argumentación, el lenguaje referido a objetos-contenidos queda incluido en el lenguaje de lo indeterminado-posible que traduce el esfuerzo de potenciar. Lo que significa trascender la concepción de lo objetivo, que niega al sujeto en el acto de conocer; lo cual es posible si ponemos en primer plano del pensar-hablar el despliegue del sujeto, como el reconocimiento de lo real en tanto campo de posibilidades, a partir de los objetos-contenidos que se transforman en ámbitos de sentido.

La preocupación está centrada en la capacidad para reconocer estos espacios que obliga a que cualquier contenido conceptual quede subordinado a las posibilidades de potenciación del sujeto, según los contenidos devengan en sentido de prácticas propias de la autonomía. La cuestión de la validez de las proposiciones deberá examinarse, entonces, desde el ángulo de si los contenidos configuran o no espacios de posibilidades desde los que potenciar al sujeto.

En consecuencia, la construcción de contenidos debe corresponderse con el despliegue del sujeto en sus múltiples capacidades. El lenguaje pasa a ser un medio de activación según como se resuelva concretamente la autonomía del sujeto; la cual se medirá por la capacidad de éste para transformar lo externo-objetual en ámbitos de sentido donde materializar prácticas posibles mediadas por un acto de consciencia.

Es importante señalar que la relación con lo externo está mediada por la zona no determinada que media entre las circunstan-

---

2. Las implicaciones estrictamente metodológicas de estos diferentes tipos de enunciados serán objeto de un trabajo.

cias y la capacidad de actuación del sujeto, tanto desde lo constituyente del sujeto —su despliegue y la consciencia que desarrolla de éste— como desde lo que lo rodea. O sea, desde el movimiento de estar conformándose, aunque a la vez desde el estar ocupando espacios que transforman su realidad, como externalidad, en ámbito desde donde desplegar su autonomía. Equivale a pensar al hombre desde lo que es con su virtualidad, aunque sin recargarlo con desafíos de-ontológicos, metafísicos o retóricos, alusivos a una externalidad con la que el sujeto tiene que confrontarse, aunque sin hacerlo consigo mismo.

Complejidad de lo real y la incorporación del sujeto

Afrontamos desafíos traídos por la historia de la sociedad y de la propia ciencia, que forman parte del gran debate filosófico de nuestra época: dar cuenta de la naturaleza de la complejidad real. Se plantea tanto la dificultad de explicar y comprender la realidad, según cánones establecidos en los términos de la relación causa-efecto, como la necesidad de que la construcción de conocimiento se esculpa en forma de superar la escisión entre sus contenidos y los sujetos que pueden hacer uso de ellos. Desafío que obliga a pensar en otros ángulos desde los cuales organizar el conocimiento a modo de trascender la separación entre pensamiento y sujeto, conjugando la complejidad de la realidad con la capacidad para actuar ante las determinaciones.

Los desafíos de la complejidad pueden mostrarse en los límites de la lógica del objeto que, clásicamente, ha sido la capacidad de explicar la realidad; aunque, de otra parte, la incorporación del sujeto, con todo lo que implica en cuanto involucrar a distintos dinamismos (intelectuales, emocionales, volitivos), obliga a salir de los límites de la postura epistémica dominante centrada en el entendimiento analítico.

El problema consiste en asumir una postura de pensamiento que no se agote en la construcción de conocimiento, sino que abarque la incorporación del sujeto como ángulo desde donde se organice el pensamiento. El desafío está en pasar de un lenguaje denotativo, organizado en el marco de la exigencia de dar cuenta de objetos, a un lenguaje que, por encima de cualquier

normativa, plantee rescatar la actividad del pensar antes que la simple construcción de conocimiento.[3]

Se puede sintetizar lo expresado en la idea de que, en vez de organizar el conocimiento en el marco de las lógicas de determinaciones, se impulse su desenvolvimiento desde la capacidad para potenciar lo potenciable; lo que supone saber cómo se puede rastrear esta posibilidad en base a los propios lenguajes (aunque de manera particular en el marco de las reflexiones sobre las mismas teorizaciones).

El desafío está en poder esclarecer cómo en los diferentes lenguajes se resuelve la recuperación del sujeto para precisar cómo cada cual crea espacios de posibilidades. O, por el contrario, si se limitan a campos de significaciones cerrados en los que el sujeto se enfrenta con enigmas ya resueltos, pero donde no necesariamente se plasman retos para su desenvolvimiento. Esto es, si se crea la necesidad de proyectos desde los que el sujeto tenga y deba afrontar la construcción de nuevos parámetros, o bien se limite a ubicarse en parámetros preestablecidos.

La cuestión de fondo es mostrar la potenciación de lo potenciable en los diferentes lugares que el hombre puede reconocer y ocupar, según sea la naturaleza del lenguaje que le sirve de enlace con las circunstancias; pero, particularmente, cómo son articuladas las circunstancias «externas» con las distintas facultades del hombre (de manera que ni sus formas de conocer, ni sus vivencias, se transformen en mecanismos que lo mitifiquen o lo reduzcan a arquetipos). Es el papel del lenguaje para que puedan tener presencia los mecanismos de potenciación del sujeto, ya sean los que se hereden de la historia de la sociedad como los que aporte la ciencia, en particular la psicología.

Lo anterior supone leer al sujeto en sus múltiples determinaciones sin reducirlo a una jerarquía de elementos, pues hacerlo significaría desplazar al sujeto pensante y con voluntad y pasión por un objeto acotado de conocimiento. Debemos captarlo desde su complejidad, que, por su misma naturaleza, es la negación

3. Acto de pensar que implica desde dónde se piensa, que en tanto acción consciente es concomitante con el reconocimiento de los espacios de autonomía: el despliegue como el discurso de la consciencia orientada a potenciar el momento. La consciencia como el verbo del despliegue; lo que supone un modo de pensar a partir de una estructura de categorías que necesariamente se tiene que fundamentar en la conjugación entre distintos lenguajes: simbólicos y denotativos.

de su descomposición en dimensiones, exigiendo un abordaje de conjunto. Al decir de algunos autores, la posibilidad de ampliar la subjetividad de los sujetos es sinónimo de fuerza, lo que corresponde con una concepción del hombre como siendo, de lo humano como pasión y voluntad, en tanto condición que se abre a nuevas posibilidades de vivirse, esto es, a lo historizable.

En el trasfondo de esta discusión se encuentra la relación entre lo humano y la historia. El problema es que para reconocer la presencia de lo humano a lo largo de los procesos históricos se requiere de un tipo de categorías que permitan dar cuenta de la tensión entre la dimensión humana y las lógicas que imponen los contextos con sus códigos de información y de comunicación, los cuales se corresponden con parámetros de estabilización, armonización y sentido de lo dado en cuyos límites se producen todos los bloqueos e inercias del sujeto.

Desde esta problemática, procuramos pensar la realidad desde el sujeto, en vez de seguir pensando al sujeto desde la externalidad que lo determina. Nos situamos ante el desafío de no restringir el conocimiento del sujeto a la descripción de sus atributos, según como están conformados por las situaciones sociales, pero tampoco reducirlo a la subjetividad para desde ella hacer extrapolaciones. Lo que se busca es adentrarse en el movimiento constituido por el ser-hacer-hacerse como construcción desde condiciones determinadas, pero que, a su vez, se transforman, en tanto construcción, en determinaciones del propio desenvolvimiento.

El hombre está constantemente desafiado por su afán de colocarse y recolocarse ante las circunstancias. Ello apunta a su mundo interno, todavía no formalizado, pero en el que surge la necesidad de las formas, cualesquiera que sean éstas. Es por esto que desde allí se puede rescatar con mayor claridad el sujeto en su disponibilidad de apertura a las exigencias históricas, las que siempre exceden cualquier concreción ya codificada. En efecto, se vive una dialéctica constituida por el colocarse y el reconocerse ante las circunstancias.

Lo dicho es la condición propia de las relaciones en que se ubica el sujeto, ligada a la índole de ser una unidad psico-biológica, aunque siempre historizada por estar modelada por las circunstancias sociales. Y que obliga a pensar en el sujeto siempre abierto a las emergencias históricas, aunque ello suponga traspasar sus condiciones sociales actuales.

No tiene sentido hablar de historia como historizable, como esa realidad por-venir relativa a lo inagotable, si nos mantenemos dentro de las formas codificadas de concreción social. Las formas de ser no se agotan en la consciencia de ser, pues el existir no es solamente un acto de decisión, sino una espontaneidad que envuelve a la consciencia y al propio lenguaje.

Desde esta perspectiva, preguntémonos acerca del lugar desde donde es posible la construcción de lo real. El concepto de lugar constituye una suerte de bisagra entre lo acontecido, producto de una secuencia causa-efecto, y los excedentes respecto de lo determinado que, por su misma naturaleza no dada, representan una apertura de lo acontecido. Lo que cabe transformar en un problema en sí, en tanto cuestiones filosóficas relacionadas con ser y de-venir, o bien con cuestiones que definen los parámetros de lo que es la naturaleza del sujeto.

El sujeto es la capacidad de transformar lo dado-determinado-acontecido en potencialidad de futuro, a partir de que esta potencialidad descansa en una inconformidad con lo dado, en tanto forma de apertura; inconformidad que constituye una relación con las circunstancias que rompe con el juego de lo dado, circunscrito a sus determinaciones, que se asocia con dimensiones existenciales, no solamente de ideas, como sus acatamientos y rupturas, ensoñaciones y rebeldías, predicciones y decisiones de hacer, todo lo cual configura un espacio que trasciende a lo establecido. Dicha trascendencia es la raíz misma de las necesidades del sujeto que hemos llamado lo historizable de la historia. Y que es el «ante» como lugar del sujeto; abrevadero de parámetros no elaborados concretamente, y menos verbalizado, que representa un torrente que busca trazar su propio cauce. O lo magmático en la acepción de Castoriadis.

Se desprende que lo necesario de conocerse escapa a los cánones del conocimiento científico, ya que es una fuerza no estrictamente inteligible desde las exigencias del método. Dos son los problemas que se afrontan: la intuición y la imaginación como dimensiones de este momento magmático. Hay que tener presente de que no son formalizables, según las exigencias de las lógicas de objetos o de producto, por lo que antes que hablar de contenido tenemos que hablar de simples necesidades.

Si afrontamos cualquier contenido delimitado no se trata tanto de hablar de éstos como de su necesidad de ser. No es el discurso

sobre el sujeto lo que importa sino la necesidad del discurso que forma parte de la intuición como dimensión constituyente, nunca posible de reducirse a ningún contenido, según las exigencias de las determinaciones. Más bien, es la intuición como afirmación del sí mismo desde su ubicación histórica, que no es objeto de un tratamiento analítico sino de una forma de enlace con lo posible. Es la imaginación como lenguaje de los contornos desde los cuales vislumbrar los espacios de despliegue.

En esta dirección, se plantea la pertinencia epistémica de los lenguajes (simbólicos) por ser los modos para encarnar la incorporación de la vida en la construcción del pensamiento, que se corresponde con estar por encima de las exigencias de convertir todo en contenido. Pero que, además, subordina la exigencia de claridad a la riqueza que se desprende de la misma vida, como emergencia de constantes naceres.

Nos referimos a la necesidad de vencer el embotamiento del espíritu, a su achicamiento por encerrarse dentro de las determinaciones de la eficacia, que, en su lógica, empobrece lo que entendemos por vida. Recordemos lo que se ha dicho acerca de las consecuencias que ha tenido el empirismo racionalista. «Hasta el advenimiento del empirismo racionalista los hábitos rectores del espíritu occidental eran simbólicos y alegóricos. Los datos con que se contaba en lo tocante al mundo natural, el uso de la historia y la variedad de las acciones humanas eran trasladados a diseños imaginativos o mitologías [...] entre el entendimiento y la comprensión no se han interpuesto, aún, los nuevos lenguajes de las matemáticas y las formulas científicas. El poeta era por definición un realista, sus fantasías y parábolas eran organizaciones naturales de la realidad».[4] A diferencia de lo que ocurre hoy cuando «nuestras palabras dan la impresión de estar fatigadas, de haberse gastado», pues «ya no están cargadas de su inocencia original ni del poder de revelación», por lo que «no están abiertas a aceptar la carga de nuevos significados y pluralidades que Dante, Montaigne, Shakespeare y Lutero podrían imponerles».[5]

En este sentido, podemos recuperar la reflexión que formuló Walter Benjamin, sobre los conceptos, a partir del libro *Filosofía de las formas simbólicas* de Ernst Cassirer. Establece una diferen-

---

4. Steiner: *La muerte de la tragedia*, p. 145.
5. *Ibíd.*, p. 230.

ciación entre conceptos míticos y lógicos. Los primeros se traducen en «una expresión espiritual opuesta a la dirección en que discurre el movimiento de nuestro pensamiento teorético»; dicho de otro modo, donde la expresión espiritual propia del pensamiento teorético «devino [...] en lugar de un ensanchamiento de la percepción, más bien en su angostamiento externo; en lugar de la expansión [...] el impulso hacia la concentración; en lugar de su esparcimiento y extensión, su comprensión interna o interior».[6] En el caso del pensamiento mítico, en cambio, «la condición previa [...] está en la sensación de todas las fuerzas en un solo punto».[7]

Se pueden relacionar estas consideraciones con la recuperación del sujeto en el discurso, según las estructuras conceptuales sirvan o no para disociarse de las «apetencias» del sujeto al reflejar los atributos de lo denotado. Cuando las estructuras conceptuales han sido forjadas desde el plano de la autoexigencia, como podrían ser las diversas utopías, entonces llevan consigo al sujeto en su aventura, en vez de distanciarse de éste como un espejismo. El sujeto se coloca en un plano diferente al de los conceptos con funciones estrictamente cognitivas para, así, elevarse sobre sus circunstancias y colocarse ante lo desconocido, lo cual puede acompañarse de la capacidad de control que se plasma en conceptos con funciones explicativas: la explicación nos protege del temor a lo desconocido aunque éste siga estando presente.

No opera lo que decimos solamente en los marcos de los grandes procesos históricos, pues se repite a escala de la vida de la persona en el transcurrir de su vida cotidiana. Es lo que obliga a recuperar los lenguajes desde las posibilidades de asombro que pueden contener si los pensamos desde su capacidad de significar, que trasciende la certeza de los contenidos; esto es, no reducirlo a la búsqueda y la expresión de la claridad de lo definido, sino desde el límite abierto de los contornos.

Ello es congruente con la concepción de la condición humana como ángulo en el cual madura la necesidad de pensar. Para ello se requiere de conceptos diferentes a los propios de los esquemas racionales de la explicación, que son los que han dominado la vida. Es así como «la metafísica clásica ha podido pasar por especialidad ajena a la literatura porque siempre ha funcio-

6. Walter Benjamin: *Imaginación y sociedad*.
7. *Ibíd.*, p. 164.

nado sobre un fondo de racionalismo incontestado, porque siempre ha estado convencida de poder explicar el mundo y la vida humana a través de una organización de conceptos; se trataba menos de una explicitación que de una explicación de la vida o de una reflexión sobre ella».[8]

El desafío consiste en ampliar la relación consigo mismo para, desde ella, profundizar la relación con la realidad externa, sin restringirse a la forma de un razonamiento ceñido al objeto; aunque tampoco suplantar el lenguaje denotativo por otro que, en su extensividad, incurra en la vaciedad de significados. Más bien se busca romper con los límites de las determinaciones para fortalecer la capacidad de significar más allá de los límites del principio de identidad. Y de este modo ampliar los ámbitos de la subjetividad mediante la adecuada apropiación de los lenguajes literarios; se plantea por lo mismo una lectura epistemológica de estos lenguajes.

Pongamos como referencia lo que se ha observado en las grandes obras (como en el *Ulises* de Joyce), que «amplían las experiencias posibles en la misma medida en que aumenta el tesoro de la lengua»;[9] o el caso de la prosa proustiana que «recurre por igual a la rememoración y las expectativas, rodeando el hecho actual con la estructura del tiempo gobernado», o, como en Herman Broch, para quien el lenguaje debe evitar «las tentaciones de las afirmaciones sistemáticas».[10] O como se señala también en los análisis de Harold Bloom sobre la obra shakespeariana, que el lenguaje «buscaba ensancharnos, no en cuanto ciudadanos o en cuanto cristianos sino en cuanto consciencias».[11]

Nos enfrentamos a una especie de explosión del sujeto, con su reinstalación más allá de cualquier función específica o de responsabilidades atribuidas. Responde al desafío, ya anticipado en algunos textos religiosos egipcios, de un lenguaje que obedezca «a un orden que ha sido pensado por el corazón y que ha sido expresado por la lengua, la cual no cesa de crear el ser de toda cosa».[12] Y que remite a esa insaciabilidad propia de la condición humana, a ese deseo de inmortalidad que se trasmuta en la consciencia de lo inagotable, que no siempre se traduce en

---

8. Merleau-Ponty: *Sentido y sin sentido*, p. 58.
9. Steiner, *op. cit.*, p. 226.
10. *Ibíd.*
11. Harold Bloom: *Shakespeare. La invención de lo humano*, p. 32.
12. François Daumar: *La civilización del Egipto faraónico*, p. 200.

deseo sino muchas veces en simple temor. Aquello que nunca cesa, como la voluntad de vivir de la especie y no de los individuos, que reclamaba Schopenhauer, o como la situación de los límites de Eugenio Trías.

Lo inagotable, al asomarse a horizontes abiertos, subordina los contenidos a trascender sus límites, porque deviene en el existir mismo que perturba la quietud concedida por éstos, fortaleciendo una mente abierta a lo más incluyente. Se corresponde con un lenguaje que no puede ser de predicados, pero tampoco que se reduzca a girar en torno de una identidad estática. Encontramos que lo más cercano a lo que decimos puede ser el comentario sobre la obra de Benjamin, formulado por Adorno, cuando señala que «pretendía una construcción histórico-filosófica de una época», o, mejor todavía, una «construcción imaginativa [que] sería, por antigenérica, una denominación más adecuada»; trabajo en el que se busca inaugurar nuevas categorías, pero más que nada destacar el esfuerzo por «dejar que las significaciones salieran a la luz por medio de un montaje chocante del material».[13]

Esta búsqueda de significados resulta de un esfuerzo de orquestación de temas donde la significación se puede aclarar solamente en la articulación de cada pregunta o detalle; de ahí que la diversidad de tópicos pueden encontrar su significación en una panorámica presentación de sus posibles relaciones entre sí, como es el caso de los temas que elige Benjamin en sus estudios sobre Baudelaire.

Los temas que surgen en las grandes ciudades, como el de la densidad demográfica, sirven de punto de arranque para enlazar con múltiples posibilidades de exploración, como es el caso de la multitud y sus formas de comportarse, y lo que de ello puede derivarse como problema nuevo, como la coexistencia con individuos sin rostro, sin identidad, con los que las relaciones se estructuran sobre bases desconocidas; situación que Simmel observó en situaciones caracterizadas por la presencia de individuos que se relacionan entre sí, pudiendo verse pero sin oírse, creándose una situación «mucho más inquieta que el que oye sin ver».[14]

O bien en situaciones sociales producidas por los medios públicos de transporte que conforman tipos de relaciones im-

---

13. Benjamin: *Poesía y capitalismo. Iluminación II*, prologo de Jesús Aguirre, p. 18.
14. *Ibíd.*, p. 52.

personales de nuevo cuño. O en las problemáticas que sirven de punto de arranque a nuevas posibilidades de reflexión. Tal es el caso del paisaje urbano, que permite redefinir las relaciones con la naturaleza, pero también como el espacio de nuevos actores sociales, con prácticas y fisonomías propias que plantean la cuestión de la apariencia, en particular, el de las vestimentas que revisten su propia simbología, como «su belleza política, expresión de la igualdad universal», pero también «su belleza poética, que es la expresión del alma pública».[15]

Lo anterior vale como ilustración de nudos problemáticos que emergen como articuladores entre procesos históricos, que se pueden ramificar en una variedad de nuevos temas que, a la vez, son espacios de la sociedad y del hombre en los que éste afronta nuevas posibilidades de vida. La multitud, las calles, la diversidad de situaciones sociales que pueden representar modos distintos de inserción social, dan lugar a numerosas ramificaciones que constituyen el contexto en el que el sujeto no es solamente un producto, sino un constructor de su propio destino en la medida en que vaya forjando nuevas capacidades de despliegue.

De estas descripciones se desprende la relación entre lo explícitamente denotado y lo que es evocado en la denotación; por ejemplo, la multitud con la que se asocia un sentimiento de soledad y temor; o la impresión de transitoriedad o de fugacidad en las imágenes que se observan transitar por las calles. Experiencias que exigen del sujeto la capacidad de aunar, como dijo Benjamin en relación con Baudelaire, «dos maneras opuestas de reacción, podríamos decir que una pasada y una presente»,[16] que supone una «gran hazaña de voluntad»;[17] pues «en el mismo momento en que se complace en la descripción más clara de los más desconsoladores detalles de la realidad, se explaya en un espiritualismo que nos desvía lejos de la impresión inmediata que las cosas le producen».[18]

Lo que se pone en juego son los «hábitos de sentimiento y los modos de ordenar la experiencia material y psicológica»,[19] que nos atrapan en situaciones sociales a través de sus formas de

---

15. *Ibíd.*, p. 95.
16. *Ibíd.*, p. 113.
17. *Ibíd.*, p. 114.
18. *Ibíd.*, p. 113.
19. Steiner, *op. cit.*, p. 143.

expresión, como la creación artística y poética, sin tener la consciencia de que esas formas de expresión carecen de posibilidades de revivir hábitos que sean congruentes con los modos de vida dominantes. Es el caso de la tragedia que, en la naturaleza y en la psique, supone «fuerzas incontrolables y ocultas capaces de embriagar o destruir la mente»;[20] pero que hoy se expresan a través de otras fuerzas que pueden ser también incontrolables, aunque su forma de expresión no sea la tragedia.[21]

Lo que decimos se refiere a las complejas y múltiples determinaciones que conforman los espacios del sujeto, que nos permite ilustrar la cuestión de estar determinados por las circunstancias y el papel de la voluntad de construir desde esas condiciones. En esta dialéctica, los lenguajes literarios contribuyen a esclarecer estas sobredeterminaciones, en la medida en que trascienden la lógica lineal y mecánica de las determinaciones, de manera que éstas no sirvan exclusivamente como argumento para razonamientos explicativos, sino, principalmente, como postura para entender la naturaleza y los grados de autonomía que se pueden reconocer en el marco de las determinaciones. Debemos recordar la contribución del lenguaje literario para ensanchar y enriquecer la consciencia y, en consecuencia, fortalecer la capacidad de autonomía.

Nos enfrentamos con la problemática del espacio desde el cual el hombre se relaciona con las circunstancias que lo determinan. El espacio que articula a las circunstancias con la voluntad del hombre para afrontarlas desde sus posibilidades y reconocer opciones. Y que apunta a la historia de la especie como historia de sobrevivencia, desde el momento en que unos núcleos pequeños deciden salir de su hábitat originario en el este de África para acceder a mejores condiciones de reproducción hasta la reciente historia de las innovaciones tecnológicas. El espacio que no se agota en las determinaciones ya que deja un

---

20. *Ibíd.*, p. 248.

21. Cabe recordar en relación con este tema una entrevista que le hiciera el periódico español *El Mundo*, en septiembre de 2002, al dramaturgo norteamericano Arthur Miller, en relación con la estructura de la tragedia clásica y el drama moderno. Se preguntaba Miller «si el tipo de sentimientos que podemos denominar trágico tiene cabida actualmente en nuestro vocabulario. No lo tengo muy claro. Tal vez porque hemos matado a demasiada gente. Un ser humano ya no tiene mucho valor, puede ser desparecido y olvidado con facilidad y, consecuentemente, tampoco está muy clara la idea trágica que implica el ser humano».

margen variable para decidir entre opciones. No es arbitrario, en consecuencia, que se pueda concebir a la realidad-objetiva como espacios de posibilidades del sujeto, en la medida en que la realidad se va transformando desde simple contexto externo en ampliación de la subjetividad desde cuya perspectiva tiene sentido hablar de construcción. El modelo de la externalidad proyecta la vieja tradición metafísica, centrada en la capacidad de explicación, que reduce la relación con la realidad a lo que es; dando lugar a su ontologización porque deja fuera al sujeto.

La realidad, según la capacidad explicativa, no toma en cuenta el estar del sujeto; reafirma su naturaleza externa. No obstante, la externalidad, en tanto posibilidad ontológica admite muchas significaciones, lo que dependerá del horizonte de opciones posibles del sujeto; sin embargo, no todas pueden ser determinadas por la función cognitiva, ya que algunas de estas opciones se corresponden con relaciones de naturaleza ética o estética.

Por lo expuesto, cuando la relación de conocimiento expresa una ampliación de la subjetividad termina por cuestionar la lógica de objetos, en la medida en que el contexto se transforma en ámbitos de sentidos en los que la apropiación forma parte del proceso de ampliación de la subjetividad. Es por ello que consideramos que a la epistemología hay que evaluarla a la luz de sus contribuciones para la construcción del sujeto como ángulo. Se plantea una relación entre conocimiento y autonomía del sujeto, porque se concibe la realidad externa como espacio de posibilidades; pero, concebir la realidad como construcción y simultáneamente como autoconstrucción, es congruente con la idea del sujeto como necesidad de despliegue.

Cuando el contexto se transforma en un espacio de posibilidades aparece vinculado con el estar del sujeto. Estar que puede ir alejándose de la simple externalidad, tomar la forma de un objeto que se formaliza como mecanismo de apropiación, aunque muchas veces sin explicitar su diversidad de significados. Ello nos enfrenta a la cuestión de que la realidad resulta conformada por proyectos que son ángulos de lectura, por lo que cualquier concepto de realidad, por «objetivo» que parezca ser, involucra la presencia de una voluntad (individual y social), que permite llegar a la conclusión de que la realidad no es más que la concreción de diferentes sujetos sociales.

Desde esta perspectiva, la realidad siempre estará asociada con modos de concreción de la necesidad de ser sujeto, lo que se cimienta en una particular articulación entre voluntad y proyecto. De lo que se concluye que tanto la voluntad como el proyecto se muestran como «necesidad de una presencia», que hace que cualquier acto de conocimiento se tenga que remitir, en última instancia, a una dimensión colectiva desde la que el conocimiento es construido. Es la necesidad de ser sujeto que conforma al espacio de posibilidades en el marco de relaciones posibles con otros sujetos. Pero, ¿con qué concepto de sujeto se corresponde?

La necesidad de ser sujeto se corresponde con una determinada voluntad y proyecto, que al representar un espacio de posibilidades no se limitan a reflejar las circunstancias inmediatas del contexto. Es el movimiento de una suerte de estructura básica de experiencia que puede limitarse a ser indicio de un movimiento del individualismo solipsista, o bien una apertura hacia situaciones sociales y culturales, que no se reduce al entendimiento sino que abarca lo emocional y volitivo; en consecuencia, no solamente es teórica sino también cosmogónica.

Son despliegues de la subjetividad que corresponden a una determinada amplitud de las posibilidades de determinarse. Lo que nos coloca ante el sujeto como producto de las determinaciones, pero a la vez como lo posible de determinarse; conjugación que se vincula con la problemática del *ante* que refiere a la mayor o menor amplitud en las posibilidades de determinarse. Debemos preguntarnos acerca de la experiencia que se corresponde con este «ante» que, en primer término, nos enfrenta con el lenguaje en la medida en que, a través de éste, se configuran los universos de significación en los que el sujeto se ubica para reconocerse como tal.

En efecto, un síntoma de la necesidad de ser sujeto es el uso del lenguaje. Por lo tanto, debemos estar vigilantes para no terminar siendo sus prisioneros como cuando el «lenguaje aprisiona en la ceguera de las certezas»,[22] que impide reconocer en el mundo moderno «el derrumbe de lo imaginativo»,[23] abandonados los hombres a quedar encerrados en sus propias circunstancias. El desafío es abordar nuestro propio estar para vivirlo sin el

22. Steiner, *op. cit.*, p. 47.
23. *Ibíd.*, p. 91.

ropaje de significados cerrados, especialmente cuando vivimos los significados como certezas; esto nos obliga a inventar un vocabulario que responda a las exigencias del contexto.

Nos ocultamos de lo que somos cuando el lenguaje se cosifica por abuso de sustantivos, que acaban por ontologizarse. Tenemos, por el contrario, que liberarnos a través del predominio del verbo siempre que en éste la objetivación no se resuelva a partir de su divorcio respecto del sujeto. La literatura desafía a resolver esta cuestión que, en el fondo, refiere a la incorporación del sujeto al discurso. «Eso que somos es lo único que podemos enseñar; Falstaff, que es libre, nos instruye en esa libertad, no la libertad en la sociedad, sino en la libertad de la sociedad.»[24] Y que podemos relacionar con lo señalado por Nietzsche en relación con la metáfora en cuanto sugerir otros modos posibles para vivir y conocer.

Nietzsche sostiene que «la metáfora es un lenguaje naciendo, un lenguaje que está siendo, pero que todavía no es»; cree que «a través de las fuerzas innovadoras de la metáfora el mundo puede ser organizado de otra manera».[25] Debemos estar alerta para no «rechazar la metáfora en aras de la buscada estabilidad y del orden conceptualizado, porque de esa manera queda excluido lo otro de la razón, el error, la mentira».[26]

Pero la apertura a lo no devenido, a lo todavía no dicho, puede tener que ver con la preservación de la imagen sobre el concepto, recuperar la imagen no petrificada, en tanto el concepto consiste en un «residuo de metáforas» disolviendo la imagen en un concepto.[27] Luchar contra la fosilización del concepto en su pretensión de una descripción literal de la realidad, «que provoca la ilusión y creencia de la metafísica en la verdad eterna e inmutable».[28]

Todo remite a la cuestión del sujeto. «Solamente al olvidar que el hombre recién es un sujeto que crea artísticamente se puede vivir con una cierta tranquilidad, seguridad y constancia», alertando acerca de la des-historización de la realidad cuando los filósofos hacen de las cosas «momias completas», si para

---

24. Bloom, *op. cit.*, p. 337.
25. Nietzsche: *Escritos sobre retórica*. «Introducción» de Luis Enrique de Santiago Guervós, p. 47.
26. *Ibíd.*, p. 49.
27. *Ibíd.*, p. 50.
28. *Ibíd.*, p. 51.

ellos, «lo que es no deviene, lo que deviene no es».[29] Reflexiones que recuperamos en el marco de la instalación en el mundo que obliga a trascender las primeras determinaciones: la simple exigencia por explicarlo. Se cuestiona el predominio de lo inteligible de acuerdo con la idea de una objetividad en devenir que se come las significaciones codificadas.

La instalación en el mundo supone una postura sobre la necesidad de un discurso, un envolverse de posibilidades que no se reduzcan a ninguna predicación. Pero que sí representa el tránsito desde la externalidad hacia la idea de ámbito de mundo, que es la realidad como posibilidad de experiencia. «Tal vez Hamlet, como Kierkegaard, vino al mundo para aprender a salvarlo de la reductibilidad»;[30] pues de lo que se trata no es de explicar al mundo o de descubrir sus condiciones de posibilidades, sino de «formular una experiencia del mundo, un contacto con el mundo que precede a todo razonamiento sobre el mundo».[31]

La realidad como necesidad de vida

Tenemos que responder a la crítica de la realidad como necesidad de vida. ¿Cuál es la necesidad de vida de una época y cuál la necesidad de vida del discurso? La respuesta se encuentra en cómo se incorpora al contorno en el que se da el despliegue del sujeto, según como transforma a la externalidad en mundo, mediante sus actos y también por medio del lenguaje con el que puede nombrar lo existente y lo historizable; pues se trata de evitar que el lenguaje se convierta en un parámetro que atrape al sujeto. Es lo que pretende abordar el dramaturgo en su búsqueda por encontrar un lenguaje distinto para cada personaje, «lenguaje que puede cambiar incluso en la medida en que ellos cambian».[32]

La transformación de la externalidad de objeto en mundo plantea construir los significados según la necesidad que tengamos de ellos; necesidad que cambia en la medida en que depende del movimiento de la subjetividad, esto es, del enlace con lo externo como expresión de la capacidad para asumirse. Para ello debemos libe-

29. *Ibíd.*, p. 51 (*El crepúsculo de los dioses*).
30. Bloom, *op. cit.*, p. 843.
31. Merleau-Ponty: *Sentido y sin sentido*, p. 59.
32. *Ibíd.*, p. 849.

rar al pensamiento de «la férula de la lógica», más aún, «liberarse de las jerarquías preestablecidas de posición social y castas».[33]

Se observa un regreso al trasfondo humano oculto detrás de las determinaciones y apariencias que constituyen socialmente al sujeto, como el hombre que se esconde detrás de las conductas y de las expectativas que modelan los papeles sociales que contextualmente se imponen. Deberíamos preguntarnos acerca de cuanto hoy se oculta en lo dicho, que no ha sido alzado a la altura de la necesidad de ser. ¡Cuánto de nosotros espera todavía ser invocado! Aunque la posibilidad de encontrar una respuesta debemos rastrearla en el esfuerzo por recuperar la historia como proyecto social, pero desde una práctica de vida cotidiana marcada por un sentido histórico general, aunque no parametrizado.

En literatura tenemos el caso de Brecht como ejemplo de un discurso desparametrizado, aunque sin negar su propio compromiso. Es el despliegue como lucha por renovar el sentido de la historia desde determinados parámetros, pero a manera de no dejar que éstos impidan ver las posibilidades de intersticios. «Brecht no modeló su poética en el ascenso inexorable del poder soviético sino en el fracaso y la destrucción del movimiento comunista alemán [...] desplegó un realismo desolado, su propensión a la sátira y su ingenio revoltoso frente a la ideología que profesaba abiertamente y con sinceridad». Se requiere, para romper con los parámetros, «ribetes de herejía que le permitan al poeta trabajar a contrapelo de su fe ortodoxa». Para lo cual se tiene que afirmar en el proceso de la historia mirada desde las potencialidades del presente. Historia desde la soledad de quien «construye con plena consciencia de ser su horizonte, aunque con la lucidez de que el proceso no es ineluctable y que por lo mismo habrá que afrontar terribles dificultades, retrocesos, padecimientos».[34]

Idea de horizonte que rodea a la teoría o a la ideología, cuya expresión en el pensamiento es una forma de consciencia que nos invoca, sea por la ideología, sea por la literatura o el arte, al esfuerzo por dar una versión del contorno. Y romper con los parámetros desde el marco del contorno. Ya lo decíamos, es lo propio de la ubicación que requiere de la necesidad del discurso todavía no reducido a la simple predicación de atributos. O la

---

33. Steiner, *op. cit.*, p. 93.
34. *Ibíd.*, p. 250.

metamorfosis propia de la lucha por inventarnos lenguajes, a partir del hecho de que el sujeto está claramente en proceso de cambiar con la historia.

El contorno del que hablamos es esa «necesidad de presencia» que forma parte del deseo por encontrar ámbitos de sentido en los que desplegarse. Y que enlaza con la libertad que nace de las mismas determinaciones siempre que no nos reduzcan a seres explicados, simples objetos de estructuras conceptuales, dejando de lado el juego de las incertidumbres que se derivan de la relación entre determinaciones y sobredeterminaciones de tantas maneras diversas. Es la problemática de la potenciación como el lugar desde donde reconocer la concreción del esfuerzo de construcción del sujeto, en base a su voluntad y proyecto. Y que implica tener que desarrollar la mirada sobre el contexto para, desde la postura de asumirlo, transformarlo en espacio de posibilidades. Pues «la pura abundancia de sobredeterminaciones se vuelve una libertad».[35]

Con las mediaciones nos referimos a los niveles de autonomía del sujeto, pues cada nivel de autonomía compromete distintas facultades de aquél. El campo de potenciación está definido por las mediaciones que forman parte de la articulación entre construir realidades con sentido y, simultáneamente, asumir el desafío de auto-construirse como sujeto; lo que supone tener que confrontarlo con sus distintas facultades.

Ante el dilema de descubrir al sujeto, o de mitificarlo, tenemos que desentrañar la dialéctica memoria-mito, descubrimiento-invento, que se relaciona con la incorporación del sujeto en el discurso. De lo anterior se derivan dos alternativas: que el sujeto construya un discurso que explicite sus posibilidades para desplazarse con sentido; o bien, que el discurso aluda, o evoque, situaciones que esperan ser develadas por el sujeto, sin que ello signifique que éste pueda incorporarlas al mundo de su experiencia. Entre el sujeto y su futuro está aquello que adviene, pero no como incógnitas para ser develadas, sino como necesidades para ser vividas. Son las del momento histórico.

El momento histórico puede facilitar decantar la subjetividad del sujeto, en la medida en que contribuya a transformar aquello desconocido en mundo que se puede llegar a vivir. Es la transfor-

35. Bloom, *op. cit.*, p. 843.

mación del conocimiento en consciencia: concebir la realidad como articulación de voluntad y proyecto. Ello obliga a ir mucho más allá de los falsos dilemas, como el que define individuo y colectivo, el individualismo como previo al sujeto, el colectivo como búsqueda del individuo con consciencia histórica; pues, como se ha observado, en el centro de la vida hay un ser «que no se podrá llamar él ni yo, sino solamente nosotros».[36] ¿De qué realidad estamos hablando cuando pensamos desde la autonomía como el lugar donde se potencia la capacidad para construir la historia, parándonos ante las circunstancias, sin doblegarnos ante ellas, reconociendo los espacios de posibilidades que encubren?

Sin anticipar respuesta, podemos decir que estamos situados en el ángulo de lo agonal, mirando lo nacido desde su nacimiento, la palabra misma como la germinación de un algo, y el comportamiento del hombre como semillero de vida. A manera de derrotar las visiones cristalinas que se ocultan mostrando, cuando reivindican el logro, como una cima que no se reconoce en su camino, de forma que la mirada hacia las alturas es como un lugar común y no como un vuelo en el que nos trasmutamos en actores conscientes. Consciencia de la necesidad de crecer, armonía en el vértigo, tejido de lo disperso, sedimentación de lo azaroso e inefable. Conquista de lo dado como logro y comienzo: esto es, como destino; de ahí la importancia de un pensamiento epistémico.[37]

Lo epistémico es el puente que salta a lo nuevo y desconocido sin la seguridad de un nombre. Ausencia de nombre que es la invitación a lo no dicho pero deseado. Porque la realidad desde la experiencia es siempre una necesidad imperativa, sin nombre, que se trasmuta en cualquier azar, cuyo nombre busca atrapar esa libertad ígnea que plasma cristales, pero que no es más que plasmación, que con su nombre lo oculta en la forma de un orden o de una determinación. La voluntad es parte de esa necesidad imperativa, no como producto cristalizado, sino como necesidad pre-teórica de horizontes.

Debemos saber pensar el magma antes que cristalice y brille con la luz del contorno. Es como aproximarnos al nacimiento de la luz como experiencia de vida que contiene la necesidad de

36. Merleau-Ponty, p. 62; análisis de *L'invité* de Simone de Beauvoir.
37. Recuérdese el epígrafe inicial de este libro.

consciencia. ¿Cómo estamos constantemente naciendo y mirando, haciéndonos o dejándonos estar, en espacios que, o están amurallados, o bien pueden ser mirados con los ojos detallistas del albañil? Por eso surgen las preguntas: ¿qué es lo que nos rodea y estimula, o aplana, eleva o hace felices? ¿Qué es lo que confirma nuestro contorno para hacernos resistir de un modo particular nuestra condición de mortales, o bien distraernos en su olvido? ¿Qué miro, qué oigo? ¿Qué consciencia subyace en la trama de lo que decimos o hacemos por necesidad espontánea, en los tiempos del tiempo de todos los días?[38]

Sobre la expansión del sujeto

La idea de expansión del sujeto, la posibilidad de que éste incremente su consciencia, la retomamos desde la ruptura de parámetros. Su dinámica descansa en una articulación particular entre las contribuciones epistémicas y los mecanismos psicológicos; pero mediada esta articulación por el uso del lenguaje.

La primera interrogante que nos asalta es la importancia de los puntos de potenciación-potenciables del sujeto, según el carácter que reviste la «subjetividad» y de cuáles son y cómo actúan en ellos las determinaciones socio-históricas. De manera principal se plantea la naturaleza del marco epistémico, el pensamiento categorial, para resolver la capacidad de potenciación y su relación con las mediaciones psicológicas.

El carácter de este marco articulador afecta significativamente los alcances que tiene la autonomía del sujeto para «trascender» las limitaciones de sus determinaciones. La autonomía resulta de la posibilidad de reconocer en los mundos «psico-históricos» nudos de activación del sujeto, ya sea por alguna de sus facultades o por el conjunto de ellas. De ahí que pensemos que el pensamiento categorial[39] es un componente de la epistemología de la

---

38. Cabe hacer la siguiente cita relacionada con el pensamiento de Spinoza: «a mi parecer, mire usted, los artistas, los sabios, los filósofos trabajan duramente puliendo lentillas. No se trata de vastos preparativos con vistas a un acontecimiento que no acaba de producirse. Un día la lentilla será perfecta, y ese día todos percibiremos con claridad la asombrosa, la extraordinaria belleza de este mundo...» (Henry Miller, citado por G. Deleuze, *op. cit.*, p. 23).

39. Cfr. el planteamiento acerca del pensamiento categorial en *Horizontes de la razón*, vol. II, Anthropos, Barcelona, 1992.

potenciación que abarca las construcciones de la epistemología genética; aunque con mayor exactitud, deberíamos hablar de una epistemología de la subjetividad orientada a la potenciación de lo potenciable, para confrontar exigencias epistémicas (que resultan de la historia de la ciencia y del pensamiento) con desafíos existenciales.

La recuperación en el plano de la existencia de las exigencias epistémicas lleva a concebir aquéllas como la forma para abordar lo inagotable que, fundamentalmente, es lo indeterminado que traduce «las necesidades del sujeto». Es lo que lleva a colocarse ante las circunstancias desde un distanciamiento. Colocación como ángulo para recuperar al sujeto que obliga a una articulación de la subjetividad con lo histórico-externo, en base a las diferentes facultades del sujeto, cuya traducción más concreta es permitir comprender que lo historizable lo es en tanto existenciable.

Si la historia se puede activar desde sus posibilidades de existenciabilidad, significa que la potenciación es la transformación de la historia como lo posible de experiencia; por lo mismo, la existencia como lo experienciable incumplido. Pero, en tanto lo posible de experienciación, la historia es lo historizable, lo que es congruente con el planteamiento de lo indeterminado posible. La cuestión es transformar al discurso que descansa en lo inagotable de la historia en consciencia de opciones.

¿Cómo hablar del hombre?, ¿cómo hacerlo desde el conjunto de sus facultades sin reducirse a sus descripciones, como tampoco a sus simples vivencias, sino hablar de ellas para mostrarlas como las capacidades de las posibilidades? Tal vez problematizando la idea de sujeto en un conjunto desigual de apetencias, desde el ámbito de sus alegrías y pesares, que resultan del tumulto de ideas y ambiciones, logros y desengaños, de sus inquietudes y derrotas, de sus sueños y acciones, que van modelando al sujeto en un constante darse y no darse, según las circunstancias que lo rodean. De sus variantes formas de interacción con las circunstancias, de las preguntas que lo asaltan y, a veces, abruman, o bien desde la sensación de soledad o de multitud que lo embargan cuando lo abordamos en pensamiento, voluntad, sensaciones, percepciones, dudas y certezas.

Todo lo cual conforma el mundo nunca acabado, el mundo como posibilidad de mundo, como significado en tensión de cobijarnos o de liberarnos. El mundo como la realidad vivida o por

vivirse que se busca sedimentar desde la libertad, libertad que asume un significado de seguridad, o bien la seguridad que nos libera en sus mismas posibilidades de ampliación. Y que en el plano filosófico se manifiesta en la tendencia a reducir el «estando» a un «ser», aunque no necesariamente signifique traducir el estando en consciencia, sino más bien un estando donde el ser es una forma de distanciamiento de ese mismo estando.

Pensamos el mundo como vivencia que representa la seguridad de un sentido en el contexto de la total indiferencia de la naturaleza; un camino hacia la liberación como autoposesión. Ser en el estando supone una verdad vitalizada, verdad que es vivirse la vida como el siendo de sus límites, permitiendo elevar la calidad de ésta desde las verdades alcanzadas pero también desde los sueños; verdades que significan traslación de sueños compartidos, y los sueños, a su vez, como los gérmenes de donde enriquecer la vida con los otros.

Hablamos del sujeto desde esta perspectiva. Pero hacerlo plantea el constante esfuerzo por reconocer ámbitos de sentido en cualquier «contenido objetual».

El ámbito de la autonomía: la práctica individual de la consciencia histórica. Abordaje epistémico de la existencia

El hombre expresa un orden pero no se limita a sus condiciones, ya que el hombre, desde su misma humanidad, tiene la necesidad de traspasar todos los límites. Es lo que entendemos como la necesidad de una humanización creciente. Situación que define lo que entendemos por potenciación de lo potenciable desde la articulación entre lo epistémico y lo psicológico.

Se trata de encontrar dispositivos que cumplan la función de enriquecer las capacidades del hombre, pero en el marco de las posibilidades y limitaciones de la propia estructura psíquica del individuo, según como resulta constituida por el desenvolvimiento del individuo y por la influencia de las determinaciones socioculturales de la sociedad. Avanzar en la dirección de una mayor capacidad de distanciamiento respecto de las circunstancias, reconociendo entre éstas y el sujeto espacios de opciones; pero hacerlo a partir de comprender los dinamismos que son parte de

las estructuras de la subjetividad, lo que tiene relación con la transformación de los mecanismos psicológicos en formas de razonamiento en el hombre adulto. Se plantea la tarea de dar una organización a los estímulos epistémicos que se relacionan con distintos modos de interacciones del sujeto con su contexto.

Planteamos como premisa a la consciencia histórica que se vincula con formas de razonamiento en base a una lógica de ubicación. Buscamos recuperar la trascendencia de cualquier producto dado, pero que no es posible solamente desde una función cognitiva o de apropiación, ya que se trata de hacer converger distintos lenguajes en el proceso de construcción de la relación de conocimiento. Es la correspondencia entre cómo se *asume* como sujeto y la relación con la externalidad, en la medida en que ésta es parte de las exigencias de una consciencia potenciadora que tiene que traducirse en lenguajes activadores; porque lo que se entiende por sujeto se corresponde con la construcción de realidades.

En consecuencia, los contenidos de la apropiación no pueden ser definidos exclusivamente en el marco de las lógicas de construcción de objetos, pues incluyen el conjunto de significados asociados con otras dimensiones del sujeto, como sus necesidades de futuro, las posibilidades de construcción, o la evocación y sugerencia desde los contornos, lo que no siempre es sometible a las exigencias de las determinaciones analíticas. Este reforzamiento del sujeto como ángulo obliga a incorporar, en los procesos de construcción cognitiva, las exigencias de intencionalidad, las opciones de construcción que, como hemos sostenido, responden a la necesidad de que el conocimiento sea parte de la necesidad de ser sujeto.

La consciencia histórica como premisa implica (a diferencia de la simple objetivación en objetos, donde el sujeto aparentemente no tiene presencia ya que se define como el punto cero de referencia) construir el conocimiento según la capacidad de reactuación del sujeto; lo que supone que en la propia premisa se contiene un elemento de voluntad de potenciación. Esto significa que los contenidos son siempre concebidos como experiencias posibles que obligan a entender el movimiento interno del sujeto cognoscente, de ahí que la estrategia de construcción del conocimiento se corresponda con una estrategia de formación del sujeto.

Hemos planteado la autonomía (para destacar el papel del sujeto como constructor) desde la perspectiva de las *Tesis sobre Feuer-*

bach, en vez de seguir el enfoque del constructivismo piagetiano. Construcción de lo objetivo, de lo que es compartido, a partir de la necesidad de sentido que subyace a las posibilidades de diferentes formas de despliegue del sujeto. Planteamiento que define el marco en el cual se pueden reconocer dinamismos particulares que constituyen el movimiento del sujeto, entendido como la capacidad para crear espacios con sentido. Cada una de estas dinámicas define un campo de encuentro con mecanismos psicológicos particulares, lo que tendremos que abordar más adelante.

Líneas de razonamiento

Entre los desafíos epistémicos para trabajar la funcionalidad de los mecanismos psicológicos relacionados con la capacidad para colocarse ante las circunstancias, se pueden mencionar los siguientes:

a) Desarrollar el predominio de la voluntad por encima de la lógica del entendimiento; nos referimos a la intencionalidad que configura en el sujeto un perfil de comportamiento, actitudes y percepciones.

b) Congruente con lo anterior, desarrollar en el proceso de formación la necesidad de ámbitos de sentido por encima de la idea de verdad; lo que, en otras palabras, apunta a las posibilidades de construcciones que contrastan con el imperativo de una realidad objetiva. Ambos dinamismos configuran una unidad de intencionalidad y construcción como la base para desarrollar la capacidad de reactuación, convirtiendo las disposiciones internas en prácticas de distinta índole.

c) El desarrollo de la capacidad de re-actuación se corresponde con que el sujeto pueda concretizar su intencionalidad que, en su manifestación de voluntad, articula certezas con necesidad de ser sujeto.

Se busca transformar las determinaciones en espacios para definir opciones, lo que nos coloca en la tensión entre regularidades y espacios de posibilidades para el sujeto. La cuestión de fondo es la autonomía del sujeto que remite a la apertura de éste como reforzamiento del dándose en su misma condición, a par-

tir de lo indeterminado de lo real. Se plantea la dialéctica entre parámetros de estabilidad-identidad y los de movimiento.

Esquemáticamente, se puede resumir el siguiente conjunto de formulaciones:

i) el predominio de la voluntad en base a una necesidad de sentido, determina la capacidad de potenciación del sujeto que, a su vez, facilita su apertura; y

ii) en la apertura del sujeto predominan los parámetros del movimiento por encima de los de estabilidad, de manera que se desarrolla la necesidad de sentido desde la cual desenvolver la voluntad como capacidad para potenciar lo potenciable, por encima del establecimiento de las determinaciones con funciones explicativas o cognitivas.

La intencionalidad, construcción y reconocimiento de opciones conforman el movimiento de la potenciación que admite una secuencia si lo asumimos desde las exigencias del proceso de formación del sujeto, cuyo rasgo es el despliegue concebido como la conjunción entre voluntad y consciencia. Pero no lo abordaremos en esta oportunidad por escapar a los límites del presente trabajo.

La potenciación de lo potenciable encuentra su fundamento en la historicidad del sujeto, que se expresa en una postura de consciencia que refleja los desafíos asociados con el hecho de pasar a un ángulo que sea más inclusivo de la realidad. Por ejemplo, el momento histórico, que contiene la necesidad de intencionalidad conjuntamente con la de construcción, ya que es parte de concebir la realidad como manifestación de la necesidad y posibilidad de ser sujeto.

Asumida la autonomía como construcción de sentido, según distintas opciones, obliga a desarrollar la consciencia de posibilidades en base a una lógica de inclusión-exclusión de espacios. La potenciación plantea la problemática de las posibilidades de inclusión que obliga a distinguir entre realidad potenciada y realidad residual, o excluida, pero que puede a su vez ser potenciada desde las opciones elegidas por otros sujetos. Ello se vincula con las diferentes modalidades de la necesidad de ser sujeto; pues si el sujeto es el ángulo desde el que se aborda la externalidad, dependerá de las facultades de éste que la existencialidad se recorte con mayor o menor riqueza de planos para configurar el

campo de su despliegue. En este marco se puede determinar la influencia que tiene para el desarrollo de la capacidad de colocación la articulación entre los dinamismos psicológicos y el uso del lenguaje. Al converger las exigencias epistémicas con las posibilidades psicológicas del individuo y el lenguaje, se da lugar al siguiente enunciado: la realidad, en sus mismas determinaciones, contiene espacios indeterminados desde los que el hombre puede dejar de ser simplemente un reflejo de sus circunstancias, según su capacidad para significar.

Eje de la lógica de formación del sujeto concebido como erguido

Se plantea la tensión entre las disposiciones del sujeto para desarrollar su capacidad de colocación y la posibilidad de activación de los espacios de indeterminación, a partir de las exigencias epistémicas de potenciación. La función de ésta es facilitar la apropiación de lo acumulado por un sujeto constructor de proyectos, en el mismo proceso de su autoconstrucción. Representa el esfuerzo por ubicarse ante las realidades contextuales sin mimetizarse con las determinaciones, pero desde sus opciones de construcción. Se abre una dinámica de la potenciación que se traduce en distintas modalidades de lo necesario; así es como podemos distinguir entre:

a) la creación de mundo como manifestación de que la realidad deviene en necesidad de ser sujeto;

b) la incorporación del sujeto en la relación de conocimiento en base a una conjugación de todas sus facultades;

c) la necesidad de ser sujeto que, en tanto está incompleto, porque lo indeterminado deviene en necesidad de ser sujeto, supone estar en el presente entendido como tránsito de lo gestante a lo producido y de lo producido a lo gestante;

d) transformar lo anterior en el ángulo básico para desarrollar el pensamiento teórico, lo que obliga a estar dentro y fuera de los contenidos conceptuales establecidos; y

f) romper con el principio de identidad-determinación para dar lugar a su reemplazo por una conjunción entre potencialidad de lo necesario y construcción posible.

Esta discusión lleva a concebir la historia desde una doble perspectiva: al sujeto en su historia, y a la historia desde el sujeto. Significa concebir la historicidad como ética y como lenguaje, en la medida en que está planteando, como cuestión insoslayable, la incorporación del sujeto en el discurso desde diferentes opciones de sentido. Es lo que configura el perfil de la epistemología del presente potencial, o de la consciencia histórica.

En todo lo anterior subyace el profundo optimismo de creer en el crecimiento del ser humano, en su dignidad de ser libre, en su libertad como consciencia y en su capacidad de protagonismo. Creencia que es parte del esfuerzo por transmutar sus limitaciones en fuerza: los temores en consciencia de puertas abiertas, las inercias en desafíos de nuevos caminos, las condiciones que nos aprisionan en necesidad de trascendencia.

Porque ser hombre significa ser capaz de ir redescubriendo una identidad cada vez más enriquecida que se ramifica desde un yo cristalizado hacia nuevos bordes de existencia. Ser capaz de ver las determinaciones desde lo que estamos siendo —queriendo y pudiendo ser—, en vez de vernos solamente desde lo que modelan en nosotros las circunstancias. Es atreverse a ir adelante, ¡siempre adelante!

PARTE II

EL SUJETO COMO DESAFÍO

El carácter es lo que decide la carrera de un hombre. El talento y las dotes naturales influyen y lo realzan, pero no lo forman. Por eso el escéptico se abrirá ante él un camino llano, vulgar, en el que las dudas de su naturaleza se reflejarán en su destino. Por el contrario, el hombre de fantasía aborda con gusto las dificultades y contradicciones de las cuales sale triunfante él o su obra...

EMIL LUDWIG: *Schliemann*, *Obras completas*, t. 2, Ed. Juventud, Barcelona, 1955, p. 561

CAPÍTULO IV

POTENCIALIDAD Y PSICOLOGÍA

EXPLICACIÓN PREVIA

La capacidad de significar como modo de romper con los campos de significaciones, que nos atrapan con el tiempo, se relaciona con el dilema de someterse o no a las exigencias del orden, ya sea para transformarse en un reflejo de éste, o bien para organizar un espacio autónomo desde donde re-actuar. Espacio que resulta de las posibilidades de distanciarse de una específica organización de parámetros que cumple socialmente la función de ajuste con el orden imperante.

La potenciación, para liberar al sujeto que queda atrapado en esos universos de significación, plantea su rescate a partir de los mecanismos descritos por la psicología que refuerzan su disposición y capacidad para construir y avanzar en dirección a lo nuevo y emergente.[1]

El desafío consiste en una lectura epistémica de las dinámicas psicológicas que cumplen la función de hacer efectivo o de inhibir la potenciación; por eso, cabe distinguir entre la pertinencia de los mecanismos psicológicos para hacer operativa la potenciación de lo potenciable y, de otra parte, mostrar lo que es potenciable del sujeto.

---

1. Lo que decimos tiene que ver con las inercias que dominan el pensamiento; por eso nos parece pertinente recordar lo que se ha sostenido respecto de lo que interpretamos como el arrastre que a veces caracteriza a los significados de las palabras que utilizamos cuando se dice que «el hablante medio de la lengua "conoce el significado" de la mayoría de las palabras» a partir de «tener un conocimiento tácito de su significado», lo que en nuestra opinión facilita quedar atrapados en los límites de universos de significación que se transforman en parámetros que restringen la capacidad de significar (cfr. Hilary Putman: *Representación y realidad*, p. 63).

A este respecto, debemos asumir que tenemos que trabajar con categorías que trasciendan los límites de la causalidad, en razón de que la realidad excede la lógica de las determinaciones. Nos colocamos en la línea de quienes buscan reaccionar en contra de la idea de procesos sin sujetos, lo cual toma muchas formas en la discusión actual; se pueden destacar dos: *a*) la absorción del sujeto humano en la dimensión social, y *b*) la absorción del sujeto por el lenguaje dando lugar a lo que Castoriadis llama «el sujeto que no habla sino que es hablado», línea de pensamiento que se apoya en la idea de que lo específico del hombre no es quizá su lógica sino su «imaginación desenfrenada», expresión de su capacidad de autonomía en tanto habilidad del hombre para «formular lo que no está», esto es, para pensar y actuar sin restringirse a los estímulos externos que responden a una lógica de adaptación funcional a lo establecido.

Desde esta consideración podemos diferenciar entre lo que puede servir de mecanismos de potenciación y lo que sea potenciable de la subjetividad del sujeto. En la primera acepción, nos encontramos con las «equilibraciones incrementadas» de que habla Piaget, como también con la «capacidad de adaptación» de Vygotsky, así como con el «principio de espontaneidad» que rescata Bruner. Tales mecanismos sirven para comprender que la capacidad de significar no puede encerrarse en los límites del lenguaje denotativo, en la medida en que consiste en un enriquecimiento de la capacidad de construcción; lo que es congruente con la idea de Bruner de «la mente como instrumento para producir mundos». Ello sobre la base de que la potenciación tiene que reconocer como su ámbito la pasión humana, que, al decir de Gurméndez, encuentra su sentido más profundo en que el hombre «puede llegar a ser realmente humano más allá de las fuerzas naturales». Y que plasma una construcción de mundos y de auto-finalidad concordante con una subjetividad incluyente de atributos, «la realidad magmática» de Castoriadis, la cual puede trabajarse desde una reflexividad «que no se puede confundir con el pensamiento».

Por su parte, la cuestión de lo que es potenciable se vincula con aspectos psicológicos tales como la «interiorización de lo social» y el «yo soy que no se agota en la socialización», planteado por Vygotsky. O los espacios que comprometen «el plano de la acción y el de la subjetividad», o el desarrollo «con ayuda de la

sociedad» de que habla Bruner. Pero, también, con la capacidad de «sueños impulsivos» que Gurméndez relaciona con la naturaleza del sujeto revolucionario. Están además las posibilidades que promete el papel del inconsciente según Green, «que se vive y piensa sin saber para qué». Y que se proyecta en la cuestión de la articulación entre los distintos modos de pensar, lo científico y lo no científico, que es la base de la orquestación entre lenguajes, por consiguiente el fundamento de la capacidad para significar.

Es central lo que afirmamos si concordamos que los modos de pensar no científicos, siguiendo a Green, están en el origen del descubrimiento, a pesar de la oscuridad que los puede revestir, ya que son la condición para impulsar al pensamiento hacia lo inédito; además, pueden servir para hacer al pensamiento más congruente, no solamente con lo que el sujeto es («el yo pienso» y «el yo soy»), sino con su historicidad que obliga a considerar al sujeto desde el conjunto de sus facultades.

A continuación procuraremos confrontar los planteamientos epistémicos con los enfoques psico-cognitivos elegidos como representativos de la discusión en torno de las dinámicas constitutivas de la subjetividad y de la función que cumplen para potenciar al sujeto; aunque sin perder de vista que lo anterior supone abrirse a la discusión sobre los diferentes tipos de colectivos sociales (aunque no sean en esta oportunidad objeto de nuestra preocupación).[2]

Sobre lo necesario como forma de argumentación

En un contexto caracterizado por la negación del sujeto, pero también por la relativización de las certezas, se plantea el desafío de formas de pensar centradas en la necesidad de desarrollar la capacidad para influir y activar la realidad en múltiples direcciones. Es congruente con la creciente importancia de la autonomía del sujeto, que se corresponde con la búsqueda de posibilidades en tránsito a los contenidos.

En efecto, concebimos lo necesario como una lógica que trasciende la relación de causalidad porque incluye a ésta como un

---

2. Para mayor detalle, cfr. la sección de apoyo que incluye a los diferentes autores que han servido de base a esta sección: Apéndice del capítulo IV. Textos de apoyo. Análisis epistémico de autores.

momento particular, lo que tiene consecuencias sobre el lenguaje al permitir recuperar su dinamismo interno. Para ilustrar esto podemos remitir a la siguiente observación que hacen autores acerca del lenguaje en los griegos antiguos, por ejemplo, que «la palabra griega *physis* es un *abstractum* formado del verbo crecer o brotar. De ahí que incluya el origen del que surgieron las cosas».[3] Es lo dado en su génesis, planteamiento que mantiene la distinción entre sucesos consecutivos causales y sucesos que sólo se siguen regularmente; así, se logra resaltar los aspectos vinculados al haber surgido y no solamente lo circunscrito a una relación de efecto.[4] En cuanto lo necesario da cuenta de la gestación en lo dado y lo dado como gestación, cualesquiera que sean sus consecuencias, resulta más incluyente que la causa. Por reflejar precisamente una secuencia inherente a las cosas, lo necesario no puede disociar producto de génesis; dinámica constituyente que se concretiza en una secuencia de productos que entendemos como sucesos que se siguen,[5] que se corresponde con desafíos que son equivalentes a lo que aconteciera cuando surgiera el concepto de causa; momento en el que se da una creciente autonomía de la persona,[6] en razón de una pérdida de los lazos de integración y un aumento de los espacios de vida personal.

Con el pensar desde lo necesario se ubica al sujeto en una secuencia de sucesos a partir de su capacidad para construir realidades, que sintetiza a la realidad concebida desde el deseo y la voluntad, pero también concebida como el espacio compartido desde el cual se está frente a otros; lo que incluye tanto al sujeto como al orden social. Cuando al orden social se le mira desde el deseo y la voluntad deviene en *posibilidad de*; por su parte, el deseo cuando es mirado desde el orden se transforma en el problema de una construcción social viable. Donde el «yo soy» no se

---

3. Jost Herbig: *La evolución del conocimiento. Del pensamiento mítico al pensamiento racional*, cita de Werner Jaeger, p. 99.

4. Como han señalado algunos autores vinculados con la teoría evolucionista del conocimiento, «el día no comienza porque, sino después de que le precedió la noche». Herbig, *op. cit.*, p. 54.

5. La idea de «un orden inmanente en el acaecer» supone «un principio de vigencia general que tenía que ordenar la multiplicidad de las tendencias divergentes», lo que supone un acto de pensamiento de altísima abstracción. *Ibíd.*, p. 181.

6. El descubrimiento de la causa es concomitante con el nacimiento de esa «libertad interior de ser amo del propio destino» (que tuviera lugar entre los siglos VII y VI a.C.), que es reflejo también de que «el ser humano tiene su fuerza por sí mismo». *Ibíd.*, pp. 125 y 129, respectivamente.

traduce en ser-ese-yo como necesidad fatal, como sucedía con los personajes de los relatos míticos (como en el caso de la *Ilíada*), sino, por el contrario, donde el «yo soy» puede no dar lugar a ese soy-como-yo, en tanto posibilidad de construcción entre muchas; por consiguiente, donde la autorrealización del yo toma la forma de una construcción problemática de sí mismo.

Por ello, consideramos que el despliegue del sujeto no responde solamente a determinaciones históricas en la medida en que refleja una articulación entre posibilidades objetivas e interioridad subjetiva; de manera que la ampliación de una dimensión se traduce en la ampliación de las otras, pero siempre que no se pierda la unidad del sujeto como condición de su despliegue historizado. La realidad social —como externalidad— desafía los límites de la identidad del «yo pienso-yo soy» mostrando lo que tiene de nuevo; aunque, como resultado de lo anterior, se crea la necesidad de aventurarse en una objetividad renovada.

Pero, ¿cuál puede ser la visión pertinente para desarrollar la capacidad de ubicarse en el momento histórico? Para encontrar una respuesta adecuada se plantea esclarecer las limitaciones del contexto. Entre éstas se pueden mencionar las siguientes:

— Los mecanismos de cooptación que refuerzan el aislamiento y el individualismo.

— La pérdida de lo procesual que se expresa en un lenguaje empobrecido de verbos.

— La fragmentación de la inteligencia, su deformación operativa y de corto alcance en el tiempo.

— La carencia de visiones de futuro, pero especialmente de lo que hemos llamado dinamismos constituyentes de lo dado, que refuerzan la tendencia a desarrollar concepciones que buscan detener los procesos en los marcos de una lógica de perpetuación de lo dado.

— La tendencia a refugiar al yo en un gran envoltorio de escepticismo y de apatía.

— Por último, la impersonalización e invisibilidad del poder que estimula naturalizar el orden como realidad incólume, imposible de modificarse y trascender; más aún, que afianza la idea de que cualquier cambio carece de sentido.

La idea de despliegue del sujeto requiere de una forma de consciencia, la consciencia histórica, y de una exigencia ética, como lo es asumir con lucidez y valor la decisión acerca de las opciones por donde cruza el camino que lleva hacia el futuro. Camino que lleva desde el planteamiento originario, la voluntad de los dioses, al razonamiento basado en la objetividad de las causas, para terminar recuperando la idea de sentido que implica la potenciación desde lo necesario, pero desde la perspectiva de que la historia es una construcción de los hombres y no de los dioses.

Lo dicho obliga a una lectura de la subjetividad del individuo no restringida a sus límites como unidad psico-biológica, pues requiere que se incorporen las dimensiones propias de estar los sujetos determinados socio-históricamente. Circunstancia que es básica para la caracterización del sujeto, porque las determinaciones histórico-sociales influyen en la percepción y en las actitudes de éste, lo que se refleja en los modos de construir el discurso.

Los rasgos psicológicos del sujeto influyen en cómo se hacen presentes las determinaciones históricas: su capacidad para abrirse a lo nuevo; en otras palabras, en el reconocimiento de sus posibilidades y en la capacidad para re-actuar ante la externalidad que lo rodea.

Lo dicho subyace al uso creativo del lenguaje ya que se afronta el riesgo de que el lenguaje vaya reduciéndose cada vez más a simple comunicación como respuesta a determinados estímulos. El uso del lenguaje para adecuarse a situaciones nuevas reconoce como premisa que la razón sea un instrumento universal útil para múltiples contingencias; por eso lo concebimos como parte de la problemática de la autonomía del sujeto respecto de sus circunstancias. El lenguaje, en verdad, debe reflejar esta problemática, pero, además, reforzarla según el uso que se haga del mismo. Porque, como señaló Vygotsky y recordara Bruner, «el lenguaje es una manera de ordenar nuestros propios pensamientos sobre las cosas», un modo «de organizar la percepción y la acción».[7]

---

7. Jerome Bruner: *Realidad mental y mundos posibles*, p. 82.

ACERCA DE LA RELACIÓN ENTRE EPISTEMOLOGÍA Y PSICOLOGÍA: PROBLEMÁTICA DEL DESAJUSTE ENTRE EL SUJETO Y SUS CIRCUNSTANCIAS

La recuperación categorial de los autores se enmarca en la potenciación del sujeto como individualidad psico-cultural e histórica. Pero requiere de un concepto de sujeto congruente con esta problemática: concebirlo como la capacidad de transformación de lo dado-determinado-acontecido en potencialidad de futuro, en razón de que la potencialidad descansa, en última instancia, en una inconformidad (o desajuste) con lo dado, configurando la condición de una necesidad de apertura que se pueda expresar como desasosiego, o angustia, antes que reducirse a contenidos de actos de consciencia. Por ello ningún conocimiento lo podemos concebir desprendido de la existencialidad del sujeto, pues los acatamientos y rupturas, ensoñaciones y rebeldías, predicciones y decisiones de hacer, aluden a un espacio que está trasgrediendo los límites de lo establecido, conformándose una trascendencia que traduce la máxima tensión que caracteriza la necesidad de ser sujeto.

La importancia de esta discusión descansa en cuestionar el carácter excluyente de la lógica de determinaciones (propia de un discurso sobre objetos carente de sujetos), a manera de enriquecerla con la óptica de potenciar a lo potenciable. En efecto, lo central es resolver acerca del movimiento interno del sujeto, que remite a sus posibilidades de despliegue, partiendo del supuesto de que entre el sujeto y las circunstancias que lo determinan hay espacios no determinados en los que se encuentran sus posibilidades de construcción de sentidos.

Este planteamiento lleva a concebir los contenidos de cualquier afirmación sobre los fenómenos encubriendo espacios de posibilidades para el despliegue de los sujetos. En efecto, para algunos sujetos puede darse una vasta gama de conocimientos que muestren alternativas de desenvolvimiento, en cambio para otros ésta puede permanecer ajena y distante sin ofrecer la posibilidad de reconocer ámbitos para su despliegue. Lo que decimos significa concebir el quehacer cognitivo desde la perspectiva de su contribución a la potenciación de las múltiples capacidades del sujeto. Es evidente la importancia que tiene lo que decimos para la educación.

Interesa el sujeto por las virtualidades de sus capacidades cognitivo-gnoseológicas, las cuales pueden contribuir a transformar lo «exterior», puramente objetual, en ámbitos de sentido. Solamente así el hombre alcanza su autonomía mediante el conocimiento. En este sentido, cabe hacer el análisis de los desafíos epistémicos de cada uno de los dinamismos psico-cognitivos, según sus posibilidades de despliegues históricos-existenciales.

La potenciación está en función de la naturaleza de las tensiones a que se enfrenta el sujeto, en la medida en que los «puntos» de potenciación no son indiferentes a sus condiciones contextuales, de manera que, a partir de esta base, los dinamismos psicológicos sirven para estimular las capacidades de despliegue del sujeto. Estos dinamismos psicológicos pueden ser de mayor o de menor amplitud en sus rangos de acción: por ejemplo, si se circunscriben a la individualidad, o si dan cuenta de la relación del sujeto-individuo con su contexto. Por eso, el análisis de la función «formativa-potenciadora» de estos dinamismos debe abordarse desde esta doble perspectiva: su nivel de dependencia o autonomía respecto de las condiciones socio-históricas del individuo; y de otra parte, desde la naturaleza restringida o amplia de su campo de acción sobre la subjetividad según las facultades que comprometan.

Es importante poner de relieve la relación teórica de estas contribuciones para dar cuenta de los dinamismos interiores de la subjetividad del individuo; indicar cuáles son los puntos de tensión que reflejan y lo que puede resultar de una articulación de todos ellos en el marco de una política formativa. Esto debe entenderse desde la capacidad para definir y ocupar espacios de sentido. En los límites de esta capacidad es donde se pueden encontrar los ámbitos de potenciación como expresión de las dinámicas constitutivas de la autonomía del sujeto. Es en estos ámbitos donde se pueden reconocer los desafíos de construcción del sujeto para evitar liberarlo de un conjunto de objetos, que siempre le serán externos, sometiéndose a una exigencia de objetividad que, en definitiva, niega su presencia.

Los objetos del conocimiento aparecen cumpliendo la función de desafíos a partir de los cuales el sujeto puede reconocer horizontes para su propio despliegue. Es así que, cuando hablamos de la realidad transformada en espacios de posibilidades, planteamos al sujeto como ángulo desde el cual mirar las circunstancias; ángulo como la forma de ubicación ante la

realidad que lo rodea. Según sea la colocación así serán las posibilidades que se reconozcan; por lo tanto, las prácticas de construcción de ámbitos de sentido.

En esta dirección, la naturaleza del ángulo puede reconocer distintas modalidades: la de contorno o la de objetos que influyen en la naturaleza de las prácticas, según su mayor o menor amplitud en lo que respecta a los espacios de posibilidades; en otras palabras, la mayor o menor amplitud que asuma la autonomía del sujeto. Pensamos que una de las manifestaciones más destacada de ésta se muestra en la capacidad del sujeto para reactuar como expresión de su propia necesidad de ser sujeto; pero esta capacidad de reactuación (y voluntad de autoposesión) se traduce en un concepto de ser como acto de ser, lo que coloca en el centro del debate a la voluntad, pues la condición humana deviene en una modalidad de actos y la externalidad en un campo de posibilidades.

De lo anterior pueden derivarse distintos tipos de actores que reflejan modalidades dinámicas que forman parte de la necesidad de ser sujeto; ya que lo que hace a la condición humana es su capacidad de actuar en forma que desde ella se construya lo externo como ámbito de sentido. El sujeto es una mediación entre sus condiciones psicológicas y el contexto, porque él es su propia construcción ya sea como refugio en su mismidad o, por el contrario, que asuma lo que es desde lo que hace para enfrentarse a su contexto. El sujeto es en sí mismo devenir.

De ahí la presencia de mundo a que refiere la lógica de la potenciación, que se relaciona con una construcción del pensamiento que no lo disocie de la problemática de las opciones posibles. Y así constituir un ángulo desde el cual pensar y conocer al sujeto como el de la colocación que obliga a pensar al hombre desde sus múltiples puntos de tensión, trascendiendo las lógicas de dimensiones (o facultades) que, con el tiempo, se han convertido en el campo de distintas disciplinas: conocer-hacer, hacer-ser, querer-conocer y hacer, términos que reflejan los nudos de activación del sujeto.

Desde esta perspectiva, tenemos que plantear el papel que pueden cumplir los mecanismos psicológicos en cuanto dar cuenta de estos nudos de activación, así como de sus relaciones recíprocas. Ello obliga a organizar un pensamiento que no se reduzca a la predicación de objetos en la acepción de que separe, clasifique, identifique, sino de un pensamiento que no se reduzca a

los límites del lenguaje propio de una facultad particular, que termina por transformarse en eje ordenador para hablar de las otras, v. gr.: el entendimiento en los lenguajes denotativos; o la imaginación en los lenguajes simbólicos; o la voluntad en los de naturaleza instrumental. Se requiere de un lenguaje que pueda reflejar al conjunto de las facultades del sujeto, en cuyo marco actualizar las exigencias epistémicas de nociones como la de humanismo, entre otras.

Las dinámicas de las que dan cuenta los mecanismos psicológicos se pueden resumir en la siguiente secuencia de enunciados: la apertura a lo nuevo supone saber colocarse en lo que excede a los límites de lo establecido, lo que obliga a pensar en lo que nos rodea como un espacio de despliegues posibles, no solamente como determinaciones; a su vez, este espacio sirve de base para desarrollar la capacidad de reactuación del sujeto, lo que se corresponde con un enriquecimiento del campo de interacciones. Enriquecimiento de relaciones que no se reduce a una facultad del individuo, porque supone una articulación de nudos de activación que incorporan tanto el plano de la consciencia como el del inconsciente. La capacidad de reactuación y de construcción se despliega en inclusiones crecientes de niveles de complejidad para abordar el contexto como campo de opciones reconocidas.

Se puede concluir que la potenciación requiere mostrar los ajustes y desajustes respecto de las condiciones contextuales que determinan posibilidades o limitaciones para hacerla efectiva.

Puntos de tensión

Se puede construir una argumentación orientada hacia una reconstrucción de los dinamismos internos del individuo, en la medida en que el conjunto de los puntos de tensión que pueden reconocerse permita recuperar las áreas dinámicas susceptibles de ser activadas desde la lógica de la potenciación.

Tomemos como punto de partida la percepción relativa a «la creación de novedades y su necesidad», a partir de observarse que «todo desequilibrio constata una apertura hacia nuevos posibles»;[8]

8. Jean Piaget: *Epistemología genética y equilibración*, intr. de B. Inhelter, R. García y J. Voneche.

la que orientada hacia lo nuevo se vincula, según Piaget, a una actividad perceptiva por medio de una explicación casi intencionada. «La tendencia del comportamiento [es] a ampliar el medio y a conquistar en él nuevos sectores»,[9] aunque lo más interesante sea que «el desarrollo epigenético y sus regulaciones espacio-temporales en forma de homeorresis desembocan en un estado adulto, más o menos equilibrado, caracterizado por su homeostasis».[10] Parece claro que el hombre conforma una cantidad de dinamismos que hacen que todo equilibrio responda a una equilibración muy dinámica, «el equilibrio es un producto de la equilibración», que lleva a afirmar la existencia de un «parentesco estrecho entre el proceso formativo y el equilibrio que resulta».[11]

Estos dinamismos refieren a la relación del individuo con su contexto. La razón es que «el comportamiento está compuesto de muchos desequilibrios, puesto que depende sin cesar de un medio ilimitado y fluctuante a merced del cual está»; pero donde «las formas de equilibrio más estables que reconoce el ser vivo: las de las estructuras de la inteligencia»,[12] no pueden comprenderse sino desde la exigencia de que «la inteligencia humana se elabora a partir de las actividades sensorio-motrices, que son una forma de conocimiento en acción».[13] Lo cual, desde una perspectiva más amplia, se relaciona con el papel de las diferentes modalidades de acción del sujeto que se traducen en el manejo de esquemas de adaptación y asimilación, aunque a la vez sin quedarse limitado a sus límites por cuanto el sujeto permanece abierto a su incrementada necesidad de encontrar su equilibrio, su identidad afectiva e intelectual, como resultado de ese profundo proceso que caracteriza a los equilibrios incrementantes.

A partir de las equilibraciones-desafíos-equilibrios se plantea la dinámica entre la necesidad natural por lo nuevo y la consiguiente búsqueda de soluciones adecuadas a esas nuevas aperturas, que, más allá de las lógicas psicogenéticas, apuntan a la resolución del equilibrio que requiere el proceso anterior de equilibrio, a manera de que pueda quedar abierto a necesidades no incluidas. Es lo que se señala con el concepto de equilibrio, en el

9. *Ibíd.*, p. 59.
10. Piaget: *Biología y conocimiento*, p. 23.
11. *Ibíd.*, p. 24.
12. *Ibíd.*, p. 36.
13. Piaget: *Epistemología genética y equilibración*, p. 11.

marco de lo incierto, que se corresponde con la idea de contexto fluctuante en que se desenvuelve el comportamiento humano.

Interesa rescatar estas descripciones mediante categorías que sirvan para organizar un razonamiento congruente con los procesos de equilibración incrementante, que pueden reconocer diferentes modalidades: la equilibración que «corresponde al dominio de las regulaciones compensadoras, y por tanto, regulares y continuas; y el que hace surgir la novedad creadora, por abstracción reflexiva».[14]

Una cuestión central que aporta la forma de razonamiento en Piaget es su postura contraria «al estructuralismo gestaltista», que pone las estructuras como si fuesen anteriores a todo funcionamiento, el cual al incurrir en un movimiento de apriorismo estructural «termina por aniquilar a éste absorbiéndolo en estructura sin historia».[15] Es congruente con el esfuerzo por recuperar las complejas dinámicas que caracterizan al individuo enfrentado a la necesaria distinción entre «equilibración como proceso y el equilibrio como estado final».[16] En un plano epistémico, se puede sostener que ningún equilibrio puede impedir reconocer los dinamismos asociados con su proceso de conformación, que abren ese equilibro a diferentes necesidades de regulación: a un nuevo nivel de equilibrio.

Discusión que se puede comparar con la de las relaciones entre estructuras y dinamismos que lleva a plantear cuestiones relativas a las formas que puede asumir el pensamiento, que no se pueden disociar de la exigencia de que la realidad (socio-histórica) es una construcción de los sujetos. Al analizar el surgimiento de las estructuras lógicas, se plantea que «entre la preformación absoluta de las estructuras lógicas y su invención libre o contingente, hay lugar para una construcción que, al regularse ella misma por las exigencias constantemente acrecentadas de su equilibración», supone «un equilibrio a la vez móvil y estable».[17]

Si el sujeto no hace otra cosa que «unirse a las estructuras que existen virtualmente desde toda la eternidad», conformándose «este platonismo para uso interno», surge el problema relativo a «dónde se deberá situar ese virtual». ¿En las esencias? ¿En

14. *Ibíd.*, p. 134.
15. Piaget: *Biología y conocimiento*, p. 228.
16. *Ibíd.*, p. 23.
17. Piaget: *El estructuralismo*, p. 61.

el mundo físico? ¿O en la vida orgánica?; lo que se descarta para quedarse con una respuesta fundada en la construcción. Categoría que no solamente emerge como central en el análisis psicogenético, sino que se hace extensiva a todo el conocimiento social. «No se ve por qué sería irrazonable pensar que la naturaleza última de lo real consista en estar en una construcción permanente, en lugar de existir en una acumulación de estructuras ya hechas».[18] Lo que puede ampliarse desde la perspectiva que comienza a gestarse en el siglo XIX, y que culmina, después de la interrupción propia del momento del predominio de las legaliformidades, a finales del siglo XX: que la realidad socio-histórica es una construcción de sujetos sociales.

De lo que decimos se derivan problemáticas categoriales como la de la potencia y de la totalidad. La primera, como expresión de un equilibrio que se alcanza durante la edad adulta, pero siempre abierto a su propio incremento hacia los «nuevos posibles»; lo que supone en el individuo una visión de futuro que lo tensiona desde sus propias circunstancias. Y la de totalidad, explícitamente incorporada en el análisis de Piaget cuando concibe al equilibrio «como una relación entre el todo y las partes, y de las partes entre sí»,[19] compatible con la idea de una autorregulación que nunca se puede cerrar a lo nuevo o emergente de la propia necesidad de construcción. Y que relacionamos con el desarrollo de la capacidad de abstracción, en base a una necesidad de construcción en función de un creciente desequilibrio cimentado en una ampliación del espacio de realidades posibles, por lo tanto, necesaria, al que se asoma el sujeto desde el desenvolvimiento de su necesidad de lo nuevo.

Nos enfrentamos a una progresiva coordinación de esquemas de asimilación, en cuyo marco se tiene que plantear si, y cómo, se puede estimular (o activar) la capacidad de adaptación que se desarrolla desde el reconocimiento de opciones; pero en forma deliberada. Pasar desde el sujeto epistémico a un sujeto de la consciencia donde ésta sea una activación de la capacidad para ubicarse en situaciones nuevas, pero con autonomía de estímulos determinados (en la acepción que tiene el problema en la discusión sobre el comportamiento animal como siendo siem-

18. *Ibíd.*, p. 62.
19. Piaget: *Epistemología genética y equilibración*, p. 10.

pre reflejo de estímulos). Capacidad de adaptación que se corresponde con el reconocimiento de opciones que se apoya explícitamente en la «equilibración incrementante». Lo más significativo reside en el hecho de que la apertura a lo nuevo, así como la adaptación en base al reconocimiento de opciones, se vincula con la idea de que la realidad excede los límites conceptuales y experienciales; lo que refiere a la capacidad para incorporar lo no determinado.

Lo anterior plantea una dirección en el proceso de formación, a manera de transformar la externalidad en espacio de posibilidades. Transformación que contribuye a superar la separación sujeto-objeto, en la medida en que la realidad predicada resulta siendo una posibilidad de ser del sujeto. Con lo que resulta que lo real es una articulación entre lo que está determinado y lo que todavía no lo está. Es por ello que se plantea dar cuenta de los contenidos de forma que muestren las posibilidades de despliegue para el sujeto que en ellos se contienen. Una respuesta puede encontrarse en la necesidad que mueve al sujeto, más allá de los límites propios de los objetos; respuesta que supone la consciencia del sujeto acerca de los horizontes para desplegarse por lo nuevo que busca.

De conformidad con la línea argumental seguida, podemos distinguir los siguientes aspectos: *a*) el equilibrio abierto a lo nuevo que, más allá de los límites psicogenéticos, se enfrenta con los parámetros propios de las exigencia de orden, estabilidad y jerarquía que impone la sociedad; *b*) el reconocimiento de espacios de posibilidades se enfrenta con la inercia que impide que los procesos de adaptación se hagan en función de espacios de posibilidades, en razón de que por creciente debilidad, o por la no necesidad de ser sujeto, se renuncia a buscar espacios que reproduzcan una ampliación de la propia vida; *c*) relacionado con lo anterior, la capacidad de reactuación se restringe, en el mejor de los casos, a relaciones con objetos y en marcos estrictamente instrumentales, donde, por lo tanto, no tenga presencia la exigencia de mundo; *d*) la centralidad de la voluntad, que supone buscar puntos de convergencia de todas las facultades del sujeto, en una postura fuertemente relacionada con la capacidad de construcción; lo que supone afrontar las tendencias a reducir los procesos formativos al ámbito de lo intelectivo; o, en algunos casos, extendido al ámbito de lo emo-

cional pero con gran descuido de la dimensión volitiva; *e*) el trabajo de los límites no como restricción sino como ángulos de apertura, a manera de trascender la identidad —ideológica— de los límites como bloqueo que impide pensar o hacer, y *f*) la dinámica de la construcción que supone tener que reconocer en el sujeto su constitución por nudos de activación, que encontrarán su mayor dinamismo en sus relaciones recíprocas; lo que plantea abordar la orquestación entre los nudos de potenciación.

En esta dirección, el lenguaje reviste una importancia central en la medida en que es el mecanismo para dar cuenta de esa expansión de la subjetividad. O bien porque sirve para desarmar al individuo reflejando su inercia, lo que se traduce en un uso no creativo del lenguaje, incluso en pobreza lexicológica. Se reduce el lenguaje a dar cuenta de las determinaciones externas, tal como pueden estar haciéndose presente cuando no media el espacio no determinado como siendo el propio del sujeto actuante.

El problema del lenguaje reviste dos acepciones diferentes: por un lado, como mecanismo de articulación entre contexto y exigencia formativa; y de otra parte, como enunciación de los mecanismos psicológicos para que sean congruentes con las exigencias epistémico-formativa de la potenciación, lo que supone aclarar cuáles son los elementos de esta lógica.

Respecto a la relación entre contexto y exigencia formativa, el lenguaje tiene que ser capaz de abrir cada exigencia epistémica a un campo problemático que se articule, a su vez, con diferentes facultades del sujeto, pero siempre de forma que sea pertinente al contexto; esto es:

— cómo el contexto niega la apertura;
— cómo el contexto impone la adaptación;
— cómo el contexto conforma la capacidad de actuación;
— cómo el contexto niega o estimula la dimensión volitiva;
— cómo el contexto configura los límites como bloqueo;
— cómo el contexto reconoce o rechaza la potenciación como necesidad o posibilidad.

Lo anterior configura un análisis del «ante» las circunstancias como condición de la potenciación.

Respecto de la segunda acepción del lenguaje, como enunciación de los mecanismos psicológicos, nos remite a los elementos de la potenciación.[20]

La potencia del sujeto y su capacidad de enunciar

La lógica de lo potenciable se traduce en la capacidad para construir realidades; por consiguiente, se relaciona con los puntos que articulan los dinamismos psicológicos con las condiciones históricas: la tensión entre subjetividad y contexto. Representa la vida en su vivir acompañado de la consciencia de asumirse ante las circunstancias, pero que, desde la perspectiva de la potenciación, plantea re-pensar a la subjetividad, tanto desde su sedimentación, como en sus posibilidades para desenvolverse en el conjunto de planos constituyentes de la realidad. Es propiamente la historización del sujeto.

El desafío consiste en que la potenciación opera a través del lenguaje siempre que éste pueda reflejar activamente estas dimensiones; por lo tanto, tenemos que detenernos en los dinamismos internos que hacen posible la autonomía del sujeto. Si nos atenemos a Piaget, surge la cuestión de las tensiones que se crean entre las necesidades de equilibrio internas del sujeto y los desafíos conductuales que plantea el contexto. La percepción del contexto resulta ser una actividad dada psico-genéticamente, que determina «una progresiva coordinación de los esquemas de asimilación», pero que rescatamos desde la relación entre la «presencia del espacio» y «el proceso de constitución según sean los espacios contextuales». Pues lo que «interesa destacar es el forzamiento por el contexto de una subjetividad adecuada a sus exigencias de establecerse», que plantea la adaptación como una dinámica posible de ser activada, ya que para Piaget la realidad sólo existe durante el acto que la plantea.

Se pueden trascender los límites de los equilibrios piagetianos en la medida en que se relacionen con esa apertura hacia lo nuevo, no como simple manifestación de equilibrio, sino como necesidad de eso nuevo que no puede comprenderse más que como necesidad del propio sujeto; lo que supone concebir a éste en su potencialidad de despliegue.

---

20. Cfr. con el cap. III, especialmente con las pp. 77-79.

La posibilidad de construcción de espacios, todavía sin contenidos, reviste la importancia de que el equilibrio del sujeto se aborde desde el marco más amplio del predominio de la necesidad sobre la forma que asuma la identidad del sujeto y lo inteligible. Desde esta perspectiva, la dinámica de los sujetos, al consistir en el predominio del despliegue, rompe con la inercia que tiende, incuestionablemente, a confundir la capacidad de determinación con la estabilidad de la identidad del sujeto; quizá sea éste uno de los obstáculos para pensar en proceso: se vive esta forma como un cuestionamiento de la seguridad personal, o bien como una forma de inconsistencia. Se tiende a reducir la búsqueda de la verdad a la búsqueda de certezas, sin atender a que esta búsqueda cumpla una función existencial antes que cognitiva.

Desde esta perspectiva, tiene pertinencia recuperar la distinción que formula Vygotsky entre sentido y significado, en tanto el primero se refiere a una necesidad más amplia y comprensiva que puede resolverse en distintos significados. El sentido estaría más relacionado con la historicidad como necesidad de un devenir abierto a contenidos, mientras que el significado atiende a una concreción histórica particular de la que se puede derivar (según las opciones de comportamiento de los sujetos) la transformación de los límites de significados en límites de sentido; pero que pasa por una revolución del lenguaje a la que, en particular, puede contribuir una retórica recuperada.[21] Ello porque la observación y expresión de la historicidad se puede fundamentar en la dialéctica sentido-significado.

Es posible pensar en la necesidad de sentido antes de que quede atrapada en el esfuerzo de inteligibilidad, para compartir la colocación en el contexto y sus necesidades de contenido, que no han sido previa ni debidamente conceptualizadas; pues, aunque el desarrollo del pensamiento está determinado por el lenguaje, hay en todo hombre, quizá en la quietud de su repliegue, una situación magmática sobre el pensar que no es todavía verbal, predominando una necesidad de decir que recurrirá a herramientas lingüísticas disponibles para conformar una experiencia social posible de compartirse. Así, por ejemplo, lo que se dice del niño en cuanto a que su

---

21. A este respecto, es interesante remitirnos a la discusión sostenida por Paul Ricoeur: *La metáfora viva*, así como por Hans Blumenberg: *Paradigmas para una metaforología*.

«crecimiento intelectual depende del dominio de los medios sociales del pensamiento»,[22] puede servir de base para afrontar el desarrollo del individuo ubicado en un momento post-formativo.

La recuperación de estos planteamientos se pretende llevar a cabo en el marco de la consciencia histórica. La función de éstos consiste básicamente en la incorporación del contexto a partir de la construcción de relaciones de conocimiento que incluyan niveles de realidad comparados con los que pueden incorporar relaciones puramente cognitivas. Se pueden, a este respecto, señalar algunas constataciones de Bruner sobre la naturaleza de la relación que vincula al sujeto con sus circunstancias.

Lo primero en cuanto a la relación con el contexto es aprender a usar el lenguaje que, como ha señalado este autor, se corresponde con «el aprendizaje de la cultura», que no es sino «el aprendizaje de cómo expresar las intuiciones de acuerdo con ella».[23] Pero que plasma tanto la posibilidad como la necesidad de desplegarse, de forma que afronta «el ejercer el acontecimiento en nuestra vida», que lleva a «plantear el valor eudomonístico de la quietud» desde la que el individuo puede encontrar un equilibrio inhibitorio que lleva a que se empobrezca «en la felicidad suave del recogimiento».[24] Su importancia reside en que nos coloca ante el desafío de recuperar la realidad como espacio de posibilidades en el que el sujeto pueda regresar a su capacidad de despliegue.

El problema de las determinaciones del sujeto y su función de imponer limitaciones plantea como relevantes las preocupaciones de Frankl por destacar la espiritualidad del sujeto. El psicólogo buscó comprender la existencia espiritual y se vio obligado a retroceder ante el obstáculo que plantea la «facticidad psico-física»;[25] lo cual se puede fundamentar «en términos de libertad y responsabilidad», para no caer en el cauce del «fatalismo neurótico», tomando como base la «consciencia de la libertad y la responsabilidad que dan cuerpo a la auténtica humanidad».[26]

Desde esta perspectiva, se puede sostener que la subjetividad «está caracterizada por la reflexividad (que no puede confundirse con el simple pensamiento) y por la voluntad o capacidad de

22. Lev Vygotsky: *Pensamiento y lenguaje*, p. 168.
23. Bruner: *Realidad mental y mundos posibles*, p. 75.
24. Gurméndez: *La teoría de las pasiones*, p. 111.
25. Frankl: *El sentido profundo de lo humano*, p. 42.
26. *Ibíd.*

acción deliberada».[27] Y ello porque la subjetividad trasciende sus determinaciones al reflejar ese rasgo que singulariza al hombre, como su «capacidad de formular lo que no está, de ver en cualquier cosa lo que no está allí».[28] Es la «imaginación radical» del hombre que lo empuja más allá de sus límites para reconocer esos espacios de reactuación desde los que construir sentido; lo que confiere su particularidad al lenguaje humano, no ser «el lenguaje de la información» porque «crea su información para él. Nada es información salvo para su propio ser capaz de transformar o de no transformar en tal la "X" del choque externo».[29]

Pero el desarrollo histórico, al incorporar en la resolución de la relación con el mundo la dimensión de la autoposesión, deviene en el conjunto de condiciones que hacen necesario desenvolver las distintas facultades del sujeto para determinar sus espacios, más allá de aquellos que las contienen originariamente. Y que plantea a lo indeterminado de lo real-externo desde donde se plasma la necesidad de ser sujeto como un campo de relaciones, ya sea para apropiarse de algo, o simplemente para colocarse en forma de reconocer alternativas. Se desprende de lo anterior que la potenciación del sujeto se corresponde con romper con la lógica de objetos, lo que no podemos dejar de asociar con la problemática de la relación entre determinación-certeza e identidad, que, también, responde a una postura de apropiación de lo real desde las exigencias y defensa de un yo; lógica que se complementa con tener que comprender la realidad como conjunto de objetos.

Otra perspectiva supondría violentar la estructura psíquica centrada en el yo-identidad- estabilidad. Por eso, antes que abordar el problema del razonamiento, confundido a veces con exigencias ónticas, tenemos que traducir la propia necesidad de ser sujeto en forma de razonamiento. Necesidad que supone que la relación con la realidad externa responda a una exigencia de ubicación en tanto mecanismo de potenciación del sujeto, que obliga a trascender la clásica y empobrecedora distinción que disocia al sujeto en distintas dimensiones que no siempre se vinculan entre sí como «unidad necesaria»; con lo que se determina una «pobreza que engendra una separación estricta entre la cognición, el afecto y la acción, dejando a la cognición el lugar de última hermanastra»;[30] en forma tal que no

---

27. Cornelius Castoriadis: *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*, p. 122.
28. *Ibíd.*, p. 130.
29. Castoriadis, «Lógica, imaginación, reflexión», en *El inconsciente y la ciencia*, p. 35.
30. Bruner, *op. cit.*, p. 78.

explora cabalmente el pensamiento como «un modo de organizar la percepción y la acción».[31] De esta manera se determinan ópticas analíticas que impiden apropiarse del movimiento magmático, como es el caso de la subjetividad, ya que para ello son necesarias formas de razonamiento que rompan con la lógica clasificatoria relacionada con objetos, que se fundamente en la potenciación.

Una ilustración de lo que decimos se puede encontrar en la crítica de Frankl al psicoanálisis, el cual al «contemplar la totalidad de la psiquis humana desde una concepción atomista, como la unión por piezas de partes»,[32] imposibilita considerar la «existencia espiritual» que es mucho más importante que la «facticidad psico-física»;[33] y así poder destacar un ángulo del pensamiento definido por la «consciencia de la libertad y la responsabilidad que da cuerpo a la auténtica humanidad», sin reducirse a lo objetual y medible.

La problemática de la subjetividad constitutiva se define por una orquestación de facultades que conforma la necesidad de mundo. «Tenemos que vérnosla con una multiplicidad de órganos e incluso de niveles del ser que todos no son muestras del para sí»;[34] es por ello que la relación de conocimiento no se puede restringir a las facultades cognitivas. Como recuerda Bruner, hay que instar a que la gente presienta: «perciba, sienta y piense a la vez».[35] O, como sostiene Frankl, la «plenitud significa la integración de lo somático, lo psíquico y lo espiritual», plenitud que es la que «hace al hombre un ser completo».[36]

Esta integración es la que plantea los principales desafíos para el rescate del sujeto en el plano del discurso del entendimiento. Obliga a trascender «la evitación recíproca de la ciencia y del sujeto [que] ya no puede continuar»,[37] y con ello resolver la cuestión de los modos diferentes del sujeto, tanto los racionales como los irracionales. «La ciencia que más nos hace falta es la ciencia de lo humano productor de ciencia, es decir, la ciencia de las relaciones entre los funcionamientos psíquicos-científicos y no científicos en el sujeto».[38]

---

31. *Ibíd.*, p. 82.
32. Frankl, *op. cit.*, p. 33.
33. *Ibíd.*, p. 42.
34. Castoriadis: *El psicoanálisis, proyecto y elucubración*, p. 121.
35. Bruner, *op. cit.*, p. 78.
36. Frankl, *op. cit.*, p. 43.
37. André Green: «Desconocimiento del inconsciente (ciencia y psicoanálisis)», en R. Dorey, C. Castoriadis *et al.*, *El inconsciente y la ciencia*, p. 174.
38. Green, *op. cit.*, p. 177.

Se afronta la necesidad de trascender las falsas disociaciones dentro de las formas de razonamiento evitando, así, «la exclusión de los modos de pensamiento no científicos». No obstante, hoy comienza a darse un consenso para admitir «su intervención en los estadios primarios del descubrimiento, aquellos que nunca se han explicado por los argumentos propios del argumento verificador».[39]

El rescate de estas simultaneidades en las formas de razonamiento lleva mucho más allá de los objetos ceñidos a exigencias cognitivas. Plantea tener que pasar de pensar en objetos a la dialéctica del contorno que se transforma en contenidos, lo que se corresponde con campos de razonamiento que no se agotan en la simple consideración de objetos. La noción de apertura responde a esta necesidad de mundo que es indisociable de la de ser sujeto. Con lo que el conocimiento es, a la vez que un acto de apropiación, un acto de autoposesión que contribuye a una ampliación de la subjetividad que conduce a diferentes márgenes de autonomía. El pensar como acto de recuperación del sujeto significa reconocer múltiples desarrollos posibles para la condición humana.

El desafío de recuperar la necesidad de ser sujeto, como eje de razonamiento, se traduce en el plano de la potenciación en exigencias lógico-cognitivas que sean propias de la existencialidad. En esta línea podemos encontrar puntos de encuentro con Gurméndez, en cuanto al rompimiento de los límites de apropiación y su correspondiente proyección en la construcción de ámbitos de sentido. Lo que tiene relevancia para el marco de opciones de cuya resolución dependerá la creación de condiciones para el despliegue, en consecuencia, para la construcción de ideas y sus relaciones con las emociones con que aquéllas se asocian en su génesis.

Como sostiene Bruner, «no puede suceder nunca que haya un *self* independiente de la existencia histórica-cultural propia»,[40] porque no se compadece con la articulación entre lo intelectivo, emocional y activo, que, a su vez, expresa que «la realidad no reside en las cosas, sino en el acto de discutir y negociar sobre el significado de los conceptos».[41] Por eso, debemos volver a la activación de la necesidad de ser consciente con la amplitud con la que puede operar el lenguaje, en cuanto a las facultades que pueden ser afectadas por su activación.

---

39. *Ibíd.*, p. 187.
40. Bruner, *op. cit.*, p. 76.
41. *Ibíd.*, p. 128.

Si nos mantenemos en el marco de las funciones cognitivas (en cuyos límites predomina claramente el principio de determinación-identidad) nos enfrentamos con contradicciones irresolubles, en la medida en que no se resuelve la articulación entre lo intelectivo, emocional y volitivo; de ahí que tengamos que trascender la lógica del objeto para dar cuenta de mecanismos de inclusión. Ello obliga a trabajar con diferentes racionalidades para abordar el proceso de colocación frente a la relación que se puede establecer entre necesidad de despliegue y realidades objetivables (o posibles de ser construidas).

El lenguaje «es una manera de ordenar nuestro propio pensamiento sobre las cosas»,[42] lo que reviste una gran relevancia si consideramos que éste tiende a parametrizar el pensamiento sobre el mundo y sobre el propio sujeto; de ahí que se plantee rescatar al sujeto en sus potencialidades. Pero lo que decimos de la parametrización del lenguaje se aprecia mejor cuando se observa que una de las principales dificultades para la realización del cambio, en el pensamiento y en el aprendizaje, se encuentra «impedido y distorsionado por la manera que tenemos de hablar del mundo y de pensar sobre él en el marco de ese hablar».[43] Más todavía, cuando se acepta que «la realidad de la sociedad y de la vida social son en sí casi siempre productos del uso lingüístico representado en actos de habla»,[44] por lo que volvemos a la necesidad de resolver acerca de estas distintas dimensiones que hacen la unidad psicológica del sujeto.

La potenciación del sujeto se tiene que traducir en actos de habla que superen esta parametrización, pues apunta al rescate de dimensiones que han quedado negadas o excluidas por el lenguaje científico, a pesar de que, efectivamente, como se ha observado, «el saber científico deriva su validez de su inserción en un conjunto no regido con la argumentación que le es propia».[45]

Lo dicho obliga a un enriquecimiento de la subjetividad cotidiana mediante la orquestación de lenguajes que sirvan de base para diferentes tipos de funciones, tanto cognitivas como gnoseológicas. Ello tiene que darse en el marco de opciones de sentidos posibles de ser subjetivados en la forma de proyectos de vida, ya que se trata de «explorar mundos posibles fuera del contexto de la necesidad inmediata»;[46] de ahí la importancia de los diferentes

42. *Ibíd.*, p. 82.
43. Vygotsky: *Pensamiento y lenguaje*, p. 127.
44. Bruner, *op. cit.*, p. 128.
45. Green, *op. cit.*, p. 176.
46. Bruner, *op. cit.*, p. 128.

tipos de lenguajes, más allá de los de naturaleza denotativa, como la «narración, el teatro, la ciencia, incluso la jurisprudencia», por cuanto son modos para impulsar esta exploración.

En este marco, es fundamental el aporte de la psicología por «haber removido la decisión propia de la lógica del descubrimiento científico, y que casi resulta suprimida la exclusión de los modos de pensamiento no científicos, respecto de los cuales, por lo demás, todo el mundo está de acuerdo en admitir su intervención en los estadios primerísimos del descubrimiento...».[47] Pensamos en la capacidad creativa del sujeto desde el conjunto de sus facultades que lo comprometen como tal en el acto de pensar. Compromiso vinculado con el grado de interiorización con que el sujeto se asuma, que tiene que ver con la circunstancia de que el ser humano es mucho más una «existencia espiritual», toda vez que «la existencia humana existe más en acción que en reflejo».[48]

Hemos afirmado que la subjetividad es una orquestación entre las facultades del sujeto, en vez de ser cada una separadamente de las otras, como «actuando cada una por su cuenta y persiguiendo finalidades propias».[49] Todas ellas en su articulación conllevan una modelación de la necesidad de mundo en la medida en que determinan el significado de lo que entraña el «es» en el decir como expresión de la necesidad de mundo, en tanto necesidad de sujeto. Y que se corresponde con el hecho de que la relación con la externalidad se plasma en diferentes lenguajes, ninguno de los cuales es suficiente por sí mismo para dar cuenta de este asomarse ante la externalidad, como continente de posibles contenidos. Ello porque la realidad pensada es mundo mientras que la realidad actuada es sujeto, en razón de lo cual el lenguaje tiene que dar cuenta de este despliegue sujeto-mundo. En otras palabras, dar cuenta de las posibilidades de la externalidad como dado-dándose, que contiene la necesidad de ser sujeto, así como del sujeto que desde su dado-dándose contiene la necesidad de realidad-mundo.

Esta argumentación, que se opone a la idea de «procesos sin sujetos», como la dinastía de los lévi-strauss-althusser-foucault, según señala Castoriadis, así como a las posturas que «reabsorben totalmente al sujeto humano en la dimensión social, y en

---

47. Green, *op. cit.*, p. 187.
48. Frankl, *op. cit.*, p. 15.
49. Castoriadis: *Psicoanálisis, proyecto y elucidación*, p. 120.

particular en el lenguaje», de forma que el sujeto resulta «tomado, perdido, allanado en el lenguaje (y los oropeles sociales), que no habla sino que es hablado (o, por qué no, que no escribe sino que es escrito) [...] que es el linaje de Lacan-Barthes-Derrida».[50]

Escisión entre sujeto y discurso que han puesto de manifiesto las contribuciones psico-analíticas, pero que también es posible constatar desde el pensamiento crítico al poner éste en evidencia la disociación entre sujeto histórico y discurso desfasado históricamente, propio de la condición humana, y que lleva a plantear que la potencialidad del sujeto resulta de una articulación entre los planos de realidad en que éste se ubica, como es el caso de la zona próxima de desarrollo (ZPD) de Vygotsky, que, desde la perspectiva en que nos colocamos, representa un enriquecimiento de las relaciones que afectan al sujeto en su despliegue. Lo que llevado al extremo puede permitir, en concordancia con Green, que la ciencia que más falta nos hace es la ciencia de lo humano.[51]

La importancia de esta discusión reside en que no debemos reducir la noción de necesidades a simples proyecciones individuales, ni siquiera para entender sus respuestas, o realizaciones, en objetos perfectamente identificables; más bien, debemos ser congruentes con la exigencia de ver la realidad como espacio de posibilidades para comprender al sujeto como capacidad de construcción, aunque a su vez esta capacidad está influida por la naturaleza de las facultades comprometidas.

La incompletud

En el universo de nuestra argumentación, la incompletud refiere a la presencia de un excedente, no simplemente a la constatación de un sentimiento de déficit, o a la idea de lo que está pendiente de darse y por lo tanto de conocerse. El excedente no se desprende de un requerimiento de naturaleza lógica, ni siquiera de la experiencia, porque se realiza en el transcurrir encontrando en tal hecho su propia naturaleza. Tampoco podemos decir con estricto rigor que sea un objeto de un pensamiento sobre algo que nos es externo y no alcanzado, cuando no abiertamente inalcanzable, en cuyo caso encontramos que reviste un carácter escatológico.

---

50. *Ibíd.*, p. 123.
51. Green, *op. cit.*, p. 177.

Desde donde nos colocamos sería más propio pensar que el excedente resulta de la inevitable implicación de afirmar que lo dado se mueve desde su necesario proceso de constituirse sin término, en oposición a pensar que lo único posible de concebirse es lo que se puede desprender del aquietamiento, las inercias, o la conformidad que transforma el simple transcurrir en estado de equilibrio que, en el plano de los valores, es el no querer y el petrificarse en una imagen cerrada de sí mismo.

Es lo que ocurre cuando se renuncia a resolver la cuestión de la incompletud y reemplazarla por una completitud ya dada, que se reproduce con el tiempo como una bola que rueda sin modificarse, para la cual el tiempo es un camino trazado desde siempre, en vez de ser el horizonte de su despliegue transformador que va, en su mismo proceso, haciendo su cauce. Todo lo cual forma parte de la problemática de la activación del sujeto que se relaciona con la completitud como expresión de la superación del individuo, pero a la vez concebida ésta como manifestación de su dinámica constitutiva.

Es necesario tomar en cuenta las contribuciones de algunos de los autores antes mencionados. Interesa constatar que las consideraciones relativas a la incompletud implican una ampliación de la subjetividad, ya que comprometen al conjunto de las facultades que conforman al hombre. De manera particular se plantea el problema de lo que entendemos por necesidad de superación, que constituye el marco en el cual se resuelve la problemática de la incompletud. Esto es así básicamente porque expresa el despliegue del sujeto, lo que involucra la potencialidad del mismo que, desde la exigencia de asumirse como tal, esto es, como constructor de sí mismo y de las circunstancias que lo rodean, conforma el espacio de su desenvolvimiento, tanto como la capacidad de asomarse a lo no dado, esto es, a lo nuevo; lo que psicológicamente se correspondería con las «necesidades acrecentadas de equilibrio».

Cualquier esfuerzo de potenciación desde las exigencias de asomarse a lo nuevo está suponiendo la posibilidad de despliegue, lo que supone un espacio de vigilia, o bien de cuestionamiento de las mismas determinaciones de su condición. Es en relación con esta problemática que se puede plantear lo pertinente de los espacios de desarrollo del sujeto, pues ya no se trata de quedarse en el simple análisis del proceso formativo, o de las dinámicas constitutivas del sujeto, sino de concebir la activación de éste más allá de los límites en que se cumple dicho proceso. Lo que obliga a

rechazar la tendencia a replegarse en una necesidad de equilibrio interno que se puede transformar en un obstáculo para la posibilidad de enriquecimiento de la subjetividad y con ello de la necesidad y capacidad de despliegue, que se traduce en una ampliación, transformación o reemplazo de parámetros.

Se opone, a esto que decimos, la situación en que el sujeto queda aprisionado en un espacio de posibilidades sedimentado, reforzado por el fortalecimiento del propio yo: repliegue y autocentramiento que se transforma en un obstáculo para adentrarse en lo indeterminado, por lo que el despliegue del sujeto se limita a las posibilidades contenidas en los parámetros dominantes.

En el plano existencial, se trata de desarrollar y asumir una postura ante la vida que defina por igual sus desafíos ante lo que se está viviendo, pero también ante lo vivido, y, de manera especial, ante lo por-vivirse en cuanto contribuya a enriquecer las formas de cómo se asume existencialmente el presente. Los mecanismos de potenciación cumplen la función de tensión entre lo que se vive y lo por-vivir como el movimiento interno del sujeto por trascender sus circunstancias, ya sea en actos de consciencia como en actos de voluntad, o bien de consciencia o voluntad. Precisamente porque la potenciación se ubica en esta tensión se puede vincular con la apertura a lo nuevo, según como surge en los equilibrios que se van incrementando durante el proceso de formación del individuo. Este movimiento interno es el que sirve de base para definir dinámicas susceptibles de recuperarse en etapas posteriores a los estadios psico-genéticos.

Pero cómo recuperar este movimiento una vez acabado el proceso psico-genético plantea tener que pensar en etapas consecutivas del proceso clásico anterior. Lleva a formular los ejes en los que descansa el proceso post-formativo centrado en el individuo adulto; entendiendo esta condición como la capacidad de asumir posibilidades. Teóricamente lo que emerge es la tensión entre la condición humana y la forma de su conformación socio-histórica: la relación entre las condiciones psicológicas, que resultan de esta unidad psico-biológica que es el hombre, y la influencia de las relaciones sociales y sus circunstancias, que modelan este trasfondo psicológico según sus dinámicas y funciones.

Los autores analizados, con sus contribuciones, ayudan a darle a esta tensión la forma que puede asumir el proceso de la autonomía del sujeto, entendido como la capacidad constantemente

renovada de asumir y desencadenar posibilidades. Para ello debemos resolver la pertinencia de los diferentes mecanismos psicológicos descritos y propuestos para afrontar y estimular el proceso de asunción de posibilidades.

Uno de los principales desafíos es saber resolver la tensión entre la dimensión humana y sus determinaciones socio-históricas en base a la capacidad para reconocer y concretar nudos de activación de la subjetividad. Se trata de problematizar las propuestas psico-cognitivas desde la perspectiva del proceso orientado a desarrollar la capacidad para reconocer opciones y de actuar frente a ellas. Entre estos mecanismos consideramos que ocupa un lugar relevante el uso del lenguaje, en la medida en que refiere a los modos para organizar relaciones concretas entre las facultades del sujeto.

De las distintas posturas que se pueden tener respecto a las posibilidades del sujeto, cabe considerar los obstáculos que inhiben, dificultan o sesgan estas posibilidades de desenvolvimiento, que requieren analizarse según su correspondencia con cada uno de los mecanismos psicológicos que cumplen una función en el proceso de formación del sujeto, pero que buscamos rescatar en las etapas post-formativas propias del sujeto adulto.

Podemos sintetizar la discusión sobre las tensiones entre las dimensiones psicológicas y las condiciones histórico-sociales en proposiciones como las siguientes:

a) predominio de la identidad que frena la dinámica constitutiva de la subjetivad;

b) la subjetividad comienza a desarrollarse en torno al yo en que el sujeto se repliega para defenderse de las determinaciones que empobrecen el surgimiento de los excedentes;

c) la necesidad acrecentada de equilibrios se resuelve en torno al espacio del yo-identidad, que puede corresponder a lógicas parametrales dominantes, a su vez asociadas a exigencias del orden social; por lo tanto, no se da la presencia del excedente por disciplinamiento social que frena la necesidad de superación;

d) lo anterior conforma un esquema lógico natural de desarrollo del sujeto que es incompatible con adentrarse en lo indeterminado; los parámetros dominantes son los de estabilidad en esa lógica de repliegue;

e) el despliegue se reduce al cumplimento de funciones; por consiguiente, el despliegue es una proyección del yo a través de

un proceso de objetivación que consiste en el cumplimiento de tareas-deberes institucionalizados; por lo tanto, el sujeto comienza a verse desde sus determinaciones, perdiéndose la tensión de ver también a las determinaciones desde las necesidades del desenvolvimiento del propio sujeto.

Estos puntos de tensión son los nudos en los que las relaciones entre las condiciones psico-biológicas de lo humano y sus determinaciones sociales pueden tender a resolverse con predominancia de estas últimas; pero también donde las dinámicas de la condición humana puedan dar lugar a una explosión meramente subjetivista. Es la historia como construcción y es la experiencia como historia lo que debemos saber articular en una forma histórico-existencial, con lo que nos referimos a la esencia del protagonismo como postura ante sí mismo y ante las circunstancias contextuales.

Es necesario precisar los nudos de activación para desplegar las distintas facultades del sujeto, a manera de respaldar su capacidad para afrontar sus determinaciones. No obstante, es preciso tener en cuenta que la influencia de las determinaciones sobre el sujeto están mediadas por la forma como éste se relaciona con aquéllas: por la riqueza o pobreza de su relación con la realidad externa, sólo cognitivamente, o también emocional y volitivamente, lo que constituye la naturaleza de asumirse como sujeto.

El problema es poder resolver esta dinámica en términos de prácticas viables. Ello supone procesos de formación que recuperen al sujeto mediante una corrección de sus discursos, pasando desde el *status* de discursos-objetos a discursos constituyentes, en cuanto los primeros, sean de índole filosófica, ética o científica, no resuelven la relación entre conocimiento y consciencia. De ahí la importancia de la presencia de la exigencia de «espacios de posibilidades» y no de simples objetos, porque se busca recuperar la alegría y la esperanza como aspectos de una epistemología potencial de lo histórico que, para estos propósitos, se condensa en la tensión entre condición humana y sus determinaciones.

Es indispensable plantear la articulación de las facultades del sujeto y de sus modos de expresión desde las situaciones de la vida cotidiana; asimismo, las prácticas que se asocian al modo de asumirse como sujeto: lo que entendemos como el saber reconocer el desde dónde y adónde se mira. En otras palabras, desde la capacidad para instalarse en el momento abierto a su devenir.

CAPÍTULO V

EL LENGUAJE COMO PRÁCTICA DE LIBERACIÓN

El discurso científico cree ser un código superior; la escritura quiere ser un código total que conlleva sus propias fuerzas de destrucción. De ahí se sigue que tan sólo la escritura es capaz de romper la imagen teológica impuesta por la ciencia, de rehusar el terror paterno extendido por la abusiva «verdad» de los contenidos y los razonamientos, de abrir a la investigación las puertas del espacio completo del lenguaje, con sus subversivas lógicas, la mezcla de sus códigos, sus conocimientos, sus diálogos, sus parodias... Una mutación de la consciencia, de la estructura y de los fines del discurso científico: eso es lo que quizás habría que exigir hoy en día [todo lo cual] pasa por la escritura integral [para que] la ciencia se convierta en literatura, en la medida en que la literatura ya es, lo ha sido siempre, la ciencia, puesto que todo lo que las ciencias humanas están descubriendo hoy en día, en cualquier orden de cosas, ya sea en el orden sociológico, psicológico, lingüístico [...] la literatura lo ha sabido desde siempre; la única diferencia está en que no lo ha dicho, sino que lo ha escrito.

ROLAND BARTHES: *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*

Hay dos modos de consciencia, una es luz, otra paciencia. Una estriba en alumbrar un poquito el hondo mar; otra, en hacer penitencia con caña o red, y esperar el pez, como pescador. Dime tú: ¿cuál es mejor? Consciencia de visionario que mira en el hondo acuario peces vivos, fugitivos, que no se pueden pescar, o esa maldita faena de ir arrojando a la arena vuestra los peces del mar.

JUAN DAVID GARCÍA BACCA: *Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado*

El sujeto haciéndose

Cuando pensamos desde el movimiento del pensamiento, tenemos que saber resolver lo concerniente a las formas de su expresión. El movimiento obliga a situarse entrando en un horizonte de posibilidades que, en el plano sintáctico, se traduce en subordinar lo claro a lo indeterminado; pues aquello que se mueve se ubica fuera de los límites que dan identidad, ya que representa el tránsito de un contenido a otro. Se corresponde con darle preeminencia a la gestación de ideas por encima de la comunicación, que es el momento donde el sujeto se yergue ante lo que desconoce; por lo tanto, no podemos esperar que se limite a hablar desde la claridad, al menos desde lo conocido, pero sí que lo haga desde lo que vislumbra o atisba. De esta manera, interpelar nuestros deseos para ahondar la mirada y conocer la realidad desde sus planos más profundos. Esto es, confrontarnos con nosotros mismos.

Dos son las alternativas: restringirnos a la predicación de significados subordinados a la lógica de objetos, o asomarnos a los espacios de las posibilidades mismas del hacerse. De lo que se trata es de que la recuperación de lo inteligible signifique enriquecer la subjetividad del sujeto en una forma de consciencia capaz de potenciar el vivir. Es la manifestación de estar una vez más naciendo.

En el uso del lenguaje debemos comenzar por nombrar situaciones inclusivas, o contornos, como lo propio de categorías que no se restringen a contenidos identificables, por cuanto pueden abarcar modos de denotar que rompen con los significados preestablecidos. Es la función que puede cumplir la categoría de lo indeterminado, en la medida en que problematiza lo denotado, abriéndolo a múltiples significaciones que rompen con lo que pueda decirse desde un acotamiento inicial. En este marco cabe analizar la función de la retórica.[1]

Se trata de definir el lugar desde donde nos expresamos: ¿nombramos un objeto o un contorno? Si la idea de objeto no puede reconocer ninguna trasmutación, en el mejor de los casos reco-

---

1. Véase Anexo I de este capítulo, p. 158.

noce desplazamiento, pero preservando su identidad, por lo que no garantiza un pensamiento en proceso. Es preciso definir como inicio del pensar un punto de partida con capacidad de inclusión de contenidos que con facilidad pueda reconocer desde él, en su propio desenvolvimiento temporal, la transformación de contenidos que se puedan observar a lo largo del tiempo. Es la función que puede cumplir la idea de contorno, que contiene horizontes de posibilidades como resultado de la propia práctica social constructora. El contorno exige, a diferencia del objeto, la presencia del sujeto, del mismo modo que lo requiere la obra de arte. Aunque también en algunas posturas filosóficas se busca reconocer un freno a ese «saber desenfrenado», a «una ciencia ciega», a «un saber a cualquier precio»,[2] que termina con el sujeto subordinado a esas verdades que, en la mayoría de los casos, carecen de sentido de vida para muchos hombres. «Raras veces ocurre con el arte, pues su actividad ingresa en nuestra consciencia como consciencia de una obra».[3]

Nombrar el contorno como inicio del pensamiento es colocarse ante un mundo que puede ramificarse en múltiples concreciones particulares, lo que exige construir significados desde una forma de pensar no atada a determinaciones particulares, sino abierta a lo indeterminado. Es lo que puede darle a estas formas de pensamiento un *status* más artístico que demostrable, como se ha sostenido en relación con el pensamiento de Heráclito. «Que más que una filosofía indemostrable siga teniendo la mayoría de las veces más valor que una proposición científica tiene su explicación en el valor estético de esa filosofía, es decir, en su belleza y su sublimidad»;[4] de ahí que Heráclito no pueda envejecer nunca. «Es la composición poética fuera de los límites de la experiencia, continuación del instinto mítico, también enfoque esencialmente en imágenes...»[5] que cumple la función de romper con los significados establecidos, facilitando incursionar en lo desconocido. Ello es posible en base a categorías tan amplias como la de indeterminación o la de movimiento.

Lo que decimos hace alusión a la gestación de ideas antes que al modo como el lenguaje denota aquello a que se refiere. No

2. Nietzsche: *Estética y teoría de las artes*, p. 168. Aforismo 422, p. 168.
3. *Ibíd.*, Aforismo 404, pp. 162-163.
4. *Ibíd.*, Aforismo 430, p. 171.
5. *Ibíd.*, Aforismo 429, pp. 170-171.

se trata de utilizarlo solamente para dar cuenta sino también para ir más allá de los límites de lo establecido, a modo de abrirse a sugerencias, no conceptualizadas, que reflejen el esfuerzo por hacer explotar lo denotado. Que para las formas de decir representa un desafío en el esfuerzo por colocarse ante las circunstancias externas.

Ello se traduce en la incorporación de la historia en cuanto es el espacio de posibilidades de vida, no restringido a ninguna cristalización que haya devenido en experiencia. El desafío en el cual pensamos representa el advenir de concreciones inesperadas que requerirán de actitudes y comportamientos no habituales; por eso, el colocarse, al trascender la lógica sujeto-objeto-predicado, se abre a la vastedad de desafíos desde cuyas exigencias construimos realidad y nos formamos como sujetos.

Desde este marco se plantean las siguientes condiciones epistémicas para la potenciación: la colocación sirve para encontrarnos en un momento del desarrollo, pero con el cuidado de que el momento es parte de un movimiento que lo incluye. Nos situamos ante una realidad sin nombre, por lo tanto donde la primera cuestión es darle prioridad a la gestación del nombre antes que a la comunicación de su contenido. El nombre articula la transformación de lo externo, o de lo desconocido, con el sentido fundante desde donde se construye, en un espacio de necesidades que puede dar lugar a solucionar lógicas.

Desde esta perspectiva, el lenguaje deviene en un límite susceptible de potenciarse mediante las capacidades psicológicas del sujeto; pero, a la vez, estas últimas son susceptibles de potenciarse de conformidad con exigencias epistémicas. Distinción que lleva a abordar la cuestión de cómo los elementos lingüísticos y psicológicos se articulan entre sí y con qué grado de subordinación o de autonomía respecto de las circunstancias histórico-culturales.

De ahí que organizar la potenciación desde lo puramente psicológico implica abocarse a dinamizar epistémicamente la subjetividad, pero sin dejar fuera las condiciones socio-culturales que la moldean; de otro modo, centrar el esfuerzo en la pura interioridad del sujeto puede llevar a que la potenciación no reconozca los cauces que caracterizan el contexto que circunda al sujeto, por lo tanto no llegar a plasmarse en una colocación ante las circunstancias que perfilan la vida cotidiana-concreta. De lo que se desprende la importancia del lenguaje, ya que la poten-

ciación desde el uso del mismo significa hacerlo desde los contextos —porque el lenguaje es su reflejo, pero también su elemento constitutivo.

LA CAPACIDAD DE LIBERACIÓN CONTENIDA EN EL LENGUAJE

El esfuerzo por recuperar lo real desde el desarrollo de la potenciación del sujeto supone abordar el proceso constitutivo del darse para desde allí rescatar al lenguaje como medio para abrirse al mundo. «Si el arte saca a la luz aquello que habita en la sombra, las ciencias, entendidas como saber sistemático, desarrollan el complementario trabajo de captar la sombra en la luz, las deficiencias de la consciencia de la época».[6] Es la primacía de la historia como vida por encima de la verdad que lleva al predominio de la imagen sobre lo sígnico.

Construir significados desde la imaginación se fundamenta en la separación respecto de lo «externo»; los conceptos «no aparecen como copias pasivas de un ser dado».[7] Cada vez se comprende mejor que la objetividad no deviene «como algo simplemente dado por describir sino como algo que ha de ser conquistado a través de un proceso de conformación espiritual»,[8] lo que implica que el lenguaje tiene que superarse a partir del objeto de manera que con la «misma exactitud y nitidez tomar su punto de partida en la designación y determinación del suceso».[9] Se plantea la recuperación del sujeto desde la articulación entre lo subjetivo y lo objetivo, aunque debe distinguirse lo que es un suceso de lo que propiamente es la actividad del sujeto.

La tensión que resulta de la colocación ante lo desconocido se relaciona con la capacidad del lenguaje para transformar lo no dado en experiencia posible de vida, a modo de avanzar hacia lo virtual como horizonte de posibilidades. Ello a partir de que lo indeterminado toma la forma de un espacio en el que es posible construir nuevas relaciones y nuevos significados. Por consi-

6. Enrique Calán: «Introducción» a Karl Yung: *Sobre el fenómeno del espíritu en el arte y en la ciencia*, p. XIX.
7. Cassirer: *Filosofía de las formas simbólicas*, p. 15.
8. *Ibíd.*, p. 113.
9. *Ibíd.*, p. 254.

guiente, la fuerza contenida en el lenguaje, para trascender los límites, viene dándose con la evolución del hombre al erguirse, primero anatómicamente, después simbólicamente, lo que lo ha transformando en el principal instrumento de su vivencia y de su crecimiento. A lo largo de su evolución, el hombre ha tenido que enfrentarse con excedentes a cualquier verdad o dogma.

El rompimiento constante de los límites, la ampliación de la subjetividad con la inevitable necesidad de transgredir los parámetros que nos cercan y modelan, así como la recuperación, no de las últimas causas en la acepción kantiana o fenomenológica, sino de lo constitutivo, la sombra que asoma en toda luz, lo desconocido de lo conocido, lo informe de las formas dadas para asignar identidades, son algunas de estas indomables asechanzas de la vida como imperativo de asombro que nos desnuda, cuestionándonos para volver a encontrarnos erguidos. Por lo menos en la esperanza.

Una lectura epistémica del lenguaje representa, en consecuencia, su recuperación como espacio de vida para liberar al pensamiento de sus inercias y ataduras; transformar la libertad del silencio en camino, volver a hablar como la aventura del viajero que respira la inmensidad del cosmos en cada palabra. Buscar el lenguaje que arrastre, más allá de los significados, a la existencialidad que, transformada en contenido, requiere expresarse con verosimilitud. Volver a las palabras como sonido de un roce profundo, áspero y también luminoso entre la fuerza del hombre, libre en sí mismo cuando no hay mediaciones de retóricas, y las cosas, que son encarnación de aquello en que deviene esa misma fuerza cuando, por juntarse con otro o por crear universos de significación en el marco de un orden, pierden su libertad para transformarse solamente en comunicación. No hay que olvidar que la verdadera y más profunda rebeldía es la que se expresa en la capacidad de volver a empezar cuando ya todo comienza a declinar.

El lenguaje es la posibilidad de mundos abiertos para el hombre, en la medida en que traduzca la necesidad de nuevos significados que germinan en el proceso de crecimiento que ha caracterizado la evolución del hombre; pero ya no como el mundo de los titanes del que hablara Hölderlin, «donde los actos serán más importantes que la poesía que los canta y que el pensamiento que los refleja»; no, porque pensamos en la lucha a favor del espíritu para que no sea, en definitiva, derrotado por la técnica. En el esfuerzo

por reconocerse en horizontes, que son los espacios desde donde reconocerse en una identidad abierta o en devenir.

Pero siempre desde todo el hombre, como reclamaba Dilthey, de todo él, de sus grandezas y mezquindades, para rescatarlo de sus miedos y miserias que lo aplastan. Y porque hay hombres que no quieren ser hombres. Hablar desde la luz para que el hombre mismo sea el redentor del hombre. Porque en el lenguaje encontramos la posibilidad de lo imposible por su capacidad para construir lecturas develando lo oculto. O encontrar las semillas y los surcos en los terrenos yermos de la rutina para transformar a ésta en el umbral hacia lo nuevo, y describir lo trascendente que se oculta en lo fugaz.

Es así como nos enfrentamos con la siguiente problemática: la apertura de lo denotado para dar cuenta de posibilidades de significación que excedan a sus límites; excedente que depende de la capacidad del sujeto para ubicarse en el momento.[10] Pero reconociendo que esta ubicación va más allá de los límites del *cogito*, como lo reclama la experiencia psicoanalítica desde Lacan, estableciéndose una relación con el problema de la metáfora y la lógica. La metáfora que traduce una fuerza transgresora y horizóntica que después es acotada según las exigencias propias de la comunicación inteligible.

Pero esta problemática carece de sentido si el sujeto se halla en condiciones de minimidad. Porque nos encontramos con una existencia que se reduce a ser un refugio en lo inmediato, el cual se encarna en el rol que hace de envoltorio para evitar que surja como desafío su misma existencialidad; porque en la medida en que constituye una relación institucional con el contexto social, conforma un espacio que oculta con sus máscaras al sujeto de sí mismo. Se determina una necesidad de ser en la simple comunicación, a partir de las diferentes funciones que el sujeto cumple en la sociedad; pues «somos en la medida en que construimos o nos dejamos enlazar con otros».[11] No obstante, la conformación

10. Lo que implica asumirse como tal. Ahora bien, asumirse, significa hacerlo desde lo que somos determinado, aunque reconociendo que esta determinación es una posibilidad entre otras; por consiguiente, se relaciona con la colocación que se abre a distintos modos de determinaciones cuya importancia es que da sentido a la incorporación del sujeto. La colocación da sentido a la construcción de posibilidades de determinación; lo que supone romper con lo significado que se impone para abrirse a lo todavía no dicho.

11. Oscar Massota: *Consciencia y estructura*, p. 77.

de espacios como éstos, «a su vez determinan la emergencia de nuevos deseos»,[12] por ello siempre el sujeto afronta «la necesidad de decir lo no significado».[13]

Formas epistémicas desde el lenguaje

Para un mejor análisis de las formas de potenciación de la capacidad de significar tenemos que precisar el perfil de la problemática epistémica del lenguaje. El meollo se encuentra en la apertura del sujeto para influir en el manejo de lo significado. El problema concreto es la necesidad de asumir explícitamente los parámetros que fijan la forma de pensar del sujeto. Como hemos señalado, esta forma compromete dimensiones vinculadas con diferentes facultades, porque en la capacidad para complejizar la relación con lo externo subyace la cuestión de hacer presente la función constitutiva del lenguaje que, por definición, no se agota en la comunicación ni en la explicación de contenidos.

En este marco, debemos rescatar lo que Cassirer sostiene: «la objetividad no [es] como algo simplemente dado por describir sino como algo que ha de ser conquistado a través de un proceso de conformación espiritual»; de modo que «los conceptos ya no aparecen como copias pasivas de un ser dado». No obstante, en la medida en que estamos pensando en un proceso, las determinaciones lingüísticas no tienen por qué limitarse a objetos sino que con «la misma exactitud y nitidez debe tomar su punto de partida en la designación y determinación del suceso». Su importancia reside en que apunta a la propiedad del lenguaje de «ser ilimitado en cuanto a sus alcances» y de «no precisar de estímulos»;[14] por lo mismo, plantea el dilema de saber resolver la relación entre la determinación y lo indeterminado, lo que se vincula con su función para ser «expresión de un nuevo suceso o de una pura actividad, según que penetre en el curso del acaecer objetivo o que distinga el papel central del sujeto crítico».[15] Situación que representa un modo de resolver el tránsito desde lo indeterminado a lo determinado, así como la incorporación del sujeto a su mismo discurso.

---

12. *Ibíd.*, p. 82.
13. *Ibíd.*, p. 77.
14. Chomsky: *Lingüística cartesiana*, p. 20.
15. *Ibíd.*, p. 251.

En lo anterior se contiene la preeminencia del verbo sobre el predicado como reflejo lingüístico de la historicidad en tanto modo de expresión. Y que apunta a que la construcción de oraciones relativas a lo nuevo no tienen «que ser interpretadas dentro del marco objeto-predicado»,[16] ya que la designación y determinación de sucesos se vincula más explícitamente con la activación del sujeto, que siempre es histórica. Ello plantea abordar la problemática del límite sin desligarlo de su propio movimiento, según sea la naturaleza del suceso y de la actividad del sujeto.

Todo conduce a la retórica como recurso de construcción de la apertura de lo determinado. Como señala Barthes, «la frase no tiene sólo un sentido literal o denotado; está además atiborrada de significados suplementarios: al ser, simultáneamente, referencia cultural, modelo retórico, ambigüedad voluntaria de enunciación y simple unidad de denotación...».[17] La historia constituye este abigarramiento de modos de ser y pensar; por eso, hablamos de la historia como experiencia, o de la realidad hecha mundo, como lo plantea la fenomenología, aunque anticipada en el historicismo de Dilthey.

No basta con nombrar aquello que buscamos y queremos desentrañar en su significado; debemos, además, acompañar el acto de denotar con la actividad del sujeto, con su despliegue, pero tal como lo hace posible el lenguaje, no solamente la praxis. En este punto es donde podemos hacer converger al marxismo con la fenomenología contribuyendo a la trama epistémica que proporciona su fundamento a casi todas las exégesis hermenéuticas; pero sobre todo a la idea contemporánea de humanismo.

Humboldt habló de la creación de un mundo ideal, ni totalmente interior ni totalmente exterior.[18] Porque la apropiación de lo real supone partir de su reconocimiento como posible de transformarse en contenido de experiencias (sean éstas vivenciales o axiológicas, teóricas o técnicas). Es una de las funciones del len-

---

16. Kutschera: *Filosofía del lenguaje*, p. 362.
17. Barthes: *El susurro del lenguaje*, p. 16.
18. Humboldt habla de la «transformación del mundo en lengua» y dijo: «la peculiaridad de la lengua consiste en que ella, medianera entre el hombre y los objetos exteriores, imprime en los sonidos un mundo de pensamientos». «Pero el camino por el que anda es siempre distinto a sus formaciones, resultan de la reciprocidad de las impresiones externas y del sentimiento interno en lo que se refiere al objetivo general: unir la subjetividad con la objetividad en la creación de un mundo ideal, pero no totalmente interior ni totalmente exterior». Kutschera, *op. cit.*, p. 327.

guaje como condición que hace posible el despliegue del sujeto. Si nos atenemos a Whorf, «la lengua no sólo nos enriquece con una vasta visión del mundo, sino que nos fuerza a ella»;[19] en forma que se destaca el papel de la gramática «que sella nuestra experiencia mucho más fuertemente que el vocabulario». En esta dirección, hay que destacar la dialéctica posibilidades de vida-posibilidades de conocimiento, que remite a los límites de lo que es identificable, por lo mismo comunicable, pero también a los parámetros que enmarcan y vigilan al pensamiento.

De ahí que sea pertinente formular la distinción entre discursos construidos desde la consciencia y los que se elaboran desde verdades. El discurso que parte de verdades puede incorporar al sujeto en relación con su predicado, pero no al sujeto constituyente de realidades polieidéticas, que se corresponde con la presencia de lo indeterminado. Esta última requiere de un discurso que no se circunscriba al predicado-objeto, sino que, simultáneamente, incluya contenidos y contornos, significados y significante, a partir de no quedarse reducido a la lógica de determinaciones. Y de esta forma mostrar los espacios de posibilidades de la propia subjetividad, a la vez que contribuir a enriquecerla. Lo que no excluye hablar de predicado en cuanto contribuya a enriquecer su construcción.

Lo expuesto lleva a recuperar la riqueza de los límites, como lo propio de los excedentes que, como sostuviera Cassirer, «no son rígidos sino fluidos»;[20] porque detrás de la estructura formal del lenguaje, de sus reglas, «se encuentran los auténticos actos constitutivos del devenir: los actos espirituales siempre renovados de creación».[21] Lo cual nos lleva a «una mutación de la consciencia, de la estructura y de los fines del discurso científico: eso es lo que quizás habría que exigir hoy en día, cuando las ciencias humanas, constituidas, florecientes, parecen estar dejando su lugar cada vez más exiguo a una literatura a la que se acusa de irrealismo y de deshumanización [...] ya que el papel de la literatura es el de representar activamente ante la institución científica lo que ésta rechaza, a saber, la soberanía del lenguaje».[22]

19. *Ibíd.*, pp. 344-345.
20. Cassirer, *op. cit.*, p. 67.
21. Cassirer, *op. cit.*, p. 130.
22. Barthes, *op. cit.*, p. 20.

Si el hombre representa por su condición la necesidad de nuevos significados, la capacidad de significaciones nuevas supone la generación permanente de símbolos. Aquí es donde consideramos que se da la tensión entre los modos de expresión de la historicidad y la posibilidad del sujeto de colocarse ante las circunstancias, rompiendo con su acomodación un campo de significados establecido y cristalizado, el cual tiende a confundirse con la objetivación del sujeto y la consiguiente transformación de la objetividad en ámbito de sentido. Lo que no es ajeno a la idea de Humboldt de concebir al lenguaje más como energía que como producto y el consiguiente predominio del verbo y de lo transitivo, como lo propio del despliegue del sujeto que convierte la historia en existencia y a la existencia en historia.

Nos remitimos a la contraposición «del ser-posible-objetivo y el «ser-subjetivo-personal», y a las conexiones entre ambos,[23] que nos permite afirmar, hablando de algunos grandes pensadores como Heráclito, que «todo es simultáneamente exteriorización y ocultación, descubrimiento y encubrimiento».[24] En esta dirección podemos pensar que la condición humana es una simultaneidad de realidades dadas y por darse, porque no se restringe a las determinaciones.

Si el lenguaje puede expresar la presencia de lo indeterminado,[25] es congruente con un concepto de razón como libertad respecto al contexto de los estímulos, ya que «si un hombre actúa de un modo simplemente mecánico podemos admirar lo que hace, pero despreciar lo que es»,[26] pues la razón es «un instrumento universal que puede servir para todas las contingencias». Ello es congruente con el carácter del lenguaje, no reducible a un simple mecanismo de reflejo.

Lo que decimos se traduce en la necesidad de romper con cierta simetría entre lo que decimos y aquello a que nos referimos, que se relaciona con mostrar lo que está explícito, pero también lo implícitamente contenido. El problema se traduce en romper con una concepción dominante de lo que entendemos por claro e idéntico, por lo general asociado con la construcción de objetos. Con lo que se plantea otra forma de pensar

---

23. Cassirer, *op. cit.*, p. 244.
24. *Ibíd.*, p. 103.
25. Chomsky, *op. cit.*, p. 41.
26. *Ibíd.*, p. 63.

que lleva a reconocer que «la esencia del lenguaje no puede ser apodíctica más que a través de metáforas»,[27] esto es, la metáfora como un modo de manejar el límite.

Hay que abordar la función de la metáfora, «excluida tradicionalmente de todo discurso científico con la acusación de oscuridad e indeterminación»,[28] ya anticipada por Aristóteles, pero para volver a ella como «una invitación a no olvidar lo diferente»;[29] representa una forma de razonamiento que no restringe la relación de conocimiento a las determinaciones de objetos. Empero, lo interesante es que el «uso retórico caracteriza también la vida en sus circunstancias naturales»,[30] que no hace más que expresar la naturaleza del lenguaje como «actividad significante por excelencia, la imagen misma de lo que puede ser la significación...».[31] Es lo que sirve de fundamento a una epistemología fundada en el lenguaje como potenciador de la subjetividad.[32]

De lo que se desprende la tarea de relacionar las categorías de razonamiento (que van más allá de la lógica de determinaciones) con las posibilidades del lenguaje para construir categorías. La razón se encuentra en que todos «los lenguajes tienen en común ciertas categorías elementales, que son independientes de toda determinación cultural», como «las de persona y las de tiempo»,[33] que sirven de entramado básico en cuyos límites se hace evidente la influencia que tiene en la construcción de predicados la persona y el tiempo, en la medida en que son los que dan cuenta del sentido y de sus opciones. Por eso, interesa dejar claro cómo el lenguaje permite resolver, categorialmente, la presencia del sujeto y del predicado según la centralidad del verbo o del sustantivo. En este sentido, se ha ido perdiendo una forma de razonamiento centrada en el verbo, con gran presencia en los lenguajes clásicos como el griego antiguo. Como dijo Roberto Matta, el pintor, debemos pensar en verbo.

Importa precisar las posibilidades y límites del lenguaje para traducir categorías que trasciendan a las determinaciones. Pensar

---

27. Donatella di Casare: *Wilhelm von Humboldt y el estudio filosófico de las lenguas*, p. 22.
28. *Ibíd.*
29. *Ibíd.*, p. 23.
30. *Ibíd.*, p. 130.
31. Benveniste: *Problemas de lingüística general II*, pp. 220-226.
32. Cfr. en este marco los textos citados de Ricoeur y Blumenberg, p. 147.
33. Benveniste, p. 70.

y expresar, por ejemplo, que la necesidad de estar en sociedad se transforma en posibilidad por el lenguaje, en tanto éste lo concibamos como la necesidad hecha consciencia. Ello porque en el lenguaje se contiene tanto la apertura como el cierre, la relación significada como la significante: esto es, la relación entre contenido y contorno en el marco de la dialéctica «decir-por-decir». O, como plantea Benveniste, habrá que desarrollar una semántica que permita «restablecer una serie de mediaciones entre el mundo cerrado de los signos, en una semiótica, y la captación de lo real por nuestra lengua, en tanto que es semántica...».[34]

Nos enfrentamos con los desafíos de nuevos espacios de posibilidades que requieren de un lenguaje. Cabe preguntarse si el lenguaje de lo que entendemos como lo normal (objeto, estructura, situación objetivable, etc.), puede responder a la exigencia de mostrar lo que excede a los objetos (propio de las denotaciones, significados), esto es, romper con los límites. En este sentido, puede ser una función de la metáfora resolver sobre el límite mediante el mecanismo de inclusión del contorno que trasciende a lo expresado, ya que la clave está en la tensión entre reflejo conceptual determinado y las sugerencias de... en tanto ángulo de mirada que contribuya a su enriquecimiento desde el contorno sugerido.

Lo provocativo de lo que decimos respecto al uso retórico del lenguaje está en que «caracteriza también la vida en sus circunstancias naturales»,[35] afirmación que remite a Chomsky cuando habla de la propiedad del lenguaje de «ser ilimitado en cuanto a sus alcances».[36] Ya que tiene la capacidad para dar cuenta de la presencia de lo indeterminado-determinable cuyas dimensiones son el sujeto (o la persona) y el tiempo (o el proceso mismo del estar-siendo). Lo que permite comprender que el lenguaje es «como una creación maravillosa [...] de la capacidad poética humana»;[37] en consecuencia, la potenciación del sujeto se relaciona con la capacidad poética del hombre, dormida cuando no aplastada.

La postura acerca de los espacios de despliegue del hombre se corresponde con una exigencia racional-emocional-volitiva para afrontar los parámetros que impiden reconocer y asumir el movimiento de los límites (tanto de los significados como de las

---

34. *Ibíd.*, p. 237.
35. *Ibíd.*, p. 130.
36. Chomsky, p. 20.
37. *Ibíd.*, p. 45.

vivencias). Es parte de lo que se ha dicho acerca de que «el lenguaje sólo se puede hablar metafóricamente, convicción mediada [...] en el interior de una mutación epistémica que problematiza la objetividad».[38] Y que es la base para adoptar una postura ético-histórica que se traduce en el protagonismo del sujeto.

Rasgo que no podemos dejar de vincular con los requerimientos de la historicidad que plantea salirse siempre de los límites de lo denotado. Es la inevitable presencia de la historicidad en el yo constitutivo y en el yo-objeto, el que se nombra. Pero que no obstante apunta al ejercicio del lenguaje como constante apertura en la configuración de universos, lo que se expresa en desafíos de nuevos despliegues. Ello porque el sujeto es lo real y lo real es el sujeto actuado, de manera que el ámbito de lo social deviene en producto, pero que, a su vez, es condición para el despliegue del sujeto.

Como se ha observado, «el mundo en que vivimos actuando es para nosotros el mundo real, si es que estas palabras tienen algún significado —no hay ninguno más verdadero. Y este mundo es aquel del que hablamos, pues el lenguaje es parte de nuestro obrar y vivir».[39] Lo cual nos pone ante un concepto diferente de objetividad pues, como ya ha observado Barthes, «hasta el momento lo que se requería en las ciencias humanas era la objetividad de lo dado».[40]

Humboldt, sostiene Kutschera, «habla de la transformación del mundo en lengua», unir la subjetividad con la objetividad en la creación de un mundo ideal, pero no totalmente interno ni totalmente externo, como ya lo hemos recordado. Ello supone una visión de la realidad como mundo posible, donde la capacidad de despliegue del sujeto dependerá de la amplitud de su subjetividad, pero que a su vez está condicionada por el uso del lenguaje; pues, como lo recordábamos en relación con Whorf, «la lengua no sólo nos enriquece con una vasta visión de mundo, sino que nos fuerza a ella».[41]

Por lo tanto, la capacidad de despliegue del sujeto requiere de un lenguaje donde el manejo del movimiento sea expresión del esfuerzo por mostrar lo constitutivo, en tanto necesidad de ser sujeto; pero que obliga a considerar a lo objetivado como

---

38. Di Casare, *op. cit.*, p. 23.
39. Kutschera, p. 380.
40. Barthes, p. 25.
41. Kutschera, pp. 344-345.

producto sin perder la dimensión de lo producente que incorpora al sujeto como activador de lo real; en consecuencia, transformar la historia en experiencia. Posibilidad de construcción que no se restringe a la lógica del objeto en la medida en que se abre a otras formas de predicación del ser.[42]

Como se ha sostenido, «el conocimiento [...] no representa más que un tipo particular de conformación dentro de la totalidad de aprehensiones e interpretaciones espirituales del ser»;[43] todos los cuales pueden ser caracterizados «como auténticos vuelos de objetivación».[44] Esta problemática da cuenta de las relaciones entre el pensar cognitivo y el gnoseológico, porque pone al conocimiento en el marco de la necesidad de ser sujeto.

Pretendemos activar el tránsito desde el pensar gnoseológico al pensar cognitivo, que refiere a la dialéctica entre el yo constitutivo y su transformación, según como lo conformen los modos de expresión. Afrontamos el desafío de objetivación que produce un distanciamiento del sujeto respecto de sí mismo que está asociado con la lógica de apropiación. Como observa Cassirer, «la esencia del yo consistiría en ser sujeto», pero en el pensamiento y en el habla nos enfrentamos con la situación de que «todo concepto debe consistir en objeto con relación al sujeto pensante»,[45] donde también el sujeto se transforma en un objeto de sí mismo. ¿Cómo, entonces, resolver el problema de la objetivación sin reducirla a una lógica objetual, tal como lo exige la historicidad?

El sujeto desde su potenciación afronta cómo resolver, en el marco del discurso, el paso de lo indeterminado a lo determinado. Lo que significa dar cuenta de sucesos y/o de la misma actividad del sujeto considerando diferentes modalidades de expresión, ya sea «como expresión de un nuevo suceso o de una pura actividad,

---

42. Se plantea evitar que las formas de razonamiento queden supeditadas a las categorías gramaticales; lo que requiere resolver la articulación entre categorías del pensamiento y categorías del lenguaje. En el marco de la articulación entre las exigencias del movimiento constitutivo (comprensión de lo socio-histórico como espacio de posibilidades) y las posibilidades categoriales del lenguaje, parece conveniente recordar el hecho de que, para algunas lenguas, todos los predicados tienen formas de verbo, lo que «muestra que la naturaleza como tal no está dividida en cosas, estados y procesos, sino que somos nosotros quienes con nuestra lengua introducimos estas distinciones en el mundo, y que por tanto esas categorías no son más que formas de interpretación de la realidad». Kutschera, *op. cit.*, p. 347.

43. Cassirer, *op. cit.*, p. 17.

44. *Ibíd.*

45. *Ibíd.*, p. 236.

según que penetre en el curso del acaecer objetivo o que destaque el papel central del sujeto crítico...».[46] Su relevancia está en la forma de razonamiento capaz de dar cuenta de la realidad como proceso, pero también de cómo se produce la incorporación del sujeto trascendiendo los límites de la lógica del objeto.[47]

Desde la perspectiva del lenguaje, se plantea no reducirlo al uso sígnico. Siguiendo la opinión de Humboldt, la prevalencia del uso sígnico «tiende a hacer de la lengua un simple medio de intercambio, es indicio de decadencia lingüística»;[48] en cambio, un recurso retórico y no sígnico puede permitir hablar desde lo utópico-potencial. Una u otra situación tienen consecuencia en la incorporación del sujeto al discurso, en cuanto supone un acto de potenciación que exige resolver lo sígnico en imágenes, pasando del objeto al horizonte, en la medida en que la potenciación es la trascendencia de los límites de las determinaciones asociadas a objetos; pero esto no significa no poder recuperar la imagen desde lo sígnico.[49]

Buscamos superar las limitaciones de lo sígnico para no reducir la función del lenguaje a un acto de comunicación. De acuerdo con Barthes, esta función refiere a «una parte mínima», cuando se pregunta: «¿qué pasa con el resto, es decir, con el inmenso volumen de la lengua, con el juego entero del lenguaje?», que no se agota en la función de la comunicación.[50] Juego que alude a las múltiples modalidades de relaciones de conocimiento que el sujeto puede construir, a través de las cuales puede vincularse con lo externo sin ceñirse necesariamente a las exigencias de la inteligibilidad, lo que no se puede dejar de considerar cuando, al plantear la potencialidad del sujeto, ésta se corresponde con la articulación entre sus diferentes facultades.

Tenemos que comprender que con el lenguaje estamos asociados a una diversidad de visiones del mundo. «La lengua no es

---

46. *Ibíd.*, p. 251.

47. Podemos señalar que lo que decimos apunta al predominio de una exigencia de precisión (lo determinado que se resuelve en un pensamiento regido por el principio de identidad), cuya traducción más generalizada es la lógica de objetos, pero no podemos dejar de considerar que también exige de un razonamiento que se corresponda con la necesidad de defensa del yo-sujeto.

48. Di Casare, *op. cit.*, p. 130.

49. «La subjetividad del lenguaje ya no figura (desde Humboldt) como mera barrera que nos impide aprender el ser objetivo, sino como un medio de conformación de objetivaciones de la expresión sensible», Cassirer, *op. cit.*, p. 111.

50. Barthes, p. 114.

en absoluto un simple medio de comunicación, sino la impronta del espíritu y de la visión del mundo del hablante»;[51] el lenguaje como ese «vasto sistema dentro del cual un mismo código está privilegiado».[52] Por ello, su uso permite hacer hablar a todas las facultades del sujeto, incluyendo la función propia del logos, así como otras relacionadas con el juego o con la creación de símbolos, que trascienden la simple denotación, en forma de abrir el lenguaje a un uso más libre en la construcción de significados.

En esta dirección, se busca recuperar la riqueza del lenguaje para garantizar diversas posibilidades desde donde decir-significar, afrontando la tendencia hacia la homogeneización que mutila la fuerza del sujeto, especialmente la que imponen las lógicas del poder que buscan enmarcar sus posibilidades. «Sí, el mundo recibe sus determinaciones mediante una interpretación lingüística [...] quiere decir que el mundo está lingüísticamente mediatizado»,[53] por lo tanto, la posibilidad de pensar mundos diversos dependerá de que la búsqueda de significados no quede restringida por el poder-decir, según resulta de las determinaciones contextuales.

De esta manera, la capacidad del sujeto no puede quedar atrapada en determinaciones sociales, especialmente en los parámetros que impone el orden con sus múltiples exigencias funcionales de acomodación y de comunicación. En relación con esta cuestión rescatamos la idea de los sociolectos a los que el sujeto se adecua en su disposición de búsqueda y de ruptura, sociolectos «que gobiernan el análisis, y no al contrario».[54] Y que pasa por el cómo se plasma la necesidad de significar en base al uso de significantes. Debemos recordar que la necesidad de mundo está antes que la capacidad que se tenga para describirlo.

Se plantea el tránsito desde la necesidad de... a una forma de consciencia que no pierda la fuerza que se contiene en la necesidad constituyente del despliegue del sujeto. A este respecto, podemos citar lo que dijo Barthes en relación con el estructuralismo, en cuanto a que su prolongación lógica es «ir hacia la literatura, pero no ya como objeto de análisis sino como actividad de escribir [aboliendo] la distinción, que procede de la lógica, que

51. Kutchera, p. 324.
52. Barthes, p. 19.
53. Kutschera, p. 374.
54. Barthes, p. 127.

convierte la obra en lenguaje-objeto, y a la ciencia en metalenguaje».[55] Se plantea la relación del sujeto con el discurso, de modo que la denotación no sea solamente de objetos sino de sucesos y de la propia actividad del sujeto.

En síntesis, la realidad no se puede analizar si no es en relación con los espacios de posibilidades, y éstos, por su parte, desde las potencialidades; aunque siempre teniendo presente que las potencialidades están modeladas según la influencia que ejerce el lenguaje sobre el sujeto, en particular cuando tiende a darse en determinados sociolectos. Situación que vuelve a remitirnos a la problemática del uso creativo del lenguaje.

Desde esta perspectiva, podemos recordar lo que ha dicho Barthes, en cuanto al ritmo como forma, esto en relación con lo reclamado por Bachelard cuando afirma que las formas tienen como objetivos «desembarazar al alma de las falsas permanencias, de las duraciones mal hechas»,[56] a manera de dar cuenta del fluir de las cosas; lo que implica como trasfondo la incompletud de la realidad de cualquier momento, más aún cuando pensamos que ésta es un constante proceso que va reconociendo momentos en sucesiones temporales, las cuales pueden llevarnos a recordar que el ritmo de lo real, por lo tanto de las formas para conceptualizarlo, se traducen en lo que Bachelard llama «sistemas de instantes [que] se suceden».

La problemática de trasfondo consiste en impedir la cosificación de los significados, especialmente cuando quedan aprisionados en determinaciones sociales que parametrizan sus significados, reduciéndolos a lo que define como posible un particular límite. Es el caso de los sociolectos como encarcelamientos del pensamiento, pero cuya dinámica está determinada por parámetros que forman parte de la lógica del poder. Pensemos también en la dialéctica entre lenguajes encráticos y acráticos que refieren a «los discursos desde dentro del poder y los discursos de fuera del poder [...] discursos encráticos los primeros [...] discursos acráticos los segundos».[57] Y que desde la óptica en que nos colocamos se relacionan con la creatividad del sujeto para trascender sus inercias, lo cual se vincula con la afirmación de

55. *Ibíd.*, p. 17.
56. *Ibíd.*, pp. 331-332.
57. *Ibíd.*, p. 128.

que «la infinitud del significante no remite a ninguna idea de lo inefable (de significado innombrable), sino a la idea de juego: el engendramiento del significante perpetuo (a la manera de un calendario perpetuo)».[58]

No se puede desligar lo que decimos del desafío que imponen las «epistemologías institucionales»,[59] que conforman a su vez un uso particular del lenguaje. Por ello hay que recuperar, epistémicamente, lo que se ha dicho del sentido de las palabras en cuanto a su polisemia, que «no es sino la suma institucionalizada de [...] valores contextuales, siempre instantáneos [...] sin permanencia, sin valor constante»;[60] de ahí que el sentido deviene en el cierre de múltiples posibilidades en relación con el contexto; o a la inversa, en la apertura del contenido al convertirse en contorno.

Problemática que supone moverse desde el cierre, propio del acto de comunicación, a la apertura a que obliga la historización del sentido. O, en otras palabras, desde el contorno al cierre en el que se resuelve la búsqueda de lo trascendente del sentido, en la medida en que éste puede expresar al sujeto tanto desde un cierre, que se corresponde con un estar *desde* las circunstancias; o bien desde el contorno que, al corresponderse con un estar *ante* las circunstancias, supone ir más allá de aquel sentido.

De la necesidad de unidad

Volvemos a la idea de que la vida es lo determinable, lo que lleva a considerar que el acto de pensar no tiene limitaciones. En este sentido, se plantea hacer converger, en un proceso formativo, las diferentes facultades para evitar los sesgos que resultan cuando la actividad de pensar se conforma en base al predominio de una facultad, o facultades particulares, como pueden serlo las intelectivo-operativas. Con esto, se provoca cierta desarti-

---

58. *Ibíd.*, p. 76.

59. Por epistemes institucionales entendemos la estructura organizacional de cualquier institución (cultural, científica, económica, política, etc.) que, a través de la configuración de roles, diferenciación y distribución de funciones, así como las normas relativas a la fijación de cumplimiento de responsabilidades asignadas y a la evaluación de su cumplimiento, así como al conjunto de procedimientos reglamentarios para garantizar el buen cumplimiento de sus funciones globales, conforman un modo dado de razonamiento y de definición de preguntas pertinentes y sus esperadas respuestas.

60. Benveniste, p. 229.

culación en el sujeto. Pues se deja de lado la vieja advertencia de que «no sólo es propio de la ciencia, sino también del lenguaje, del mito, del arte y de la religión el proporcionar los elementos a partir de los cuales se construye para nosotros el mundo de lo real, lo mismo que el del espíritu».[61]

Es por eso que colocamos en el centro del debate al lenguaje como modo de interacción (no sólo de comunicación), porque constituye la subjetividad misma del espacio del vivir como experiencia. Como ha señalado Cassirer, «si tratamos de remontarnos a sus primitivos comienzos el lenguaje parece no ser un mero signo representativo de la representación sino un signo emocional del afecto y el impulso sensible»; de ahí que recuperemos contribuciones de la creatividad en el ámbito de la tensión entre denotación y connotación; en otras palabras, desde la dialéctica entre ciencia y poesía en la medida en que «la creatividad lingüística exhibe una insondable afinidad con la artística».[62]

La creatividad lingüística se despliega entre las determinaciones histórico-sociales y la capacidad del sujeto para significar desde sus espacios de autonomía, esto es, «entre la legalidad histórica de la lengua y la libertad individual del habla».[63] En este sentido, traduce la historicidad como expresión de la tensión entre lo que determina y la capacidad de actuar y re-actuar del sujeto, girando la discusión en torno a «si el lenguaje ejerce un influjo en la experiencia, en la concepción del mundo y si, ya no solamente, es al menos una determinación de los modos peculiares de experiencia».[64]

Esta discusión se vincula con el vocabulario en que se materializa el uso del lenguaje. Como observó Benveniste, «la lengua rodea por todas partes a la sociedad y se contiene en su aparato conceptual, pero al mismo tiempo configura la sociedad instaurando lo que podemos denominar semantismo social [...] que consiste en hechos de vocabulario»;[65] el cual representa un «testimonio insustituible acerca de las formas y las fases de la organización social, los regímenes políticos, los modos de producción»,[66] pudiendo «las designaciones subsistir muchas veces des-

---

61. Cassirer, *op. cit.*, p. 33.
62. Di Casare, *op. cit.*, p. 75.
63. *Ibíd.*, p. 75.
64. Kutschera, p. 343.
65. Benveniste, *op. cit.*, p. 102.
66. *Ibíd.*

pués de que los referentes hayan cambiado». De modo que la capacidad del sujeto para reconocer lo nuevo queda limitada, por lo cual debemos colocarnos ante la disfunción que se produce entre la capacidad de pensar, como capacidad de significar, y la de comunicar contenidos, que son parte de los universos de significaciones consolidados histórica y empíricamente.

La capacidad de significar descansa en las necesidades de vida que se manifiestan en el despliegue; en consecuencia, se corresponde con el concepto de realidad como espacio de posibilidades. Se ha observado que «el nivel significante une al conjunto de las ciencias del hombre»,[67] porque el poder significante de la lengua «va muy por delante del de decir algunas cosas».[68] Lo que no hace sino poner el acento en los espacios de autonomía del sujeto que se corresponden con la naturaleza del lenguaje humano, en cuanto éste es un «instrumento general del pensamiento y de la autoexpresión más que un simple recurso comunicativo...».[69]

«La lengua vincula al hombre con el mundo y fecunda a éste por medio de aquél»,[70] pero refiere a la tensión entre los universos de significación semántica y los de significación histórica que, en general, exceden a los primeros al apuntar a la idea de contorno. De ahí que tenga sentido recuperar el contorno para repensar la realidad y el conocimiento, en forma de expresar la necesidad de estar-ante que es un modo de pensar diferente a la lógica de las determinaciones. «El lenguaje humano es un instrumento para la libre expresión del pensamiento y para dar respuestas adecuadas ante situaciones nuevas»,[71] porque es parte de la capacidad de anticipación que el hombre ha desarrollado como rasgo de su evolución.[72]

---

67. *Ibíd.*, p. 42.
68. *Ibíd.*, p. 231.
69. Chomsky, *op. cit.*, p. 34.
70. Di Casare, *op. cit.*, p. 331.
71. Chomsky, p. 37.
72. La capacidad de significar se traduce en un rompimiento de las significaciones impuestas por los parámetros del poder y las asociadas con la inercia. Se trata de dar apertura para encontrar lo no dado; de forma que se describa lo no visto, se rastree lo subyacente a la relación entre los hombres, en vez de quedarse limitados a los significados que se restringen a la comunicación. Es la problemática del excedente de realidad que circunda al sujeto, pero que éste no puede reconocerlo. Este excedente, para llegar a ser el contenido de un acto de consciencia, requiere de una necesidad de excedente. Para ello el sujeto tiene que asumir la tensión entre los parámetros que se imponen por el orden, la inercia o los prejuicios en el contexto, y el espacio de despliegue del sujeto.

«El impulso hacia la autorrealización es una necesidad básica del hombre», porque «quien no sepa reconocer esto, debe ser, en justicia, sospechoso de no poder reconocer la naturaleza humana por lo que es y de desear transformar a los hombres en máquinas».[73] Se vincula con la capacidad de despliegue del sujeto concebido como una sucesión de actos de construcción, por lo tanto, con un fuerte contenido ético.

Problematización de la esperanza[74]

La potenciación refiere a las posibilidades de lo historizable y de lo existenciable del sujeto; por lo tanto, tiene que ser concordante con el movimiento de la subjetividad en sus determinaciones de formas de razonamiento. De ahí que tengamos que encontrar los modos de conceptualizar las dos coordenadas en las que se ubica el pensamiento del sujeto, historia y existencia, para captar el movimiento de lo externo en forma congruente con el de la interioridad del sujeto.[75]

Lo externo tiene que encontrar una formulación congruente con los aspectos del movimiento interno, tal como puede serlo la necesidad de trascenderse en lo nuevo que encarna la dimensión utópica del sujeto; lo que, en el plano de la historia (o de lo externo), se resuelve en el reconocimiento de la realidad como campo de opciones que el sujeto puede activar.

Las dimensiones histórica y existencial se relacionan con la inclusión de lo excluido y con la dimensión utópica, reforzando la idea de que la realidad conforma un espacio de posibilidades, que se puede y tiene que reconstruir desde las opciones de lectura de los objetos disciplinarios que constituyen el conocimiento

---

El lenguaje y su uso sirven para organizar relaciones con las determinaciones, bloqueando posibilidades de cambio, o bien potenciándolas.

73. Chomsky, p. 62.

74. Está claro que en esta discusión subyace el problema de una semántica doble, la «de implicar y explicar, la de trascender lo grande para ir a lo profundo, brincar del sintagma al paradigma». Cfr. Mauricio Beuchot: «Emblema, símbolo y analogicidad-inonicidad» (p. 52); así como del mismo autor «El barroco y la fusión de la metáfora y la metafísica» (pp. 101-108), especialmente lo que se refiere al papel de la metáfora para referirse a cosas que carecen de nombre, o para establecer relaciones con las cosas desconocidas, en: Samuel Arriarén-Mauricio Beuchot: «Filosofía, neobarroco y multiculturalismo».

75. Véase Anexo II de este capítulo.

codificado. Nos aproximamos a un concepto de realidad horizóntica que interpretamos como subordinación del predicado al verbo que, en el marco del lenguaje, refleja la capacidad de evocar o sugerir más allá de la determinación de significados.

El lenguaje como orquestación o como silencio

Pensamos en los límites de lo significado, ya sea para fortalecerlos como refugio de lo que somos, o bien para problematizarlos y cuestionar lo que sabemos, y que por saber, somos. Porque explicar es a veces ocultarse, evadiendo la sensación de lo insondable e indiferente que nos rodea. De lo que se trata es de ensanchar el espacio de lo conocido, lo que implica refugio pero también riesgo: un refugio como puerta abierta desde la certidumbre que, por necesidad ineluctable, es un tránsito hacia lo insondable; por eso siempre hay que mirar a los dos lados de los límites; hacia adentro y hacia fuera. He aquí el desafío sobre el lenguaje y la necesidad de enriquecer su uso.

Este doble mirar es el que define la relevancia de los lenguajes simbólicos que buscamos recuperar para el pensamiento racional, toda vez que apuntan a lo propio del estar en la historia: hacia lo que se es y hacia lo que se puede y quiere marchar; son determinación y dirección; producto y voluntad. La historia como visión de alternativas se corresponde con esta potencialidad contenida en lo necesario, pero también con la capacidad de actuación, porque emplaza a transformar los horizontes en particulares concreciones en que se traduce el paso de lo potencial a lo potenciado. Es la construcción de la realidad.

En consecuencia, la realidad deviene en la actualización de la potencia que no se restringe a las posibilidades en los límites, sino más bien concebir a los límites como posibilidades. Para ello se requiere encarar las circunstancias desde un acto de consciencia, porque la experiencia de vida y el pensamiento representan una plasmación de la historia que no se vislumbra porque es un contorno. Todo acto de vida es un abordaje de los límites para salir hacia fuera de ellos; de ahí que la rebeldía no sea más que un acto de sobrevivencia.

El acto de hacer como el de hablar suponen una raíz común: el modo de estar en «la historia». Se está en la historia con todo lo

que nos conforma: inteligencia, afectos, voluntad, imaginación; con lo que sabemos y con lo que creemos, con lo que hacemos y también con lo que buscamos y anhelamos. Por eso, no podemos extrañarnos de que la situación histórica se corresponda con una polifonía de lenguajes que resulta de la multidimensionalidad de ese acontecer; implica afrontar desde allí una constelación de necesidades de significados que nos constriñen a afrontarlos desde el mismo sistema de significantes que constituye el lenguaje.

Es difícil categorizar esta complejidad que caracteriza al estar en la historia. Se requiere de un criterio que responda al sentido más profundo de nuestra argumentación como el desafío de la potenciación. Ubicados en esa perspectiva se pueden distinguir modos de significar que cumplan funciones de potenciación. Así, tenemos:

a) Las construcciones limitadas a dar cuenta de una situación sin que implique un compromiso con el sujeto, el cual, más bien, permanece ajeno. Parte de esta situación puede ser la que caracteriza la construcción de verdades, especialmente cuando éstas versan sobre externalidades reducidas a objetos ajenos al sujeto, en razón de no representar espacios de posibilidades para su despliegue;

b) lo que podemos llamar evocación, que constituye un esfuerzo por abrir ángulos de fuga que incorporen algo inesperado o inédito, pero no como la sorpresa de un descubrimiento que hace que avance, que advenga ante el sujeto lo inesperado, como puede ser un descubrimiento científico; sino más bien que exprese una necesidad que lleve al sujeto a romper con los límites en que se encuentra atrapado por sus verdades o certezas, o bien por sus significados y sentidos. Forma parte de lo que proviene del sueño como discurso, o la utopía como forma de ahondar en lo real que nos circunda para mostrar aquello que la trasciende;

c) lo que podemos denominar lo constitutivo, que supone abrirse a lo que subyace detrás de cualquier producto-dado; sumergirse en lo oculto que es como la corriente que mueve a lo visible, que permanece más allá de lo que emerge y aparece metamorfoseando su sentido en muchas manifestaciones. Y que constituye el ámbito de la potenciación que puede responder a necesidades diferentes, como las que resultan de alguna verdad que se busca transformar en vida, o de un imaginario que exprese un afán utó-

pico, o una voluntad de construcción diferente a la dominante, como puede serlo un proyecto de cambio o de emancipación.[76]

La potenciación que se agota en la inteligibilidad no es potenciación, en la medida en que ésta exige a la vez decir y romper con lo que se dice: esto es, transgredir los límites de la identidad. Un científico no puede afirmar, como lo puede hacer por ejemplo un pintor, que lo más importante de su teoría está fuera de la teoría, con lo que afrontamos una suerte de «poetización de lo denotado», como puede representarlo, quizá de manera incipiente, el uso de la metáfora.

En lo que decimos subyace la idea de fuga que sugiere que lo denotado por los conceptos representa un espacio de posibilidades para el sujeto, pues lo poético, o lo evocativo, incorpora más sujeto que la simple comunicación; ya que en ésta, al producirse una objetivación que incorpora al sujeto en una constelación de relaciones con otros sujetos, se da el efecto paradójico de quedar éste fuera de su propio discurso. Su presencia se reduce a la dimensión intelectiva quedando desconocidas sus otras dimensiones, que pueden reconocerse si el discurso no solamente establece una comunicación, sino además representa un espacio que se corresponda con la presencia del conjunto de sus facultades: memoria, entendimiento, afectividad, imaginación, voluntad.

En este sentido, tenemos que preguntarnos si es posible que el rompimiento de los significados, que asociamos al plano de lo inteligible, pueda tener lugar cuando los confrontamos con los significados relacionados con las otras facultades del sujeto. ¿Acaso cada facultad tiene significados propios? El problema es el de la instalación en el «en» de la historia, donde se conjuga lo determinado con las indeterminaciones de las circunstancias contextuales. El sujeto, como la parte viva de la historia, es lo real como expresión de la capacidad para transformar estas indeterminaciones en espacios de despliegue. Empero, la disposición de aceptar márgenes de indeterminación en las circunstancias representa un desafío para utilizar el lenguaje en forma de poder conjugar determinaciones e indeterminaciones.

La relación con el «en» no puede ser una construcción restringida a objetos, porque es la necesidad que trasciende los lí-

76. Véase Anexo III de este capítulo.

mites de lo puramente denotado; su significado está determinado por su pertenencia al universo de significaciones que resulta de la relación entre sujetos en un momento histórico determinado. Ello remite al lugar desde donde hablamos, para qué y cómo organizamos el espacio para colocarnos ante las circunstancias, a modo de no reducirse a ser un simple reflejo de éstas.

Del momento histórico y los enunciados

En el trasfondo de la discusión se encuentran las situaciones que pueden servir de base para la activación del sujeto. Podemos distinguir: *a*) la necesidad de estar del sujeto; *b*) la necesidad de conocimiento, y *c*) la necesidad de consciencia.

En la situación *a*), el sujeto se encuentra en el plano de la pura locución, casi en el pronombre, circunscrito a su capacidad de construir predicados, mediante los cuales se objetiva al «nombrar», pero sin que ello signifique estar allí. Es un contemplador de lo que dice, que cumple la función de conformar espacios de relaciones con otros sujetos, pero sin que necesariamente esté participando (si concebimos la idea de participación como una incorporación de todo el sujeto). En consecuencia, no hay despliegue sino simplemente un estar allí como nombre, esto es, en un refugio de sí mismo construido con las palabras-significados que lo enlazan con otros sujetos.

En la situación *b*), el sujeto se hace presente dentro de una predicación que no solamente es una objetivación, sino que constituye un contenido que sirve de instrumento para expandir su subjetividad, al ofrecerle posibilidades de despliegue en la medida en que no sea una simple externalidad.

Pero es en la situación *c*) donde se aprecia la presencia del sujeto, no solamente como locutor del predicado, o inserto en un conjunto de objetos que sin embargo pueden serle ajenos, sino como necesidad de sentidos que representa la postura en pro de transformar lo externo (más allá de la simple objetivación hecha por el lenguaje) en necesidad de espacio que contenga sus propios despliegues; en este caso, el papel del lenguaje es el de develar al hombre desde sus profundidades no vistas, que alzan su vuelo en el esfuerzo de la palabra, en la medida en que el lenguaje viene a ser el hombre y no simple-

mente el conjunto de cánones que disciplinan al espíritu en el puro esfuerzo de estar.

El predominio de un lenguaje solamente conceptual-analítico lleva a que el sujeto quede atrapado en el puro estar del yo, porque el conocimiento no llega a trasmutarse en consciencia. En contraste, la libertad propia de la necesidad de sentido sirve para que los conceptos puedan dar lugar a necesidades de consciencia que expresen el trasfondo que no llega a expresarse en el discurso analítico, en cuanto éste no las invoca al subordinarlas a los cánones de la comunicación inteligible.

En esta situación se trata del hombre en su colocación ante las circunstancias, pero todavía no transformadas éstas en objetos, sino en tanto articulación entre historia y existencia, que es lo que concebimos como el significado de fondo del momento que no se agota en la interlocución. Es el barrunto de posibilidades de apropiación que todavía no tienen lugar, por consiguiente, donde los contenidos no son enunciados sino simple necesidad de enunciados que cumplen la función de mostrarle al sujeto posibilidades de ser sujeto. O es el lugar donde anida el deseo de trascender, que es lo que expresa lo semántico: predominio de la colocación sobre la comunicación, lenguaje de invocación del sujeto.

De esta argumentación desprendemos la importancia del contexto desde el que se lee el momento histórico-concreto. Éste deviene en un horizonte de posibilidades cuya concreción en contenidos dependerá del sentido que mueva al sujeto para llevar a la práctica distintas colocaciones, según las opciones que se reconozcan; por lo tanto, se abre el margen para que la relación con el contexto se exprese en distintos lenguajes.

En suma, cuando hablamos de momento histórico pensamos en los desafíos que se presentan para el razonamiento y prácticas del sujeto con las que se enlazan sus circunstancias, en tiempos y espacios determinados. Es el contexto que puede exigir lenguajes de diferente naturaleza, en la medida en que el «en» del sujeto reclama tomar en cuenta al conjunto de sus facultades; por eso, cuando hablamos de momento histórico y de ubicación del sujeto tenemos que abordar una orquestación entre lenguajes que den cuenta tanto de lo dado como de las posibilidades del sujeto para desplegarse.

ANEXO I

El uso creativo del lenguaje se corresponde con reconocer un nivel de autonomía respecto de sus significaciones. Afrontar el desafío que se traduce en la capacidad de romper con el principio de identidad y de determinación; pero más que nada, plantear la apertura del sujeto hacia lo nuevo como expansión de su subjetividad. La cual se basa en la colocación, que implica reconocer la organización del mundo desde el que y para el cual el sujeto construye su vida.

La colocación se organiza desde fuera de los límites de la simple inteligibilidad; situación que al distanciar al sujeto del lenguaje, en cuanto no se trata de comunicar ningún pensamiento, sino más bien de gestarlo, obliga a examinar las relaciones entre la necesidad de pensar (según determinadas categorías) y las posibilidades lingüísticas aunque sin reducir el análisis a la estructura interna del lenguaje; por el contrario, leerla desde exigencias extralingüísticas pero que forman parte de la herencia del pensamiento: es el papel de las formas epistémicas.

Todo ello forma parte de la condición del sujeto como un hacerse desde un «en» y desde un «para qué», que requiere dar la preeminencia al plano de lo constitutivo, antes que al de la constatación y de la comunicación, donde el lenguaje cumple la función de sugerir, de evocar, o de imaginar antes que de predicar con claridad y exactitud atributos particulares. Por ello se hace indispensable distinguir entre tipos de enunciados.

En primer lugar, tenemos la naturaleza de la denotación en la medida en que ésta puede ir desde las que están ceñidas a criterios de identidad hasta situaciones que escapan a esas exigencias de claridad y exactitud del principio de identidad, que no se pueden acotar en esos límites, como las propias del dar cuenta del estando. La primera situación es propia de enunciados que resuelven sobre predicados relativos a objetos, por lo tanto que caben en el tipo de enunciados que obedecen a la lógica de determinación; en cambio, las otras situaciones, en la medida en que aluden a la constitución de procesos, escapan a estas formalidades, respondiendo no a una lógica de determinación sino de contornos, o de aperturas.

Podemos afirmar que en ambas situaciones es dable aplicar una lógica de potenciación. Desde exigencias formativas, la pre-

gunta que procede es: ¿en cuál de las dos situaciones asume mayor realce la potenciación? Si pensamos que la potenciación tiene que ver con la capacidad efectiva de ejercer una acción de potenciar, tendríamos que concluir que sería en la situación donde más claramente se puedan reconocer opciones para potenciar; más aún si consideramos que la acción de potenciar requiere basarse en una delimitación dinámica y abierta de lo real. Hay una diferencia fundamental entre enunciados reducidos a objetos, en comparación con aquellos que buscan dar cuenta de contornos antes que de objetos claramente identificables. Se pueden presentar las siguientes modalidades de enunciados: *a*) enunciados cuya función es atribuir propiedades a objetos, que son los propios de las determinaciones ceñidas al principio de identidad; por lo tanto, los enunciados a los que recurren los esfuerzos por construir explicaciones; *b*) enunciados cuya función es reconstruir procesos constitutivos que, en sus márgenes, pueden dar lugar a determinaciones diferentes. Son los propios de las lógicas de contorno, o de horizontes, que no se rigen por el principio de determinación sino de totalización-apertura, y *c*) enunciados cuya función es relevar la especificidad de los contenidos atendiendo a las dinámicas que se reconozcan en las delimitaciones, según el sentido de acción que tenga el sujeto que construye el enunciado. Se trata de enunciados en los que la historicidad se entiende como el reconocimiento de los nudos de activación a partir de distintas opciones.

Se desprende de lo dicho la necesidad de distinguir entre lo sígnico y lo retórico en los modos de avanzar en el uso del lenguaje como mecanismo de potenciación. Lo sígnico como función de la lógica del objeto donde el proceso de significar se realiza en términos de la exigencia de identidad, en forma de darle un claro predominio a la facultad del entendimiento intelectivo; mientras que el uso retórico es función de los espacios de posibilidades en los que cabe potenciar la autonomía del sujeto. En la primera situación, el sujeto queda subordinado al objeto construido, a diferencia de cuando los contenidos son manifestación de la necesidad de despliegue del mismo. Pero en ambas situaciones estamos confrontados a la potenciación del sujeto según las posibilidades del lenguaje, por lo que debemos saber diferenciar entre posibilidades puramente epistémicas y las de naturaleza epistémico-psicológica. La articulación entre éstas es lo que

entendemos por uso creativo del lenguaje (en la línea que sugiere Chomsky, partiendo de la lingüística cartesiana), esto es, abordar la potenciación del lenguaje en base a estímulos tanto epistémicos como psicológicos.

ANEXO II

La potenciación puede asumir dos modalidades: *a*) la activación *a partir* de nudos, y *b*) la activación *en base a* nudos, lo que supone diferentes mecanismos de potenciación. En la situación de los nudos *a*), los enunciados tienen que privilegiar la articulación entre sus elementos por encima de lo aislado; mientras que si pensamos en una conjunción de nudos *b*), el enunciado tiene que privilegiar lo posible de decirse por encima de la predicación de algunos atributos. En ambas situaciones se privilegia lo necesario por encima de la exigencia de la identidad, según resulta de las lógicas de determinaciones. Es el hombre no en tanto piense o hable sobre la historia, sino en la historia.

En este marco debemos distinguir entre dos tipos de sentido: el propio de la necesidad desde la cual se gesta un enunciado, que no está todavía limitado por una particular determinación, porque expresa el movimiento magmático de la subjetividad; y el sentido propio de un contenido predicado mediante el cual la necesidad originaria, que asociamos con la postura de la colocación del sujeto ante las circunstancias, se resuelva en significaciones particulares. Desde esta distinción, se tiene que abordar la dimensión de lo social y de lo individual en forma articulada ya que forman parte de una misma totalidad. La dificultad está en llegar a expresar sus vínculos en enunciados que organicen la relación de los sujetos entre sí y con su externalidad. La clave podría estar en la relación entre aquello que se pretende construir, como objeto de conocimiento, y el sujeto como una constelación de necesidades que se encuentran dentro de los constructos conceptuales; ya que lo externo, o, lo que se externaliza, conlleva modos de lo subjetivo en forma que el significado resulta ser una conjugación entre aprehensión y sentido.

ANEXO III

En lo que planteamos se destacan diferentes mecanismos, como los instrumentos analíticos conceptuales que privilegian una función denotativa; pero también las capacidades de ficción del lenguaje, como la función de la literatura, complementaria a las construcciones cognitivas; así como la capacidad de producción de imágenes en las que se contiene el significado de fondo de un momento histórico, pudiendo cada una de ellas llegar a sintetizar un conjunto de significados. De lo que resulta que si confrontamos los mecanismos con las funciones del lenguaje podemos determinar que, en la búsqueda de potenciar lo denotado, se puede reconocer una secuencia que va de nombrar lo utópico, a la manera de ficción o de imagen, hasta llegar a los conceptos que buscan verdades; o a la inversa. Desde ambas direcciones se puede llegar a nombrar a lo potenciado, ya que el desafío reside en transformar los lenguajes en otro que, en su capacidad para nombrar a lo posible, los pueda incluir; pero no manteniendo ajeno al sujeto sino como espacio que muestre sus posibilidades para ensancharse en su capacidad para desplegarse.

Podemos imaginarnos una secuencia en la que se pueda plasmar esta capacidad de potenciación del lenguaje: *a*) pasar de los conceptos (en su función de denotación) a evocación, y desde ésta a lo constitutivo; asimismo, *b*) pasar de la evocación a conceptos y de éstos a lo constitutivo.

En la primera situación *a*) afrontamos la transformación de una función cognitiva en otra de naturaleza gnoseológica, mientras que en la situación *b*) es la transformación de lo gnoseológico en cognitivo para culminar en una construcción más amplia. Tránsito que produce una alteración en la relación del sujeto con el lenguaje, pues en lo cognitivo se puede observar una separación entre ambos, sujeto y lenguaje, en contraste con lo que ocurre con lo gnoseológico. Importa, a este respecto, destacar que la incorporación del sujeto está mediada por cómo se organizan los significados para resolver acerca de la potenciación, en la medida en que aceptamos que ésta se corresponde con diferentes formas de incorporación del sujeto al discurso.

La situación que resulta se puede resumir en la siguiente problemática: *a*) construcción de enunciados que «traduzcan» la posibilidad de despliegue del sujeto, lo que en términos de H. Bloom llamaríamos el ensanchamiento de la subjetividad, o la constitución posible de la experiencia humana, y *b*) la construcción de enunciados que planteen al sujeto la necesidad de hacerlos propios.

CAPÍTULO VI

LA AUTONOMÍA COMO CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO

Lento pero viene
el futuro real
el mismo que inventamos
nosotros y el azar
cada vez más nosotros
y menos el azar.

MARIO BENEDETTI

El proceso de conformación de lo humano: recapitulación

El uso creativo del lenguaje es parte de la construcción de sí mismo y lleva a redefinir el pensar como acto de libertad. Pensamos que este acto se fundamenta en la articulación entre capacidad de significar y despliegue.

La relación entre lenguaje y psicología refiere al proceso de erguirse del sujeto, el cual tiene lugar en dos momentos: primero, su necesidad del ante, y segundo, su realización en los términos de un lenguaje activador del contexto. Se pretende reconstruir la conformación de lo humano, como esfuerzo por erguirse, a partir de incorporar, en la dinámica del sujeto, lo indeterminado y el consiguiente rompimiento de los límites. Posibilidades que se corresponden con la búsqueda de contornos que, al dar lugar a su autonomía, inevitablemente la enfrenta a sus parámetros. Este enfrentamiento se puede resolver a través de dar cuenta de lo constitutivo de lo real, de lo que está vivo, a pesar de permanecer oculto al pensamiento y a la propia experiencia. Desde esta perspectiva, la construcción de la autonomía supone pensar desde la capacidad de significar, lo que, a su vez, supone destacar la dimensión poética del lenguaje.

Sostenemos que la potenciación puede diferir según la dependencia o autonomía que tengan los mecanismos psicológicos y del lenguaje respecto de las determinaciones histórico-sociales; por eso tenemos que distinguir entre aquellos que dependen de estas determinaciones y los que reconocen una cierta independencia.

Si la autonomía consiste en la capacidad de reactuar ante las circunstancias, tenemos que construirla desde lo que es potenciable en el *sujeto*, «que son los dinamismos psicológicos»; pero sin olvidar que lo potenciador actúa sobre lo potenciable a través del uso del lenguaje.

Como la autonomía es el desafío para *una constante reactuación ante las circunstancias*, y siendo el lenguaje parte del contexto histórico-cultural, tenemos que definir cuáles son los nudos de potenciación del lenguaje que le permitan una cierta autonomía respecto de las determinaciones contextuales y, de esta forma, evitar que la capacidad de pensar quede atrapada en los significados que modelan el conjunto de las determinaciones del contexto.

El otro aspecto de la cuestión es resolver cómo las exigencias epistémicas pueden contribuir a potenciar los dinamismos psicológicos, más allá de los límites puramente intelectivos. En este sentido, ¿el nivel de lo psicológico puede estar más protegido que el lenguaje respecto de las limitaciones y posibilidades del contexto? ¿El lenguaje es más una dimensión social, aunque simultáneamente cumpla la función de mediación entre lo social y la individualidad del sujeto? Debemos distinguir entre «los aspectos» del lenguaje más condicionados socialmente, en contraste con aquéllos más ligados a la dimensión psicológica, aunque también habría que discernir entre los mecanismos psíquicos menos influenciables por el medio y los que están influidos por éste.

En efecto, la potenciación expresa una dualidad que está presente en el sujeto: así como se vincula con rasgos forjados por las condiciones sociales y culturales, hay otros que apuntan al desarrollo de la capacidad de los sujetos individuales para reactuar ante las circunstancias. Dualidad en la que se contiene un dilema todavía más profundo relativo a la ambigüedad básica que encubre la potenciación, que tiene que ver con que sus efectos no operan exclusivamente sobre los aspectos positivos de la personalidad, sino también sobre los que revisten rasgos negativos. Es en este marco donde tiene sentido plantear que la problemá-

tica del sujeto implica una construcción ética, en la medida en que la verdad no agota los espacios del sujeto.[1]

En razón de lo anterior, viene a la memoria una vieja advertencia sobre las demasías del conocimiento que ha dado lugar a una deformación de la racionalidad, en cuanto deja de lado aspectos del hombre que no se agotan en ella. Como se ha señalado, «existe un delirio profundo, que en la persona de Sócrates vino al mundo por primera vez, esa creencia inquebrantable que el pensamiento, siguiendo el hilo conductor de causalidad, llega hasta los abismos más profundos del ser y de que no sólo puede conocer el ser, sino incluso corregirlo. Esta sublime ilusión metafísica ha sido agregada a la ciencia como instinto...».[2]

En contraposición, nos situamos en la historia configurada como ámbito del despliegue del sujeto y de su capacidad efectiva de construcción, que rompe con esta concepción clásica del pensamiento, ya que la potenciación no se ubica en el plano de la causalidad, sino en el de la auto-construcción que, al traducirse en poder ser autónomo ante las circunstancias, rompe con esta lógica determinante.

La argumentación anterior se empalma con la crítica al pensamiento metafísico, en la medida en que no se busca organizar un pensamiento «capaz de abarcar la totalidad» con «la pretensión de un acceso privilegiado a la verdad», un pensamiento atrapado en «hacer inteligible el mundo de los hombres», así «como la propia estructura de la naturaleza»; más bien, se pretende una postura de pensamiento que pueda reconocer la «identidad de un yo que se manifiesta en un modo de vida conscientemente asumido».[3] Aunque desde la exigencia de una autoconstrucción que se apoya, no en la decisión de un yo consciente, sino en el proceso constitutivo que caracteriza la inserción del sujeto en un conjunto de circunstancias abiertas a muchas direcciones posibles; lo que resulta «de la variedad y el alcance de las acciones voluntarias que realiza».[4] Actos de voluntad que transgreden los límites del conocimiento al expresar la presencia del sujeto en el conjunto de sus facultades.

---

1. Véase Apéndice del capítulo VI. Texto adicional. La verdad no agota los espacios del sujeto.

2. Nietzsche: *Estética y teoría de las artes*. Aforismo 413, p. 167.

3. Jurgen Habermas, *Pensamiento pos metafísico*, p. 16.

4. *Ibíd.*, p. 191.

Es fundamental que las posibilidades del lenguaje se trabajen en términos de categorías que abarquen las distintas dimensiones del proceso de conformación de lo humano; ya que cada una de ellas representa un instrumento para avanzar en la construcción del sujeto erguido partiendo del entramado de posibilidades que el lenguaje puede definir cuando se le confronta con las propias de la dimensión psicológica.

Entre estos desafíos está el traspasar los límites del discurso (de manera que superen su naturaleza puramente normativo-deontológica) a partir de formas de razonamiento que se fundamentan en el predominio de lo indeterminado, como anticipación de contorno antes que de objetos, pero que requiere de condiciones tales como la instalación del sujeto en el momento, el cual no se puede concebir como estático sino desde sus muchos dinamismos constituyentes, lo que implica trascender el pensar restringido a un concepto unilateral de logos a modo de impulsar formas de pensar desde los múltiples lenguajes y desde todos los espacios en que puede darse el despliegue del sujeto.

El problema de la autonomía y el papel del lenguaje: su función constitutiva

Interesa la función del lenguaje en la constitución del ser humano por ser parte del hombre desde el momento de la conformación de su mundo simbólico, que no se puede considerar que haya culminado. Proceso en el que tiene una influencia como mecanismo conformador de la dimensión subjetiva que contiene la dualidad determinada, por una parte, por su dependencia de un orden social, que lo va transformando, y de otra parte, la dimensión asociada con su misma animalidad de origen, que se traduce en una suerte de debilidad del instinto de sobrevivencia al quedar subordinado a lógicas de poder.

La dialéctica entre humanidad del animal y animalidad de la humanización se concretiza en la compleja relación entre las determinaciones que afectan al sujeto y a su capacidad para reactuar. Ello se traduce en formas de construir relaciones que trascienden a lo puramente intuitivo, pues forman parte de lo que resulta dado tanto por las determinaciones como por las posibilidades de construir realidades en base a un sentido. Pero el sen-

tido no se limita a ser expresión del instinto de sobrevivencia, pues como deseo se corresponde también con un manejo del tiempo que responde a una necesidad de trascendencia. Cuando es así da lugar a la capacidad de simbolización que potencia al estar siendo más allá de los límites estrictamente dados.

El deseo de trascendencia no niega al instinto de sobrevivencia siempre que se corresponda con la necesidad de construcción que lleva a concebir la realidad como espacio de posibilidades; por eso, su relación con el tiempo es una condición para su conversión en esperanza: esto es, en la capacidad para proyectarse en múltiples direcciones. Es lo que confiere a la exigencia ética una significación existencial antes de que asuma la forma de una norma; por eso, el hombre puede no ser un mero reflejo de las situaciones que lo envuelven, en razón de que es un estar ante aquello que lo rodea que no se agota en ninguna lógica simétrica de determinaciones que lo atrapen. Empero, ello no significa que siempre tenga lugar cuando la condición humana queda subordinada a las condiciones de minimidad o que carezca de perspectivas en el tiempo.

La potenciación representa el esfuerzo por construir el ante como condición para avanzar en la constitución de lo humano. Pero sin revestir un carácter deontológico, sino como rasgo de lo humano que impulsa hacia una constante trasgresión de los límites desde la necesidad y consciencia de trascendencia. Es la lógica del estar erguido como sujeto lo que implica que las actividades de apropiaciones cognitivas se articulen con la apropiación de la historia. Significa unir conocimiento con sentido de esperanza que, cuando se hace práctica, deviene en lo político tanto en la vida pública como en la privada; por eso, la realidad hay que comprenderla en el marco de la capacidad para autonomizarse de las circunstancias y proyectarse en el tiempo.

Ningún animal, puramente animal, quedado en su animalidad, se proyecta en el tiempo. De aquí surge uno de los rasgos del lenguaje humano: adecuarse a cualquier contingencia, pero más que nada tener la fuerza para cumplir funciones constituyentes de un mundo en sí. Surge de este modo la necesidad de establecer un vínculo entre mundo simbólico, autonomía y lenguaje. El hombre se construye a través del uso del lenguaje y éste lo hace posible conformando universos que cumplen la función de condiciones de un existir como existencia proyectada en el

tiempo; de manera que tenemos que reconocer en la gestación de mundo por el lenguaje a lo específicamente humano. El lenguaje crea objetos rompiendo con los parámetros que lo aprisionan en lógicas establecidas, porque siempre hay algo más allá de lo definido por los límites que nos enfrenta a una doble realidad: la realidad dada y la realidad virtual.

Se plantea la capacidad del lenguaje para dar cuenta de esta doble realidad, en la medida en que los lenguajes nomológicos y los lenguajes coloquiales privilegian a lo dado. Es una razón para abordar la orquestación entre lenguajes denotativos y connotativos, para distanciarse de sus funciones de comunicación, en tanto lo virtual puede encontrar expresión casi sin barreras sociales o, por lo menos, con cánones más flexibles en los lenguajes simbólicos. Pensamos en la poesía que, como lenguaje, puede representar una virtualidad de mundos que todavía no están socializados como espacios de vida; pero es una invitación y un desafío a aventurarse en ellos.

El vínculo con el lenguaje simbólico se establece desde la expectativa de que contribuya, y en qué medida lo haga, al enriquecimiento de lo que definimos por «inteligible». Cabe preguntarse si cuando hablamos, lo hacemos solamente desde significados ya establecidos, o estamos creando constantemente significados al modo de: *a*) resignificar algunos, o *b*) crear otros para mostrar nuevas posibilidades de mundo. De ahí que tenga sentido recuperar la distinción entre lenguajes encráticos y acráticos para dar cuenta de la problemática de los parámetros que impone el poder, pero también la cultura y, en general, las inercias mentales.

El desarrollo de la sociedad puede estar representando una negación de la condición humana, toda vez que impide que los lenguajes acerca del futuro, como mundo deseado para ser vivido, puedan articular las posibilidades que se plantean desde éste con la de potenciar lo potenciable en un momento histórico-social.

Parece claro que los lenguajes de lo virtual son los lenguajes que contribuyen al enriquecimiento de la subjetividad, en cuanto su ejercicio es un reto para el propio sujeto, a menos que se armen como simples ejercicios de la capacidad para construir predicados, lo que ocurre por el imperio de las lógicas instrumentales centradas en la manifestación del objeto. La clave reside en conjugar las posibilidades estructurales del lenguaje (en cuanto a su capacidad para significar) con su función para faci-

litar el ensanchamiento de la subjetividad del sujeto, aunque siempre desde el discurso mismo: hacer de lo significado un mundo de vida real para el sujeto; llegar a representar espacios de posibilidades para éste.[5]

Se puede resolver lo que decimos de un modo puramente adjetivo, o retórico en el mal sentido de la palabra, a través de ejercicios en el uso del lenguaje, pero que no reconozcan como premisa su carácter gestador de realidades, lo que supone negar sus posibilidades para alcanzar cierta autonomía al enfatizar su condición de ser un simple reflejo de realidades externas. Por el contrario, se trata de abordar un lenguaje que permita configurar los espacios de posibilidades, a partir de su capacidad para

---

5. Cabe, en este marco discursivo, mencionar las reflexiones sobre la relación entre libertad y determinaciones sociales formuladas de manera muy anticipada por George Gurvitch. Representar espacios de posibilidades es en lo que consiste la autonomía del sujeto. Se asocia con una concepción que articula las determinaciones de manera que no sean incompatibles con la capacidad de construcción de los sujetos. Hace algún tiempo que se ha destacado este problema, como es el caso de este autor, quien escribió que «si no se confunde el determinismo con la necesidad lógica y metafísica, y la libertad con la creación *ex nihilo*, se puede advertir que los diferentes grados de libertad humana y las variadas manifestaciones del determinismo sociológico pueden implicarse mutuamente...» (G. Gurvitch: *Dialéctica y sociología*, p. 289). Implicación mutua que interpretamos conformando un espacio de construcción en función de un sentido, el cual forma parte de una determinada concepción de mundo; sentido y mundo que plasman un concepto de realidad que se construye, que no está dado de antemano, y que, además, no es externo al sujeto. Pero este paralelismo o reciprocidad entre grados de libertad y grados de determinaciones se corresponde con ciertas facultades del sujeto que median entre las determinaciones sociales y la capacidad de construcción. Como se ha observado, el grado de reciprocidad entre libertad y determinaciones «crece al pasar de la colocación intelectual a la colocación emotiva, y de ésta a la colocación voluntaria» (*ibíd.*, p. 293); aunque siempre es posible «una ruptura de estas reciprocidades [...] en función de los obstáculos que pueden aparecer en toda estructura». *Ibíd.*, p. 297.

Desde esta perspectiva, es importante recuperar la problemática de la libertad en sus diferentes modalidades, que llamaremos epistémicas, en cuanto cumplen distintas funciones en el esfuerzo de construcción. Estas funciones pueden ser una simple expresión de los deseos personales, o implicar un esfuerzo de cambio desde una meta, o, en complementación, traducir el esfuerzo de reconocer opciones, aunque también sea manifestación de un propósito de invención o de creación desde ángulos diferentes desde los cuales se quiera abordar el esfuerzo por parte del hombre de construcción social. Entre los antecedentes de estas conceptualizaciones debemos citar el texto de G. Gurvitch: *Determinaciones sociales y libertad humana*. Lo que plantea el tránsito desde particulares necesidades (sociales, económicas, culturales) a contenidos conceptuales; proceso que contiene la forma de este tránsito que estarán influida por la pertenencia del sujeto individual pensante a determinados colectivos sociales, según sean las facultades que sirvan de vínculo (las intelectuales, las emocionales y las volitivas). En efecto, el plano en que se desenvuelve el colectivo, así como la índole de los proyectos que impulse, afectará más a determinadas facultades del sujeto que a otras, variando, por consiguiente, las mediaciones entre lo individual y lo social, por lo tanto, la propia capacidad de construcción del sujeto.

romper con lo denotado, en base a un amplio juego de categorías que permitan potenciar aquéllas más asociadas con las estructuras sintácticas.

La autonomización del lenguaje representa una lectura epistémica de éste (no lingüística, ni menos gramatical) como instrumento del hombre para forjarse a sí mismo desde sí mismo, a partir del contexto caracterizado por el estar ante otros. El lenguaje es una práctica que descubre la consciencia del estar-con y ante-otro; relaciones que hacen al contexto del cual surgen los sentidos de lo real-objetivo y de lo real de sí mismo, en tanto existencia que se quiere existir, un mostrarse en lo que se esquiere ser: posibilidades de estar y ser y de seguir-siendo. Son los desafíos propios del filosofar y de la creación artística, así como los que permiten comprender la razón última de la necesidad de construir conocimiento. Pero esta construcción de conocimiento libera de los envoltorios discursivos al sujeto, pues plantea resolver cómo se puede afrontar el conocimiento en la historia sin que este empeño tome la forma de una postura consumada en términos de argumentaciones teóricas, filosóficas o ideológicas; por lo tanto, donde el sujeto se encuentra desaparecido en una arquitectura que lo atrapó y ocultó de sí mismo.

La historia, como proceso, conjuga la dialéctica entre determinación-indeterminación que busca con esta argumentación instalarse en la historia, más allá de los límites de los objetos; ya que el hombre y la historia son lo que son, pero también lo que está por darse; lo incluido y lo incluyente; los contenidos y los contornos, objetos y horizontes.

Esta forma de pensamiento propia de la dialéctica transgrede los límites de lo cognitivo, porque configura una postura que lleva a trascender los significados a manera de incluir lo constituyente que compromete a todo el sujeto. Se rompe con la exigencia de identidad para, en su lugar, instalar al sujeto en los amplios espacios de los contornos.

Uno de los principales obstáculos para abordar esta forma de razonamiento se encuentra en que, al implicar al pensamiento como un acto de libertad, rompe con las estructuras de razonamiento que confieren estabilidad al sujeto. La máxima expresión del sujeto se encuentra en la conquista de la verdad como lo propio de los paradigmas en los que «el discurso» es un mecanismo de comprobación de lo dado, pero que, en general, se desvincula del sujeto.

En la modalidad de razonamiento que postulamos, el discurso se constituye en un mecanismo de adecuación a sentidos siempre vinculados al sujeto, por lo tanto a su despliegue, a modo de afrontar el permanente excedente de realidad que obliga a estar alerta respecto de los límites que imponen los parámetros. En este marco, hablar de lo diferente, o de lo alterno, no es parte de un nuevo contenido teórico o estético, sino que viene a expresar el movimiento de los límites como concreción de la historicidad del pensamiento. Sostener el despliegue del sujeto como estar-siendo es lo propio del vivir en tanto consiste en opciones de vivir lo vivible-vivificarse en muchas direcciones; es manifestación de la potencialidad. Lo que encuentra su principal obstáculo en las comodidades del instalarse en un lenguaje particular que requiere retomar sus potencialidades por un sujeto capaz de colocarse, desde su propia necesidad de ser, ante sus circunstancias.

El lenguaje como espacio y el sujeto como posibilidad

Cuando hablamos del lenguaje y de sus efectos psicológicos, nos referimos al espacio en el que puede tener lugar la potenciación del sujeto. Es lo que se plantea respecto a si la estructura del lenguaje puede fortalecer la capacidad inventiva del sujeto, de modo que permita releer los contenidos desde las exigencias de sus articulaciones. Ello puede lograrse pasando desde el enunciado de la cosa, con sus atributos, al enunciado de significaciones posibles, lo que exige trabajar la significación del enunciado según las exigencias de su articulación con otros enunciados.

La articulación representa una forma de razonamiento inclusiva, cuyo propósito es adentrarse en el momento histórico. El esfuerzo no se puede reducir a un simple manejo intelectual, pues requiere, como lo hemos sostenido, la presencia de todo el sujeto. Superar la lógica de determinaciones desde el esfuerzo por instalarse dentro de límites que sean explícitamente más inclusivos a modo de transitar hacia la construcción de enunciados abiertos, en los que lo central no es la relación causa-efecto, sino la relación incluido-incluyente, para reconocer posibilidades de nuevos contenidos; posibilidades que se pueden reconocer pensando desde el contorno como ángulo que sirve de marco para construir los contenidos.

El problema más relevante que plantea la potenciación es hacerse cargo, en el plano de la consciencia, de los desafíos que plantea el lenguaje para recuperar su naturaleza poética. La posibilidad de colocarse en la trascendencia, estar en el siendo, que incluye a la metáfora como mecanismo para ese tránsito. Trascendencia que expresa la dialéctica de poder seguir-estar-siendo, donde el estar-siendo es la problematización del estar desde la posibilidad del siendo, en que lo siendo expresa el vivirse del vivir que es el constante vivirse; lo que implica una explosión de la subjetividad hacia nuevos espacios, pero no como espacios según exigencia normativas sino como postura de consciencia ante la realidad en tanto significado-no significado: desde la historia como asunción del contorno.

De allí que el uso del lenguaje obligue a una articulación que permita nombrar el contorno, sin restringirse a los objetos; en consecuencia, a descomponer los significados posibles de cualquier denotación. Rasgo del lenguaje que lleva a distinguir entre las funciones de gestar ideas, enunciaciones o actos de voluntad, y lo que es su simple comunicación. Pero que para conformar ámbitos de sentido como parte del despliegue del sujeto, afronta las «rúbricas duras» del lenguaje que la coartan. De allí la necesidad de problematizar sus parámetros en base a la supremacía del significante, lo que se facilita mediante la orquestación entre lenguajes que son propios de las distintas facultades del sujeto. Y que no es sino la capacidad de autonomía del mismo.

Por consiguiente, el uso creativo del lenguaje representa el movimiento entre estar y no estar en el momento; se vincula, por lo tanto, con la búsqueda de contornos que lleva a resignificar lo sabido. Búsqueda que, para evitar confusiones, dispersiones, refugios en los roles o en la individualidad narcisista, requiere de un sistema de significantes que nos eleve en el esfuerzo por trascender el estar siendo.

Sin embargo, no podemos construir el razonamiento anterior sin tomar en consideración la sensación de temor en el hombre sobre aquello que lo rodea como resplandor y amenaza; lo incierto como desafío y peligro. Tener que abordar y trascender la situación del hombre «en un mundo fluctuante donde los principios del orden ya no están claramente legitimados ni son fácilmente identificables, donde su propia identidad es inestable y

ambigua»,[6] y que conlleva el temor a la precariedad que con sus sombras desvanece cualquier búsqueda de sentido.

Desde este temor debemos recuperar el desafío de atreverse a ver lo que no se quiere, transformar lo incierto en duda impulsora. Pero también no olvidar que estamos siendo, a manera de recuperar en el sujeto su «accionar sin cesar contra los obstáculos», su dimensión fáustica, así como «la capacidad para librarse colectivamente de lo que lo mantiene en sumisión», su dimensión prometeica.[7]

Trascender el miedo al tiempo que nos va llevando, que nos empuja a buscar los sosiegos del pasado, para poder levantar el vuelo y recuperar la armonía con el mundo. Vencer la perturbación de perderse en la soledad como túmulo del anonimato; de la noche como mortaja, para ver a veces el amanecer como juventud que se yergue. En vez de ello, asumir el transcurso del día por encima de los abismos infranqueables de la rutina, desafiando el peligro de no ser atrapado por el lenguaje como oficio de vida. Recuperar el sentir la gloria del vivirse desde el ante; atender al foco del resplandor por encima del resplandor mismo. Pensar como acto para asumir el rumbo del ser-siendo en el tiempo; estar y pensar como el esfuerzo por hacerse como sujeto. Llegar a la autonomía como el siendo según las posibilidades dadas por el contexto. No olvidar la consciencia como necesidad primera.

Humanización de la animalidad, o animalidad en la humanización

¿Seguimos siendo animales autoengañados por un envoltorio tecnológico que representa la versión actual de las herramientas producidas en la época del *Australopithecus asaridensis*? ¿Seguimos en el proceso de constitución de nuestra humanidad después del surgimiento del *Homo sapiens*? ¿Estamos de verdad colocados en la relación sujeto-sujeto o, más bien, nos encontramos todavía atrapados detrás de una parafernalia de disimulos en la relación de sujeto-presa? ¿El factor evolutivo nos ha dejado libres del peso profundo que se desprende de la tensión entre

---

6. George Balandier, *op. cit.*, p. 170.
7. *Ibíd.*, pp. 226-227.

animalidad y humanidad, más allá de la capacidad desarrollada para adoptarnos a los cambios en el hábitat?[8]

Cabe preguntarnos si somos capaces de construir nuestra humanidad por encima de la animalidad que permanece larvada en nuestro trasfondo psicológico, oculta, pero dominante, detrás de los controles de los desarrollos científico-tecnológicos. Es lo que representan, en el esfuerzo ético por la humanidad, los desafíos de una concepción no determinística de la condición humana para dar cuenta, mediante la capacidad de elegir y de autodeterminarse, del trasfondo existencial de alegrías y pesares desde donde nos construimos como sujetos.

En verdad, «el hombre nunca sabe para quién padece y espera. Padece y espera y trabaja para gentes que nunca conocerá, y que a su vez padecerán y esperarán y trabajarán para otros que tampoco serán felices, pues el hombre ansía siempre una felicidad situada más allá de la porción que le es otorgada. Pero la grandeza del hombre está precisamente en querer mejorar lo que es. En imponerse tarea [...] Por ello, agobiado de penas y de tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre solo puede hallar su grandeza, su máxima medida en el reino de este mundo».[9]

Es la lucha que expresa la aventura por asumirse a sí mismo, a que refieren los versos de Benedetti, sin abandono y con el valor y la consciencia de sus avatares, sin desertar del terreno de los hombres que se alcanza en supremos instantes de lucidez. De ahí que la evolución, como resultado de las condiciones ambientales y del surgimiento de las herramientas en modos civilizato-

---

8. En lo que decimos se vuelve a presentar la gran ambigüedad de la potenciación, en cuyo marco ubicamos autoconstrucción del sujeto. Plantear la complejidad de que somos en lo que sabemos, pero también somos no sabiendo; de ahí la importancia de distinguir dimensiones tales como memoria, proyecto y pertenencia a grupos, en oposición a sus ausencias, con sus correspondientes actos de significado: la historia como imaginación, que se relaciona con la memoria; la historia como enigma, que se vincula con el proyecto; y la historia como voluntad, que se vincula con la pertinencia.

Problemática que consiste en que cada una de estas dimensiones expresan distintas modalidades de límites como la base para reconocer la fuerza que nace de la debilidad, así como ésta nace de la fuerza; de ahí que hablar de fuerza o de debilidad, desconociendo su relación dialéctica, es incurrir en mitos.

De dimensiones como memoria, proyecto y pertenencia a grupos surgen exigencias cognitivas y gnoseológicas que se traducen en distintos tipos de lenguajes. Resulta que lo propio de la imaginación requiere de lenguajes simbólicos; mientras que lo propio del enigma, lenguajes nomológicos; y la voluntad se vincula con los lenguajes de lo utópico.

9. Alejo Carpentier: *El reino de este mundo*.

rios, sea el devenir en que se traduce la capacidad para conformar espacios de vida.

Podríamos preguntarnos si los sucesivos modos civilizatorios han podido crear las condiciones para un nuevo tipo de sujeto que haya podido avanzar más allá de la relación sujeto-presa, víctima-victimario. La cuestión es si el espacio de despliegue que se ha ido creando, como resultado de la capacidad de adaptación, ha creado las condiciones para una construcción ética del sujeto.

Lo anterior supone aceptar que la transformación del medio conduzca a espacios favorables a un desarrollo de esta índole, de manera que el hombre trascienda su condición animal básica, simplemente reactiva, dando lugar a una transformación cualitativa de la relación sujeto-presa en una relación sujeto-sujeto. Esto es, si el espacio de sus determinaciones ha devenido en el despliegue de potencialidades que contribuyen al desenvolvimiento de su capacidad para activar determinadas direccionalidades, las cuales sean propicias para el desenvolvimiento del hombre en la perspectiva de su humanidad.

Los espacios de libertad

Desde esta perspectiva surge la preocupación de si, en el curso del largo desenvolvimiento experimentado por el hombre, después de erguirse sobre sus dos extremidades, al pasar desde lo anatómico al surgimiento del pensamiento simbólico, pudo desarrollar su capacidad de intervención, pero en un nivel superior a su misma condición animal. De ahí que tengamos que estar alerta acerca de que en los grandes saltos que ha experimentado el hombre, desde lo anatómico al pensamiento simbólico, y desde éste a la capacidad científica y tecnológica, haya podido desprenderse de su animalidad; de modo que sus saltos creativos, su ver y mostrarse, no signifiquen que no haya podido ubicarse en esas «alturas» al no quedar liberado completamente de ese lastre que lo trae de regreso al suelo, resultado de la inercia de su propia animalidad.

El desafío está en la posibilidad de que los ejercicios de adaptación sean expresiones de un mayor despliegue, pero que a la vez no representen obstáculos para potenciar la necesidad de ser sujeto, ya que estas condiciones externas pueden no ser condi-

ciones funcionales. Para que las condiciones externas de adaptación sean funcionales para la constitución de un sujeto, y no solamente de un animal tecnológico, se requiere que el mismo sujeto sea capaz de reconocer que su crecimiento expresa una capacidad de autoconstrucción en el marco de opciones. En este sentido, podemos volver a reconstruir la imaginación como su *status* originario, cuando se plasma por vez primera en la construcción de herramientas. Reconocer que ella nace de la necesidad de prever situaciones de daño y peligro que se conocen por haber acontecido en el pasado.

Por ello se plantea la problemática de la traducción de los mecanismos psicológicos que puedan respaldar la capacidad de autoconstrucción a través del uso creativo del lenguaje. Lo que supone abrirse a los flujos de lo incesante, trascendiendo los límites de lo predicado, yendo más allá de los hechos, para ubicarse en los acontecimientos y en la experiencia cotidiana desde un sentido de lo histórico.

¿Qué vivencias nos hacen? ¿Qué vacíos nos hacen? ¿Cuáles son las palabras para callar, y cuáles los silencios que hablan? Somos la fuerza que busca la vida, la consciencia que se alimenta de la pasión dormida. Somos circunstancias pero también voluntad de futuro, certidumbre y libertad, historia y opciones, por eso tenemos que encontrar una respuesta a la ambigüedad de nuestra fuerza. Como dijo Pascal: «Es peligroso mostrar al hombre cuán semejante es a la bestia, sin mostrarle a la vez su propia grandeza. Más peligroso es mostrarle su grandeza sin su bajeza. Y aún más peligroso es dejarle en la ignorancia de la una y de la otra».

Por eso la condición humana reviste el carácter de potenciable donde la posibilidad de futuro es el lugar para resolver la cuestión de las opciones para abordar la ambigüedad de su fuerza. Donde lo que importa es convertir esta posibilidad en esperanza con la que buscar los espacios de autonomía, aquellos que proporcionan sentido formativo de lo humano a los mecanismos psico-cognitivos. Transformar la esperanza en campo problemático desde el cual ensanchar las formas epistémicas y sus lenguajes para desarrollar y dar concreción a la potenciación. Pero siempre a partir de concebir al sujeto como consciencia y voluntad desde donde reconocer el papel de los mecanismos psicológicos.

Por eso, una tarea central es recuperar al hombre desde la articulación entre esperanza y formas epistémicas con todos los desa-

fíos que pueda plantear a los modos de razonamiento. Éstos no pueden agotarse en las lógicas orientadas a reconstruir dinámicas estructurales, pues si la realidad es una construcción debemos saber resolver acerca de la capacidad de construcción del sujeto, la cual requiere de su distanciamiento respecto de las circunstancias para reconocer espacios que tengan sentido para el despliegue.

Distanciamiento que requiere de necesidades que no se fundamentan exclusivamente en los imperativos del contexto. Por el contrario, que plantea un individuo con capacidad para reconocer posibilidades no solamente estructurales, como las que se pueden contener en los sistemas y subsistemas; más bien, se trata de posibilidades que se puedan derivar de una lectura potenciadora que dependerá del grado de autonomía alcanzado por el sujeto.

«El hombre vive como individuo fuera de los subsistemas funcionales, pero todo individuo ha de poder tener acceso a cualquier sistema funcional»;[10] aunque advirtiendo que lo inclusivo del sistema lo es solamente «aquellos fragmentos de su modo de vida que resultan relevantes para la función de que se trate». Por ello, las dinámicas estructurales se traducen en la conformación de límites que tenemos que abordar desde alternativas de respuestas vinculadas a los sujetos, como puede ser el papel de sus necesidades, no como resultan determinadas por las lógicas de los rendimientos, tal como son definidos por el contexto, sino por un modo de vida que no se agota totalmente en las lógicas de los sistemas dominantes.

De esta manera, se define como central la relación entre sistemas-subsistemas y mundo de vida que, desde la perspectiva del sujeto, plantea la recuperación de «lo humano» más allá de las conformaciones que se imponen contextualmente.

De lo que se trata es de comprender la articulación entre sistemas y mundos de vida desde un ángulo de pensamiento que incluya la dinámica de esta articulación como el espacio del *siendo del sujeto*, que no se reduce a los límites de las lógicas de determinación. Que plantea al sujeto como producto de relaciones contextuales e intersubjetivas, pero también como ángulo de lectura del contexto acerca de las tensiones que se producen entre el proceso de constitución del individuo y sus determinaciones; no obstante, donde las respuestas desde el sujeto no se reducen a una concep-

---

10. Jürgen Habermas, *Pensamiento pos metafísico*, p. 234, cita de N. Luhmann.

ción global y estructural de las condiciones históricas que lo caracterizan; más bien, que plantea aclarar los mecanismos mediante los cuales se pueda activar la capacidad de respuesta del sujeto, ya sea ésta la que resulta de los mecanismos internos del sujeto o, más bien, los propios de su inserción en el contexto.

Lo anterior requiere de una lectura articulada y dinámica de los distintos planos que median entre el contexto, como sistema social, y la subjetividad de la persona, que conforman su mundo de vida. Es lo que entendemos como lógica de potenciación del sujeto: verlo como producto a la vez que como producente, que plantea la conveniencia de abordar la articulación entre distintos planos que obedecen a lógicas diferentes. Como se ha dicho, «la estructura de las decisiones que los subsistemas regidos por medio exigen, toman un camino equivocado cuando se hacen extensivos a los ámbitos nucleares privados y públicos del mundo de la vida. Pues los rendimientos que en esos ámbitos se exige de los sujetos consisten en algo distinto que en una elección racional determinada por las propias preferencias...».[11] Por eso, las tensiones entre orden y autonomía no se resuelven por una simple descripción del contexto, pues requieren de una reconstrucción de las articulaciones que resultan entre lógicas sociales y el despliegue del sujeto, como expresión de la capacidad para construir desde sentidos históricos y existenciales, o socio-individuales, en distintas direcciones, según las posibilidades que impone la relación orden-poder.

Ante la problemática sistema-mundos de vida, determinaciones-indeterminaciones, tenemos que reaccionar sin refugiarnos en énfasis descriptivos que no trasciendan los límites del objeto, en forma de alcanzar a reconocer espacios de posibilidades para los diferentes sujetos. Su importancia reside en que el cuadro de relaciones que resulta de la descripción se trasforma, como tal, en un conjunto de determinaciones por sí mismas. Por eso falta hacer la descripción del contexto desde el sujeto, sin reducirlo a la condición de objeto; pues como ha dicho la poesía «lo que encierra a la permanencia está ya petrificado» (Rainer Maria Rilke).

En el propio discurso de la emancipación puede que el sujeto no trascienda la condición de objeto, que es lo que ocurre cuando la descripción se limita a dar cuenta, por un afán de precisión

---

11. Habermas, *op. cit.*, p. 239.

científica, de las dinámicas conformadoras del contexto (v. gr: «diferenciación funcional del sistema social», o la «destradicionalización del mundo de vida»); por el contrario, hay que organizar la descripción desde la dialéctica que resulta de la relación entre las circunstancias de poder y orden, y las vinculadas al desarrollo de la subjetividad, en tanto capacidad para reconocer opciones y actuar en diferentes sentidos.

Lo que decimos ha podido reconocerse en distintos análisis. Es el caso cuando se afirma que «en la sociedad individualizada el sujeto tiene que ayudar a comprenderse a sí mismo como centro de acción, como oficio de planificación en lo tocante a su biografía, a sus capacidades, a sus relaciones. Bajo estas condiciones [...] la sociedad no puede ser considerada por él sino como una variable [...] de este modo los determinantes sociales que afectan a la propia vida han de entenderse como variables del entorno que pueden elucidarse o neutralizarse con fantasía en lo que a la toma de sentidos se refiere».[12]

En este sentido, como respuesta a los problemas de las determinaciones contextuales, se ha apuntado también a la cuestión de la autonomía y el despliegue del sujeto cuando se habla de «un yo despojado de toda dimensión normativa [...] como un complemento funcional de los subsistemas regulados por medios», pero que supone «una identidad posconvencional del yo», que «sólo podrá formarse en el curso de una individuación progresiva».[13] Lo que se vincula con la capacidad de autonomía que se plantea cuando los sujetos tienen que generar ellos mismos «sus propias formas de vida socialmente integradas reconociéndose mutuamente como sujetos capaces de actuar autónomamente y además como sujetos que respondan de la continuidad de su propia biografía cuya responsabilidad asumen».[14]

Es por ello que el concepto de individuación hay que trabajarlo desde la dialéctica propia de las dinámicas constitutivas del movimiento interno del sujeto (como lo describen las psicologías cognitivas), no restringida al concepto de individuación social producto de particulares determinaciones. De ahí que haya que reconstruir el discurso sobre las dinámicas contextuales desde un sujeto con capacidad de actuación y reactuación, no simple-

12. *Ibíd.* p. 235, cita de Ulrich Beck.
13. *Ibíd.*, p. 237.
14. *Ibíd.*, p. 239.

mente como producto modelado por las circunstancias, ya que éste puede ser lúcido pero contemplativo, informado pero carente de autoconsciencia, un sujeto que siga siendo todavía objeto en vez de concebirse portando una consciencia potenciadora.

El problema del humanismo: valores y sociedad

La sociedad impone funciones que modifican los valores con los que abordamos realidades que, por su misma profundidad, creemos universales e inamovibles. El rescate de lo humano desde las exigencias de la sociedad plantea la tensión entre humanización-deshumanización que las condiciones sociales, genéricamente hablando, pueden producir, pero que debemos entender como la armonía o desarmonía entre las urgencias de una realidad humana y su realización histórico-concretas. ¿Cuándo un hombre es más humano y cuándo encuentra esa posibilidad de realización? ¿Podemos hablar de una condición humana subyacente a las condiciones de funcionamiento de la sociedad? ¿No sería ello reducirla a una metafísica de lo humano? Si lo humano es la capacidad de autoposesionarse y de potenciar el reconocimiento de opciones para poder distanciarnos de lo que nos determina, se coloca el problema del hombre entre el orden de la sociedad (estructura laboral, naturaleza de las instituciones, patrones de cohesión social, visiones culturales, etc.), y la voluntad de construirse a sí mismo.

En consecuencia, el despliegue del sujeto obliga a hacer la distinción entre problemas que cumplen la función de delimitar márgenes de despliegue del sujeto, y las resoluciones que cierran el ángulo de mirada; lo que se relaciona con las posibilidades de abrir mundos de sentidos que formen parte de la problemática para ubicarse en las contingencias de la historia. Y no perderse en ellas, pero tampoco, por ese temor, se llegue a evadirlas en un trascendentalismo sin contenidos historizables; esto es, desvinculado de sujetos concretos.

Estamos situados en el seno de la discusión sobre el paradigma de la filosofía de la ciencia y su paso al paradigma del entendimiento inter-subjetivo. No se trata de anular al primero en beneficio del segundo, como busca Habermas. Más bien, se busca replantear esta posición desde exigencias que la trasciendan, como la potenciación de la capacidad de despliegue del sujeto sin quedarse en la

simple subjetividad del sujeto y su inserción en un campo de relaciones, como puede serlo una comunicación no distorsionada.

Se puede relacionar lo dicho con lo que se ha afirmado por algunos pensadores (como Heidegger y Derrida) que «sí muestran cómo la creación de nuevos discursos puede ensanchar el ámbito de lo posible»,[15] pero que no podemos confundir con la idea de que la «inter-subjetividad gira en torno a una práctica característica de las sociedades liberales: tratar como verdadero lo que se cree que pueda ser objeto de acuerdo en el curso de una discusión libre»;[16] más bien, en cuanto implica construir lo viable socialmente, orientarnos a viabilizar lo potencial a partir de reconocer lo potenciable cuando se rompe con los parámetros que distorsionan la visión de lo que es posible, como los que impone el orden social.

Por esta razón, planteamos que la inter-subjetividad supone el rompimiento de parámetros para abrir el horizonte de lo posible. En esto consiste la epistemología del presente potencial. Se vincula con la función del lenguaje que «abre el mundo» como diferente a la función «que resuelve problemas»,[17] lo que lleva a evitar que la riqueza originaria del lenguaje se subordina al uso del lenguaje ceñido a prácticas rutinarias. Ello porque de ese modo el lenguaje se reduce a la comunicación, perdiéndose la riqueza de algunos de sus recursos, como puede ser la metáfora, que permiten dar cuenta de la apertura hacia lo constitutivo de lo real.

Empero, no debemos olvidar que «muchas de las expresiones empleadas en la resolución pública y cotidiana [de problemas] fueron en su día metáforas sorprendentes, fragmentos de un discurso abridor de mundo que al principio nadie sabía cómo argumentar o combatir».[18] Momento de apertura y cierre que permanece encubierto pero que forma parte del movimiento del sujeto al moverse entre horizontes y contenidos, entre espacios de posibilidades y objetos, que se corresponde con distintas modalidades para denotar.

---

15. Richard Rorty: *Verdad y progreso*, p. 345.

16. *Ibíd.*, p. 343.

17. Habermas sostiene principalmente dos cosas. La primera es que se puede distinguir entre usos «corrientes» y usos «parasitarios» del lenguaje, distinguiendo entre un lenguaje que opera bajo la restricción de estar «siempre abierto a la crítica por virtud de la pretensión de validez sobre [la] que versa» y un lenguaje libre de tales restricciones. La segunda, que refuerza y clarifica la anterior, es que hay una diferencia entre funciones del lenguaje «que abren el mundo» y funciones que «resuelven el problema». Rorty, *op. cit.*, p. 348.

18. *Ibíd.*, p. 349.

El uso del lenguaje se ubica entre una función de comunicación y otra constitutiva de la necesidad de decir (como lo ejemplifica la literatura, pero en particular la poesía). En la primera situación, predomina la exigencia de lo asertivo o de lo determinado en el modo de afirmar, de escribir o explicar, que sería lo propio del nivel de la sintaxis, cuyos modos pueden ser traducidos a mecanismos mecánicos, como rescatan autores como Fodor, al recuperar la psicología cognitiva como teoría computacional.[19] De otra parte, cuando hablamos de las funciones constitutivas, que hacemos equivalentes a la idea de abrir mundo, los modos de expresión no son denotativos, pues se privilegia sugerir, evocar o imaginar contornos antes que precisar objetos, donde la forma no es la sintaxis sino más bien la composición. Idea de composición que plantea la causa como reconstrucción del producto desde su proceso constituyente, pero a la vez dejándolo abierto como producente que implica la necesidad de enunciados en dos direcciones: como espacio de un proceso constitutivo anterior, pero también como parte de un proceso constitutivo potenciador de nuevos desenvolvimientos.

Idea de composición que rescatamos desde su tradición dialéctica, como se ha pretendido encontrar en la obra de Adorno; pero que también encontramos en el esfuerzo por dar cuenta de la armonía o desarmonía de la totalidad en el caso de Spinoza, siguiendo el análisis de Deleuze.[20] Se parte del conocimiento de un efecto o, por lo menos, de un dato, para dirigirse hacia el principio unhipotético y no hacia las consecuencias o condiciones: «El orden de las causas es así un orden de composición y descomposición de relaciones que afecta sin límites a la naturaleza entera»,[21] pues «mientras que el método analítico inquiere de causas como simple condición de la cosa, el método sintético inquiere de una génesis en lugar de un condicionamiento, o sea, de su razón suficiente que nos dé a conocer a sí mismo otras cosas distintas». De esta manera, cada situación concreta resulta un punto en el que se articula un conjunto de relaciones que resultan de una determinada composición o descomposición.

La diferencia entre estas modalidades en el uso del lenguaje y sus respectivas formas, como la sintaxis susceptible de traducirse

---

19. Jerry Fodor: *La mente no funciona así.*
20. Gilles Deleuze: *Spinoza: Filosofía práctica*, p. 138.
21. *Ibíd.*, p. 29.

a las máquinas, como sostienen algunos psicólogos computacionales, y la composición, reside en que, en el caso de esta última, los significados no están asociados con una sola facultad como puede ser el entendimiento. Pues sugerir no es necesariamente producto de un acto lógico cognitivo fundado en determinadas informaciones, sino expresión de una capacidad imaginativa o de evocar desde una necesidad de memoria, o bien relacionada con una visión de futuro que forma parte del mismo acto de pensar. De ahí que cuando hablamos de orquestación de lenguaje estamos hablando de una determinada articulación entre sintaxis y composición; esto es, entre enunciación y necesidad de decir.

La importancia de esta distinción reside en que la composición involucra a todo el sujeto, mientras que la sintaxis se apoya en la capacidad de resolución de problemas y en su comunicación inteligible; por lo tanto, tiene implicaciones en la forma de construirse las descripciones, ya que se aborda de manera diferente la necesidad de conocer.

La composición se funda en la exigencia de la instalación, desde un sentido abarcador de posibilidades, en la que se traduce la recuperación de la necesidad de ser sujeto en el marco de la construcción de conocimiento, lo que lleva a destacar una forma de pensamiento que rompe con la lógica de objetos, cuya aspiración es la prueba. A diferencia de la simple sintaxis que requiere la lógica de la validez, la composición de contenidos se transforma en necesidad de vida con la concomitante ampliación del campo de la experiencia de mundo; lo cual no excluye las formas universales de validez del conocimiento, pero sí las incluye en el marco referido a las posibilidades de vida del sujeto.

Por lo anterior, no es extraño el predominio de una forma crítica por encima de la construcción de una teoría crítica general en la llamada filosofía de la vida en algunos pensadores preocupados por la incorporación del sujeto (como Simmel o Castoriadis). Lo que tiene que tiene que ver con la potencialidad y autonomía del sujeto, que no se reduce a una filosofía de la subjetividad agotada y socialmente inútil, como tampoco a una filosofía de la racionalidad como inter-subjetividad socialmente unificadora; más bien, es afín con la idea de que la realidad es una construcción, por lo tanto, con el hecho de que la relación del sujeto con sus circunstancias se traduce en una relación de conocimiento que incluye funciones cognitivas y gnoseológicas.

Entre abrirse al mundo y la resolución de problemas no se puede dar una oposición, sino una complementación. La razón es que el hecho de la historización concreta del sujeto abarca por igual la capacidad de colocación y de re-actuación ante las circunstancias, lo que tiene que ver con el abrirse al mundo y resolver problemas, respectivamente.

Como sostiene Cassirer, en su libro *Ensayos sobre el hombre*, en el que enriquece los planteamientos contenidos en su filosofía de las formas simbólicas, el «hombre se ha envuelto hasta tal punto en formas lingüísticas, imágenes artísticas y símbolos místicos o prerrogativas religiosas, que no puede ver ni conocer nada si no es con la mediación de este instrumento artificial». Esto lleva a recuperar la discusión sobre el pensamiento desde el ángulo de articulación entre tipos de lenguajes y facultades del sujeto. Volvemos así a Goodman en su esfuerzo por ir más allá de una verdad universal y revelada para aproximarnos a la cuestión de la diversidad de versiones o de mundos en construcción. Planteamiento que es congruente con la idea de que la realidad se construye por el hombre mediante una diversidad de lenguajes, que no se pueden separar unos de otros, como la ciencia y la matemática, pero agregando el papel de la literatura, el arte y la música.

Desde todos ellos se busca recuperar la dinámica constitutiva para «llegar a las operaciones internas del pensamiento en la mente de los adultos normales y los científicos innovadores; cadena [que] culminaría con cambios fundamentales en la estructura de [la] ciencia».[22] Pero además, alcanzar un enriquecimiento de la relación del sujeto con su contexto, relación de conocimiento incluyente si se le compara con cada relación cognitiva o simbólica por separado (en la terminología de Cassirer). Articulación en la que se puedan reflejar las vivencias de cada día, y cómo se traducen por el sujeto en su papel de potenciadores.

Pensamos en la presencia de una consciencia de lo cotidiano, desprendida de lo dado y contingente, desde una mirada abarcadora que trascienda lo puramente propositivo de contenidos ceñidos a objetos. Es la irrebasable condición humana que se plasma en múltiples significados, el momento del afán-apetencia como motivación básica que se puede plasmar en diferentes lenguajes, pero no como lo que está antes que el discurso, sino más bien

---

22. Gardner, *op. cit.*, p. 34.

comprender que el discurso está después. Algo así como el yo soy-yo quiero ser como práctica de realidad que se traduce en el reconocimiento y la consiguiente ocupación de espacios de lo cotidiano, aunque desde una perspectiva histórica: hacer del tiempo vida.

Cabe comprender el uso del lenguaje en el marco de enunciados de contornos como en el de enunciados de contenidos, con sus correspondientes formas gramaticales centradas en el verbo y en el sustantivo. Es lo que llamamos, respectivamente, descripción de ángulo, que responde a la idea de composición, y descripción en base a proposiciones.[23]

A manera de invocación

Somos lo que queremos ser, querer con o sin poder, o poder con o sin querer, debido a estar siempre en el límite de perecer o nacer, de perecer para nacer, o de nacer para trascender; la inmortalidad como sueño de una mortalidad que siempre se está renovando desde la precariedad de su estar en el desafío del siendo.

Somos un instante de sentido pero rodeados de lo inconcebible. Nos rodea la indiferencia en la que nos encontramos, que se resiste a que podamos darle algún destino. Pero de allí nace el desafío de tener que forjarnos en el seno mismo de lo

---

23. Como ilustración, enunciaremos las siguientes diferenciaciones en cuando a modos de exponer sus contenidos entre estos tipos de descripciones: *a*) descripción de ángulos: el sujeto está siendo desde dinámicas que lo conforman en sus distintos espacios, los cuales son, a la vez, determinaciones y posibilidades que lo definen como una construcción viable. La cuestión es que estas dinámicas constituyentes del sujeto se acompañan de un darse cuenta de lo que puede y es capaz de hacer en el marco de determinados límites; *b*) descripción propositiva: el sujeto de determinados estratos sociales se mueve en base a una dinámica fijada en parte por un escenario de grupos de referencia que lo atrapa para determinados espacios; lo que plantea la cuestión de su capacidad (educacional, tecnológica, o en general cultural) para transformar esos espacios simbólicos en espacios de proyectos propios; lo cual requiere reconocer las circunstancias económicas, ocupacionales, de capacitación, así como las familiares, etc., como campo de relaciones sociales que contienen posibilidades. La diferencia entre una y otra se encuentra en su capacidad para dar cuenta de sus tensiones y traducirlas en una toma de consciencia de la capacidad para hacer o no realidad sus expectativas y deseos; aunque siempre a partir de considerar la situación contextual, según resulta del conjunto de sus circunstancias. El sujeto puede o no estar sometido a un movimiento interno que le permita transformar la necesidad de ser en poder ser en base a desarrollar el querer y transformarlo en un hacer-poder. O bien, el sujeto es un objeto más entre las circunstancias.

que nos trasciende. ¡Cuán diferente a creer que nos trascendemos! Por eso tenemos que asumir la plenitud del instante en toda la eternidad que puede tener sentido para los hombres, pues lo que constituye la condición humana es el esfuerzo de ser desde ese estar. No es, por lo mismo, ajeno a esta condición que queramos compartir nuestro misterio para iluminar nuestra verdad. Y anhelar la verdad para olvidarnos de lo insondable, ya que el genio humano es como el gesto dirigido hacia lo inacabable; pregunta de las preguntas y no respuestas como el límite infranqueable. Porque ya se ha dicho que «es seguro que el consuelo más divino se encuadra en lo humano mismo y que no sabemos qué hacer con el consuelo de un Dios» (Rainer Maria Rilke).

Vivimos un momento de sol. La historia como imaginación y voluntad; los deseos como vivencias de mundo, el mundo como posibilidades de vida. El hombre en sus recuerdos con sueño o con pasiones; el hombre en sus certezas, o en sus resignaciones; por último, el hombre en su atrevimiento por asomarse. La cuestión es mirar al fondo del momento como conjunto de significaciones que nos envuelven, más allá de que las conozcamos o no, pero cuya apropiación representa el proceso mismo de consciencia. «Ese cuestionar cargado de implicaciones [que] ha "agotado sus fuerzas" una y otra vez en metáfora, y de metáforas ha inducido estilos de comportamiento en el mundo».[24] Todo conduce al problema del hombre en la historia y a los desafíos en sus formas de pensar y de saber expresarlo.

Todos estos rasgos constitutivos del estar haciéndose sujeto, no son de conocimiento sino estallidos que, a veces, son repliegues, hazañas pero también sosiegos, atreverse y temores, que nos conforman. Por eso, cuando hablamos del significado de fondo de un momento estamos confrontados a un conjunto de interrogantes que aluden a necesidades de sentido que se traducen en búsqueda de respuestas, pero que no se agotan en elaboraciones intelectuales tal como pueden darse en la lógica de los objetos «disciplinarios»; más bien, estamos colocados ante sentimientos de realización y de alegrías, de trascendencia y de eficacia, de deslumbramiento o de encierro, que forman parte de ese confuso magma en que consiste el estar-siendo del sujeto en un momento:

---

24. Hans Blumenberg: *Paradigma para una metaforología*, p. 64.

Frente a las fuerzas
permanentes
valoramos como lo que somos, como los
errantes
Como un uso, una costumbre de los dioses.

RAINER MARIA RILKE

Desafío que con facilidad se manifiesta en sentimientos-ideas o en ideas-sentimientos como fuerzas que nos impulsan y elevan, o nos reducen a funciones y derrotan como seres humanos. Existencia que se abre e ilumina conformando posibilidades de nuevas existencias, ampliando el campo de opciones sociales desde las cuales enriquecer el pensamiento y la práctica si somos capaces de reconocerlas en el nivel de la simple existencialidad cotidiana. Nos situamos en la línea de quienes buscan salvar al hombre de la muerte que se oculta en tantos de sus llamados éxitos.

Por eso, podemos estar de acuerdo con Nietzsche cuando habla de que «el pensamiento es algo que sería mejor que no existiera», si entendemos por pensamiento el encuadre en esquemas apriorísticos que dan la espalda a esas turbulencias, a veces oscuras, de las que estamos como personas permanentemente naciendo. No olvidar la vida en sus raíces.

Porque nacer es enfrentarse a esa confusión germinal desde donde surge la necesidad de nacer y que puede tomar derroteros diversos, según sea el instrumento que se privilegie para darle forma; ya sea para hacer de la vida consciencia, o bien para mostrarse ante los otros y, desde los otros, así reconocidos poder ser. Es la transformación de la existencia en sentido de existencia; de ésta en ideas; de las ideas en realidad; de realidad en mundo; y el mundo en horizonte de posibilidades: en campos para el despliegue del sujeto, que lo es en el hacerse.

Dilema

Las preocupaciones acerca del hombre que nos han impulsado, representan quizá la utopía de un hombre inexistente. Muchos discursos sobre éste, con excepción tal vez de los de la psicología, son ficciones sobre una ficción ya que son manifestación de un afán de ser que contrasta con la debilidad o completa

carencia de voluntad para ser. Estamos muy lejos de la grandiosa invocación de Pico della Mirandola: «La naturaleza asignada al resto de los seres se ve constreñida dentro del marco de las leyes por mí prescritas; tú, en cambio, sin estar constreñido por estrecho límite alguno, de acuerdo con tu libre albedrío, a cuyo imperio te he sometido, determinarás por anticipado tu propia naturaleza. Te he colocado en medio del universo para que, desde allí, pudieras contemplar mejor lo que en él existe. No te he creado cual ser celestial ni mortal ni inmortal, para que como si fueras escultor y moderador de ti mismo, actuando de acuerdo con tu voluntad y honor, te modeles según la forma que hayas preferido» («Sobre la dignidad del hombre»).

El desafío de Pico della Mirandola debemos equilibrarlo con una advertencia nacida del escepticismo, pero que no obstante esconde una promesa de remisión de la falta de voluntad y de la cobardía para ser hombre, en la forma de una vuelta a la poesía como perpetuación del instante en que nos reconocemos en nosotros mismos: ser en la voluntad de ser. Porque ser hombre es un acto de resistencia contra todo lo inerte y pasivo. Ser hombre es algo diferente a la opción de tantos por convertirse en esos seres oscuros que se limitan a flotar en el mar de la sobrevivencia.

La vida como necesidad de una afirmación en tránsito, en transformación incesante; la vida como ebullición que obliga a no detenerse, sin esencias, solamente búsqueda de resonancias que sacudan los horizontes. No debe preocuparnos el sonido de la piedra que cae sobre el agua, sino la duración de las ondas que nacen de su caída. «No nos maravillemos después de la agonía, el hado o el azar (que son la misma cosa) depara a cada cual esa suerte curiosa de ser ecos o formas que mueren cada día, que mueren hasta un día final en que el olvido, que es la meta común, nos olvide del todo. Antes que nos alcance juguemos con el lodo de ser durante un tiempo, de ser y haber sido» (J.L. Borges: *Los conjurados*).

Hoy, cuando el hombre se abandona o es reducido a sus máscaras, sin fuerzas que lo impulsen, vacío, incrédulo, miedoso, con una voluntad limitada al espacio del hacer institucionalizado de las funciones, sin rebeldía, sólo con cálculo, carente de trascendencias que lo engrandezcan que no sean sus posibles realizaciones mercantiles, es un imperativo ético de sobrevivencia recuperar la vida como un sueño de espacios abiertos para ir a caminar por las altas montañas. Porque ser es querer ser ahora, ahora...

Significa asumir el sentido de la existencia, que puede ser. Como dijo el poeta: «el aire y el mundo no buscados. La vida».[25]

Hemos hablado de un hombre que es el depositario de una evolución plena de posibilidades. Pero hablar del hombre desde esta óptica no puede hacernos olvidar que muchos, demasiados quizá, niegan la esperanza o la domeñan a los límites de un sentirse en un presente sin más que ese simple estar, a veces jubiloso, pero siempre dormido.

Ello nos recuerda la siguiente frase de Heráclito: «No hay que hablar y actuar como dormidos» (fragmento 73); pues, en esa condición, tendemos a olvidarnos de que pertenecemos a un mundo en el que vivimos junto a otros, lo que nos obliga a sumir, desde esa pertenencia, visiones compartidas que nos desafían como individualidades, pero que exceden los límites de ésta. Como lo advierte otra frase de este autor: «Para los que están despiertos hay un solo mundo común, pero cada uno de los dormidos se vuelve hacia su mundo propio» (fragmento 89).[26] De ahí que corresponda a cada época despertarlo y darle la voz propia de ese despertar.

---

25. Arthur Rimbaud: *Iluminaciones*.

26. Miguel García Baró: *De Homero a Sócrates. Invitación a la filosofía*. Ed. Sígueme, Salamanca, 2004.

APÉNDICE DEL CAPÍTULO IV
TEXTOS DE APOYO
ANÁLISIS EPISTÉMICO DE AUTORES

Piaget: las equilibraciones

En el desarrollo del individuo se aprecia una «invención libre o constituyente» que expresa la necesidad de «exigencias acrecentadas de equilibrio». Éstas se traducen en que el sujeto construye por planos sucesivos que se corresponden con una progresiva coordinación de los esquemas de asimilación. En consecuencia, el individuo se caracteriza por una evolución estable de «actividades perceptivas por medio de exploraciones casi intencionales [...] que modifican la que está dominando el desarrollo».[1] Y que se relaciona con una virtualidad propia del acrecentamiento del equilibrio en que se concretiza la problemática de la autonomía. Dinámica «en una construcción por sí misma», que lleva a la conclusión de que no «sería irresponsable pensar que la naturaleza última de lo real consiste en estar en construcción».[2] Estas dinámicas psico-genéticas las interpretamos como la base para potenciar al sujeto desde sus opciones de historización, lo que nos lleva a pensar en una lógica de autoconstrucción del sujeto asociada con una ampliación de su subjetividad, por consiguiente, de su autonomía.

El sujeto siempre puede ampliar, en su desenvolvimiento, los límites que lo acotan a determinados saberes y experiencias; por lo tanto, no sería ilógico pensar que una característica del sujeto es su incompletud por su apertura hacia lo nuevo. Ello permite

1. Piaget: *El estructuralismo*, p. 54.
2. *Ibíd.*, pp. 61-62.

advertir que «la inteligencia está lejos de ser preformada desde el comienzo [pudiendo seguirse] paso a paso según como resulta de una coordinación progresiva de los esquemas de asimilación».[3] Este argumento lleva a analizar el desafío de enriquecer los dinamismos de equilibrio en base a una ampliación de los esquemas de asimilación relativos a cómo el individuo, en su proceso de constitución, es afectado por su historización.

Una cuestión a debatir es la determinación del modo como la subjetividad (dada psico-genéticamente) modela una percepción del contexto en términos de límites y/o posibilidades de comportamiento; pero, también, a la inversa, cómo el contexto influye en la subjetividad adecuándola a sus exigencias (v. gr: de estabilidad). Pues la homeostesis no se limita a representar un equilibrio funcional respecto de desequilibrios anteriores, regulares o abiertos a lo nuevo, en la medida en que cumple la función de adaptar el individuo a lo dado por las circunstancias externas; de ahí que nos colocamos ante la necesidad de resolver la emergencia de coordinaciones que sean adecuadas a nuevas exigencias, como las propias de las potenciaciones contenidas en el contexto: definir los esquemas de coordinación según el campo de opciones que refleje la potencialidad.

Se requiere repensar los esquemas de coordinación, desde las exigencias normativas vinculadas con las dinámicas que describen el desenvolvimiento psico-genético del individuo, hasta aquellas que puedan ser activadas por estímulos externos al individuo, como su práctica. La posibilidad de potenciar al sujeto descansa en el proceso constitutivo cuya descripción hace la epistemología genética; proceso que se concibe como sucesión de articulaciones que se van incluyendo. La clave está en el modo de comprender la apertura del pensamiento formal (con toda su coherencia interna), desde la equilibración incrementante, para la inclusión de lo «nuevo posible».

Las equilibraciones implican la superación de estadios anteriores, «el equilibrio [que] comporta una conservación de la parte por el todo y viceversa».[4] Pero no es un producto que obedece exclusivamente a dinámicas internas, ya que está determinada también por la relación del sujeto con el medio, por lo que hay

---

3. *Ibíd.*, p. 80.
4. Piaget: *Epistemología genética y equilibración*, p. 11.

que abordar la naturaleza de su confrontación con el contexto.[5] La relación del sujeto con el contexto, o con el medio, pone en juego las facultades de las cuales ejerce «el oficio», restringiéndose a algunas, o bien comprometiendo al conjunto de éstas, lo que plantea «organizar» su conexión en forma de ampliar el espacio de desafío dentro del propio sujeto. «La realidad sólo existe dentro del acto que la plantea»,[6] lo que implica que la construcción de realidad (como posibilidad activada por la práctica), por muy formal que sea, se problematiza al incorporar el conjunto de las facultades.

En efecto, si partimos de la relación de equilibración incrementante, al darse «la apertura hacia nuevos posibles [y] cuyos resultados nos han llevado [...] a los procesos de equilibración», el desenvolvimiento del sujeto nos coloca ante el problema de la necesidad como límite y como superación de los límites en los que «parecen haber surgido seudo-necesidades».[7] El sujeto alcanza un sistema formal de pensamiento pero no puede comprenderse como un simple proceso genético, ya que resulta de su confrontación con el contexto, dando lugar a sus ajustes respecto de éste, en base a mediaciones que inciden en la necesidad como límite y como posibilidad.

«La apertura hacia lo nuevo posible» enriquece la capacidad de «afirmaciones espontáneas del sujeto», esto es, su capacidad para reconocer espacios que le sean propios; en consecuencia, se complejizan los mecanismos compensatorios y con ello la naturaleza misma de la práctica: ya que, además de la práctica, se incluyen intuiciones, deseos y posiciones para confrontarse con lo que circunscribe al sujeto; de ahí que tengamos que volver a la naturaleza y amplitud de las facultades que resultan comprometidas. Cabe, en este marco, recuperar los diferentes tipos de equilibración que distingue Piaget.

En este sentido, tenemos que destacar la función dinámica de este mecanismo, ya que más allá de que hace surgir lo nuevo, la equilibración plantea su activación por prácticas orientadas para ese cometido, en tanto la recuperación de Piaget está en-

---

5. «Teoría del equilibrio que dejará la mayor parte a la actividad del sujeto inteligente [...] categoría de la razón humana que le permitirá desgajar una lógica natural como resultado de una confrontación del niño con lo real». *Ibíd.*, p. 11.

6. *Ibíd.*, p. 11.

7. *Ibíd.*, p. 128.

cuadrada por la posibilidad de potenciación del sujeto. En este marco reviste particular importancia el tipo de equilibrio que según Piaget «hace surgir la novedad creadora, por la abstracción reflexiva»;[8] la cual se vincula «con el problema de las compensaciones estructuradas desde un límite, que se concibe como espacio de una situación dada, o bien como expresión de lo nuevo en base a una articulación con lo inédito»,[9] por lo que se exceden los límites de la problemática epistémico-genética inicial. Se puede comprender lo anterior como una dinámica psicológica que produce efectos sobre lo normativo, en tanto acto volitivo sobre las regulaciones compensadoras. Lo que podemos considerar que forma parte de la articulación del sujeto con su necesidad de autonomía, mediante el reconocimiento de los obstáculos y de la complejidad que debe superar. Se corresponde con desarrollar una actitud que acompañe a esta dinámica volitiva, la cual, tanto como la dinámica psico-genética, es un componente de la constitución del sujeto.

La constitución del sujeto es concomitante con su necesidad de crecer, que concebimos como una generalización del planteamiento piagetiano circunscrito a los límites del desarrollo del conocimiento. «Si el progreso del conocimiento no se debe ni a una progresión hereditaria, ni a una acumulación de la experiencia empírica, sino que es el resultado de una autorregulación, a la que vamos a llamar equilibración», que «conduce normalmente a un estadio mejor en comparación con el estadio de partida»,[10] se plantea la cuestión acerca de cómo ese desenvolvimiento compromete a las otras dimensiones del sujeto; más aún cuando emitimos informaciones relativas a que «lo nuevo posible no es nunca mera actualización de algo preformado, ya que en la postura de un posible que engendra al siguiente se da realmente una creación de novedades».[11]

Debemos aclarar cómo esta lógica constitutiva (que va por inclusiones sucesivas y cada vez más complejas hasta alcanzar la formación de un sistema formal, que reviste su propia coherencia) se corresponde con el desenvolvimiento de las facultades del

---

8. En la medida en que es parte de «la equilibración activa, hecho de comparaciones supuestas a las perturbaciones externas». Piaget: *Epistemología y equilibración*, p. 134.

9. Piaget: *El estructuralismo*, p. 54.

10. Piaget: *Epistemología y equilibración*, p. 23.

11. *Ibíd.*, p. 34.

sujeto que, a diferencia de las que cumplen funciones estrictamente cognitivas, pueden estar más afectadas por otras circunstancias. Es necesario dilucidar la incidencia que las dinámicas de orden histórico-contextual tienen sobre los mecanismos psico-genéticos que pueden, o reforzar, o por el contrario debilitar «la actividad del sujeto cognoscente [que] añade un orden suplementario al orden interno debido al genoma».[12] Y que lleva a la praxis adecuada para desarrollar su capacidad de autoconstrucción, lo que significa pensar al sujeto desde distintas opciones para su historización, a modo de precisar su lógica interna según los diferentes espacios contextuales en los que tiene lugar la relación con el medio.

Desde esta perspectiva, se plantea la coherencia interna del sujeto desde la exigencia de analizarla en el marco de su relación con «eso inesperado que surge en las experiencias nuevas de cada día».[13] Es la tensión producida entre las dinámicas provenientes del contexto y la necesidad de equilibrio interno del sujeto, que se relaciona con la autonomía de éste en los límites del contexto; aunque también implica tener que trascender los límites que definen la identidad del sujeto, o bien quedarse atrapados en ellos para resolver la cuestión de la congruencia del sujeto cuando se enfrenta con «la exigencia nueva de cada día».

Cabe distinguir entre dos tipos de límites: primero, el límite que cumple una función identificatoria; y segundo, el límite que permanece abierto. En ambos casos se presenta la capacidad de reconocer lo posible tanto dentro de los límites como fuera de ellos (aunque el rompimiento de éstos es una condición del sujeto). Capacidad que se vincula con un comportamiento que, según Piaget, «está asociado por dos móviles interiores tan poderosos que llegamos a considerarlos incluso como causa de la evolución: se trata de la tendencia a ampliar el medio y a conquistar en él nuevos sectores, y correlativamente, se trata de una necesidad constante de aumentar los poderes del organismo».[14] Problemática del activismo del comportamiento que lleva a subrayar «*indefinidamente la importancia de la acción del sujeto*», aunque éste se encuentre «objetivado» y como tal sea «un sujeto-objeto»,[15] pero

12. *Ibíd*.
13. *Ibíd.*, p. 58.
14. *Ibíd.*, p. 59.
15. *Ibíd.*, cita de Leo Apostal, p. 74.

teniendo en cuenta que no todo su comportamiento está determinado, sino que reconoce un espacio de libre inserción.

Se plantea al sujeto, «como ser vivo material», sin perder de vista cómo está siendo afectado en su desarrollo por un conjunto de factores vinculados con su historicidad, la cual no atenta contra la epistemología genética sino, más bien, contribuye a enriquecer sus descripciones con los propios de los enfoques histórico-culturales. Los aportes de la biología molecular, de la ecología y de la teoría de los campos morfo-genéticos, pueden ser complementados con los juicios del historiador y del subjetivismo, por cuanto la historicidad de los mecanismos psico-genéticos es quizá un camino para entender la potencialidad —lo posible nuevo— en los adultos.

Enriquecer el comportamiento de los sujetos obliga a reconocer, incluso en el ámbito de los procesos psico-genéticos, lo que son los nudos de activación como articulaciones entre el desenvolvimiento psico-genéticos y el histórico-contextual. De manera que la relación entre conocimiento y sentido de la acción, como expresión del activismo del sujeto (incluyendo el sistema nervioso), no puede dejar de concebir al conocimiento como dimensión de una ampliación en la subjetividad, aunque simultáneamente constituya una apropiación de lo externo en tanto subjetivización con sentido. Por consiguiente, la relación conocimiento-acción constituye, mediante el hacer del sujeto, una ampliación del espacio desde donde poder ser sujeto.[16]

Si el conocimiento representa un aspecto de esta expansión del sujeto, supone un individuo cada vez con mayores relaciones; en consecuencia, en cualquier objeto que sea asimilado por el pensamiento estará presente la búsqueda de un espacio de relaciones que exceda al objeto. Lo que constituye un reflejo de

---

16. La posibilidad de enriquecimiento del individuo desde exigencias normativas, como someterlo a desafíos cognitivos y gnoseológicos provenientes de conceptos y categorías que vienen decantándose, no sólo a lo largo de la evolución psico-biológica del individuo, sino también desde el propio desenvolvimiento de la sociedad, se relaciona con la idea piagetiana del origen ectodérmico del sistema nervioso. Pues «su origen ectodérmico parece predestinarlo a especializarse en las recepciones exteriores, aunque dista mucho de limitarse a recoger *inputs* o información aferente, ya que uno de sus rasgos es reaccionar con movimientos y respuestas que modifican el cuadro» (cfr. Jean Piaget: *Biología y conocimiento*). Ello supone un espacio de interacciones con el contexto que refleja otras dimensiones de la relación del sujeto con su medio, o circunstancias, como el espacio no determinado, donde tiene lugar el despliegue de la capacidad para restablecer relaciones y enfrentarse con las circunstancias.

una lógica natural que se traduce en el dominio de un sector mayor de la realidad contextual. Pero «esta conquista del objeto no es en ningún caso [...] una simple copia de la realidad, puesto que intervienen [...] factores de regulación que obedecen al hecho de que todo conocimiento está ligado a acciones».[17]

Si el comportamiento del sujeto «es un conjunto de elecciones y acciones sobre el medio, que organiza de manera óptima los intercambios»,[18] refleja la situación de que «el organismo es activo en todas las etapas, por lo que su comportamiento, que es la expresión superior de esta actividad», se pregunta Piaget, «¿será una excepción a la regla y no consistiría más que en una subordinación servil e imitadora del medio?».[19]

Pensamos que se puede, a partir de la autonomía del sujeto respecto de las circunstancias que lo determinan, plantear una dialéctica en la relación con el medio, la cual es posible de desarrollarse culturalmente, a manera de permitir una potenciación de las facultades en base a desarrollar la fuerza de voluntad. La fuerza de voluntad se ubica en el ámbito más amplio de las capacidades de coordinación, a manera de enriquecer las acciones del sujeto para poder ampliar el campo de la experiencia y, con ello, las referencias desde las cuales construir abstracciones que den cuenta del sentido de acciones más complejas. (Piaget ha señalado que el sujeto debe obrar para hacer abstracción y obrar sobre los objetos.)

Lo que decimos apunta a las implicaciones psicológicas que tiene plantear acciones y exigencias de coordinación desde la exigencia de potenciación del sujeto. Y que por su nivel de profundidad consideramos que se vincula con las dinámicas «constitutivas de la lógica del instinto»;[20] ya que la potenciación del sujeto incorpora el inconsciente cognitivo y los lenguajes que lo constituyen. Decíamos que la lógica matemática podría ser una forma particular, pues no excluye otras formas de generar significantes, que forma parte de una semiología del pensamiento que puede revestir gran complejidad. Recordemos lo que se ha dicho de los llamados «conocimientos no conscientes» y de cómo revisten movimientos internos que exceden las lógicas asociadas a los lenguajes en

17. *Ibíd.*, p. 27.
18. *Ibíd.*, p. 218.
19. *Ibíd.*, p. 31.
20. *Ibíd.*, p. 218.

que el conocimiento, por lo general, se expresa como explicitación inteligible de contenidos.[21]

De ahí que pretendamos destacar la capacidad para crear significantes (sean matemáticos, musicales o metafóricos) que confieren sentido a las acciones que, como tales, conforman contenidos y significados adecuados a esa capacidad. Crear significantes refleja las necesidades de sentido posibles de convertirse en contenidos, según la naturaleza de la capacidad para articularlos en una lógica de inclusiones. Por eso nos planteamos las nuevas modalidades de coordinación que pueda plasmar la consciencia histórica (ya no simplemente la lógica matemática) como ángulo desde el cual organizar el pensamiento a partir de una semiología diferente a la de las matemáticas.

Parafraseando el planteamiento de Piaget sobre el conocimiento lógico-matemático[22] se podría sostener que en el plano de la consciencia histórica se constituye un tipo de conocimiento que se deriva de un modo de coordinación de acciones que responde a una modalidad diferente de relación con el contexto, esto es, que responde a otras exigencias de sentido.

Vygotsky: interioridad y capacidad de significar[23]

La premisa de que el desarrollo orgánico «se realiza en un medio cultural», por lo tanto que el «desarrollo se transforma en un proceso biológico condicionado históricamente», permite concebir la psiquis «del hombre como ser material», ya que adquiere formas modeladas por la historia de la sociedad.[24] Lo cual nos conduce a la argumentación de Vygotsky sobre la «capacidad de satisfacer necesidades con la adaptación a la realidad»; pero que sólo puede ser «satisfecha a través de una determinada

21. Por ejemplo, se ha dicho que «la característica del espíritu matemático no depende de la lógica de la actividad sino de su estética». Las matemáticas «estarían constituidas por una cara lógica y una cara extralógica (estética, intuitiva), quizás predominante...» (Michael Perraudeau: *Piaget hoy*, p. 128). En este marco, no sería exagerado afirmar que la verdad nace de una necesidad de belleza.

22. Este autor sostiene que el conocimiento lógico-matemático, al independizarse de la experiencia, «se obtiene no de los objetos como tales, sino de la coordinación general de las acciones ejercidas por el sujeto sobre los objetos». Piaget: *Biología y conocimiento*, p. 245.

23. Vygotsky: *Pensamiento y lenguaje*.

24. «Prólogo» de José Itzigsohn, en Vygotsky, *op. cit.*, p. 8.

adaptación a la realidad», en razón de que no cuenta con lo que podemos llamar «una adaptación mínima; siempre [...] dirigida por la necesidad».[25] Lo que es indicio de una mediación entre la necesidad y la capacidad de satisfacerla, a través de la adaptación, ya que ésta, como dinámica, genera diferentes tipos de necesidades que interpretamos como la historicidad que opera como mediación en el desarrollo psicológico del individuo.

Se apunta a una dialéctica entre estar determinado y determinarse en el modo de resolver la demanda de las necesidades que surgen del desarrollo biológico. Desde la exigencia de autonomía, refleja la tensión entre desarrollo biológico —históricamente condicionado— y el modo como se organiza el sujeto desde ese condicionamiento histórico. Dialéctica entre necesidad y adaptación que concretiza el desafío de la historicidad del sujeto, en la medida en que ésta consiste en la capacidad del sujeto para reconocer sus posibilidades de despliegue, a partir de encauzar y a la vez crear necesidades para y desde la adaptación al medio.

Como resultado de la constitución del pensar conceptual, que le permite desprenderse de lo real, el desarrollo del individuo se caracteriza por una cierta autonomía de lo real, a manera de poder organizar un distanciamiento transgrediendo los límites de la función cognitiva. Proceso de autonomización del sujeto que se vincula, inicialmente, con «un desarrollo tardío del pensamiento realista y de su corolario, el pensar con concepto, que conduce a un grado de autonomía con respecto a la realidad y permite, así, satisfacer en las fantasías las necesidades frustradas de la vida».[26]

No obstante, lo que importa es que desde el nivel del pensamiento realista hasta el plano del pensamiento conceptual, emerge la cuestión de la experiencia que, desde la perspectiva de Vygotsky, se vincula con la interiorización de lo social, lo que puede variar en riqueza y amplitud. «Si el desarrollo del pensamiento no va del individuo al socializado, sino del social al individual»,[27] la interioridad, con sus lenguajes, nunca puede estar suspendida en el vacío, pues está «relacionado directamente con los comportamientos prácticos (del niño) en el mundo real».[28]

---

25. Vygotsky, *op. cit.*, p. 38.
26. *Ibíd.*
27. *Ibíd.*
28. *Ibíd.*

Podemos decir que somos la necesidad de ser desde quienes somos, pero también somos desde los otros. Ello significa tener que resolver cómo se hacen presente, y con qué forma de expresión, las necesidades del mundo interior que «precede al acto motor del habla», a «los motivos del habla», según lo estimado por Wundt; esto es, los «aspectos internos de cualquier actividad lingüística». Lo que se relaciona con esa dimensión fundante del sujeto que está antes que cualquier pensamiento o comportamiento. Es lo que Vygotsky denomina «actividad afectiva-volitiva», un trasfondo que «incluye los motivos del lenguaje y del pensamiento que se expresa en palabras».[29] Es lo que permite sostener que el ser es la actividad que construye la necesidad de consciencia de ser uno.

El mundo interior, «y todo el aspecto interno del lenguaje...», de acuerdo con Vygotsky, aquél dirigido a la persona y no al mundo exterior, «han sido hasta el momento casi desconocidos»;[30] es el habla interiorizada que es un «lenguaje alquimista casi sin palabra» que, al decir de este autor, sirve de «borrador, tanto en el lenguaje escrito como en el oral»,[31] pero que al desconocerse se interpreta como ausencia del sujeto en el marco del desarrollo.

Así como el niño «habla de las cosas que ve, oye o hace en un determinado momento [...] condensando cada vez más su lenguaje hasta que sólo queden los predicados»,[32] ocurre también cuando en el pensamiento predominan exigencias que nos impiden encontrarnos con la exclamación y el asombro (como es el caso de la poesía), lo que se corresponde con el predominio del predicado, por lo tanto donde el sujeto se subsume a su propio decir. El problema está en que el sujeto se asuma con consciencia de la riqueza del asombro (que es lo propio del niño) pero como sujeto consciente de ser sujeto. Para decirlo con palabras de Vygotsky, «el predominio del sentido de una palabra sobre su significado».[33]

El sentido como «la suma de todos los sucesos psicológicos que la palabra provoca en nuestra consciencia»,[34] expresión de una realidad constituyente que conforma «un complejo dinámi-

29. *Ibíd.*, p. 153.
30. *Ibíd.*, pp. 164-168.
31. *Ibíd.*, p. 166.
32. *Ibíd.*, p. 167.
33. *Ibíd.*
34. *Ibíd.*, p. 168.

co y fluido que presenta varias zonas de estabilidad diferentes».[35] El significado, por el contrario, como sólo «una de las zonas del sentido, la más estable y precisa».[36] La importancia de esta distinción reside en que el sentido depende del contexto, en la medida en que «cambia el sentido en diferentes contextos», mientras que el significado «se mantiene estable a través de los cambios de sentido». El significado, en una palabra, no es más que una piedra en el edificio del sentido, nada más que una potencialidad que encuentra su realización en el lenguaje.

La recuperación del mundo interior y de sus lenguajes refiere a aquellas necesidades (sin forma) anteriores a las exigencias de inteligibilidad a partir de significados. El sentido es como una totalización de posibilidades de experiencias, que en un momento se pueden expresar en palabras, pero que son fragmentadas en base a los requerimientos de la inteligibilidad de lo significado, en cuanto este último expresa la inserción social «de la subjetividad individual», en su esfuerzo por compartir con otros un espacio donde tener presencia.

La historicidad deviene en la experiencia del conjunto de sentidos de un momento; por lo tanto, plantea el desafío de que la consciencia no queda atrapada en la lógica de lo significado, a manera de resguardarla como apertura para una amplitud de sentidos; de ahí que la consciencia de significados nunca puede dejar de concebirse fuera del marco incluyente del que los significados forman parte.

El sentido implica la vida como posibilidad de vidas diferentes, es la base del despliegue del sujeto no restringido al mundo de lo significado; pues ello equivaldría a sostener que el sujeto y sus despliegues están condicionados solamente por los significados propios de «un decir». Más bien, se trata del desafío de trascender un lenguaje que deja fuera al estar siendo con consciencia de ser sujeto no limitado al mundo de las significaciones, por el contrario, que los afronta transgrediéndolos.

Por lo anterior, la potencialidad opera sobre y desde los sentidos, que se corresponde con una relación de conocimiento que asegure «el enriquecimiento de las palabras a través del sentido que les presta el contexto».[37] Ello significa razonar desde el ángulo

35. *Ibíd.*
36. *Ibíd.*
37. *Ibíd.*

de una lógica de inclusiones orientadas a dar cuenta del movimiento de los límites, tanto de las palabras como de los conceptos, incluso de la experiencia. El sentido cumple la función de apertura que contribuye a especificar a los significados según sus diferentes contextos, lo que se relaciona con la posibilidad de significados que se corresponde con la potencialidad de interpretaciones.[38]

Se busca recuperar la riqueza del «lenguaje interiorizado» en los marcos de potenciación del sujeto constituido. En este sentido, la relación entre sentido y significado alude a la articulación entre contexto y su inteligibilidad en función de determinadas exigencias de comunicación, pero a manera de no encuadrarse en los significados que se distancian de los que el mismo contexto contiene. Se puede pensar que la consciencia histórica es la consciencia de los significados en base a la amplitud de los sentidos, que requiere de un lenguaje congruente, como un lenguaje categorial antes que teórico, que se abra a los significados del contexto.

La relación entre contexto-sentido forma parte del asumir la historicidad del sujeto en contextos que contienen pluralidad de opciones. Ubicación que, por lo mismo, se relaciona con la dialéctica necesidad-adaptación donde esta última es la especificación de los espacios de posibilidades, por lo tanto condición creadora de nuevas necesidades. Es un modo de concebir el condicionamiento histórico del sujeto.

En efecto, la necesidad de adaptación puede dar lugar a una capacidad de adaptación que puede representar espacios de acciones del sujeto sobre sus determinaciones, así como concomitantemente estos últimos actúan sobre el sujeto. Es la historicidad del desarrollo concebida como tensión entre lo externo y lo interno al sujeto.

Desde este marco, se plantea la distinción entre «lenguaje externo, lenguaje egocéntrico y lenguaje interiorizado»;[39] que en la visión de Vygotsky se resuelve en el «crecimiento interno»;[40] en lo interior no vocalizado que no se agota al mostrarse en la vocalización, en razón de que representa lo constitutivo del suje-

---

38. Cita de Paul Han por Vygotsky: «El sentido de una palabra cambia en los diferentes momentos y situaciones y es casi ilimitado. Una palabra toma su sentido de la frase, la que a su vez la toma del párrafo, el párrafo del libro, y éste de toda la obra del autor». *Op. cit.*, p. 168.

39. *Ibíd.*, p. 63.

40. *Ibíd.*, p. 64.

to concebido como necesidad de sí mismo; pero a condición de que éste en su afán de comunicarse se ubique contextualmente. No podemos olvidar lo que se ha señalado acerca de que con el aislamiento progresivo del lenguaje para uno mismo «su vocalización se torna innecesaria y carente de significado, e incluso imposible, a causa de una creciente particularidad estructural [...] el lenguaje para uno mismo, no puede encontrar expresión en el lenguaje externo».[41]

Lo anterior define la problemática del pensamiento constitutivo, pre-verdad y, en consecuencia, pre-predicativo, no restringido a la lógica de comunicación en base a la construcción de significados, pero que se corresponde con un amplio espectro de facultades del sujeto. Se ofrece «un abanico muy amplio para el análisis del pensamiento que no tiene relación directa con el lenguaje».[42] Ello porque el acto de pensar excede al pensamiento verbal cuya función queda restringida a la construcción de significados, en la medida en que este pensamiento «no incluye [...] todas las formas de pensamiento y las del lenguaje».[43]

Cuando hablamos de rescatar al sujeto afrontamos la tarea de lograrlo más allá del discurso, en base a que el pensamiento «puede funcionar sin palabras».[44] Cuestión que plantea recuperar al sujeto con todas las riquezas que contiene en su interioridad, sin empobrecerla como ocurre cuando se traduce esa necesidad en palabras, que lo reducen a la condición de sujeto argumentador. El sujeto es reducido en su discurso a alguna de sus facultades, lo que es muy relevante para el actual momento histórico considerando su deformación tecnológico-instrumental.

En el centro del problema se encuentra la fusión del pensamiento con el lenguaje que, según Vygotsky, «tanto en los adultos como en los niños, es un fenómeno limitado a un área circunscrita», ya que deja fuera al pensamiento no verbal y al lenguaje no intelectual.[45] Lo que tiene implicaciones en la incorporación del sujeto al discurso, en la medida en que no se puede plantear reducida a alguna de sus facultades particulares. Se trata de concebir a éste no circunscrito a los marcos de la capacidad predicativa, en

41. *Ibíd.*, p. 157.
42. *Ibíd.*, p. 64.
43. *Ibíd.*
44. *Ibíd.*, p. 65.
45. *Ibíd.*

tanto sujeto frente a objetos, sino desde sus necesidades internas que están en el proceso mismo de mostrar sus formas, una de las cuales puede ser el lenguaje de sentidos.

Éste es el momento en que se tiene que aclarar la importancia del lenguaje centrada en el verbo; el lenguaje no restringido al discurso sobre el sujeto sino como búsqueda de sí mismo que no se agota en «predicados de significación», en la medida en que se abre a la posibilidad de sentidos donde el significado es un recorte impuesto por la necesidad social de inserción; lo que, en última instancia, dependerá de la consciencia que pueda desarrollar el sujeto acerca de sus contextos, y, en consecuencia, de sus diferentes posibilidades de despliegue según los sentidos que asuma.[46]

Todo lo cual se puede interpretar como un modo de potenciar la actividad cerebral. Es la función que concedemos al pensamiento categorial como lenguaje construido desde los sentidos contextuales, en los que tiene cabida la ubicación del sujeto, a manera de situar los significados en el ámbito más amplio de aquéllos. Se produce una ampliación de la subjetividad (no exclusivamente como capacidad de entendimiento) sino como expresión del conjunto de sus facultades, que son el trasfondo de la necesidad de formas, una de las cuales es la de los significados: las formas propias de la inteligibilidad de la función cognitiva que se corresponde con el predominio de una concepción que restringe al sujeto a lo puramente intelectual.

El pensar categorial cumple el papel de facilitar la reactuación del sujeto, a partir del reconocimiento de sus contextos en los cuales se ubica; lo que se traduce en desplegar su necesidad de adaptación y desarrollar los significados que se derivan de la propia adaptación; pero no como adaptación pasiva (recordemos lo que señalaba Piaget, en relación al organismo, el cual no está determinado por el genoma, así como lo pertinente al equilibrio abierto hacia lo nuevo), sino como constructor de espacios que amplían el campo de la experiencia posible de historizarse, por lo tanto que enriquece el lenguaje.

---

46. Debemos destacar el planteamiento sobre el papel de las humanidades como complemento al «conocimiento de la actividad nerviosa superior, especialmente la que tiene que ver con la mejor comprensión de la relación del hombre con su medio social y su reflejo en su consciencia y en toda su conducta» (*ibíd.*, «Prólogo», p. 10). Lo que, desde nuestra óptica, es de gran interés porque configura un campo de relaciones constituido por condiciones psicológicas articuladas con formas educativas orientadas a potenciar al sujeto. Es una manifestación de la función que puede cumplir lo normativo para enriquecer la relación del sujeto con su medio.

El paso de lo categorial (como posibilidad de contenido) a los enunciados de predicados afronta el tropiezo de las palabras que pueden empobrecer la potencia de un pensamiento para abrirse desde los significados; lo categorial expresa una lógica de inclusión que, desde premisas articuladoras, permite dar cuenta de las posibilidades de especificación que pueda llegar a tener una determinada situación social. La cuestión estriba en entender que el sujeto, en la construcción de enunciados, no queda subordinado a predicados pre-construidos, lo que plantea formas de construcción sintácticas que den cuenta de un horizonte en expansión que se corresponde con el movimiento interno del propio sujeto.

El problema que afrontamos está en que el pensamiento tiende a reducirse al horizonte de lo ya significado. El pensamiento que busca dar cuenta de lo magmático, surgido de la interioridad, o de lo constituyente, es limitado por el «estrechamiento del decir». Como se ha dicho, «la relación entre pensamiento y palabras no es un hecho sino un proceso, un continuo ir y venir del pensamiento a la palabra y de la palabra al pensamiento».[47] De ahí que el abordaje consista en determinar las «diferentes fases y planos que atraviesa el pensamiento antes de ser formulado en palabras»,[48] que es lo que podemos denominar lo gestante del pensamiento. Pero lo gestante plantea cómo se puede recuperar, en un sujeto ya constituido, lo que Vygotsky describe en los niños como «la totalidad de un complejo significativo», que sólo más tarde «comienza a dominar en diferentes unidades semánticas a los significados de las palabras y a dividir su pensamiento anterior indiferenciado en esas unidades».[49]

En otras palabras, se alude a no pensar en simples objetos para recuperar una unidad inclusiva de referencias; pero especialmente para recuperar en cada idea y palabra su naturaleza procesual o evolutiva, en forma de trascender el error de pensar que «cada pensamiento es una generalización, y estudiar la palabra y el significado sin referirse a su proceso evolutivo».[50]

Lo anterior lo recuperamos en el marco de la problemática de que el significado debe permitir abordar y reconocer al sentido (en función de un contexto particular), así como el reconoci-

47. *Ibíd.*, p. 147.
48. *Ibíd.*
49. *Ibíd.*, p. 148.
50. *Ibíd.*, p. 146.

miento del sentido debe culminar en un significado. Necesidad de sentido que se somete al proceso de transformarse en un significado susceptible de ser inteligible. En el trasfondo de este pensar categorial se plantea una dinámica afectivo-volitiva, como ese subtexto que sirve de puente de entrada al sujeto oculto detrás del discurso. «Todas las oraciones que decimos en la vida real presentan algunos espacios de su texto en ese pensamiento escondido detrás de ellas».[51] Es lo que obliga a encontrar los nudos de las relaciones entre pensamiento y lenguaje en los que se pueda rescatar al sujeto; porque detrás «de cada pensamiento hay una tendencia afectiva-volitiva que implica la respuesta al último porqué del análisis del pensamiento. Una comprensión verdadera y completa del pensamiento del otro es posible sólo cuando comprendemos su base afectiva-volitiva».[52]

Desde esta perspectiva, tiene relevancia la estructura sintáctica que busca encontrar en el predominio del verbo la articulación entre lo gestante (propio del mundo interiorizado), y su expresión inteligible. Se trata de resolver sobre los significados —inteligibles— pero desde las exigencias de la constitución del pensamiento. «Todo el pensamiento crea una relación, realiza una función, resuelve un problema. El fluir del pensamiento no va acompañado de un despliegue simultáneo del lenguaje. Los dos procesos no son idénticos...».[53]

El pensamiento como construcción de esta relación problematizadora, dentro de la cual se pueden contener distintos problemas y, en consecuencia, diferentes funciones, exige de un lenguaje (y de una semiótica) propio, separado del análisis del discurso de significados. Más aún, se hace evidente lo anterior «cuando el proceso del pensamiento se desvía, cuando, como lo dijera Dostoyevski, un pensamiento no se ajusta a las palabras».[54] El pensamiento oculto tras las palabras, como señala Vygotsky, es la base desde la que se plantea la incorporación del sujeto a su discurso, ya que trasciende la forma del discurso de los objetos y se relaciona con la ruptura de los parámetros de las determinaciones.

Las palabras constituyen un campo de potenciación en tanto «la relación entre pensamiento y palabra es un proceso viviente;

---

51. *Ibíd.*, p. 171.
52. *Ibíd.*, p. 172.
53. *Ibíd.*, p. 171.
54. *Ibíd.*

[pues] el pensamiento nace a través de las palabras... [aunque] la conexión entre ellas, sin embargo, no es constante».[55] El problema es que nos coloca en el umbral de un problema más amplio como el de la consciencia, ya que al ser las palabras «reflejo generalizado de la realidad conforman un microcosmos de consciencia humana».[56] De lo que se desprende la cuestión del ángulo para organizar el pensamiento y sus relaciones con el lenguaje a manera de no perder la riqueza de la capacidad de decir.

El pensamiento categorial es la forma de organizar lo normativo de acuerdo con el esfuerzo por agotar la necesidad vital, esto es, lo preformativo de distintas modalidades de discursos propositivos con sus respectivas exigencias de inteligibilidad. En consecuencia, debemos abordar categorías cuya función sea permitirnos colocarnos ante lo real como exigencia de conocimiento posible, sin anticipar resoluciones de contenido.

Esta forma de pensamiento puede asumir modalidades de expresión tan diferentes como pueden ser las matemáticas, que ha descrito Piaget, hasta los lenguajes poéticos, que tienen en común buscar reflejar lo bullente del pensamiento; lo que es congruente con el carácter magmático de lo real y del sujeto para aproximarnos a resolver el problema que plantea para la construcción de enunciados.

Bruner: la historia como exigencia del sujeto

Al formular Vygotsky su modelo de desarrollo desde lo social, según la interpretación de Bruner «no partía de un niño enfrentado con el mundo como problema, sino que concibe al niño desde el principio colaborando con otros, enfrentando a un mundo que es constituyente y está formado por procesos simbólicos», de manera que sobrepasaba la noción simple del condicionamiento como proceso implicado en el aprendizaje.[57]

Se podría decir que la esencia del planteamiento reside en que incorpora dos ideas básicas: la exigencia de lo constituyente y la tendencia del sujeto a la autonomía; pero conformada ésta por el segundo sistema de señales, según lo desarrollado por Luria y

55. *Ibíd.*, p. 175.
56. *Ibíd.*
57. Bruner: *Acción, pensamiento y lenguaje*, p. 37.

Leontiev, que se vincula con el «mundo de la cultura representado por el sistema simbólico». Obliga este planteamiento a investigar los mecanismos cognitivos como procesos y no como simples productos intelectuales incorporados en el lenguaje, lo que está implicando relaciones entre cultura y dinámicas cognitivas.

De ahí que tengamos que volver a la cuestión de lo necesario que subyace a las distintas formas de organización discursiva, para no subordinar a estas formas la actividad fundante del pensar, que es la que permite al hombre romper con las estructuras fijadas de lo decible inteligible. Y así asomarse a lo desconocido separando la creación de mundo de lo que es su posesión en base a observaciones comprobadas. Ello debido a que la realidad «que existe más allá del conocimiento» es un invento, no solamente de los novelistas y de dramaturgos, sino también de la ciencia «[que] también procede construyendo mundos de una manera similar, inventando los hechos (o el universo) con respecto a los cuales debe verificarse la teoría».[58] La realidad no se describe sino que se alza «en el horizonte del relato como motivo de su posición, o, como veremos adelante, de presuposiciones».[59]

Como ha observado Quine, es posible que la física «contenga un 99 % de especulación y un 1 % de observación», aunque la elaboración «de universos implícitos en sus especulaciones es de un tipo diferente de los que se realizan en la construcción de relatos».[60] De ahí que tengamos que invocar los argumentos orientados a esclarecer la realidad como esa necesidad que puede traducirse en distintas modalidades discursivas, obligando a rescatar «la capacidad de ver conexiones formales posibles antes de poder probarlas de cualquier modo formal».[61]

Nos referimos a la facultad de significar realidades antes que encerrarse en los límites cognitivos del lenguaje denotativo, a manera de no reducir el pensamiento a una estructura particular de discurso. El pensar se abre a un abanico de construcciones que exceden las formas del discurso cognitivo, pero siempre que consideremos como punto de partida una forma incluyente de mirar el mundo como la de lo constituyente, abierta a distintas modalidades de apropiación. Decimos lo constituyente por-

---

58. Bruner: *Realidad mental y mundos posibles*, pp. 25-26.
59. *Ibíd.*, p. 26.
60. *Ibíd.*
61. *Ibíd.*, p. 25.

que está en relación con lo indeterminado en tanto horizonte posible de determinarse, en razón de que en el inicio de cualquier esfuerzo por encontrarse ante lo real prima el esfuerzo por rodearse de realidades antes que de la exigencia metódica por transformarla en objeto propio de un discurso denotativo particular. Ello significa dar preeminencia al esfuerzo por rescatar al sujeto antes que al simple conocer-explicar objetos.

La intención de dar cuenta de lo real puede ser parte de «un sistema de categorías en función del cual se organiza la experiencia»,[62] pero que puede trascender al «sistema de categorías de la causalidad», en la medida en que privilegiemos la necesidad de mirar por encima de la de explicar. El esfuerzo por colocar en el centro del debate al sujeto implica que el concepto mismo de conocer se ha ampliado a un juego lógico y estético, de prueba y asombro, de certezas y de desafíos a la imaginación para vislumbrar posibilidades que involucren también a la voluntad de construir desde sentidos.

Aunque parezca extraño no podemos dejar de pensar en ese reclamo de Bruner por el juego, quizá en correspondencia con la idea del *Homo ludens* de Huizinga, cuando volvía sobre la necesidad del juego, «de un juego más elaborado, más rico y más prolongado (para dar lugar a que crezcan seres humanos más completos que los que se desarrollan en medio de un juego empobrecido, cambiante y aburrido)... [pues] el juego no es sólo infantil. Jugar, para el niño y para el adulto [...] es una forma de utilizar la mente e incluso mejor, una actividad sobre cómo utilizar la mente».[63]

Nos preocupa impulsar la capacidad del sujeto para construir espacios en los que se pueda desplegar, en forma de comprometer «conjuntamente el plano de la acción y de la subjetividad de los protagonistas».[64] Se aúna el plano de la externalidad con el interno del sujeto en cuanto capacidad para reconocer a aquélla y reactuar ante sus desafíos. Y de esta manera afrontar las desviaciones tecnológicas (más bien, tecnocráticas) en el desenvolvimiento del sujeto, especialmente en una época «madura para convertir las premisas de la filosofía técnica en modelos de culturas populares».[65] El desafío consiste en liberar al hombre

62. *Ibíd.*, p. 30.
63. Bruner: *Acción pensamiento y lenguajes*, *op. cit.*, p. 219.
64. Bruner: *Realidad mental y mundos posibles*, p. 32.
65. *Ibíd.*, p. 141.

de los límites de las lógicas de apropiación, ensanchando su capacidad más allá de estos límites, recuperando la idea del hombre como constructor que equilibre la dimensión de apropiación cognitiva y operativa con otras de índole gnoseológica, como las propias de los lenguajes simbólicos.

Estamos colocados ante una capacidad más amplia que incluye posibilidades diversas de inserción en el momento histórico, en vez de limitarse a la habilidad para resolver acerca de la apropiación de lo externo, como se ha venido acuñando desde Bacon; aunque coincidimos con éste en que la capacidad de construcción del hombre puede conducirlo a «liberarse de antiguas concepciones del destino».[66] Es la libertad que nace de reconocer lo posible de ser según el hacer; pero también de cómo el hacer constituye un modo de ser si concordamos que el ser posible no se agota en las posibilidades del hacer.

Podemos concluir que de lo que decimos se desprende una necesaria complejización de la noción de verdad, en tanto ya no se restringe a una cuestión de correspondencia, porque abarca la posibilidad de desenvolvimiento del sujeto con todos sus desafíos subjetivos. «Una vez abandonada la idea de una realidad prístina perdemos el criterio de correspondencia como el modo de distinguir los modelos verdaderos de los modelos falsos del mundo»,[67] planteándose la cuestión de cómo protegernos del «galopante relativismo que nos amenaza». Para lo cual es posible recurrir al planteamiento de Nelson Goodman.

De acuerdo con este autor, es necesario distinguir entre versión y mundos, donde lo importante no reside en el criterio «de la relación entre una versión y su referente externo», sino en la «coherencia» de la versión; aunque tampoco esto sea suficiente, ya que «una versión falsa o equivocada puede ser coherente al igual que una correcta», por lo que se requiere tomar en cuenta «otras condiciones». Consideración que alude «a la cuestión de determinar qué es lo que hace que una versión del mundo sea correcta y otra no». En este marco, se plantea que puede haber «verdades contradictorias», porque «son verdades en mundos diferentes» de forma que «hay versiones verdaderas contradic-

66. *Ibíd.*
67. *Ibíd.*, p. 106.

torias que no pueden ser verdaderas en el mismo mundo, por lo tanto debe haber muchos mundos».[68]

La discusión busca desplazar la lógica de la correspondencia por la de la construcción de sentidos, a modo de permitirnos vislumbrar espacios de posibilidades para los sujetos. La verdad deviene, en este marco, en función de una construcción de realidad según opciones: es la verdad del mundo socio-cultural que alude a campos de alternativas donde «la externalidad» se transforma en un contorno donde tiene lugar la construcción de diferentes opciones.[69]

Si la verdad deviene en una construcción entre opciones, significa que consiste en la potenciación de lo necesario-posible de potenciarse en una determinada dirección, vinculando a lo necesario-posible de un determinado contorno (como externalidad) con la capacidad de reconocer opciones posibles de construcción por el (o los) sujeto(s). De ahí que tengamos que distinguir entre contenidos potenciables, en determinados marcos de opciones, y lo que son los ángulos desde los cuales se pueden reconocer estas posibilidades; por eso, la realidad deviene en el espacio que resulta de la interrelación entre proyectos asociados a distintos sujetos en el afán de desplegarse.

En este marco, la idea de progreso se tiene que concebir como una ampliación de los espacios de posibilidades, lo que representa un desafío para todo el sujeto, no solamente para determinadas facultades suyas, como puede ser el entendimiento; aunque debemos tomar en cuenta un cierto equilibrio entre la capacidad cognitiva y práctica y la colocación, por ser ésta la capacidad para reconocer posibilidades de sentido (mundos) en un entramado de mundos a que dan lugar las múltiples relaciones entre sujetos y sus proyectos. Y que permite recuperar la noción de mente «como un instrumento para producir mundos»[70] vincula-

---

68. *Ibíd.*

69. Esta situación exige cambios en la definición de los parámetros relativos a temas tales como objetividad, relación de conocimiento, pensamiento racional y teoría. De ahí que el proceso de construcción de conocimiento trasciende al producto para ubicarse más allá del principio de identidad. Se puede validar, por lo tanto, la afirmación de Goodman de que construimos mundos con la ayuda de sistemas simbólicos actuando sobre un «mundo dado» que damos por supuesto. Desde un punto de vista cognitivo es más correcta, quizá, de lo que Goodman mismo está dispuesto a admitir cuando sostiene medio en broma que la distinción entre «versión» y «mundo» se diluye cuando se observa de cerca. *Ibíd.*, p. 107.

70. *Ibíd.*, p. 111.

da con la idea de que la externalidad es un conjunto de espacios de posibilidades desde los que poder construir mundos que concreticen los contenidos según las opciones elegidas.

Se parte de la necesidad de una voluntad de construcción que se corresponda con una forma de consciencia acerca de las posibilidades, pero que excede los límites de la función cognitiva. Nos ubicamos en la situación de una relación de conocimiento mucho más amplia, que es la propia de la consciencia histórica. Bruner lo señala cuando, citando a Goodman, afirma que «llegar a comprender una pintura o una sinfonía de un estilo no conocido, reconocer el trabajo de un artista o una escuela, ver u oír de manera nueva, es un logro tan cognitivo como el de aprender a leer o escribir», considerando que «tanto la ciencia como el arte consisten en gran medida en el procesamiento de símbolos, el análisis y la clasificación de los tipos de sistemas simbólicos...».[71] Se conforma así una red de planos relacionados que requieren de una epistemología abarcadora o, en nuestros términos, articuladora de planos constitutivos de un momento histórico sin quedar atrapada en los límites de determinados tipos de lenguajes.

Goodman habla de una filosofía de la comprensión «tan pluralista que no se puede evaluar exactamente su alcance sin considerar su poder sobre los muchos mundos con los cuales se relaciona: el análisis de la pintura, del movimiento visual aparente, de la ordenación en la narrativa pictórica, de la estructura de los sistemas lingüísticos, de la creación de ficciones como Don Quijote o de sistemas de postulados para definir puntos en el espacio».[72] Pero no se trata, exclusivamente, de la producción de mundos sino de reconocer diversos modos de resolver lo que se refiere a la necesidad de decir, que un momento plantea, en forma de abrir el abanico de lenguajes posibles mediante los que se pueda trasmitir la necesidad de universos de significación.

No se circunscribe el problema a la comprensión de un momento cultural, sino a profundizar en la necesidad que hace a una época transformándola en el ángulo desde donde utilizar el o los lenguajes. No se trata tanto de desarrollar una suerte de hermenéutica de los símbolos como de reconocer las posibilidades de vida, o de despliegue, que se contienen en esos mundos de

71. *Ibíd.*
72. *Ibíd.*

símbolos en forma de enriquecer la capacidad de despliegue del sujeto: hacer de la potencialidad actos de potenciación.

En suma, se plantea la transformación de la historia (como conjunto de cristalizaciones) en experiencias del sujeto. Y desde esta perspectiva impulsar una consciencia de inclusión que permita contestar preguntas como las siguientes: ¿cuántos mundos somos en un mundo dado?; ¿desde dónde los creamos?; ¿por qué los creamos?; ¿cuáles son las necesidades que se plasman en su construcción?; ¿y cómo surgen estas necesidades?[73]

Relación entre Piaget, Vygotsky y Bruner

De la discusión resulta una articulación para dar cuenta del desafío de afrontar la realidad y transformarla en ámbitos de sentido, lo que tiene consecuencias sobre el sujeto y su desenvolvimiento. Como sostiene Bruner, «siempre será difícil poder concluir algo sobre el curso natural del desarrollo humano y, sobre todo, sobre la política que fomenta dicho desarrollo»;[74] porque «los problemas sobre el desarrollo humano son políticos, expresión de lo que valoramos y a lo que aspiramos».[75]

Discusión que alude a los dinamismos que mueven el desenvolvimiento del sujeto. Piaget ha impuesto «interpretaciones de la mente y del desarrollo sincrónicos y no históricos», pero sin descartar «lo irracional [que] tiene una lógica implacable que podrá comprenderse científicamente sin condenarla»;[76] Vygotsky, por su parte, «formuló una tensión generativa en la que el hom-

---

73. En relación con lo anterior se puede pensar en lo que ocurre en la actualidad con la cultura. Lo ha destacado Mario Vargas Llosa en un artículo sobre Alfonso Reyes, en un comentario a las obras completas de este autor publicadas por el Fondo de Cultura Económica, al resaltar el papel de Reyes y otros autores como Pedro Henríquez Ureña, Ortega y Gasset, como «personaje fuente que conjugaba la academia con el diario, la sabiduría universal con la inteligibilidad del artículo o el ensayo que llega al lector común...». Gracias a los cuales «la cultura mantuvo una cierta unidad y contaminó a un amplio sector del público profano, ese que ha dado hoy la espalda a los libros y a las ideas y se ha refugiado en las adormecedoras imágenes...». En nuestro tiempo, es fundamental lo que sostenemos, cuando «los escritores y los académicos se mantienen por lo general confinados en sus dominios reservados y los periodistas en el suyo, y la cultura se ha vuelto también una especialidad, que el profesor mira de lejos, como con desconfianza, sin saber muy bien qué es ni para qué sirve».

74. Bruner: *Acción, pensamiento y lenguaje*, *op. cit.*, p. 39.

75. *Ibíd.*

76. *Ibíd.*, p. 38.

bre es ayudado por la sociedad para desarrollarse plenamente»; aunque lo más importante está en el «principio de espontaneidad en la consciencia y en la reflexión que permitía avanzar a un nivel superior»; siendo los medios «para ello tanto el lenguaje como la forma en que éste nos relaciona, al mismo tiempo, con la cultura y nos permite trasmitirla», concibiendo, en consecuencia, a «la cultura como capacitadora».

Ello lleva a plantear «que era posible cambiar la mentalidad campesina por medio de la instrucción en las granjas colectivas»;[77] en cambio, para Piaget su atención está centrada «en los esfuerzos del hombre por crear o construir una concepción del mundo en la ciencia y en la filosofía», en la medida en que sus proposiciones «no tenían como objetivo ser clasificadas como absurdas o verificables sino como claves que nos permiten llegar a la estructura y presuposiciones que subyacen a estas proposiciones».[78] Con lo que se refuerza «una teoría de los estadios» que conduce a «descartar como irrelevante para su teoría los resultados de los experimentos de "entrenamiento" diseñados para alterar o acelerar el proceso del desarrollo».[79]

En estos términos resulta que el proceso de desarrollo tiene lugar, para algunos autores, dentro del sujeto por su naturaleza psicogenética, mientras que para otros es susceptible de ser potenciado desde condiciones externas. Uno de los mecanismos principales para hacer efectiva la activación es el lenguaje, en la medida en que éste cumple la función de relacionar al sujeto con la cultura; donde la singularidad del dinamismo consiste en una ampliación de la subjetividad y, en consecuencia, del propio ámbito de lo social. La potenciación del sujeto, por lo tanto, se traduce en una ampliación de su campo de realidad, ya que ésta deviene en un contorno en el que desplegarse como sujeto con todas sus facultades.

En este sentido, se plantea el papel que puede cumplir el contexto social, como situación de interacción del sujeto, para lo que son centrales las formas de organizar la mirada sobre aquél, que pueden ser o atomizadas o bien articuladas, revistiendo la articulación la función de ángulo de inclusión que permite considerar la riqueza del contexto como espacio de posibilidades.

---

77. *Ibíd.*
78. *Ibíd.*
79. *Ibíd.*

En base a consideraciones como las anteriores, podemos apropiarnos del planteamiento de Vygotsky acerca de la zona del desarrollo próxima, o desarrollo potencial (ZDP), en tanto «capacidad diferencial del niño para captar y utilizar las señales e instrucciones de aquellos que son más eruditos, más conscientes y más expertos que él...»; el ZDP «como el *modus experandi* (forma de experimentar) del niño para lograr su capacidad intelectual».[80] Y que desde la perspectiva de la potenciación de lo potenciable se puede relacionar con la riqueza de la relación del sujeto con su contexto, en términos de su mayor o menor complejidad, ya sea que consista en un colocarse ante las circunstancias, o bien quedar determinado por éstas.[81]

La colocación consiste en una visión trascendente de lo dado para distanciarse de la inmediatez de las circunstancias. Visión que coincide con la lectura utópica de la realidad en tanto sugiere un espacio que conforma un ángulo desde el que tensionar lo dado desde posibilidades que, pudiendo comenzar siendo simples manifestaciones de valores, o incluso de deseo, pueden llegar a transformarse en construcciones viables. En esta dirección, podemos visualizar la relación del juego con la utopía, a partir de «que una de las características del juego es que no está excesivamente vinculado a sus resultados», en razón de que es parte de sus reglas «modificar aquello que [se] está tratando de lograr», permitiendo que las palabras sustituyan a los objetivos iniciales.[82] Más aún, la utopía forma parte de ese juego de gran placer, como lo propio del grupo en el que «incluso los obstáculos que, con frecuencia, establecemos [...] nos proporcionan un gran placer cuando logramos superarlos»;[83] aunque en la utopía no solamente se produce «una proyección del mundo interior, que se contrapone al aprendizaje», sino también «se interioriza el mundo externo hasta llegar a hacerlo parte de uno mismo».

En el caso de la utopía, lo anterior no es privativo del individuo sino que se hace extensivo al sujeto colectivo, en la medida en que cumple la función de distanciamiento de las circunstan-

80. *Ibíd.*, p. 35.

81. Lo anterior influye sobre el proceso de formación del sujeto, ya sea que se entienda como capacidad de colocación, a través de un uso creativo del lenguaje, o bien se trate de un proceso de aprendizaje pasivo donde, en el mejor de los casos, se apoye la capacidad estrictamente instrumental-operativa del sujeto.

82. Bruner: *Acción, pensamiento y lenguaje*, p. 212.

83. *Ibíd.*

cias. Por lo tanto, la utopía es una condición para colocarse que provoca una ampliación de la subjetividad y con ello una potenciación del sujeto, pero siempre en el contexto de valores culturales. De ahí que también la utopía constituya una forma de lectura epistémica de los valores y un enriquecimiento de la forma de pensar desde las matrices histórico-culturales. Por eso no podemos, en este sentido, dejar de considerar la observación de Bruner «de que la inteligencia es en gran medida la interiorización de instrumentos proporcionados por una cultura dada»;[84] pero donde resulta central la discusión tecnológica, así como la del estado de la sensación y la percepción, ya que «tanto los hábitos perceptivos como los verbales podrán variar radicalmente de una cultura a otra».[85]

Resulta que «la percepción [es] fundamental para la comprensión de cualquier proceso psicológico que implique una respuesta al mundo exterior».[86]

El problema se encuentra en que «miembros de distintas culturas defieren en las inferencias que extraen de las claves perceptivas», lo que sugiere «la importancia de estudiar más directamente la forma por la cual las claves se asimilan a distintos esquemas en diferentes culturas, produciendo amplias diferencias culturales».[87] Lo que es parte de la historización de los dinamismos psicogenéticos.

Lo que decimos tiene relación con la colocación y las mediaciones que operan según sea utilizado el lenguaje, ya que éste puede distanciarnos del contexto en el cual el sujeto puede desarrollar sus capacidades de despliegue. Como observa Bruner, «la escritura es un entramado en la utilización de contextos lingüísticos que son independientes de los referentes inmediatos», lo que es coincidente con la idea de Vygotsky de que «el lenguaje escrito proporciona la oportunidad de separar el lenguaje del contexto inmediato de referencias».[88]

---

84. *Ibíd.*, p. 150.
85. *Ibíd.*
86. *Ibíd.*, p. 151.
87. *Ibíd.*
88. «Las complicaciones que se derivan consisten en que los contextos lingüísticos pueden modificarse más fácilmente que los reales» (Bruner: *Acción, pensamiento y lenguaje*, p. 167). Por lo tanto, el lenguaje puede no expresar el contexto aunque sí crear un contexto. Nos enfrentamos con la relación de conocimiento que el sujeto sea capaz de construir, que sea pertinente para la necesidad del momento desde el cual piensa y

Parece lógico interpretar esta discusión como parte de la problemática de la autonomía del sujeto, especialmente en lo que concierne a la imposición de significados que predeterminan una relación con el contexto. Afirmar lo anterior supone separar el pensamiento del contenido de los objetos para recuperar su capacidad de rompimiento de los límites de los universos semánticamente organizados. «Una vez que el pensamiento se ha disociado de sus objetos, aparece la etapa en la que los procesos simbólicos pueden superar ese hecho concreto y el pensamiento funcionar en términos de posibilidad más que de actualidad»;[89] en otras palabras, «la representación simbólica puede sobrepasar las capacidades de un sistema icónico» (utilizando los términos de Bruner) abriéndose «el camino al estadio piagetiano de las operaciones formales en el cual lo real se convierte sólo en un subgrupo de lo posible».[90] Lo que es parte central del proceso que hemos definido como post-formativo en la acepción de la epistemología genética.[91]

En efecto, el lenguaje puede expresar un contexto según parámetros axiológicos o histórico-sociales sobre-impuestos, o bien crear espacios de significación. La función del pensamiento categorial es recuperar la capacidad para construir significados, o de resignificar los establecidos según las exigencias contextuales o del momento histórico.

Desde esta perspectiva, podemos sostener que el paso de lo icónico a lo simbólico se relaciona con el desarrollo de la capacidad para articular la inclusión de planos, a manera de subordinar la lógica del predicado sobre objetos a la potencialidad, en base a reconocer lo potenciable que se relaciona con lo indeter-

---

habla. En este contexto cabría discutir la desvinculación del contexto que alcanzan ciertos «modos gramaticales [que] parecen favorecer el desarrollo de las estructuras superordenadoras utilizadas por los niños escolarizados» (*ibíd.*). Se ha entendido que la estructura de los agrupamientos de equivalencia se hacía con la edad cada vez más superordenadora y menos compleja y temática. La estructura superordenadora no es la misma que el uso de una palabra general o superordenadora. El atributo que organiza —grupos superordenadores— puede ser general o específico, pero debe ser explícitamente formulado para ser compartido por cada miembro del grupo en cuestión. Por lo tanto, «todos son del mismo color», tendrá el mismo *status* estructural que «todos son rojos». *Ibíd.*, p. 168.

89. *Ibíd.*

90. *Ibíd.*, p. 169.

91. Cfr. lo que afirmamos con las propuestas de Bernard Schwartz sobre la formación de adultos en su texto «Modernización sin exclusión».

minado; planteamiento que muestra al sujeto en su capacidad de autonomía respecto de sus determinaciones.

Volvemos a plantear la cuestión de la potencialidad del sujeto que se vincula en Bruner con la capacidad de inclusión del sujeto. Se parte de comprender el enriquecimiento del pensamiento desde la historia de la sociedad y del conocimiento, en la medida en que «la sociedad proporciona un equipo de conceptos e ideas y teorías que nos permiten ascender a estratos mentales superiores»;[92] agrega la siguiente cita de Vygotsky: «los nuevos conceptos superiores transforman a su vez el significado de los inferiores. El adolescente que ha dominado los conceptos algebraicos ha ganado una posición ventajosa desde la cual ve los conceptos aritméticos desde una perspectiva más amplia»; por consiguiente, «se aborda el proceso de la mente reflejándose a sí mismo», dando lugar a la función de la consciencia «que cumple una vasta función».[93] No obstante, según Vygotsky, la consciencia surge «después de haber sido usada y practicada inconsciente y espontáneamente», sugiriendo que «antes del desarrollo del control consciente, autodirigido, la acción es [...] una respuesta más directa o menos mediata al mundo».[94]

Pensamos en el tránsito de pasar desde una práctica asociada a conceptos socializados a prácticas que forman parte de una mayor complejidad que puede alcanzar la relación entre conceptos, pero que, en su articulación, van conformando nuevos espacios de posibilidades que hacen, a su vez, las condiciones para impulsar un mayor desarrollo de la consciencia. Es una expresión de la potencialidad para desarrollar la autonomía mediante el fortalecimiento de la capacidad de reactuación a partir de espacios de posibilidades. Con lo que regresamos a lo que señalábamos, en relación con las *Tesis de Feuerbach*, acerca de que el hombre, simultáneamente con estar determinado, también crea sus determinaciones; pero que, desde la problemática de estos autores, se puede relacionar también con el principio de

92. Bruner: *Realidad mental y mundos posibles*, p. 82.

93. *Ibíd.*, p. 83.

94. Se plantea una cuestión relativa a la autonomía del sujeto que podemos relacionar con la zona de desarrollo próximo (ZDP), que es «la distancia entre el nivel de desarrollo real determinado por la solución independiente de los problemas y el nivel de desarrollo potencial determinado por la solución de los problemas con la guía de un adulto o en colaboración con pares más capaces»; de manera que «el único buen aprendizaje es aquel que se adelanta al desarrollo». *Ibíd.*

espontaneidad de Vygotsky, retomado por Bruner, el cual «explica la creatividad y la capacidad generatriz de los asuntos humanos más allá del determinismo histórico».[95]

Se pueden plantear, en este sentido, la existencia de cierres y aperturas en el contexto del sujeto. Esto se relaciona con la capacidad de reflexión sobre nuestros actos como funcionamiento de la actividad meta-cognitiva (autocontrol y autocorrección... «la cual varía de acuerdo con el marco cultural») y «puede enseñarse con buenos resultados»;[96] ya que, si bien reconoce su origen «como una disposición biológica basada en la apreciación prístina de otras mentes, se ve luego reforzada y enriquecida por las facultades de calibración que brinda el lenguaje»,[97] según las posibilidades que proporciona la cultura en la que se producen esas transacciones meta-cognitivas. Se resalta la importancia del lenguaje como espacio desde donde se puede enriquecer la disposición del sujeto para incrementar su capacidad para construir espacios para desde ellos reactuar ante las determinaciones;[98] proceso sobre el cual tienen influencia los patrones culturales.

La realidad deviene en las posibilidades que esperan sus formas desde la condición preformativa de los espacios de posibilidades, que no se restringen al principio de determinación. De ahí que la interpretación acerca del mundo no puede entenderse como reflejando un mundo prístino «real», «que está allá afuera», primero, porque ese mundo real no sólo está indeterminado, epistémicamente, sino, además, está vacío como acto de fe, en cuanto «que el significado (o la realidad, porque al final los dos son indiferenciables) es un acto que refleja la intencionali-

---

95. *Ibíd.*, p. 87.

96. *Ibíd.*, p. 76.

97. *Ibíd.*, p. 77.

98. «El lenguaje, cualquiera que sea el uso a que se lo destine, tiene la característica de estar organizado en diferentes niveles, cada uno de los cuales proporciona constituyentes para el nivel inmediatamente superior»; estando «cada nivel regido por el nivel superior a él», de forma que «los intentos por comprender cualquiera de ellos aisladamente han fracasado» (*ibíd.*, p. 33). Hablamos de «los sonidos del aula [...] hasta las situaciones de los actos de habla y el discurso», por lo que es pertinente la relación entre la naturaleza del acto de pensar y sus formas de enunciación para garantizar no quedarse limitado a determinados parámetros de significación; y, en consecuencia, avanzar en la constitución de un lenguaje gestador de nuevos mundos, pero que también sea capaz de traspasar la condición de simple denotación (determinación de contenidos de objetos) a manera de, parafraseando a Goodman, llegar a producir que lo que quede sean efectos «en las entrañas de lo viviente». *Ibíd.*, p. 148.

dad humana y no puede ser juzgado por su corrección independientemente de ella».[99]

Por eso, la relación con la externalidad conforma ámbitos de posibilidades que requieren del sujeto disposición y capacidad para ocuparlos. Ello supone ir más allá de una concepción del contexto como conjunto de objetos, ya que exige comprender la relación con el contexto como una articulación de relaciones, entre las que cabe distinguir las relaciones de *estar en* ciertas determinaciones (propias de la apropiación), y las *relaciones ante* las circunstancias, centradas en la necesidad de realidad pero desde horizontes de sentido.

En esta línea de argumentación, la potencia del sujeto es el despliegue según la naturaleza de su relación con el contexto; pero también el despliegue es la capacidad para ser sujeto a pesar del contorno socio-cultural. Surge entonces la pregunta acerca de cuáles son las condiciones que impone la sociedad para ser sujeto, lo que obliga a abordar la naturaleza que asumen las formas colectivas como espacios compartidos con sus particulares nudos de activación.

Surge el problema de la necesidad de definir criterios de construcción de conceptos privilegiando el ángulo antes que los contenidos para dejar, para un segundo momento, la tentación por construir predicados atributivos de propiedades. Es el caso de criterios como el de inclusión de niveles de realidad en los que se puede dar el despliegue del sujeto; lo cual exige poner la atención en la construcción de la relación de conocimiento, en tanto ángulo que recorta la realidad desde un sentido, antes que en objetos con atributos particulares.

Frankl: de la necesidad de espíritu

La humanidad que somos es parte de lo que no se tiene consciencia, porque no siempre se puede reducir a objetos. De ahí que el rescate del sujeto se organice desde su existencialidad en tanto necesidad de sentidos. Como ha señalado Frankl, «las bases espirituales de la existencia humana son, en último término, inconscientes [...] en sus orígenes el espíritu humano es un espí-

99. *Ibíd.*, p. 159.

ritu inconsciente»;[100] de manera que el inconsciente deviene en necesidades de sentidos que pueden dar lugar a un simple estar siendo, o bien a una transformación de este estar siendo en objetos de consciencia.

Desde la necesidad de espíritu, el pensar surge antes que el objeto sobre el que se quiere pensar. Es por ello que se plantea la transformación de sentidos posibles en contenidos, de acuerdo con las posibilidades del lenguaje como mecanismo de objetivación. Antes de ser objetivado en contenido, el pensar expresa un modo de estar en el momento que es la presencia del momento como contorno de existencialidad; de ahí que el momento histórico devenga en una suerte de caudal de pensamientos no cristalizados.

La existencia y la historia son situaciones vividas que requieren de un plus que apunta a la necesidad de sentido que hace que la existencia sea existenciable, y la historia historizable. Pues, «no únicamente la cualidad de libertad del hombre requiere un referente intencional, sino también la de responsabilidad»; porque así como la libertad «poco significa, por no decir casi nada, sin un respecto a qué, la responsabilidad también resulta incompleta sin un hacia qué».[101] Es la historia como posibilidad de existencia nueva y la existencia como historia posible, que reconoce como fundamento asumirse como sujeto desde lo indeterminado.

Esta asunción del sujeto representa la profunda necesidad del ser humano de romper con los límites, que se hunde en el ser inconsciente como hontanar de existencia no sometida a los frenos de la consciencia. El sujeto no consiste solamente en un hacer consciente sino en el desarrollo de actos en que se expresa no la consciencia sino la necesidad de consciencia; por ello la historicidad del sujeto se corresponde con la necesidad de historizarse.

«Lo que se revela a la consciencia es lo que es [...] lo que se trae a la consciencia no es algo que es, sino algo que debería ser»; pero entendiendo que «algo que simplemente debe ser no es algo real, no es actualidad, sino mera posibilidad (aunque en un sentido más amplio y más ético, tal posibilidad puede representar una necesidad)».[102] Nos referimos al movimiento de la historia como adecuación y potenciación que se resuelve en la voluntad de construcción en base a sentidos posibles.

---

100. Frankl, *op. cit.*, p. 46.
101. *Ibíd.*, p. 77.
102. *Ibíd.*, p. 50.

Es por eso que Jean Paul Sartre, en una interpretación romántica del protagonismo, «creía que el hombre puede elegir y diseñarse a sí mismo creando sus propios parámetros [...] que el hombre se proyecta a sí mismo —se empuja hacia delante, hacia arriba—de la nada».[103] Es la consciencia como necesidad de consciencia que expresa lo inagotable del es-ser, que remite a la idea de que las bases espirituales de la existencia humana son inconscientes, porque ésta permanece «como fenómeno imposible de analizar, irreducible»;[104] por eso, antes que hablar de objetos y de las formas de su apropiación es mejor hablar de necesidad de espíritu, de la necesidad de pensar, que obliga a historizarnos en cuanto consciencia del estar siendo desde la incompletud del ser humano.

No obstante, los hombres tienden a reducirse a una identidad que es el producto configurado por las condiciones que, en forma más o menos inmediata, nos determinan: los roles o funciones que cumplimos que no son sino máscaras de la necesidad o no necesidad de ser sujeto. Es el drama al que pretenden dar respuesta autores que apuestan por la rebeldía o, más bien, por la potenciación del ser humano, como es el caso de Nietzsche o de Bakunin.

Surge un vacío existencial como falta de sentido; vacío existencial que se concibe «como una prerrogativa y privilegio del hombre, no sólo esta búsqueda de sentido sino además la capacidad de preguntarnos si este sentido existe realmente o no».[105] Que se vincula con la problemática de concebir a la externalidad que rodea al sujeto como ámbito de sentido, donde los contenidos de verdad, que puede construir el hombre, responden a la necesidad de vivirse. Significa transformar a la verdad en una realidad de sentido como resultado de la capacidad de despliegue del sujeto, ya que en su curso éste va construyendo realidades; por lo tanto, se corresponde con su historización.

Argumentación que lleva a «referirnos a posibilidades más que a actualizaciones», porque nos coloca en los marcos de la potenciación del sujeto, en vez de ubicar la reflexión sobre el sujeto en la perspectiva propia de la explicación y/o de la determinación. «Es tarea de la consciencia revelar al hombre su *unum necesse*, la unión necesaria [...] que es la única posibilidad que tiene la persona de

103. *Ibíd.*, p. 78.
104. *Ibíd.*, p. 46.
105. *Ibíd.*, p. 186.

hacer realidad una determinada situación.»[106] Y que es, al decir de Frankl, un «común denominador entre amor y consciencia».

Es lo real como necesidad de despliegue del sujeto, por lo que ésta no se reduce a los límites de los objetos en su relación con las externalidades; más bien se abre al espacio que coloca al sujeto, no solamente en las circunstancias, sino ante ellas. La cuestión es si esta colocación expresa una capacidad intuitiva del sujeto, o es concebible también como acto de decisión.

De acuerdo con Frankl, encontramos que no se puede considerar la consciencia únicamente en términos de su facticidad psicológica, sino «[...] pasar también a concebirla en su esencia trascendente». «Sólo podré ser viviente de mi consciencia cuando mi diálogo con la consciencia sea un verdadero diálogo, y no un simple monólogo. Y esto podrá darse únicamente cuando mi consciencia trascienda a mi *self*, cuando sea el mediador de algo diferente a mi *self*».[107] Es la consciencia como presencia de lo no dado: necesidad de espacio, abertura de las determinaciones, voluntad de construirse como sujeto, porque no está agotado en sus límites, ni menos en la identidad en que se refugia que responde a particulares determinaciones.

En este marco, es pertinente recuperar la noción de trascendencia, en la perspectiva de Jung, cuando sostiene que la religiosidad no está estrictamente ligada a los arquetipos religiosos, que pertenecen al inconsciente colectivo, sino a la capacidad de decisión personal que puede tomar el hombre. La capacidad para colocarse ante sus circunstancias (que es algo más que la manifestación de su capacidad intelectual) que obliga a pensar al sujeto desde la perspectiva de una teoría de las motivaciones que no se restrinja a girar en torno al principio del placer de Freud, o al deseo de superioridad de Adler. Nos remite a «la psicología de alturas» de Frankl para tomar en cuenta «las llamadas altas aspiraciones de la psique humana, no sólo la búsqueda de placer o de poder en el hombre sino también su búsqueda de sentido».[108] Centrarse en lo que Frankl llama «el deseo de significados» que se condensa en el esfuerzo del hombre por encontrar y construir sentido a las situaciones cotidianas de su vida.

---

106. *Ibíd.*, p. 51.
107. *Ibíd.*, p. 72.
108. *Ibíd.*, p. 185.

Esta búsqueda es lo que lleva a fundar la existencia humana en la idea de responsabilidad, «existencialmente responsable», que se aleja de la interpretación «atomista, energética y mecanicista del ser humano», propia del psicoanálisis, que, por lo mismo, se define como «el automatón de un aparato físico». El análisis existencial, en cambio, está basado «en la autonomía de la existencia espiritual», en la medida en que «lo espiritual es lo que hay de humano en el hombre».[109] Idea de responsabilidad que compromete a todo el sujeto, pues a la pregunta acerca del sentido de la vida el hombre tiene que contestarla «con una respuesta que sea su vida misma».[110]

Se desprende de esta argumentación que la naturaleza espiritual de la existencia humana no se puede abordar desde la distinción entre lo consciente y lo inconsciente, aunque sí a partir de la diferencia entre lo que es espiritual o instintivo. La cual cumple una función en la capacidad de reactuación del sujeto al no restringirse a las posibilidades definidas por las determinaciones dominantes.

«El verdadero criterio de la existencia auténticamente humana está en discernir si un determinado fenómeno es espiritual o instintivo, mientras que saber si es consciente o inconsciente se convierte en algo relativamente irrelevante»;[111] en razón a que el ser humano, en contra de lo que piensa el psicoanálisis, «no está determinado por sus impulsos, sino que decide lo que va a hacer».[112] Se construye y reconstruye trasgrediendo sus propias determinaciones, por lo cual nos encontramos ante el problema de que la consciencia se encuentra en el fondo de la psicología profunda, «en lo más profundo de su espíritu».[113] Es la base de los esfuerzos para potenciar al sujeto, a manera de sedimentar su capacidad para actuar y reactuar desde su misma autonomía, como la que constituye la necesidad de existir y, en consecuencia, de pensar, porque la «existencia humana existe más en acción que en reflejo».[114]

La importancia de la consciencia se ubica en el plano de profundidad de lo espiritual en vez de lo puramente instintivo, lo

---

109. *Ibíd.*, p. 35.
110. *Ibíd.*, p. 36.
111. *Ibíd.*, p. 40.
112. *Ibíd.*, p. 41.
113. *Ibíd.*, p. 45.
114. *Ibíd.*

que refiere a su capacidad para trascender lo que se muestra en lo dado; porque «la consciencia está atenta a la germinalidad de las posibilidades durmientes en cada situación cotidiana».[115] Desde allí es plausible reconocer los espacios de despliegue del sujeto que, muchas veces, están más allá de los límites de lo que se establece por el conocimiento. «No es posible explicarlo todo en términos absolutamente comprensibles»,[116] tal como lo requiere el plano intelectual, aunque debemos reconocer que lo que no sea «conocible» no significa que no pueda ser pensable según otras facultades del sujeto distintas a las de su entendimiento analítico.

De los tres caminos que define Frankl: el primero, cumplir un deber o crear un trabajo, el segundo, experimentar algo o encontrarse con alguien, nos ubicamos en el tercero, enfrentarse «a un destino que no podemos cambiar, estamos llamados a dar lo mejor de nosotros mismos, elevándonos por encima de nosotros mismos y creciendo más allá de nosotros mismos».[117] El meollo está en no quedarse atrapado por el pensamiento analítico reemplazándolo por una relación de conocimiento que cumpla la función de colocar al sujeto en la búsqueda de sentidos; por lo tanto, que incluya otros lenguajes diferentes a los nomológicos.

En esta dirección tenemos que abordar la continuidad-discontinuidad entre lo cognoscible y lo pensable. Lo irracional se organiza en base a relaciones de conocimiento que no dan lugar a teorías explicativas, en virtud de ser los ámbitos de lo «creíble», como afirma Frankl, o lo propio de visiones y mitos, pero no por ello deja de ser parte de la capacidad del hombre para colocarse ante sus misterios. Por ello, la incorporación de lo no cognitivo, de lo existencial, cumple la función epistémica de incorporar la transitoriedad de la vida, de su misma mortalidad; pero más que nada la función epistémica de la ética como forma de consciencia acerca de la incompletud insondable que caracteriza a la condición humana. Es el hombre que se yergue en la medida en que se construye, siempre a la espera.

---

115. *Ibíd.*, p. 53.
116. *Ibíd.*, p. 194.
117. *Ibíd.*, p. 189.

Green: la oscuridad como raíz de luz

Las contribuciones del inconsciente en la construcción del conocimiento permiten romper con los parámetros que han regido la discusión sobre la racionalidad científica, principalmente respecto de su objeto. Como se ha señalado, «los científicos, en un mismo momento, invisten el mundo como objeto por conocer y des-invisten, en el sujeto, lo que no se refiere al conocimiento de este mundo, esperándolo todo del resultado de tal procedimiento, llamado objetivación, cuyo sinónimo podría ser la desubjetivación».[118] Seguimos atrapados en los parámetros que imponen las ciencias naturales, pero especialmente la física, para abordar la naturaleza del conocimiento y de sus dificultades, al continuar manejando la idea de que el conocimiento científico para ser tal tiene que objetivarse o, en otras palabras, des-subjetivarse. «La física sigue siendo el campo de explicación donde el debate, respecto de la teoría del conocimiento, es más nutrido».[119]

La problemática del pensamiento científico, como la del método, obliga a cuestionar su reducción a la relación con el objeto. La ausencia del sujeto, en los últimos siglos, se hace manifiesta cuando se constata que la realidad socio-histórica es una construcción; esto quiere decir que la realidad es parte del hecho de vivir y pensar, aunque ese pensar y vivir no tengan un objeto claramente formulado, ni se plasme en palabras, sino que se exprese sólo en saber que se está viviendo y pensando, muchas veces sin saber para qué. Nos colocamos en el dilema entre objetivismo y subjetividad, pero sin tener que asumir que el problema sea defender «la subjetividad en el sentido en que esa defensa se encuentra todavía en vigor entre los filósofos y los artistas»;[120] más bien, se trata de darle a lo subjetivo un *status* epistémico, a partir del momento en que se desarrolla el conocimiento objetivo de la realidad psíquica, alcanzando éste «una objetivación suficiente de lo que determina la subjetividad».

El conocimiento de la subjetividad se transforma en la base desde la que poder potenciar al sujeto, fortaleciendo y ampliando sus capacidades para construir nuevos ángulos de mirada:

---

118. *Ibíd.*, p. 179.

119. André Green: «Desconocimiento de lo inconsciente (ciencia y psicoanálisis)», en *El inconsciente y la ciencia*.

120. *Ibíd.*, p. 180.

relaciones de conocimiento más complejas. Pero se plantea la tensión entre desarrollar estas potencialidades y las posibilidades de hacer uso de ellas. El desafío está en saber reconocer lo que es posible de transformarse en consciencia y cuánto de ello se puede plasmar según las condiciones socio-históricas, para llegar a apropiarse de los procesos que han madurado en el desenvolvimiento del sujeto.

Pensamos en la problemática del «ensanchamiento del sujeto» y en asumir sus múltiples dimensiones que, a pesar de sus diferentes exigencias, pueden converger para contribuir a enriquecer la colocación ante las circunstancias. Asumir la plenitud de las facultades significa ampliar el concepto y la práctica de lo que se entiende por razón cognitiva. Planteamos que el desarrollo de los métodos, incluso de las técnicas de construcción del conocimiento, se impulse en forma de estimular el desenvolvimiento de facultades que pueden ser ajenas al entendimiento analítico, a partir de entender que las complejidades emergentes de la realidad exigen cada vez mayor apertura del sujeto. Las posibilidades lógico-metodológicas y/o técnicas se corresponden con capacidades del sujeto que, a pesar de contenerse en éste de manera natural, no han sido potenciadas, ni tampoco, lo que es más grave, pueden ser potenciadas por esas lógicas instrumentales que llevan consigo la impronta de los objetos.

Es pertinente recordar el planteamiento de Green acerca de que «el verdadero alcance del descubrimiento psicoanalítico es haber removido la escisión propia de la lógica del descubrimiento científico», a modo de suprimir «la exclusión de los modos de pensar no científicos» que intervienen «en los estadios primerísimos del descubrimiento», pero que no «serán explicados por los procesos propios del argumento verificador»;[121] no obstante, están en el origen del descubrimiento.

El rescate del sujeto tiene lugar en el momento pre-discursivo. Allí es donde surge la necesidad de conocer y la voluntad correspondiente, propia de un sujeto no solamente pensante sino existente. Dimensión existencial que es la raíz de la capacidad para transgredir los límites del principio de determinación, asociado con la construcción de objetos. Lógica de construcción del conocimiento que queda incluida en aquella otra que refleja la

---

121. *Ibíd.*, p. 187.

realidad como construcción de sentido y que obliga antes que nada a ubicarse en campos de significaciones.

Tenemos que redefinir el pensar científico para abrirlo a la posibilidad de conjugar distintos modos de racionalidad, tanto aquellos que son propios de los actos de conocer, como aquellos en los que la realidad es vida vivida desde su existencia y consciencia. Si lo que se afronta excede los límites del conocimiento, debemos procurar incorporar lo que excede al acto de pensar-conocer, en vez de congelarnos en un concepto de racionalidad simplemente por ser funcional a las exigencias logocéntricas. «La ciencia ha logrado promover un sujeto ideal cuyo tipo de pensamiento obedece a una codificación que lo aísla del resto de la psique».[122]

Ocurre que los tropiezos del conocimiento se pueden encontrar en el deseo de no ver cuando aquél puede romper con parámetros que alteran los patrones que dan identidad al sujeto. Es lo que sucede con el concepto mundo que da sentido, certeza, tranquilidad. Es probable que el sujeto se doblegue a lo falso cuando no esté el deseo de que lo verdadero aparezca, sino que permanezca oculto;[123] de lo que se desprende la importancia que tiene la necesidad de conocer y la voluntad para afrontar lo real externo, como parte del proceso de construcción del conocimiento siempre que estemos de acuerdo en que éste se acompaña de la incorporación del sujeto.

El conocimiento aborda la tensión entre las posibilidades lógicas-metodológicas y las formas de razonamiento orientadas a resolver acerca de su parametrización; exige desarrollar una actitud y disposición que facilite asumir la postura que permita potenciar al sujeto desde el conjunto de sus dimensiones,[124] a modo de impedir el predominio en una de sus facultades y de sus lenguajes. Nos encontramos ante la articulación de las exigencias epistémicas con las condiciones psicológicas que refieren al movimiento interno del sujeto. Afrontar tanto «lo que se ignora y que permanece oculto sin intención de que sea así», como «lo que se ignora que se oculta, y a cuyo descubrimiento se opone una intención que ofrece resistencia a la remoción del

122. *Ibíd.*, p. 189.

123. *Ibíd.*, p. 188.

124. Cuando se pretende que el conocimiento avance hacia lo profundo, hasta aquello que está fuera de los parámetros de realidad y de verdad que bloquean otras posibilidades, se afronta la cuestión de que lo que está fuera de ellos, al no ser real, carece de interés conocerlo.

estado oculto».[125] Es el conocimiento que se construye para ocultar el deseo de no conocer.

La discusión se plantea para todas las dimensiones que caracterizan al sujeto, no solamente para algunas de ellas. Lo que significa que el razonamiento tiene que desarrollarse en concordancia con una estructura de lenguaje para que éste no se limite a algunos atributos del sujeto; de manera que la orquestación entre lenguajes denotativos y simbólicos cumpla la función de transformarlo en un instrumento potenciador del sujeto.

El lenguaje puede representar un mecanismo justificador de lo dado, como situación que conforma un tipo determinado de sujetos, o bien representar un desafío para enriquecerse como tal. Pero encuentra su raíz en el momento pre-discursivo que está fuera de los parámetros que impone el conocimiento, especialmente cuando se restringe a las exigencias de la comunicación. Es el momento de la gestación del pensamiento que requiere poner en el centro de la discusión al movimiento interno del sujeto para evitar «el error de Popper [que] consistió en postular una homogeneidad de los procesos de pensamiento en todos los tiempos del descubrimiento, desde el momento en que se inaugura una idea creadora nueva hasta aquel en que la comunidad de los sabios la admite»,[126] debilitando de este modo la problemática de la gestación del pensamiento como expresión de la necesidad de ser sujeto.

«Todo el mundo está de acuerdo en reconocer la oscuridad del pensamiento del descubrimiento, pero ¿qué hay detrás de esa oscuridad?».[127] La situación dominante se caracteriza por el esfuerzo de no «atribuirle importancia para no poner demasiado de relieve la extrema disparidad entre esos movimientos fecundos e invisibles y el rigor impecable del razonamiento demostrativo»; aunque lo que tenemos por delante es el problema de lo gestante del pensamiento, lo que Green denomina «forma incoativa de pensamiento en el alba del descubrimiento», cuyo análisis obliga a abordar las mediaciones que surgen del imperativo para hacerlo inteligible.

Lo que sostenemos guarda relación con la incorporación del sujeto al proceso de construcción del conocimiento científico,

---

125. André Green en *op. cit.*, pp. 188-189.
126. *Ibíd.*, p. 192.
127. *Ibíd.*, p. 191.

que obliga a la tarea de articular racionalidades y, por consiguiente, sus respectivos lenguajes. «Los procesos de conocimiento serían portadores de racionalidades cuya organización diferiría de la racionalidad del pensamiento demostrativo, pero que estarían en relación de compatibilidad [...] en las zonas de interacciones que rigen las relaciones de los dos tipos de funcionamiento: el científico y no científico de pensar».

Al plantearse la orquestación de lenguajes la gestación se traduce en un enriquecimiento de la relación con la realidad que se manifiesta, primero, en la colocación ante contornos y, después, en su transformación en contenidos: el paso de horizontes a objetos; pero también, a la inversa, en la posibilidad de trascender los limites del objeto para abarcar al contexto de significados más inclusivo en que se contiene.

La objetivación del pensamiento se alcanza mediante la ubicación del esfuerzo cognitivo en un ángulo más incluyente, como el del momento en el que nos colocamos para pensar, en razón de ser el espacio en el que se está viviendo: en una palabra, donde se conjuga la coordenada existencial con la del pensamiento teórico. Por eso, la objetivación del sujeto procuramos abordarla sin doblegarnos a exigencias puramente instrumentales, sino mediante una postura que no confunda el ángulo del pensamiento (en tanto existan posibilidades de realidades objetivables a partir del ámbito de sentido en que el sujeto se ubica) con los contenidos de la apropiación que resulte. Es lo que apunta a la distinción entre pensamiento categorial y pensamiento teórico que se traduce, como diría Green, en «el problema de la consciencia, que exige la investidura de la atención, creadora del desdoblamiento por el cual la consciencia puede desasirse parcialmente de la percepción. Lo bastante, al menos, para distinguir el contenido de la percepción de quien percibe».[128]

Cuando hablamos de ángulos del pensamiento, incorporamos a la discusión los procesos de constitución del pensamiento desde una necesidad básica, que excede los límites del conocer propiamente tal, replegándonos a esas «oscuridades» de las que habla Green que, desde nuestro enfoque, aluden a la necesidad de pensar como parte de la necesidad de ser sujeto; la cual no se agota en las facultades del entendimiento, ya que abarca al conjunto de

---

128. *Ibíd.*, p. 245.

aquellas otras que no tienen relación directa con la capacidad cognitiva. Nos ubicamos en el ámbito del pensamiento pre-discursivo que obliga a distinguirlo del acto del conocimiento; el sujeto entonces deviene en una articulación de pensamiento y necesidad de realidad en tanto expresión de sentidos posibles, esto es, de mundo. Mundo pensado que se corresponde con mundo deseado, pensamiento desde el deseo, deseo pensado, que hace al sujeto.

La realidad se transforma en necesidad y posibilidad de ser sujeto, que está en el sustrato de la necesidad y posibilidad de conocer. Es así cómo surge la relación entre pensamiento teórico y sus dinámicas constitutivas que no pueden circunscribirse a los lenguajes codificados, pues se trata de «liberar al sentido de los sentidos», en una intencionalidad trascendental, en vez de quedarse en los lenguajes «que permitan transcribir de manera íntegra y fiel los datos de lo percibido».[129] Se trata de evitar una objetivación mediante la «fosilización» del lenguaje en tanto ésta supone una desvinculación del sujeto.

Si la capacidad de pensar es parte de la capacidad de despliegue, estamos hablando de una articulación entre facultades, pues la potenciación del sujeto tiene lugar desde su existencia y desde su corporeidad, desde su voluntad y emocionalidad, desde su capacidad de procesar información y desde su imaginación. Nos obligamos a una ampliación del concepto de razón, como capacidad de consciencia que cumple una función gnoseológica, que incluye a lo cognitivo.[130]

Se ha dicho, en relación con Lacan, que el *yo pienso cartesiano* no agota al *yo-soy del hombre concreto* que se despliega y que, al hacerlo, construye desde el reconocimiento de esos espacios de indeterminación que impiden que sea un simple sujeto robotizado de su propia historia. Green acota que «Lacan hizo notar con acierto que el *cogito* cartesiano descansaba en un *clivage* inadvertido»; en el «yo pienso, luego yo soy», el «yo» del «yo pienso» no es el mismo que el «yo» del «yo soy».[131] Lo que excede

129. *Ibíd.*, p. 226.

130. Pretendemos comprender la razón como la capacidad de transformar en conocimiento lo aprehendido en el marco de la colocación en un momento; y al conocimiento como la apropiación que tiene lugar en el marco de la consciencia de ubicación en ese momento. Un transcurrir entrelazado de vida e historia del que da cuenta la consciencia histórica.

131. André Green en *op. cit.*, p. 193.

al yo del yo pienso rompe con las exigencias formales, por ejemplo con las de la identidad, de forma que el lenguaje con que el hombre se enlaza con el mundo queda, desde la revolución cartesiana, reducido a las exigencias derivadas del yo del yo pienso, dejando fuera las exigencias propias, en cuanto formas de razonamiento y de sus respectivos lenguajes, del yo del yo soy.

Es lo que buscamos resolver con la incorporación del sujeto al discurso. Pensar desde la historicidad que hace la totalidad del sujeto como existencia que se historiza, pero además como historia que, desde la posibilidad de hacerse historia, se transforma en experiencia. Su importancia reside en que se confiere un *status* epistémico al sujeto como mediación entre conocimiento (como organización de contenidos) y el sentido originario al que se pretende responder con aquél. «Toda la psique puede ser concebida como una formación intermedia, desarrollable de manera indefinida, entre el cuerpo y el mundo, en extensión y en intensidad»; por cuanto el pensamiento en general y el conocimiento en particular no pueden comprenderse si no es «a través de un proceso de descorporización que, a la vez, explica el suelo donde este pensamiento se encarna y las modalidades por la que se distancia de ese suelo».[132]

Debemos reconocer normas explícitamente construidas como posturas que respondan a la necesidad de recuperación del sujeto desde la totalidad de sus facultades; lo que supone una relación con lo externo que, yendo más allá de los objetos, incorpore el ámbito de sentidos del cual aquéllos forman parte, pero que, además, conforman el espacio donde el sujeto despliega su capacidad de existir y de pensar.

Representa el *impasse* de «la ciencia actual con respecto a la cuestión del sujeto», en la medida en que plantea la cuestión de «situar el puesto del sujeto de la ciencia en una conjugación del sujeto dentro de la psique»;[133] pero además porque refiere a las formas de enlazarse con las circunstancias que lo conforman. Éstas constituyen los espacios desde los cuales re-actuar construyendo realidades que se vinculan con sus posibilidades para enriquecer la subjetividad, como manifestación tanto de la apropiación como de la autoposesión que sea capaz de impulsar al sujeto.

---

132. *Ibíd.*, p. 256.
133. *Ibíd.*, p. 175.

Entra en juego la urgencia por desentrañar la naturaleza del modo de pensar científico. «La ciencia que más falta nos hace es la ciencia de lo humano [...] la ciencia de la relación entre el funcionamiento psíquico científico y no científico en el sujeto».[134] Incorporar la raíz existencial del conocimiento, los espacios de sentido y su relación con la construcción de objetos, pues lo que está en discusión son las posibilidades que el conocimiento ofrece para el sujeto como espacio para su despliegue, pero que las más de las veces oculta. Desde esta perspectiva, se revela toda la importancia de la capacidad de asombro, así como de la intuición autónoma del sujeto para colocarse ante las circunstancias: reconocer los espacios desde donde reactuar y construir.

Se plantea una ampliación en las posibilidades del lenguaje (como sería el papel de la metáfora) que al enriquecer las capacidades de expresión, «se convierte en horizonte de lo infinito».[135] Subjetividad que se corresponde con la necesidad de decir desde lo constitutivo antes que resolver sobre la enunciación inteligible de objetos; que no solamente refleje la realidad como proceso, sino que pueda dar cuenta del proceso de constitución del sentido y del mundo. Aunque, como advierte Canetti, en ningún caso se trata de «sobre-estimar lo inusitado», sino, más bien, «dotar de aguijones a lo común y corriente». Son los desafíos para trascender los límites de la función explicativa hasta involucrar significaciones muy diferentes a las puramente nomológicas.

Por eso debemos discutir la problemática de los lenguajes codificados (según el patrón de cientificidad dominante), porque supone leer la influencia que sobre lo denotado tiene aquello que lo excede; lo anterior para reconocer las condiciones que facilitan la constitución de espacios para el despliegue del sujeto. Lo fundamental no es solamente la constatación de una verdad corroborable, sino explicitar la necesidad de realidad desde la cual asumirse como sujeto con sentido de construcción, y la función que para ese sentido puede cumplir el conocimiento.

---

134. *Ibíd.*, p. 177.

135. De Santiago Guervós: «Introducción» a Friedrich Nietzsche: *Escrito sobre retórica*, p. 47.

Gurméndez: sobre la vida y sus incertidumbres

«Y comenzamos a vivir en una tensión sin desmayo que parece no hallar término. Es un constante ir hacia algo que sentimos está ahí, pero no aparece. Por este querer o chispa fogosa interior, se crea la voluntad de vivir...»;[136] idea de ser como un estar dinámico, pero «un estar [como] lo inacabado que se agota en el tiempo».[137] Una vuelta al sujeto que se expresa en «la voluntad como una reafirmación todopoderosa del impulso vital mismo, sin finalidad alguna»,[138] en «el impulso [que] anhela sin cesar, presiente oscuramente lo que no sabe y busca, intentando encontrarlo».[139] Una suerte de rescate de la finitud temporal, con fuerte raigambre existencial en una perspectiva kierkegaardiana, pero donde se destaca particularmente aquello que tenderá a negar como la incertidumbre de lo vital; pues «la incertidumbre es el rasgo distintivo de este impulso»;[140] lo que refiere a esos «libres artistas de sí mismos», expresión de Hegel para referirse a los personajes shakespearianos: esto es, a «los que viven la exaltada y terrible libertad de obedecer a lo que sienten».[141]

Desde este movimiento interno de la subjetividad, interesa la cuestión de garantizar que esta fuerza irruptora pueda permanecer en el tiempo. Es la función que cumple la voluntad cuando se corresponde con el hecho de «concebir proyectos conscientes»; porque «puede plantear fines claros a la impetuosidad».[142] Ocurre cuando se plantea la tensión entre la fuerza del hombre de estar abriendo constantemente «puertas al campo», para utilizar la expresión de Antonio Machado, para ser invitado a la fiesta de la vida, a sus trascendencias y misterios, a sus ilusiones y riesgos, y el agostamiento propio del querer cuando éste se restringe a las formas de acción ceñidas a los requerimientos de eficacia, a las garantías de las certezas o a la seguridad en lo estable.

Necesidad de eficacia que se desarrolla con el esfuerzo por construir con sentido una relación con la objetividad-externalidad; pues estar en el mundo abriga posibilidades diferentes de

136. Gurméndez, *op. cit.*, p. 97.
137. *Ibíd.*, p. 128.
138. *Ibíd.*, p. 97.
139. *Ibíd.*, p. 84.
140. *Ibíd.*, p. 89.
141: *Ibíd.*, p. 92.
142. *Ibíd.*, p. 128.

sentido de vida, múltiples opciones en que se puede hacer presente el sujeto como constructor de sí mismo, por lo mismo, como campo para el despliegue de la voluntad y de su correspondiente praxis.

Apropiación que es reforzada por las lógicas pragmáticas y utilitaristas del contexto cuando obliga, desde las determinaciones económicas y sociales, a que el sujeto asuma particulares funciones para desde éstas realizarse como sujeto; lo que viene a reflejar el freno al movimiento interno, magmático del sujeto, en sus posibilidades por desenvolverse sin detenerse desde una necesidad de búsqueda sin términos.

«La pasión humana, que no se contenta jamás con saber, quiere más: humanizar el mundo real, convertirlo en espejo de su voluntad, de sus proyectos y fines».[143] Ella sirve de base a la idea de transformar a la realidad en mundo, pero ya no lo objetivo como «el abrigo de lo objetivo», en la acepción de Nietzsche, esto es, «como un modo de recubrir para ocultar necesidades básicas del sujeto». O, como dice en *La gaya ciencia*, que no se ha buscado tratar el descubrimiento de la verdad sino en lo que subyace en cuanto a poder, futuro del crecimiento, vida.

Pero tenemos que ir más allá, más al fondo en esta crítica a la objetividad, en forma de llegar a planteamos cuál es el gran significado que revista la construcción de conocimiento verdadero; que no es otro desafío que el reconocer espacios de posibilidades para sujetos particulares de manera que puedan convertir esos contenidos en vida activa. La realidad como mundo no significa crear una realidad a imagen y semejanza del hombre, sino ampliar las posibilidades para ser hombre.

Puestos en el lugar de una apropiación que resulta de una pasión interior del hombre, se contienen exigencias de sentido que no se corresponden con la simple apropiación. Se plantea que el estar del sujeto no se agota en los límites de la apropiación, en cuanto forma parte de una ubicación más amplia y comprehensiva que, al no restringirse a la forma de la apropiación, trasciende el espacio de los conocimientos instrumentales; como tampoco se restringe a las constataciones subjetivistas que se limitan a reflejar las «pulsiones» o «ímpetus» del sujeto.

Este excedente respecto de los límites de la apropiación-cognitiva de carácter instrumental (que se abre a las múltiples

143. *Ibíd.*, p. 174.

posibilidades que ofrece la vida como posibilidad de vida) expresa la necesidad de una consciencia crítica volcada hacia decisiones desde las cuales el sujeto se construye y re-construye. «La consciencia no es mera sensibilidad, es una tensión, un esfuerzo deliberado hacia la apropiación objetiva»,[144] pero sin llegar, como alerta Heidegger, «a extraviarse en un mundo dominado por objetividades».[145] La consciencia como modo de colocarse ante las circunstancias no es prisionera de la lógica de objetos, porque es una mirada que no se limita a la «virtualidad exterior», ya que incluye «al tumulto impulsivo [...] lleno de sí mismo».[146] Y que desde una perspectiva más amplia plantea la relación entre formas lógicas y cultura para organizar ángulos de pensamiento y su expresión en el lenguaje.

Surge un tema fundamental para los países latinoamericanos cuando, como resultado de la formación de una postura subalterna, desarrollan formas de pensar y de decir cada vez más disociadas de los contextos culturales. Lo que viene a ser una herencia de la colonia en la ciudad letrada y escrituraria según la interpretación de Ángel Rama.[147] Lo que forma parte de un proceso de desarrollo de la razón y de sus lenguajes cuando éstos están reducidos a la comunicación racional, a su vez estrechamente relacionados con el poder, como si «la verdad pudiera erigirse únicamente en base a un diálogo impersonal de la razón consigo misma, al margen de cualquier otra consideración de índole emocional o estética».[148] Con lo que se plantea la necesidad de diferentes lenguajes que, siguiendo a Jung, serían los propios de la cisterna y de la fuente, en tanto son representación de dos concepciones de mundo.

En el trasfondo subyace la problemática del hombre que se crea a sí mismo y que puede llegar a enriquecerse con el conocimiento que construye. «El problema se plantea porque a cada momento aparecen realidades imprevistas que exigen una nueva apropiación, lo que crea incertidumbre»;[149] siendo la respuesta «la tendencia de la pasión humana de absorber cuanto existe, a

144. *Ibíd.*, p. 173.
145. *Ibíd.*, p. 208.
146. *Ibíd.*, p. 83.
147. Ángel Rama: *La ciudad letrada...*
148. Luigi Amara: «Friedrich Nietzsche: El aforismo, otro pensamiento», *Revista el Garabato*, n.º 29, p. 14.
149. *Ibíd.*, p. 199.

humanizar el mundo exterior apropiándolo íntimamente».[150] Ello ocurre en los límites abiertos a lo todavía no dado como experiencia; aunque éste es un rasgo que por lo general permanece oculto.

Necesidad de ser sujeto que consiste en una constante ampliación de la subjetividad. Ampliación que pasa por la experiencia de romper con los límites de la apropiación de objetos y su correspondiente lógica, transformando las circunstancias en ámbitos posibles donde desplazar la condición de ser sujeto; a manera de ver en las verdades espacios de sentido para seguir siendo sujeto; pero que para vivirlos requieren colocarse ante las circunstancias sin alienación, como pueden serlo las objetividades que nos atrapan y condicionan en la lógica de la verdad. Lo que obliga a desplegarse en espacios que no nos determinen y aquieten en el acto de conocer.

«Ir, oír, palpar, ir de un lado a otro, de una visión a un contexto para saber cómo son las cosas crea la pasión humana», que no se limita a una especie de captación ni a una simple contemplación del entorno, pues «quiere hacer suyas las cosas que le rodean para confirmar su realidad»;[151] ya que «toda realidad es verdadera por la simple razón que está pensada desde un sujeto que la hace existir en el centro de su ser».[152]

Todo ello se sintetiza en la potenciación del sujeto como disposición y capacidad para adentrarse en lo indeterminado. Capacidad para soñar, sueños lúcidos como aconsejaba Lenin, para afrontar las circunstancias difíciles, que sirvan para «orientar la impulsividad natural hacia todas las posibles transformaciones»; en este sentido, el revolucionario «es el hombre de acción que sueña; es, pues, un soñador impulsivo».[153]

Más allá de un particular tipo de sujeto, ya se trate del revolucionario o del rebelde, la cuestión de fondo tiene que ver con la dialéctica de la voluntad de construcción que se acompaña de una «transformación sucesiva de sí mismo» para hacer de la historia una forma de experiencia y de consciencia, a modo de «no quedarse en ninguna parte», y proseguir la «búsqueda saltando los horizontes cerrados [abriendo] puertas al campo (Machado) para despegarse de cuanto lo ata y ascender al espacio libre don-

150. *Ibíd.*, p. 198.
151. *Ibíd.*, p. 173.
152. *Ibíd.*, p. 198.
153. *Ibíd.*, p. 96.

de están todas las cosas»;[154] situación que puede ser la del poeta, como caso paradigmático, pero que interesa como propiedad del pensamiento; pues la cuestión refiere a la relación entre razón y pasión, entre logos y pathos.

La dinámica del despliegue está determinada por la influencia de las distintas facultades del sujeto, si éstas están o no equilibradas, o, por el contrario, sí coexisten con un fuerte desequilibrio. Se pueden dar sujetos con capacidad de crítica pero carentes de la voluntad para rebelarse; o tener esta capacidad pero carecer de una consciencia crítica sobre la situación dada; o quienes son capaces de soñar pero no de luchar, o de querer luchar pero que se pierden en las contingencias cortoplacistas, sin perspectivas históricas. Como también puede encontrarse el caso de los sujetos que se refugian en el sueño sin una esperanza proyectada socialmente, por lo tanto que se repliegan en la evasión individualista, en esa versión moderna del individualismo que es el individualismo narcisista de que habla Lipovetsky, en contraste con quienes se yerguen con una fuerte voluntad, pero sin la capacidad ni lucidez propia de los desafíos para participar en proyectos colectivos. O de quienes teniendo esta voluntad y el compromiso no saben leer la realidad como un conjunto de procesos que se suceden a lo largo de coyunturas que contienen opciones de construcción en distintas direcciones.

Lo anterior refleja todo un proceso de formación del sujeto, a partir de comprender que éste tiene que trabajar, si quiere ser potenciado, con el conjunto de sus dimensiones. Como parte de este proceso formativo es necesario recuperar la problemática del lenguaje. Pero se hace necesario ampliar los límites de lo que se concibe como racional, a manera de detener ese «proceso de literal descarnamiento del lenguaje» filosófico, reaccionando en contra «de esa reticencia a la voluptuosidad del decir (Nietzsche), a favor de su gélida estructura»,[155] restableciendo así la relación entre lógica y retórica.[156]

Como hemos venido sosteniendo, es particularmente importante que los conceptos y sus palabras no tengan estrictamente

154. *Ibid.*, p. 118.

155. *Ibid.*, p. 14.

156. Respecto de la retórica se ha dicho (con referencia a Aristóteles) que ésta «propone que el logos se apoye en pasiones concretas y reales, impidiendo así que la razón se pierda en filigranas sutiles y vericuetos de razonamientos vacíos...». *Ibid.*, p. 251.

una significación cognitiva, sino además experiencial, emocional y volitiva, en cuanto sugerir posibilidades de lo nuevo, o bien mostrar ataduras del pasado, o un quietismo respecto del presente; a manera de trascender un sujeto puramente abstracto, como es el caso de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, donde «subyace el hombre tras el disfraz de la idea, pero un hombre sin manos, sin ojos ni oídos»;[157] ya que se trata de recuperar lo que, al parecer, los griegos tenían claro: la relación entre palabras y discursos con los sentimientos que se corresponden: la pasión escondida de la palabra.

Recuperar la posibilidad de comprender el movimiento interno del sujeto para evitar que su identidad y fuerza quede conformada por una objetivación que, atrapada en sus determinaciones, se impone mecánicamente. Movimiento que expresa cómo se especifica, históricamente, la condición humana al transformar el mundo de la objetividad en un conjunto de ámbitos de sentido que configuran el espacio real de los sujetos; pero donde esta configuración de espacios, que puede traducir la lógica de objetos donde éstos aparecen como dominantes, determina a su vez la constitución del sujeto. Esto es, recuperar su potencialidad desde el modo como concretiza la subjetividad.

Por lo anterior, se plantea la cuestión de la consciencia como historicidad-historizable: transformación de la realidad en posibilidad de experiencia. «El hombre sólo puede llegar a ser realmente humano por su libre desarrollo más allá de las fuerzas naturales»,[158] lo que refiere a un ensanchamiento de la subjetividad que vaya más allá de los límites de la apropiación para reconocer los espacios y colocarse ante las circunstancias. Pero ello requiere sobrepasar las alineaciones que se imponen desde las objetivaciones dominantes, para ampliar la subjetividad y estar en condiciones de reconocer los espacios no determinados, en los que reconocer sus variados modos de autonomía. Desde aquí nace la crítica a la tecnología, ya que «el mayor peligro se encuentra en que la técnica ha creado un armazón artificial constituido en potencia que el hombre no puede dominar».[159]

En este cuadro, el lenguaje es fundamental porque se asocia con la capacidad para modelar una mirada unitaria que el sujeto

---

157. *Ibíd.*, p. 202.
158. *Ibíd.*, p. 213.
159. *Ibíd.*, p. 217.

pueda sostener sobre la sociedad. La especialización excesiva del conocimiento trae consigo una mirada también atomizada que no expresa sino las propias condiciones sociales en que el sujeto está inserto, sin posibilidades, o con pocas, de reconocer márgenes de autonomía respecto de aquéllas. Volvemos así a la idea de Heidegger de que «el hombre ha perdido consciencia de sí, extraviado en un mundo dominado por objetividades».[160]

Se busca construir un pensamiento que, al no ser un reflejo de las determinaciones, se oriente a reconocer los espacios de posibilidades para diferentes tipos de sujetos. Cabe recordar la crítica de Adorno y Horkheimer, relativa al marxismo clásico, cuando planteaban que «quedó prendido en el afán de dominio de la naturaleza externa y en la interna del hombre, propio de la Ilustración».[161] Quizás haya que recuperar la idea de grandeza del hombre que se gestó durante el Renacimiento. Preguntarnos acerca de cómo se puede desarrollar la capacidad para construir historia desde el colocarse ante los cierres, sin ser expresión simplemente de las circunstancias. Transformar la externalidad, ese «abrigo de objetividad», en múltiples posibilidades de sentido que están exigiendo actos conscientes de construcción. Es la vida como necesidad de consciencia.

Castoriadis: acerca de la plenitud fluida

Como recuerda Castoriadis, la realidad psíquica «fue vista por Freud no como un sujeto sino como una pluralidad de sujetos»[162] que, más allá de los límites de la afirmación, permite atender a ésta como una indeterminación, ese «sujeto del inconsciente» donde se contienen múltiples necesidades de ser sujeto. «Tenemos que vérnosla con una multiplicidad de regiones, e incluso de niveles del ser que, todos, son muestras del para sí, y cuya insuficiente distinción es fuente de confusión en la materia».[163]

No obstante, debemos distinguir entre planos del ser y planos del despliegue, a manera de retomar la pregunta acerca de la uni-

160. *Ibíd.*, p. 208. Cabe, a este respecto, recordar la cita acerca del comentario de Mario Vargas Llosa sobre los hombres-puente de la cultura, a partir del caso de Alfonso Reyes. Cfr., p. 211.
161. *Ibíd.*, p. 212.
162. *Ibíd.*, p. 119.
163. *Ibíd.*, p. 121.

dad del ser humano, «más allá de su identidad corporal y su historia vista como simple envoltura cronológica».[164] Unidad que se busca responder (más allá del psiquismo) «en lo que debe ser hecho», que se relaciona con la idea de proyecto, con el «ser hecho» que es la necesidad de transgredir los límites de la misma existencialidad como expresión de una particular identidad.

Es la capacidad de despliegue que enseña que lo real del sujeto nunca está dado, sino que «debe ser hecho y se hace mediante ciertas condiciones y dentro de ciertas circunstancias»;[165] de ahí que sus facultades conformen una realidad «magmática» por excelencia, el siendo como el ser mismo del sujeto, que no se agota en lo puramente psíquico, porque abarca un campo de experiencias transpersonales en el que se condensa la historia como experiencia y consciencia: esto es, la historicidad del sujeto.

El planteamiento de Castoriadis implica un conjunto de relaciones inter-determinantes entre sujeto y realidad que lleva al concepto de sujeto-mundo, pues la «autofinalidad y construcción de un mundo se expresa recíprocamente»[166] en la medida en que «la subjetividad humana está caracterizada por la reflexividad (que no debe confundirse con el simple pensamiento)»[167] que responde a una necesidad de mundo que es también necesidad de ser sujeto. Y que remite a la dinámica del sujeto para «perseverar en su ser propio»,[168] que se corresponde con «un mundo propio de objetos, de modos de relaciones, de valores que le son particulares»; todo lo cual representa una compleja red de relaciones con la externalidad que trasciende las relaciones puramente intelectivas.

Esta situación del sujeto (en la que lo real deviene en ámbitos de sentidos posibles de ser incorporados por éste para enriquecer su mundo subjetivo) determina que no se puede comprender la complejidad de la relación sujeto-externalidad si prescindimos de dimensiones como la voluntad que, en general, no son consideradas en las discusiones de la ciencia y su construcción.[169] Es revelante el papel de la voluntad para un enfoque del razona-

164. Castoriadis: *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*, p. 116.
165. *Ibíd.*, p. 121.
166. *Ibíd.*, p. 124.
167. *Ibíd.*, p. 122.
168. *Ibíd.*, p. 120.
169. En este sentido, debemos recordar, entre otros, el análisis de la epistemología pre-socrática hecho por Rodolfo Mondolfo, que ha destacado sus aspectos volitivos.

miento centrado en la capacidad de construcción del sujeto, por eso la centralidad de los planteamientos de Castoriadis sobre la subjetividad humana caracterizada «por la voluntad o capacidad de acción deliberada».[170]

El punto de partida de nuestra argumentación es la conjunción sujeto-mundo, de manera que la especificidad de cada mundo estará determinada por la articulación entre las facultades que caracterizan al sujeto en la dinámica de «su-siendo». Donde destaca el planteamiento de la consciencia histórica como postura que, al privilegiar las necesidades, resuelve la relación con el mundo desde una exigencia de autoposesión que equivale al despliegue de su potencialidad. La consciencia histórica es la forma de consciencia que vincula toda las facultades desde la necesidad de mirarse a sí mismo, a partir de la historización en la que la realidad externa deviene en «información creada por un sujeto y evidentemente a su manera».[171]

Castoriadis representa una reacción a los planteamientos centrados en la idea de procesos sin sujeto, oponiéndose al linaje de un Lévi-Strauss, Althusser y Foucault, de una parte, y al que se deriva de Lacan, Barthes y Derrida, de la otra, en cuanto se resiste a la «absorción del sujeto humano en la dimensión del individuo social», en el primer caso, y a la tendencia, en el segundo caso, que pierde al sujeto en el lenguaje, «el sujeto que no habla sino que es hablado (o por qué no, que no escribe sino que es escrito)».[172] Se coloca en el ángulo de comprender la realidad desde el sujeto actuante; por lo tanto, el sujeto es la manifestación de lo dado mientras que lo externo contiene la necesidad de sujeto.

Estos planteamientos permiten comprender la historicidad como síntesis de «reflexión y voluntad»,[173] en tanto potencia que surge de su misma indeterminación; porque refleja cómo el sujeto no se agota en sus determinaciones al ser parte de su constitución en los propios espacios de historias, no solamente de una historia única que lo predetermine; además, se vincula con la apertura hacia lo nuevo como necesidad intrínseca del propio sujeto.

En consecuencia, se puede considerar que la historicidad es la condición que permite conjugar el desarrollo de las facultades psi-

---

170. *Ibíd.*, p. 122.
171. *Ibíd.*, p. 124.
172. *Ibíd.*, p. 123.
173. *Ibíd.*, p. 122.

cológicas a que obliga la relación sujeto-mundo. Pero una advertencia importante es cuidarse de las «cristalizaciones» que puedan precipitarse empobreciendo, por reducción a ciertos unilateralismos, la subjetividad del sujeto.[174] Debemos comprender al sujeto desde sus modos de concreción, que recuerdan la afirmación de que éste «no es simplemente real, no está dado, debe ser hecho»,[175] por lo tanto tiene que trabajarse en una perspectiva de proceso.

Si «la cuestión del sujeto es la cuestión del ser humano en sus innumerables singularidades y universalidades»,[176] estamos desafiados a reconocer, como fundamento de la potencialidad, a la existencialidad en su indeterminación; o bien, a *contrario sensu*, recuperar lo indeterminado en lo existencial que obliga a resolver, epistémicamente, cómo rescatar al sujeto en su singularidad. «La realidad psíquica [...] como una pluralidad de sujetos»,[177] que lleva a rescatar al sujeto y a sus capacidades sin circunscribirse a su dimensión social para descubrir la realidad humana que «recubre casi totalmente la realidad psíquica».[178] Y que plantea la cuestión de la historicidad de la existencia como simétrica a la existencialidad en la historia.

Lo dicho significa que el sujeto está determinado por sus circunstancias pero, a la vez, cómo las hace propias tanto de su pensamiento como de su experiencia y de sus acciones. Nos tenemos que situar en el espacio en que el sujeto está siendo determinado, pero también donde simultáneamente es capaz de determinar. Espacio propio de la autonomía del sujeto que, en el discurso de Castoriadis, se corresponde con lo que define como lo característico, por excelencia, de la psiquis humana: «la autonomía de lo imaginario» que se relaciona con la «capacidad de formular lo que no está, de ver en cualquier cosa lo que no está allí».[179] Pero también que significa asomarse a lo inédito, a lo carente todavía de nombre, el asombro por encima de la inteligibilidad analítica; exigencia del contorno por encima de la de los contenidos susceptibles de apropiación. En este março, no es

---

174. Cabe en este sentido la critica a la lógica del objeto, en particular la crítica al reduccionismo del psicoanálisis, en la óptica de Frankl.

175. *Op. cit.*, pp. 121-122.

176. *Ibíd.*, p. 115.

177. *Ibíd.*, p. 119.

178. *Ibíd.*

179. *Ibíd.*, p. 130.

difícil comprender la naturaleza de la consciencia histórica de articular las facultades para potenciar al sujeto.

Lo que está en cuestión son los parámetros dentro de los cuales se ejerce la actividad de pensar y el ejercicio de la voluntad «en el sentido de la activación por el conocimiento de los mecanismos motores» que, por regla general, «si se considera toda la extensión de la historia y las sociedades humanas, no está [el sujeto] en condiciones de poner en cuestión estos marcos ni, por consiguiente, de ponerse en cuestión él mismo».[180] Por eso no hay que olvidar que la «creación histórica relativamente reciente (la ruptura que la creó tuvo lugar en la antigua Grecia), es una virtualidad de todo ser humano, ciertamente no una fatalidad».[181] Virtualidad que se relaciona con la capacidad de despliegue del hombre que muestra que la realidad deviene en realidad actuada, en la medida en que el despliegue se corresponde con una externalidad que se está dando, pero que, simultáneamente, contiene la necesidad de ser sujeto. Es la ampliación de la subjetividad.

Discusión que busca enriquecer la subjetividad porque conlleva una reubicación de la necesidad de mundo y de su inevitable ampliación. Nos encontramos ante la ineludible tarea de afrontar la idea de progreso asociada con el desenvolvimiento tecnológico, que no se puede desvincular de ese rasgo específicamente humano: la «imaginación radical».

La imaginación puede contribuir a crear realidades que subyuguen al hombre, alienándolo de sí mismo al privilegiar sin contrapesos la medida de lo caminado por encima del sentido del camino; perspectiva del paisaje que no podemos confundir con el rumbo del caminar; camino como enigma de la ruta, no como garantía de una llegada. Y de esta manera pensar desde la voluntad para enfrentarse con un horizonte cuya conquista no signifique que el poder del ser humano termine por representar su negación. Uno de estos mecanismos es el desequilibrio entre pensar e información.

La capacidad de acumular información por el hombre ha experimentado una tasa de crecimiento exponencial a lo largo de su evolución,[182] desarrollándose más allá de sus ritmos bioló-

---

180. *Ibíd.*, p. 150.

181. *Ibíd.*, p. 151.

182. «Desde los primeros 2.000 millones de años la complejidad o número de bits de información codificados en el ADN (que pudo haber emergido hace 3.500 millones

gicos, lo que plantea el desafío de «aumentar su complejidad (de la capacidad de información) si queremos que los seres biológicos se mantengan por delante de la electrónica».[183] La solución de equilibrio consiste en incrementar la riqueza del pensamiento, que concebimos como la disposición y capacidad para ampliar los ángulos de visión de la realidad externa, así como de sí mismo. De esta manera la relación de conocimiento no queda atrapada en los márgenes de los desarrollos tecnológicos. En verdad, si bien «los ordenadores actuales son rápidos pero no inteligentes», ya que son «menos complicados que el cerebro de una lombriz de tierra», la «velocidad y complejidad de los ordenadores se duplica cada 18 meses»,[184] pudiendo llegarse a un tiempo prudencial para construir ordenadores «tan complicados como el género humano».[185]

Pensamos que lo que está en cuestión es un mejor aprovechamiento del cerebro, pero no solamente aumentando su tamaño sino estimulando sus diferentes facultades para orquestar las capacidades analíticas y operativas del hombre con otras, como las que reflejan su emocionalidad e imaginación, sus deseos y voluntad, aquello que es lo irrebasable de lo humano, lo que está detrás de su inventiva tecnológica. No se trata, por consiguiente, de subordinar el desarrollo natural al artificial, aunque probablemente sea inevitable que estemos situados en la tensión provocada por estas dos dinámicas complejas del desenvolvimiento humano: la biológica y la electrónica.

La potencialidad del sujeto equivale a recuperar su capacidad de pensar desde los sueños y a existir rompiendo, incluso, con lo prescripto en los códigos establecidos. «Lo propio del hombre no es la lógica sino la imaginación desenfrenada, disfuncionalizada»;[186] por consiguiente, el desafío es trascender los lími-

---

de años) debió haber sido del orden de un bit de información cada 100 años»; sin embargo, hace 6.000 u 8.000 años —por el desarrollo del lenguaje escrito— la complejidad aumentó llegando a la tasa actual con que el ADN está siendo actualizado por la evolución biológica de un bit por año; aunque en razón del invento del lenguaje crítico, «cada año se publican 200.000 nuevos libros, lo que supone una tasa de nuevas informaciones de aproximadamente 1.000.000 de bits por segundo». Si ahora «sólo un bit por millón resulta útil, ello supone una rapidez 100.000 veces mayor que la de la evolución biológica». Stephen Hawking: *El universo en una cáscara de nuez*, 2002.

183. *Op. cit.*, p. 165.

184. *Ibíd.*, p. 167.

185. *Ibíd.*, p. 170.

186. Castoriadis: «Lógica, imaginación, reflexión», en *El inconsciente y la ciencia*, p. 22.

tes que «la sociedad se instituye en cada caso en la clausura. Clausura de su lógica, clausura de su significación imaginaria»;[187] de ahí que debamos procurar no reducir el pensamiento al sentido de «simple funcionamiento consciente», que «se efectúa primero y ante todo en la clausura, que traduce una necesidad de la existencia del propio ser como tal [...] que, en sus marcos, sus categorías y las grandes líneas de sus contenidos es lo que ha sido impuesto al individuo por su fabricación social».[188]

El desafío es ir más allá de lo determinado para construir espacios de posibilidades que no se agoten en los que ya están asociados con las lógicas de apropiaciones tecnológicas. La ciencia tiene que cumplir el papel de ampliar los espacios de posibilidades para el sujeto, en vez de objetivarlo en su capacidad de apropiación de lo real. La potenciación ha de impulsar ese trasfondo que es lo «humano» en su aventurarse por un mundo cada vez más abierto a sus profundidades. Pero también puede servir para adentrarse en sus insondables misterios o, en su defecto, soslayarlos al reemplazar al sujeto por sus propias creaciones. Situación que nos coloca ante el predominio de un conjunto de objetos convertidos en instrumentos que atrapan las frágiles aunque maravillosas fuerzas de lo humano. Y que nos desafía a renacer desde lo creado antes que mimetizarnos con los instrumentos que, también, con el tiempo, crearán su propia subjetividad *ad hoc*, como verdaderos agujeros negros. Debemos asomarnos al enigma y fortalecer la capacidad de vida.

El conocimiento no ha de responder simplemente al vértigo de la acumulación cognitiva (cada vez más disociada del sujeto) sino responder más a la necesidad creciente de ser más humanos. No guiarse exclusivamente por la urgencia de más luz sino por la necesidad de más consciencia. «Se plantea una autonomización de la imaginación que deja de tener su gestión funcional»,[189] la cual es el espacio desde donde el hombre puede construir ante sus determinaciones. Es lo que hace posible que tenga sentido la noción de sujeto como autoconstrucción para resolver sobre las determinaciones desde lo incierto, pues éstas devienen en posibilidades de consciencia en tanto condiciones que equilibran lo necesario con lo posible. El hombre, entonces, es una conquista de espacios siem-

187. *Ibíd.*, p. 42.
188. *Ibíd.*, p. 43.
189. *Ibíd.*, p. 40.

pre que ésta contribuya a una expansión de sí mismo; de lo contrario, tenderá a supeditarse a nuevas lógicas instrumentales.

Se desprende la importancia de la idea de mundo que se corresponde con las opciones de sentido. La clave está en la capacidad para desplegarse y crear un mundo que represente las condiciones para ser sujeto, como puede serlo el «lenguaje como creación de lo imaginario social-histórico».[190]

Pensamos en la necesidad de reconocer las formas para enlazarnos con lo que nos rodea, a manera de convertirlo en mundo propio desde donde renacer. No dejarse reducir al lenguaje de la información, que «debe ser condenado sin misericordia», en la medida en que el ser vivo crea su información para él «ya que nada es información salvo para su propio ser...».[191] Pero que refleja algo más profundo, como los ángulos desde donde organizar el pensamiento, por cuanto no se puede olvidar que «en la fuente de la teorización se encuentra un fantaseo [...] la imaginación, la loca de la casa...».[192]

Estos propósitos requieren de «una lógica elemental: una categorialidad»,[193] que aluda a los procesos de «pensamiento inconsciente» que todavía carecen de forma, pero que forman parte de lo constituyente del sujeto, por lo tanto, cuyos elementos pueden ser «elucidables pero no determinables».[194] El ejemplo que pone Castoriadis es el de la imaginación en Freud, quien «no habla de hecho más que de la imaginación», pero negándose «a tematizar este elemento de la psique».[195]

En este darse de lo constituyente del sujeto se va construyendo el vínculo entre conocimiento y consciencia de vida. La condición humana, trasgresora de límites, apunta a una capacidad de protagonismo donde se encuentre ese hombre, dionisiaco y apolíneo, que Hegel concebía como un animal enfermo; porque «el mundo psíquico humano mediante un desarrollo monstruoso de la imaginación [...] se vuelve a-funcional», convirtiendo al hombre «en un animal loco y radicalmente inepto para la vida».[196]

---

190. *Ibíd.*, p. 39.
191. *Ibíd.*, p. 35.
192. *Ibíd.*, p. 49.
193. *Ibíd.*, p. 36.
194. *Ibíd.*, p. 27.
195. *Ibíd.*, p. 24.
196. *Ibíd.*, p. 40.

Como si la necesidad de progreso (tecnológico) contradijera la posibilidad de seguir siendo hombre.

La necesidad de consciencia y de sentido de vida no se agotan en sí mismas sino en la indeterminación de su propia temporalidad. Es el tiempo como signo de vida que se conquista a sí mismo en su finitud sin término. Ésta es quizá la gran advertencia de un humanismo que, nacido de la ciencia, no se confunde con sus límites para reforzar el desafío de construirse como sujeto, desde la necesidad y voluntad de ser.

Apéndice del capítulo VI
Texto adicional

LA VERDAD NO AGOTA LOS ESPACIOS DEL SUJETO

La potenciación del sujeto expresa la necesidad del sujeto de su historicidad, lo que obliga a buscar las categorías adecuadas para dar cuenta, en el propio quehacer de la construcción de conocimiento, del esfuerzo por ser sujeto. Equivale a lo que ocurre en la literatura y el arte donde la creación es un componente de una opción de vida, que no es lo mismo que hacer de la ciencia una simple apropiación de objetos, además sometida a procesos de institucionalización.

Cuando la ciencia se reduce a un oficio, quien lo desempeña termina por objetivarse en éste pero sin que pueda pensarse que se agoten allí sus posibilidades de vida, en tanto la persona tiene mayores opciones de desenvolvimiento que el simple cometido de esas particulares tareas o funciones.

De ahí la necesidad de que el sujeto se comprenda y asuma desde formas más amplias de consciencia que pueden reflejar todo lo que excede los límites de las funciones cognitivas, como la consciencia histórica. Esto es, que sin perjuicio de atender a los contenidos pueda colocarse ante universos de significación que representen desafíos con exigencias propias, tales como los recuerdos, las añoranzas de memoria, la historia como vivencia, los sueños y la vigilia acerca de lo posible, el rompimiento de los parámetros, que permita percibir realidades profundas que han permanecido ocultas; o bien cambios que permitan trascender lo observado para no convertirlo en obviedad del sentido común. Son signos de realidad que enriquecen tanto la visión de la vida como la de la sociedad y la historia.

Buscar dar cuenta de lo que emerge desde los contornos, escuchando y nombrando los murmullos que rodean las voces in-

teligibles de la racionalidad formal; pues lo que emerge de los contornos también es componente de la consciencia humana concebida como gran continente de ciencia, memoria y vida. Planteamiento que, orientado al enriquecimiento del sujeto pensante, supone que el conocimiento ha de servir a la consciencia, en vez de reducir a la consciencia a saberes operativos y fragmentarios; más todavía cuando consideramos que la realidad para el sujeto nunca es completamente externa debido a que el sujeto es «la parte viva de la historia»; existe desde la historia dada pero también para la historia por darse.

En esta perspectiva, el conocimiento más que contrastación de contenidos es iluminación de horizontes que facilita al hombre instalarse en sus circunstancias, sin restringirse al rigor de los objetos validados. Instalación que no representa un acto de simple pensar cognitivo, ya que emplaza a todo el sujeto en la medida en que exige que éste asuma la condición de permanecer abierto a los múltiples desafíos que se desprenden del entramado de relaciones que conforman el momento, en vez de ensimismarse en el regocijo, a veces callado y solitario, que produce el encuentro con sus logros cognitivos personales.

Podemos decir que la verdad no agota los espacios del sujeto en la medida en que éstos no siempre traducen dinámicas que respondan estrictamente a lógicas cognitivas; más bien, son dinámicas que encuentran su expresión en diferentes lenguajes, que pueden contribuir a enriquecer el enlazamiento del sujeto con su externalidad, de forma que el conocimiento como relación particular queda incluido en estos modos más inclusivos de enlazarse del sujeto.

Es así como podemos reapropiarnos del conocimiento desde un ámbito existencial más amplio que pueda dar cuenta de los espacios en los que se impulse el despliegue. Por ello debemos procurar no quedarnos en las simples constataciones de objetividades para alcanzar el reconocimiento de los contornos desde donde asumirse como sujeto.

El desafío que surge es el de las relaciones que pueden establecerse entre los lenguajes, como enlaces posibles con el contexto, en la medida en que esta orquestación puede facilitar no mimetizarse con las circunstancias al permitir leerlas con entonaciones no coincidentes de significaciones. Se puede distinguir los lenguajes que se restringen a los marcos de las identidades de contenidos (como pueden ser los de carácter denotativo) en oposición a

los que nos permiten adentrarnos hasta el fondo de lo que se muestra para llegar a intuir lo que permanece todavía mudo.

El uso de los lenguajes, así como sus relaciones recíprocas, es parte de la necesidad de sentidos de vida, de autoposesionarse y comunicarse desde el despliegue de cada día. La riqueza de las vivencias de lo real es la otra cara de lo real como objetividad, en la medida en que apunta al horizonte que se puede llegar a vislumbrar para forjar, en su entorno, esperanzas y utopías que se correspondan con la fuerza que remite el sujeto para sobreponerse a lo inmediato de sus condiciones de existencia.

Estas reflexiones se mueven en el mundo de lo gestante que hay que tomar en cuenta antes de encapsularlo en los rígidos modelos de los lenguajes formales de la ciencia. Lo que obliga a repensar la relación sujeto-lenguaje para rescatar el movimiento de las intuiciones sin aprisionarlo, empobreciéndolo, en las exigencias de lo inteligible.

Nos encontramos con la cuestión de la relación entre objeto-objetivación y espacio de posibilidades, lo que refiere al significado que los conocimientos codificados puedan tener para los sujetos concretos. Pensamos en las potencialidades de despliegue que pueden surgir de éstos, según la naturaleza de la relación entre el sujeto y los objetos de los que se apropia. Es importante lo que decimos si consideramos que el conocimiento ha de dar cuenta de los espacios de reactuación, de manera que el conocimiento cumpla la función de explicitar, en los objetos que construye, los márgenes reconocibles como posibles para prácticas y proyectos de diferentes sujetos.[1]

La capacidad de reactuar ante las circunstancias define el rasgo central de la autonomía del sujeto. Es un atributo del hombre que se yergue desde su condición histórica para construirse y, desde ese esfuerzo, estar con los otros y así recibirlos como participantes en una aventura que se tiene que compartir. Una implica-

---

1. Por lo expuesto debemos problematizar la influencia que tiene sobre la construcción de conocimiento su propia inteligibilidad, que plantea como base la consciencia de contenidos. Lo inteligible en base a las exigencias de imponer la necesidad de mostrarse ante los otros como sujeto por encima de la necesidad de buscar ser lo que queremos; pero desde el siendo del querer, que es un movimiento tanto de la inteligencia como de la voluntad que obliga a concebir al conocimiento en forma de no disociarlo de la necesidad de sentido. Es por ello que esta necesidad expresa la postura del sujeto para romper con sus limitaciones, pero también la de ocultarlas cuando el esfuerzo del pensamiento y del conocer se agota en objetos externos y fragmentarios.

ción de lo que decimos es que lo que queremos conocer es correlativo con lo que queremos ser, aunque no llegue a establecerse una relación mecánica; pero sí una tensión que se manifiesta en la asociación entre sueños e ideas, visiones de futuro y necesidad de manejar lo que nos afecta, entre amplitud de la subjetividad y de la racionalidad necesaria para disponerse a abordar lo inédito.

Hemos hablado de un hombre que es el depositario de una evolución plena de posibilidades. Hablar del hombre desde esta óptica no puede hacernos olvidar que muchos, demasiados quizá, niegan la esperanza, o la domeñan a los límites de un sentirse en un presente sin más que ese simple estar, a veces jubiloso, pero siempre dormido.

ADENDA

Como expresión de las actividades del Instituto Pensamiento y Cultura en América Latina, IPECAL, el texto EL ÁNGEL DE LA HISTORIA ha sido objeto de debates en distintos círculos en diferentes países. Los agregados a manera de adenda son el producto de estos debates, que nos ha parecido de interés incluir porque hacen alusión al problema de la potenciación del sujeto, así como a las propuestas relativas a la capacidad de despliegue del sujeto. Ambos agregados fueron escritos por el filósofo colombiano de Manizales Ernesto Contreras, que forma parte, junto con algunos otros intelectuales, del IPECAL Colombia.

Además, respecto a ciertas proposiciones constitutivas del texto, nos ha parecido fundamental, con el propósito de un mayor esclarecimiento, incorporar estas reflexiones respecto a la atención entre lo categorial, lo gnoseológico y lo lingüístico, especialmente con la problemática central del libro: la relación entre la potencialidad y el dinamismo psicológico.

Incorporamos las siguientes reflexiones como complementación a la argumentación relativa a la afirmación sobre el estar siendo del sujeto y su expresión en lo que hemos llamado capacidad de despliegue.

HUGO ZEMELMAN, 2007

SUBJETIVIDAD EN DESPERTAR PERCEPTUAL. EL CONTEXTO COMO CAMPO DE APREHENSIÓN Y DE EXPERIMENTACIÓN

La pregunta por los contextos no suele tener identidad de extremos; no suele ser resultado de una ruta de búsqueda y tampoco suele ocurrir como manifestación de deslumbramiento, de interrogación natural, de expectación, de asombro o de excitación; es una pregunta que suele coincidir con cierto *golpe de retorno* desde algún paraje de extrañamiento hacia alguna parcela de rescoldo y alivio del sí mismo —mismo extrañado y/o expuesto como explorador. Al volver de alguna ruta de extrañamiento *se recala* en algún *topoi* del territorio del ser sensual/material que toma en cuenta su hábito viajero y respira un tanto acosado por la ausencia de oxígeno vital, tornando su reposo en ocasión gozada o perdida para autorreconocer su trayecto y/o su huella.

El reposo que algún *topoi* provee al sujeto que se toma no sólo en cuenta a sí mismo sino a ese regazo de existencia que acaba de inscribir en su acontecer móvil íntimo, es la ocasión extraña (tiempo imprevisto/tiempo ilegible/tiempo no contable) para atravesar desde *el haber sido* hacia/hasta el *estar aconteciendo*. El contexto, en tanto aprehensión pura y asignificada, corresponde a este tránsito raudo y pedible que no se representa (sensorial y mentalmente) sino que se padece; el contexto es inicialmente un asalto intempestivo, un sacudimiento sin mediación, un orgiasmo, una irrupción violenta y voluptuosa, una herida, una horadación que descuaja al ser sentido tornándolo *ser sintiente*.

Este pasar entre el haber sido y el estar aconteciendo inaugura en el sujeto una ocasión-oportunidad subjetiva que activa ciertas potencias vivas, las cuales permiten la toma de la *sensualidad* como fuerza de despliegue de un *ritornello*-en-gozo-excedido; la

experiencia de esta toma reinventa los gradientes de los modos de ser de lo humano y reinventa también la oportunidad de fundar un paisaje con los matices del estar aconteciendo; este paisaje corresponde a una cromática-en-exceso-de-paisaje; no es estrictamente una paisajística en tanto cuadro mental; corresponde a una atonalidad potencial y estilística como tonalidad propia de la subjetividad. *El aconteciendo es un tiempo-en-para-la-invención.* El aconteciendo es el tiempo del contexto.

Quien se hace cargo de la cromática y/o el paisaje de los contextos se halla a la vez en camino hacia su auto-descubrimiento; de alguna manera ese quien deviene en un *quien natal*; el paisaje inicial de los contextos, su natural irrupción, su desconcertante conjunto adviene a quien no sólo se hace eso de su contenido, sino a quien se descubre en medio de su *campo de sensibilidad* y a partir de su despliegue admite fundar una exploración-indagación que le lleve por los contornos, por los territorios, por las cualidades, por las propiedades, por las combinaciones, por las modalidades que subjetivamente son reconocibles desde la toma de contacto con el espesor de la inquietud que esa cromática y/o paisaje de los contextos suscita.

Preguntarse por los contextos corresponde a ser preguntado por ellos; corresponde a ser tomado por una constelación de cualidades, de matices, de eventualidades que son inicialmente aprehendidas bajo la forma de una *fenoménica* la cual a su vez suscita una llamada al conjunto potencial de la *perceptualidad* para desplegar con ella una plástica próxima que permita su aprehensión, la captura de su contorno, el principio de su organización, el trazado de su paisaje; a partir del encuentro entre la fenoménica y la perceptualidad potencial se configura una inteligencia inicial de los contextos: un cuadro-paisaje inicial que obra como pasaje hacia su aprehensión organizada.

Los contextos son entonces campos complejos de trabajo; solicitan y exigen el pleno empleo de la sensibilidad, de la perceptualidad, de la razonabilidad, de la paisajística, del ensayo, del pensamiento de la subjetividad despierta; los sujetos que habitan estos campos complejos de trabajo están en permanente despliegue a partir de sus ángulos de percepción y, desde ellos y con ellos, construyen, trazan, dibujan, cartografían las figuras (móviles, transicionales, holográficas) que le permitan hilvanar su composición y su configuración, entre estas figuras y estas

subjetividades se surten unos juegos de enlace y de experimentación expansivos que llaman/reclaman siluetas y cuadros cada vez más exigentes, cada vez más expandidos, cada vez más excitantes, cada vez más complejos, cada vez más intensos.

El enlace entre las subjetividades impactadas por los cuadros de realidad y las configuraciones que se alcanza por la intervención del pensamiento sensibilizado, da lugar a una especie de caldo de cultivo propicio para hilvanar la inteligencia-en-*despliegue-contextual*; cabe a los sujetos en posibilidad sensual y perceptual cultivar una inteligencia integral de contexto como forma en el concepto y como arquitectura de conocimiento. Esta arquitectura de conocimiento, este modo humano de conocer el contexto y de conocer-en-contexto compromete y solicita, entre otros, los siguientes despliegues:

a) Consulta, toma, solicitud, requerimiento de la sensibilidad en tanto aptitud no típica del modo de ser de lo humano.

b) Cruce, contacto, conjugación entre la sensibilidad despierta-en-vigilia, en-alerta, y el discurso impetuoso y/o sutil del tiempo como volumen-en-travesía.

c) La emergencia constante de principio maestro para alinderar y organizar cuadros de realidad poliversa.

d) La captura-posición-posesión de *complexus* de realidad a través de diferentes niveles-ensambles: paisajes de realidad; paisajes de acontecimientos; paisajes de mundo, paisajes de escritura y composición; paisajes de conocimientos.

e) Dar a luz, contra viento y marea y desde un ontos (deseo/fuerza/creación) de perceptualidad ampliada a modos, despliegues y figuras de pensamiento.

f) Devenir esteta en cromaticidades, en espectralidades, en densidades de gesto/texto/*graphia*/voz/discurso/escritura.

g) Cartografía desde la subjetividad erosionada y en talla de mundo expandido/expandiéndose; la silueta-composición de una móvil inteligencia general de contexto en concepto debe permitir el uso eco-crítico de la racionalidad para navegar en la paradoja en la incertidumbre, en la duda, en el desconcierto, en la intangibilidad de los ordenes y plexos de realidad, de los principios de movimiento y confluencia de los órdenes de la perceptualidad. Una inteligencia general de contexto en concepto afín a un agudo nivel —*pragma*— de consciencia subjetiva.

Plexos conceptuales. Tensión entre lo categorial, lo gnoseológico, lo lingüístico

Se entiende por plexo conceptual una construcción complejizada que el sujeto en esfuerzo epistémico conquista convocando para ello llamadas en altura de crítica y viajes al interior de los continentes del pensamiento matricial grecolatino, cruces y encuentros con las elaboraciones contemporáneas y diálogo de construcción abierta en ámbitos tensionales de lenguaje. Un plexo conceptual es un esfuerzo por conocer diciendo y por decir conociendo... como si en el conocer se fraguaran microlenguas y como si las microlenguas atrajeran a los interesados hacia ámbitos de tamaño no monumental sobre despliegues de conocimiento. El lenguaje epistémico abre, alimenta y sostiene un plexo conceptual al concursar y concurrir como *gnoseología viviente* que puede aprehender y combinar lo categorial con lo gnoseológico y con lo lingüístico.

A propósito del título *Potencialidades y psicología*, los siguientes plexos conceptuales figuran en lugares estratégicos dentro de su excurso teórico y alinderando conjuntos nacionales al modo de constelaciones semánticas.

Uno. Campo de opciones reconocidas

Este plexo se construye en la vecindad de dos señales latinas como la señal de *campo* (expansión, amplitud, área, geografía, posibilidad) y la señal de *opción* (ocasión, oportunidad, elección, decisión, jurídica íntima); las dos señales devienen plexo que obliga al pleno empleo de la sensibilidad, de la inteligencia en despliegue —paisajística y tramática— y de la percepción ampliada como cartografía cerebro-espiritual y mundana.

De la órbita del plexo forman parte las siguientes piezas semánticas que tonifican y amplían la dinámica de la significación del plexo dentro del texto: construcción de ámbitos de sentidos, necesidad de despliegue, actos de habla, realidad actuada en tanto sujeto-necesidad de mundo.

Dos. Plan constituyente de realidad

Este plexo se construye en la vecindad de dos señales latinas como la señal de *plan* (decisión, trazado, conformación, encua-

dre, delimitación, recorte) y la señal de *constitución* (que da marco, que da forma, que da pertenencia, que da situación, que conforma un orden de decisión identificable); las dos señales devienen plexo al incorporar el rasgo de realidad; aquí realidad refiere al conjunto oscilante de lo aprehendido como traducción contextualizada a partir de los intereses de despliegue de un sujeto en autoposicionamiento; la realidad es una categoría que sugiere graduaciones de realidad, esto es, hiporrealidades, microrrealidades, mesorrealidades, macrorrealidades, hiperrealidades, graduación ésta que, entre la totalidad causada cognitivamente y la parcialidad inscrita cognitivamente; imprime carácter semántico-estratégico al plexo en tanto que evento subjetivo.

De la órbita del plexo forman parte las siguientes piezas semánticas que tonifican y amplían la dinámica de la significación del plexo dentro del texto: límite de significado, límite de sentido, retórica recuperada, relación de conocimiento, acto de apropiación, acto de autoposesión, acto de habla, discurso constituyente.

Tres. Movimiento magmático

Este plexo se construye en la vecindad de dos señales latinas como la señal de *movimiento* (ignición, desplazamiento, idea, entrada, salida, cambio, mutación) y la señal magma (materia candente que fluye, que se desplaza, que genera alteración de los estados de la materia que trastocan los estados aprehendidos como constantes); movimiento magmático deviene plexo conceptual porque contiene, a raíz de la incorporación de un doble rasgo metafórico complicado, una figura que descubre vecindad entre lo categorial —lo magmático— y lo gnoseológico —la confirmación de despliegues y despliegues, esto es, conjugaciones que funden y fundan el plexo en ampliación de sentido-en-vertimiento.

De la órbita del plexo forman parte las siguientes piezas semánticas que tonifican y amplían la dinámica de la significación del plexo dentro del texto: capacidad de reactuación, lógica de la potenciación, nudos de activación, nuevo nivel de equilibrio, necesidad de construcción, capacidad de abstracción, capacidad de adaptación, espacio de posibilidades, capacidad de construcción, necesidad de despliegue, lo-por-vivirse, lo-vivir, activación del sujeto.

Cuatro. Historización del sujeto

Este plexo se construye en la vecindad de dos señales latinas como la señal de la *historización* (alcance de un horizonte —onticidad— de humanización en territorialidad de carne, sangre, espíritu, mundo, sentido y tiempo) y la señal de *sujeto* (gozne intangible entre lo vivo y lo moribundo; umbral de decidibilidad respecto del mundo potencial de un hilo de vivencialidad expandida y apropiada). Historización del sujeto deviene plexo conceptual porque contiene una doble remitencia entre dos focos de significación que conjugan las tres solicitudes del plexo: solicitud categórica, solicitud gnoseológica, solicitud lingüística. Estas tres solicitudes recaban una intervención del sujeto epistémico tanto en perceptualidad ampliada como en esfuerzo de endo y pericontextualización; estos dos movimientos propugnan y proponen puentes entre escritores y lectores para su mutuo concurso interpretativo y para su mutuo encuentro de escenificación viva, en tanto operadores sintácticos, estratégicos y humanos de los significados.

De la órbita del plexo forman parte las siguientes piezas semánticas que tonifican y amplían la dinámica de la significación del plexo dentro del texto: potencialidad de futuro, existencialidad del sujeto, subjetividad constitutiva, márgenes de autonomía, necesidad de sujeto, realidad actuada en tanto sujeto.

Cinco. Epistemología potencial de lo histórico

Este plexo se construye en la vecindad de tres señales latinas-griegas como la señal de epistemología (holografía inconclusa, Honoria a medio camino entre la teoría y la ideologización, etiqueta cristalizada y cristalizadora de lo indagado y reconocido como tal por los sujetos epistémicos del momento anterior al presente de una búsqueda), la señal potencial (ignición intangible; augurio, fuerza, creación, innovación, rompimiento, advenimiento) y la señal histórica (inscripción, colocación, entrada-en-mundo, lugar intangible y/o visible de una inscripción en cualquier tipo de densidad justificada por un código cronológico, normativo o ideológico). Epistemología potencial de lo histórico deviene plexo conceptual al lograr desequilibrar su cifra semántica cristalizada con la introducción de la señal potencial en medio del horizonte semántico denso que limitan epistemología e historia.

Una epistemología potencial de lo histórico, al atravesar el muro teórico-ideológico-fundativo y cristalizador reclama, más allá de la forma-lugar epistemológico, *la talla epistémica.*

De la órbita del plexo forman parte las siguientes piezas semánticas que tonifican y amplían la dinámica de la significación del plexo dentro del texto: exigencia de mundo, orquestación entre nudos de potenciación, contexto en/y exigencia formativa, esfuerzo de intangibilidad, necesidad de sentido, orquestación de facultades, necesidad de mundo, realidad pensada en tanto mundo.

ERNESTO CONTRERAS GUATIBONZA
IPECAL-COLOMBIA
Pensar sin fronteras

Manizales, 25 de noviembre de 2005

GLOSARIO

ERNESTO CONTRERAS GUATIBONZA

LÍMITE. Su etimología latina tiene que ver con el vocablo ***limitem.***

Rasgos de **límite** en semántica inicial:

- Término usado para señalar el fin de algo o la separación entre dos cosas; se alude a una línea visible o imaginaria que señala el fin de algo o la separación entre dos cosas.
- Lo que indica o determina hasta dónde puede llegar una cosa.

Rasgos de **límite** en semántica figurada:

- Umbral; liminal, liminalidad; paso; llamada; cruce; instante; umbra; zona de sombra.
  En Nietzsche (*Crepúsculo de los ídolos*) se encuentra esta figura: «*Mediodía: Instante de la sombra más corta*».

Rasgos de **límite** en semántica conceptual:

- Desde Aristóteles: alcanzar un logro corresponde a hallarse en un límite; el límite es frontera, es negación, es final, es achatamiento, es obstrucción; a partir de la sentencia inicial —alcanzar un logro corresponde a hallarse en un límite— habría que comprender que toda realización perfecta puede corresponder a una conclusión definitiva.
- Ejercer el pensar en/a partir de la lógica del logro es situarlo o exponerlo a la lógica del límite en tanto ella lo lleva hacia el límite como final, como conclusión, como cierre, como terminación, como detención. Y en medio de estas lógicas —logro/límite— el pensar en su mismo ocurrir raciovital y creador es constreñido, conculcado, arrinconado.

Rasgos de **límite** en semántica perceptual/creadora:

- El necesario esfuerzo contemporáneo de pensar la complejidad de los fenómenos que atañen a lo humano en sus despliegues y muestras de estética, jurídica, economía, política, cultura; en sus manifestaciones de pensamiento, de transformaciones, de renovaciones, de afianzamiento de esperanzas, obliga al pensamiento a percatarse de los límites que lo cercan, a construir una inteligibilidad de esos límites, pero sobre todo a alentar y sostener una fuerza (inusitada, viva y contextual) para *ir-más-allá-de-los-límites.* Conjugar percepto y aliento creador pasa por la batalla contra el cercamiento de los límites; al conjugar percepto y creación el pensar muere al acecho del límite. Conjugar no deja de soportar el imperativo del conjuro.

HORIZONTE. Su etimología latina tiene que ver con el vocablo ***horizontem***.

Rasgos de **horizonte** en semántica inicial:

- Se trata de una línea imaginaria circular en cuyo centro se halla el observador; al recibir en percepción la línea pareciera que en ella se unen el cielo y la tierra o el mar.
- También el horizonte tiene que ver con la parte de la tierra, del cielo o del mar que señalan el límite de esta línea.
- El horizonte como línea de confluencia puede contener la contracción del mirar como también la anulación de la óptica aperceptiva; esta anulación contiene la potencialidad de la ceguera; esto es, la ausencia de horizonte. Ante la ausencia de horizonte, la confluencia podría ser tomada como oportunidad, ignición, momentos de la inventiva; señalamientos de una perceptualidad; el horizonte, en tanto umbral perceptual, mejor, en tanto relacionado con este umbral, contiene los gérmenes de fundación de una gnosis —mezcla de productividad hacia lo cognoscible con la tendencia a la aprehensión de lo potencial conocido.

Rasgos de **horizonte** en semántica conceptual:

- La línea del horizonte tiene que ver con una línea de desplazamiento, con una línea de desterritorialización, con una línea de ensanchamiento, con una línea de fuga... una línea de brujería salva al pensar de su inminencia a claudicar dentro del parámetro de horizonte.
- El esfuerzo acumulado/acumulador de la línea conspicua de la autoafirmación de la humanidad, a partir de sus avatares, riesgos, desvaríos, conquistas, equívocos, puede traducirse, en tiempos de la época de la modernidad industrial que se elonga como modernidad tecnomediática, tecnoinstrumentalizante, tecnocientífica, tecnopolítica y tecnoeconómica a partir de tres rasgos: horizonte de revolución (siglos XVIII y XIX); horizonte de guerra (siglo XX); horizonte de accidente (siglo XXI).

MOMENTO. Su etimología latina tiene que ver con el vocablo ***momentum***.

Rasgos de **momento** en semántica inicial:

- Término usado para señalar el esplendor o la manifestación de un fenómeno; la oportunidad o el develamiento en un instante de una secuencia de eventos que se dejan ver en un instante que puede demorarse o esfumarse.

Rasgos de **momento** en semántica figurada:

- Eclosión, emergencia, envanecimiento, deslumbramiento, aparición, oportunidad, circunstancia.
- El momento corresponde, en figuración, a la percepción y a la colocación del pensar entre el momento capturado como duración y como desaparición. El momento suscita una alarma por su breve-

dad, por su sutil conexión y amarre con cadenas conceptuales, perceptuales, fenoménicas o acontecimentales.

Rasgos de **momento** en semántica perceptual/creadora:

- Dentro de la expansión de una cadena conceptual, de una cadena perceptual, de una cadena fenoménica, de una cadena acontecimental, en relación con la aprehensión del término momento se puede presentar un doble juego; un momento puede corresponder a una ocasión deslumbrante en tanto que intempestivamente y aparentemente inesperada; pero, bajo la teoría de una gestalt compleja, momento puede contener una organización no percibida, de momento; entre lo identificable como singular —una percepción aislada— y lo identificable como plural —cadena perceptual— las tenues distinciones iluminan la comprensión (de conceptos, de fenómenos, de acontecimientos) o la complejizan contextuándola.

COLOCACIÓN. Su etimología latina tiene que ver con el vocablo ***collocare***.

Rasgos de **colocación** en semántica inicial:

- Estar ya situado en una posición respecto de otra.
- Estar a punto de situarse, de colocarse.

Rasgos de **colocación** en semántica estratégica:

- Toma de posición tanto de un sujeto respecto a un interés personal (insinuado, incipiente, atenuado, naciente, a cubierto) como a un lugar (territorio, conjunto, referente, fenómeno).
- Colocación alude a coordenada habitada.
- Colocación compromete dominio de campo; forma de paisaje, coordenada, mirada y relación de lo dominado en un contexto.

Rasgos de **colocación** en semántica utópica:

- Cuando sujeto y texto, al colocarse, instauran un dominio respecto de una geografía, la colocación además de efecto de dominio presiente y presagia un desplazamiento desde coordenadas (que se deflagran cuando imponen los límites a los dominios) hacia ordenadas (que se eligen como campos de intensidad, de fuerza, de expansión). El dominio es, de algún modo, homenaje a toda acción de colocarse; los campos de intensidad son, de algún modo, insinuación/reclamo de la fuerza, de la colocación sensual, *alter* colocación.
- Colocarse puede corresponder a una *sympatheia* entre la geografía y el pensamiento; pretender intensivamente una colocación puede corresponder a *conectarse* a paisajes de realidad erosionados por acontecimientos, por órdenes de eventualidades en emergencia atenuada.

SENTIDO. Su etimología latina tiene que ver con los vocablos ***sensus, sensualis***.

Rasgos de **sentido** en semántica inicial:
- Lo aprehendido como significado.
- La condensación de una búsqueda.
- Umbral mínimo de aprehensión razonada.
- La seguridad inicial respecto de una transmisión gnoseológica.

Rasgos de **sentido** en semántica fundante:
- El sentido corresponde a la prueba de que un esfuerzo ha dado fruto; ha producido un conjunto de signos que se visibilizan y que producen una fe social que salvaguarda las cabezas de la errancia o desorientación general.
- El sentido corresponde a una especie de oasis general tranquilizador que se alimenta desde las oficinas generales de toda protolingüística, la cual como firma universal bursátil genera acciones que validan todo esfuerzo humano de conocimiento.
- El sentido, al contrario de la significancia, se arma a partir de una densidad de significado; la significancia oscila entre los significados en desaparición y los significantes en emergencia y travesía.

Rasgos de **sentido** en semántica conceptual:
- En el cruce entre sujetos y tiempo, las carreras entre los corredores del sentido y los sujetos que lo persiguen... contienen un sutil e imperceptible elemento que impacta toda semántica de sentido: su fugacidad, su huida, su desaparición; el sentido se estremece a raíz de la suma de sus fugas. En lugar de ontología del sentido ha de aceptarse una fantasmática (*spectrum spectralis*) del sentido. En desplazamiento de una ontología, la acogida de una erótica: pasar de la gravedad de lo condensado (herencia) a lo experimentado como invención.

AUTONOMÍA. Esta noción tiene procedencia griega. ***Auto***: por sí mismo, a sí mismo. ***Nomos, nomoi, nomia***: ley, mando, orientación, norma.

La orientación, la norma para sí, en sí mismo; hacia sí.

Rasgos de **autonomía** en semántica aislada:
- El término autonomía instaura una deontología caótica en la psique aún no materializada por cuanto urge al agente de esa fuerza radical (enraizado, raizal) a dar sus batallas in-constante«mente» para que su contenido vital no se catalice, se sepulte o se disloque a través de artilugios de engaño.
- El término autonomía tiene que ver con los juegos que se surten en el territorio-magma del cuerpo doliente/potencial/revolucionante entre los conjuntos emergentes/heredados de las normas y los vacíos y/o desbalances de la «tragedia personal» que se propone formar a un sujeto por sí mismo.

Rasgos de **autonomía** en semántica desplegada y contextuada:

- Autonomía contiene un despliegue-en-conflicto de las fuerzas inmanentes —psicogenéticas, eropsicoimpulsantes— de la subjetividad; el conflicto suele expresarse, viviéndose, como tensión entre focos exógenos de producción de normas (que suelen englobarse, esos focos, bajo el nombre de heteronomía) y focos endógenos de producción de normas (que son los que se nombran como autonomía).
- Entre los gradientes eróticos de la autonomía y los dispositivos jurídicos de la heteronomía «probablemente» habiten y jueguen —tanto con su(s) sujeto(s) como con sus expresiones gramaticales, éticas, jurídicas, eróticas, culturales y políticas— la egolatría, la fobioegonomía, la protoautonomía, la ecoegosofía hasta el límite del narcisismo protoético.

OPCIONES. Su etimología latina tiene que ver con los vocablos ***optare, optius, optimus.***

Rasgos de **opciones** en semántica inicial:

- Una opción corresponde a una ideal elección.
- Una opción tiene que ver con una mezcla de decisión y movimiento.
- Una opción dibuja una línea de fuga, de desplazamiento.

Rasgos de **opciones** en semántica gráfico-territorial:

- Se pueden relacionar opciones, elecciones, decisiones, posibilidades, límites; esto quiere decir que las opciones comprometen la mirada y su plano de despliegue y de alcance; quiere ello decir también que se juegan en el área del campo semántico de las opciones las mezclas entre geografías potenciales de sujetos —los umbrales de su movimiento— y las capturas vitales que esos movimientos permitan realizar.
- Las opciones desaletargan la subjetividad.
- Las opciones, al activar el pensamiento, encaminan las fuerzas subjetivas en coligamiento con los tectonismos mundanos.
- Las opciones ayudan a los sujetos a fraguar sabidurías a partir de las mutaciones, alteraciones, enrarecimientos del mundo; son piezas de la fotografía sensual que se halla atenuada, cooptada por la fotografía estructural/funcionalista de las racionalizaciones comerciales del/sobre el mundo. Opción se amista con paisaje —vital/sensual— del mundo.

CONSTRUCCIÓN. Se conecta con el vocablo latino ***construere.***

Rasgos de **construcción** en semántica inicial:

- Darle juego al magma imaginario.
- El imaginario radical es, en el fondo, «voluntad de deseo».
- Construcción tiene que ver con la arquitectura del deseo.

- En construcción se conjugan voluntad de deseo con voluntad para disponer, con voluntad para instaurar.

Rasgos de **construcción** en semántica elaborada:
- Construcción tiene que ver con arte y técnica.
- Construcción tiene que ver con transformación, con renovación, con mutación.
- Fuerza-en-decisión; fuerza para la decisión.
- Toma de la fuerza; dominio; atalaje; disposición.
- Se expresa como economía libidinal (no necesariamente a partir de una corriente de pensamiento: Freud, Lacan, Socialismo o barbarie, Lyotard).
- Construcción tiene que ver con fusión entre los despliegues de subjetividad, la toma/doma de las fuerzas irrefrenables de la psique, reconocimiento de la lógica general del desplazamiento cósmico, reconocimiento de la limitación generalizada.

POTENCIACIÓN. Este término se conecta con el vocablo latino ***potentia, potenciare.***

Rasgos de **potenciación** en semántica inicial:
- La potencia corresponde a la despedida, en los dominios humanos, del estado de equilibrio total —aparente o abstracto. La potencia corresponde a la ignición, en lo humano, de aquello que altera y transforma lo humano.
- La potencia contiene las señales —el paso— hacia otra conformación de realidad en humanidad. Las señales no se atenúan o desaparecen al conquistarse un nuevo «estado», que no se debe entender como nuevo estado sino como movimiento o agitación; aquí se sitúa la gran dificultad para comprender, para aprehender el juego, la *dynamis* que se arriesga entre lo que, desde Aristóteles, se denomina acto y potencia; este pensador concibe el juego entre acto y potencia como una lógica in/exacta que es inherente a fenómenos situados en la naturaleza, entre los homínidos con razón, aun entre el reino inanimado.

Rasgos de **potenciación** en semántica problemática:
- Sin obviar el impacto múltiple de las creaciones artificiales constantes sobre los dominios humanos, en este plano, el de la hominización transicional —hacia— el juego entre acto y potencia, se conjuga sobre un plano de inmanencia; este plano hace que el juego se produzca como juego pero también despliega la inmanencia como ámbito de creación/innovación incesante; el crear no establece, estrictamente hablando, la humanidad, pero la inmanencia, en tanto fuerza de despliegue, desafía el eclipse acosador de humanidad que en astronomía cercana configura la constelación —no astral— de los planetas de la humanización.

BIBLIOGRAFÍA

ADORNO, Theodor: *La ideología como lenguaje*. Taurus Ediciones, Madrid, 1992.

ALCÁNTARES MEJÍA, José Ramón (ed.): *Reconfigurando la realidad en el espacio de la escritura*. Universidad Iberoamericana-Departamento de Letras, México, 1997.

AUERBACH, Eric: *Mimesis. La realidad en la literatura*. Fondo de Cultura Económica, México, 1975.

APEL, Karl-Otto: *Discurso y realidad. En debate con K.O. Apel*. Edición de Domingo Blanco Fernández, José Antonio Pérez Tapia y Luis Saéz Rueda. Ed. Trotta, Madrid, 1994.

— *Teoría de la verdad y ética del discurso*. Ed. Paidós, Universidad Autónoma de Barcelona, 1991.

— *La transformación de la filosofía II*. Taurus Ediciones, Madrid, 1985.

BALANDIER, George: *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundad del movimiento*, Gedisa Ed., Barcelona, 1990.

BARTHES, Roland: *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Ed. Paidós Ibérica, Barcelona, 1987.

BENJAMIN, Walter: *Imaginación y sociedad*. Taurus Ediciones, Madrid, 1998.

— *Poesía y capitalismo. Iluminación II*. Taurus Ediciones, Madrid, 1980, prólogo de Jesús Aguirre.

BENVENISTE, Émile: *Problemas de lingüística general II*. Siglo XXI Eds., Madrid, 1999.

BERNAL, Olga: *Lenguaje y ficción en las novelas de Beckett*. Ed. Lumen, Barcelona, 1969.

BLOCH, Ernst: *El principio esperanza*. Ed. Aguilar, Madrid, 1977.

BROCH, Hermann: *Poesía e Investigaciones*. Barral Eds., Barcelona, 1974.

BLOOM, Harold: *El futuro de la imaginación*. Ed. Anagrama, Barcelona, 2002.

— *Shakespeare. La invención de lo humano*. Ed. Anagrama. Colección Argumentos, Barcelona, 1998.

BLUMENBERG, Hans: *Las realidades en que vivimos*. Ed. Paidós, Barcelona, 1999.

— *La legibilidad del mundo*. Ed. Paidós, Barcelona, 1973.

— *Paradigmas para una metaforología*. Mínima Trotta, Madrid, 2003.

BRUNER, Jerome: *Realidad mental y mundos posibles*. Gedisa Ed., Barcelona, 1994.

— *Acción, pensamiento y lenguaje*. Alianza Editorial, Madrid, 1986.

BOZAL, Valeriano: *Mimesis. Las imágenes y las cosas*. Ed. Visor, Madrid, 1987.
CALÁN, Enrique: «Sobre el fenómeno del espíritu en el arte y en la ciencia», en K. Jung: *Obras completas*, vol. 15, Ed. Trotta, Madrid, 1999.
CARPENTIER, Alejo: *El reino de este mundo*. Letras Cubanas, La Habana, 1987.
CASTORIADIS, Cornelius: *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1992.
CASSIRER, Ernest: *Filosofía de las formas simbólicas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
CERCAS, Javier: *Soldados de Salamina*. Tusquets, Barcelona, 2001.
CHOMSKY, Noam: *Lingüística cartesiana*. Ed. Gredos, Madrid, 1991.
CHOZA, Jacinto: *Consciencia y afectividad: Aristóteles, Nietzsche, Freud*. Ed. Universidad de Navarra, Pamplona, 1978.
DAUMAR, François: *La civilización del Egipto faraónico*. Ed. Optima, Barcelona, 2000.
DELEUZE, Gilles: *Spinoza: Filosofía práctica*. Tusquets, Barcelona, 2001.
DE SANTIAGO GUERVÓS, Luis Enrique: «Introducción», en Friedrich Nietzsche: *Escritos sobre retórica*. Ed. Trotta, Madrid, 2000.
DI CASARE, Donatella: *Wilbelm von Humboldt, el estudio filosófico de las lenguas*. Anthropos, Barcelona, 1999.
DILTHEY, Wilhelm: *Crítica de la razón histórica*, Ed. Península, Barcelona, 1985.
DOREY C.R, *et al.*: *El inconsciente y la ciencia*. Amorrortu Eds., Buenos Aires, 1993.
FISCHER, Ernest: *Literatura y crisis: visión de la civilización europea*. Icaria Ed., Barcelona, 1984.
— *Necesidad del arte*, Colecciones Península, Barcelona, 1967.
FODOR, Jerry: *La mente no funciona así. Alcances y límites de la psicología computacional*. Siglo XXI Eds., Madrid, 2003.
FRANKL, Viktor: *El hombre en busca del sentido último*. Ed. Paidós, México, 1999.
— *El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia*. Ed. Herder, Barcelona, 1987.
GADAMER, Hans-Georg: *La actualidad de lo bello*. Ed. Paidós Ibérica, Barcelona, 1991.
— *Verdad y método*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1988.
GARAUDY, Roger: *Un realismo del siglo XX*. Siglo XXI Eds., Madrid, 1971.
GOMBRICH, E.H., J. HOCHBERG y M. BLACK: *Arte, percepción y realidad*. Ed. Paidós, Barcelona, 1973.
GOODMAN, Nelson: *Los lenguajes del arte*. Seix Barral, Barcelona, 1976.
GURMÉNDEZ, Carlos: *Crítica de la pasión pura*. Fondo de Cultura Económica, México, 1989.
GURVITCH, George: *Dialéctica y sociología*. Alianza Editorial, Madrid, 1971.
— *Determinaciones sociales y libertad humana*. P.U.F., París, 1955.
HABERMAS, Jürgen: *Pensamiento pos metafísico*. Taurus Ed., México, 1990.
HAWKING, Stephen: *El universo en una cáscara de nuez*. Planeta, Barcelona, 2002.

HERBIG, Jost: *La evolución del conocimiento. Del pensamiento mítico al pensamiento racional*. Ed. Herder, Barcelona, 1997.
HUIDOBRO, Vicente: *Altazor*. Ed. Visor, Madrid, 1973.
IBÁÑEZ LANGLOIS, José Miguel: *Para leer a Parra*. El Mercurio-Aguilar, Santiago de Chile, 2003.
KUTSCHERA, Franz Von: *Filosofía del lenguaje*. Ed. Gredos, Madrid, 1979.
LUDWIG, Émile: *Miguel Ángel*. Ed. Juventud, Barcelona, 1955.
LLEDÓ, Emilio: *Filosofía y lenguajes*, Ed. Ariel, Barcelona, 1974.
MALRAUX, André: *Políticas de la cultura*. Ed. Síntesis, Buenos Aires, 1976.
MARTÍNEZ BONATI, Felipe: *La figuración narrativa*. LOM Ed., Santiago, 2001.
MASOTTA, Óscar: *Ciencia y estructura*. Ed. Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1968.
MERLEAU-PONTY, M.: *Sentido y sin sentido*. Ed. Península, Barcelona, 2000.
MONDOLFO, Rodolfo: *La comprensión del sujeto humano en la cultura griega*. Ed. Imán, Buenos Aires, 1955.
NIETZSCHE, Friedrich: *Estética y teoría de las artes*. Ed. Tecnós, Madrid, 1999.
— *Escritos sobre retórica*. Ed. Trotta, Madrid, 2000.
PERRAUDEAU, Michael: *Piaget hoy*. Fondo de Cultura Económica, México, 1999.
PIAGET, Jean: *Biología y conocimiento*. Siglo XXI Eds., Madrid, 1985.
— *Naturaleza y métodos de la epistemología*. Ed. Proteo, Buenos Aires, 1972.
— *Epistemología en las ciencias humanas*. Ed. Proteo, Buenos Aires, 1972.
— *El estructuralismo*. Ed. Proteo, Buenos Aires, 1971.
PIAGET, Jean, R. GARCÍA y J. VONÉCHE: *Epistemología genética y equilibración*. Ed. Fundamento, Madrid, 1981.
POPPER, Karl: *Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual*. Ed. Tecnós, Madrid, 1994.
PUTMAN, Hilary: *Representación y realidad*. Gedisa Ed., Barcelona, 1990.
RAMA, Ángel: *La ciudad letrada...*, Arca, Montevideo, 1998.
RICOEUR, Paul: *La metáfora viva*. Ed. Trotta, Madrid, 2001.
RORTY, Richard: *Verdad y progreso*. Ed. Paidós Ibérica, Barcelona, 2000.
STEINER, George: *Extraterritorial*, Ed. Siruela, Madrid, 2002.
— *Lenguaje y silencio: ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo humano*. Gedisa Ed., Barcelona, 2000.
— *Gramáticas de la creación*. Ed. Siruela, Madrid, 2001.
— *La muerte de la tragedia*. Azul Ed., Barcelona, 2001.
THIEBAUT, Carlos: *Historia del nombrar: dos episodios de la subjetividad moderna*. Ed. Visor, Madrid, 1990.
VATTIMO, Gianni: *Filosofía y poesía: dos aproximaciones a la verdad*. Gedisa Ed., Barcelona, 1999.
VYGOTSKY, Lev: *Pensamiento y lenguaje*. Ed. Quinto Sol, México, 1999.
— *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Ed. Crítica, grupo editorial Grijalbo, Barcelona, 1988.
WALSER, Martin: *Descripción de una forma. Ensayo sobre Franz Kafka*. Sur, Buenos Aires, 1969.
WHITMAN, Walt: *Canto a mí mismo*. Grupo editorial Tomo, México, 2000.

ÍNDICE

PARTE II
EL SUJETO COMO DESAFÍO